

LAS CRÓNICAS DE MALUS DARKBLADE II

# TORMENTA DE SANGRE

DAN ABNETT & MIKE LEE



**WARHAMMER**

Lectulandia

Engañado, poseído y manipulado por el inmundo demonio Tz'arkan, ¿pueden las cosas ponerse peor para el elfo oscuro Malus Darkblade? No obstante, cuando regresa a Hag Graef descubre que se ha quedado sin casa, que no tiene un céntimo y que su padre se ha convertido en su peor enemigo.

Tras lograr escapar con vida a duras penas, debe ahora buscar el siguiente artefacto que necesita Tz'arkan: el ídolo de Kolkuth. El viaje marítimo ya es bastante peligroso, pero mientras lucha para llegar a la torre bruja que alberga el ídolo, algunos de los enemigos más mortíferos a los que Malus debe hacer frente son sus propios familiares.

# Lectulandia

Dan Abnett, Mike Lee

## Tormenta de sangre

Crónicas de Malus Darkblade 2

ePUB v1.1

Bercebus 12.11.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# 1. Pródigo

El nauglir lanzó un siseo que sonó como acero caliente que sumergieran en sangre, mientras las musculosas patas impulsaron con furia al reptil cuando giró en un recodo cerrado. Las garras del gélido hacían volar nubes de nieve y ceniza negra, y Malus Darkblade se desplazó sobre la silla de montar para no caerse. Gritos sibilantes resonaban detrás de ellos en el aire frío, por encima del estruendo de los cascos. Una saeta de ballesta pasó silbando junto a uno de sus oídos como una avispa colérica. El noble enseñó los dientes en una sonrisa feroz en el momento de recobrar el equilibrio y clavarle las espuelas en los flancos a *Rencor*. Justo delante, el Camino de la Lanza descendía hacia el terrible Valle de las Sombras, y a lo lejos se divisaba la forma de cuchillo de las torres de Hag Graef, que se alzaban de entre los jirones restantes de la niebla de la noche anterior.

Otra flecha pasó a medio palmo de la cara del noble, y luego llegó una tercera, que golpeó a Malus entre los hombros con la fuerza de un martillazo. La ancha punta de acero de la saeta de ballesta atravesó la gruesa capa de piel de hombre bestia toscamente cosida que llevaba Malus, y perforó el espaldar de la armadura con un chasquido sordo. La coraza de acero plateado y el grueso kheitan de cuero de debajo despojaron al disparo de la mayor parte de su potencia letal, pero la punta le hirió la espalda como una garra de hielo. El noble lanzó un inarticulado gruñido de dolor y se inclinó tanto como pudo sobre el agitado lomo de *Rencor*. Los bandidos que galopaban tras Malus emitieron un coro de salvajes gritos al percibir que la persecución se acercaba a su fin.

Habían pasado casi tres meses desde que Malus y sus guardias se habían escabullido fuera de Hag Graef para encaminarse al norte, en busca de una fuente de poder antiguo que se ocultaba en los Desiertos del Caos. Éste no era el regreso triunfal con que él había soñado al partir.

Incontables leguas de nieve, sangre y hambre habían dejado huella en el jinete y la montura. La escamosa piel acorazada del gélido presentaba docenas de cicatrices de heridas de espada, hacha y garras, y la silla de montar de Malus estaba estrechamente ajustada en torno a costillas muy prominentes. La capa de áspera piel negra y grasienta del noble estaba maltrecha y rasgada, y la armadura de acero plateado de debajo se encontraba deslucida y arañada por el constante desgaste. Sudor viejo, sangre y suciedad le acartonaban la ropa y el kheitan, y llevaba las botas remendadas con trozos de piel de ciervo. Los ojos oscuros de Malus estaban más nítidamente definidos. Con las mejillas hundidas y los labios finos y resquebrajados, parecía más un espectro que un elfo.

La muerte le había seguido los pasos desde el momento en que había comenzado el viaje. Todos los guardias que habían partido de Hag Graef hacia el contaminado

norte habían muerto allí, algunos por la propia mano de Malus. Sin embargo, no había regresado de los Desiertos del Caos con las manos vacías: cuatro grandes alforjas rebotaban pesadamente contra los delgados flancos de *Rencor*, bien cargados con un tesoro que equivalía al rescate de un drachau en oro y gemas.

Ni tampoco regresaba completamente solo.

*Rencor* se lanzó a toda velocidad por la larga ladera empinada hacia el fondo del valle, y por un momento, los sonidos de persecución se amortecieron al quedar al otro lado de la cima. Malus tendió una mano hacia atrás y cogió la ballesta del gancho de la silla. El camino de regreso a Hag Graef había estado plagado de peligros: manadas de feroces hombres bestia, retorcidos monstruos contaminados por el Caos y bandas de ladrones druchii se habían esforzado por derramar su sangre, deseosos de su carne o de las alforjas llenas de tesoros que llevaba. La espada del noble estaba mellada y agujereada, y casi se había quedado sin flechas.

—No he recorrido todo este camino para morir a la vista de casa —juró Malus al tiempo que invocaba a todos los dioses blasfemos a los que era capaz de nombrar.

—Entonces, mátalos —replicó una voz fría que ascendió para inundar el pecho de Malus como sangre que manara de una herida antigua—. No son más que ocho pequeños druchii. Deja que tu gélido se dé un festín con su carne cetrina.

Malus gruñó al resistir el impulso de golpearse el pecho con una mano guarnecida con un guantelete.

—Osadas palabras para un demonio que nada sabe del hambre y la fatiga.

—Cuentas con tu odio, Malus —susurró el demonio Tz'arkan, cuyas palabras le zumbaron como moscas dentro del cráneo—. Con el odio, todo es posible.

—Si eso fuese cierto, me habría librado de ti hace mucho —replicó el noble con furia reprimida, mientras tiraba de la palanca para armar la ballesta y se disponía a disparar—. Ahora, cállate y deja que me concentre.

Sintió que la conciencia del demonio se retiraba; los huesos aún le vibraban con la burlona risa de Tz'arkan. En ocasiones, en plena noche, Malus despertaba y sentía que el demonio se le contorsionaba dentro del pecho como un nudo de víboras que se deslizaran y enredaran en torno a su palpitante corazón.

La desesperación lo había impelido hacia el norte, tras un poder que usar contra sus enemigos. Buscaba el poder para contrarrestar las conspiraciones de su padre y sus hermanos, para bañarse en la sangre de todos ellos y beber su dolor hasta hartarse. Y había encontrado lo que buscaba en un templo situado muy al norte, ante un gran cristal rodeado por círculos y más círculos de protecciones mágicas, y las apiladas riquezas de una docena de reinos. Aturdido por el ansia de poder y la voraz codicia, Malus no se había dado cuenta de la astuta trampa que lo rodeaba. El noble había recogido un solo anillo de entre los tesoros amontonados en la sala —un perfecto rubí cabujón que parecía una destellante gota de sangre— y se lo había puesto en un dedo.

Y el terrible demonio encerrado en el cristal había reclamado el alma de Darkblade a cambio del anillo.

La cuerda de acero de la ballesta encajó en su sitio, y una de las últimas saetas de Malus ascendió hasta la ranura de disparo. Cuando el primero de los bandidos druchii coronó la colina con un aullido lobuno, *Rencor* y a casi había llegado al pie de la cuesta. Malus giró sobre la silla de montar y disparó con una soltura nacida de los meses de experiencia. La saeta de negras plumas se clavó por debajo de la caja torácica del bandido, atravesó la malla oxidada que lo protegía y ascendió a través de los órganos del hombre antes de alojarse en la columna vertebral. El aullido del bandido se interrumpió con un grito estrangulado, y el hombre cayó hacia atrás desde el lomo de la montura.

Altos pinos oscuros y árboles bruños se alzaban sobre la tierra oscura del fondo del valle, con las ramas cargadas de nieve. Debajo de los árboles reinaba un crepúsculo eterno; en los estrechos confines del valle, la luz del sol llegaba a la ciudad y sus alrededores durante unas pocas y cortas horas al día. El Camino de la Lanza serpenteaba entre los troncos, pero Malus espoleó la montura para que fuera en línea recta y saliera del camino hacia las sombras de los árboles.

El noble se inclinó contra el cuello de *Rencor*, que atravesaba el ramaje bajo y saltaba por encima de los troncos podridos de árboles caídos. La velocidad era de vital importancia. Los ladrones habían sido pacientes como lobos y le habían seguido el rastro durante días para calibrar su fuerza. Entonces, sabían que él y la montura estaban casi totalmente agotados y no ignoraban que la seguridad de las murallas de la ciudad se encontraba a menos de un kilómetro y medio de distancia. Si no lo derribaban en los minutos siguientes, se les escaparía el botín.

En efecto, los gritos y los sordos pataleos de los cascos resonaron sobre el suelo nevado detrás de Malus. El noble preparó la ballesta y giró el torso para apuntarla con una mano hacia las siluetas negras que corrían entre los árboles. Disparó por instinto e hirió a uno de los caballos de los bandidos; el animal perdió pie con un relincho terrible y, al caer al suelo en medio de un manantial de tierra y nieve, lanzó al jinete sobre un montón de ramas caídas. Dos de los bandidos efectuaron disparos de respuesta, y una de las saetas alzó un abanico de chispas al resbalar sobre la hombrera izquierda de Malus. El noble fue empujado hacia adelante por el golpe, y el tronco de un pino le arrebató la ballesta de las manos.

Las agujas de pino rozaron la cara de Malus, y luego, de repente, los árboles quedaron atrás a ambos lados y *Rencor* continuó corriendo entre ventisqueros. El gélido perdía velocidad con rapidez. Ante ellos, la cinta negra del Camino de la Lanza atravesaba un estrecho campo nevado, y a medio kilómetro de distancia se alzaba el hogar del noble, la gran Ciudad de las Sombras.

—Ya casi hemos ganado la carrera, bestia de las profundidades de la tierra —le

jadeó Malus a la montura—. Unos pocos estadios más, y entonces veremos hasta qué punto son valientes esos perros.

Como si entendiera las palabras del noble, *Rencor* se lanzó, en un último esfuerzo, a toda velocidad y cargó a través del terreno abierto hacia las murallas de basalto de la ciudad que tenía delante.

Malus desenvainó la espada y la sujetó en alto con la esperanza de captar la atención de los guardias de las almenas. El estruendo de los cascos le hizo volver la cabeza: los cinco bandidos restantes habían salido de entre los árboles y castigaban los flancos de los caballos con látigos y espuelas. Los pálidos rostros destacaban nítidamente contra el fondo oscuro de las capuchas de las capas que llevaban. Tenían los ojos atentos y enseñaban los dientes, una mueca debida al gélido viento.

Los bandidos le ganaban terreno, pero con lentitud, demasiado lentamente. Al cabo de unos momentos, Malus se encontraba a medio camino de las murallas de la ciudad y divisaba los altos cascos de los soldados, que sobresalían por encima de las ahusadas almenas del cuerpo de guardia.

—¡Abrid las puertas! —gritó con todas las fuerzas que pudo reunir. Si los guardias lo oyeron, no dieron señales de que así fuera.

*Rencor* saltó al camino, donde sus planas patas aplastaron aún más la apisonada capa de cenizas. Malus avistó varias afiladas astas con plumas negras que sobresalían del suelo helado en ángulo inclinado: los grandes proyectiles que los guardias de la ciudad le habían disparado a él, hacía meses, aún permanecían donde habían caído, tal vez dejados adrede como advertencia para futuros viajeros. Se encontraba a menos de cien pasos de las altas puertas de la ciudad, pero éstas permanecían cerradas.

Malus les lanzó un torrente de maldiciones a los guardias de las almenas y tiró de las riendas de *Rencor* para detener la carrera de la bestia; de no hacerlo, habría impactado contra las puertas, que no iban a abrirse a tiempo, si es que lo hacían.

El herido nauglir se detuvo torpemente justo delante de las altas puertas. Malus tiró de las riendas e hizo que la bestia girara sobre sí misma, y después pateó el negro hierro con una bota acorazada.

—¡Abrid las puertas, gusanos plebeyos! —rugió.

Entonces, el aire que rodeaba al noble se llenó del colérico zumbido de las avispas hechas por los hombres. Tres saetas de ballesta se estrellaron contra las puertas de hierro de la ciudad, y otras dos impactaron en la espalda de Malus. Una le atravesó la pesada capa y resbaló sobre el espaldar druchii con un áspero sonido metálico, mientras que la otra atravesó la capa, la hombrera izquierda y parte del espaldar sobre el que montaba. Malus sintió un punzante dolor en el hombro y se lanzó instintivamente al suelo para refugiarse entre el cuerpo de *Rencor* y la puerta.

El sonido de los cascos había cesado. *Rencor* volvió la cabeza para encararse con los atacantes y lanzó un siseo débil. Malus se arriesgó a echar una mirada por encima

de los cuartos traseros del nauglir. Los bandidos se habían detenido justo en medio del camino, y entonces contemplaban el cuerpo de guardia de la ciudad y discutían las posibilidades con que contaban. El noble sentía que la sangre le manchaba la ropa y le bajaba por la espalda.

—¿Por qué no abren la condenada puerta? —murmuró con ferocidad—. ¿Por qué no disparan a esos perros?

—Están esperando a que la situación se resuelva por sí sola, tal vez —dijo Tz'arkan, levemente divertido—. Los bandidos te matan, ellos matan a los bandidos y les quedan seis cuerpos para saquear.

—Yo no hablaría con tanta presunción, demonio —replicó Darkblade con los dientes apretados. Clavó la punta de la espada en el suelo y manoteó por encima del hombro para intentar arrancarse la saeta de ballesta de la espalda—. Son cinco, y a mí sólo me quedan la espada y el cuchillo. Si me clavan una saeta en un ojo, ¿cómo lograrás escapar de aquel templo maldito?

—No temas por mí, Darkblade —respondió el demonio—. He esperado miles de años en mi prisión, y puedo esperar otros miles, si tengo que hacerlo. Debes preocuparte por las consecuencias para ti: si me fallas, me apoderaré de tu alma por toda la eternidad. Pero eso no tiene por qué suceder. Estos estúpidos son pasto para tu espada, si permites que te dé un poco de fuerza.

Malus apretó los puños. El demonio se había apoderado de él en el templo por una sola razón: para quedar libre de la prisión en la que había sido confinado milenios antes. Darkblade era su agente en el mundo de los mortales, el que buscaría las llaves para neutralizar las protecciones mágicas que retenían a Tz'arkan dentro de la celda de cristal. Y por mucho que el demonio lo amenazara con el tormento eterno, se ofrecía con rapidez a prestarle una parte de su poder cuando las cosas se ponían feas.

Durante el largo viaje de regreso, había habido varias ocasiones en las que Malus se había visto obligado a aceptar los dones de Tz'arkan: reparar desgarrones y huesos rotos de su cuerpo, aliviarle la fiebre, protegerlo de la congelación o conferirle una fuerza y velocidad sobrenaturales en la batalla. Cada vez, cuando se desvanecía la ola de poder sobrenatural, sentía como si la contaminación del demonio se hubiese extendido un poco más por su cuerpo y como si el poder de Tz'arkan sobre él se hubiese reforzado.

«Y, a pesar de todo —pensó Malus—, ¿me atreveré a rechazarlo?»

De repente, el sonido de los cascos retronó en el aire, y Malus oyó que *Rencor* lanzaba un siseo de advertencia.

—De acuerdo —aceptó el noble con ira contenida—. Préstame tu fuerza por última vez, demonio.

—Por última vez —respondió el demonio, burlón—. Por supuesto.

El poder lo acometió como una corriente de negra agua gélida y corrió por su



cuerpo, de modo que cada músculo se hinchó hasta tensar por completo sus mortales confines. La cabeza de Malus se lanzó hacia atrás, y de la boca abierta salió un gruñido inarticulado. Sentía que las venas de la cara y el cuello ondulaban como serpientes y latían de corrupción. Cuando se le aclaró la visión, tenía los sentidos aguzados y el mundo se movía con gran lentitud. El sonido de los caballos que galopaban hacia él era como el lento y decidido batir de un tambor del templo.

Los bandidos iban lanzados a toda velocidad, con la esperanza de matar rápidamente a la presa y huir antes de que los guardias de las murallas cambiaran de opinión. Malus oyó que dos de los jinetes se desviaban hacia la derecha, en dirección a la cabeza de *Rencor*, mientras que los otros tres daban un amplio rodeo en torno a la cola del gélido. Sonriendo como un lobo, Malus se lanzó hacia el trío de la izquierda.

Una vez más, el noble se maravilló de la velocidad que desarrollaba, ya que sus pasos eran tan rápidos y ligeros que no parecían tocar siquiera la tierra. Cayó sobre los bandidos antes de que se dieran cuenta, pues tenían la atención fija en *Rencor* y su mortífera cola. El primer caballo olfateó a Malus y lanzó un relincho terrible, con los ojos en blanco de pánico; sin duda, había percibido al demonio que el elfo llevaba dentro. Sacudió la cabeza e intentó retroceder, y Malus saltó hacia él y cortó las riendas con una torsión de muñeca. El animal se alzó de manos, y el jinete cayó de espaldas sobre el camino. Antes de que pudiera recuperarse, Malus clavó la espada en el cuello del bandido, de manera que una fuente de sangre rojo brillante regó la nieve removida.

Una saeta de ballesta zumbó perezosamente junto a su cabeza. Malus se volvió a tiempo de ver que el segundo bandido le lanzaba a la cara la ballesta descargada. Desvió el arma a un lado con la espada y se arrojó hacia adelante, saboreando el horror de los ojos del bandido, que inútilmente intentaba desenvainar la espada. La hoja del arma de Malus pasó a velocidad cegadora y le cercenó la pierna derecha a la altura de la rodilla. El druchii y el caballo chillaron con igual fuerza, y el bandido cayó bajo los cascos del animal cuando éste brincó para escapar del demoníaco rostro de Malus.

El noble oyó otro relincho y vio que el tercer bandido tiraba salvajemente de las riendas y taconeaba al caballo, que espumajeaba, para que retrocediera al galope por el camino. Los bandidos restantes azotaron los flancos de las monturas para reunirse con él.

Se encontraban a unos diez metros de la puerta cuando entraron en acción los lanzadores de virotes de lo alto de las murallas. Las cuerdas metálicas restallaron y cantaron, y los proyectiles, de un metro de largo, surcaron el claro aire para atravesar a hombres y caballos. Cuando los cuerpos se desplomaron sobre el nevado suelo, Malus cayó de rodillas, con el estómago revuelto, mientras el poder del demonio lo abandonaba. Vomitó negra bilis sobre el camino cubierto de ceniza, y oyó ruido de

cadenas cuando los guardias comenzaron a accionar los cabrestantes para abrir las grandes puertas.

Una pequeña chispa de algo similar al pánico destelló en el cerebro de Malus. «Contrólate —pensó con ferocidad mientras intentaba superar la náusea—. Haz retroceder al demonio. Oculta su rastro...»

En Naggaroth no había nada que se considerara pecado, salvo la debilidad. El Rey Brujo exigía la fidelidad de conquistadores y esclavistas: cualquier otro era una presa. Malus sabía muy bien que si su gente descubría el poder que Tz'arkan tenía sobre él, lo asesinaría sin pensárselo. No importaba que los dones del demonio lo convirtieran en el igual de diez druchii; el hecho de que hubiese caído en la trampa de Tz'arkan y que éste lo hubiese convertido en su esclavo lo hacía inadecuado para vivir.

Durante los largos meses pasados en los Desiertos del Caos, Malus se había esforzado por dominar los elocuentes signos de influencia demoníaca que evidenciaban la mutación de su delgado cuerpo. Mediante un extremo esfuerzo de voluntad, enlenteció los veloces latidos del corazón y logró que las negras venas de la cara y el rostro desaparecieran. La piel, por entonces de un blanco azulado gredoso, se suavizó hasta alcanzar un uniforme tono de alabastro. Cuando los primeros guardias aparecieron a la carga, Malus se limpió la bilis de los labios y se obligó a levantarse sin mostrar el más leve signo del agotamiento que sentía.

Los acorazados guardias de la ciudad salieron por la puerta con los largos cuchillos destellantes en la mano. *Rencor* alzó la cabeza del cadáver de uno de los caballos de los bandidos y les dirigió un rugido de advertencia a los intrusos; el cuadrado hocico estaba embadurnado de sangre y trozos de carne. Los guerreros hicieron caso omiso tanto de Malus como de la montura y, por turno, se pusieron a inspeccionar a cada uno de los bandidos; les cortaron la garganta con rápidos y expertos tajos, y luego registraron los cadáveres en busca de objetos de valor. El noble regresó junto a *Rencor*, pero mantuvo una prudente distancia hasta que el nauglir se hubo hartado de carne de caballo.

—Dos muertos y los demás puestos en fuga en el tiempo que se necesita para decirlo —comentó una voz desde las sombras de la puerta de la ciudad—. Una proeza de lo más impresionante, temido señor. Te ha sentado bien el tiempo pasado en los Desiertos, si se me permite ser tan atrevido como para decirlo.

Malus se volvió al oír la voz, con una mano cerrada en torno a la empuñadura de la espada. Un capitán de la guardia avanzó hasta la luz; iba ataviado con una buena armadura, y junto a la cadera le colgaba una espada con filigrana de plata. En los oscuros ojos del capitán había una mirada perversa, que a Malus no le gustó ni pizca. El hombre tenía algo que le resultaba familiar.

—Osadas palabras para proceder de un capitán pusilánime —siseó Malus—, que se ha ocultado detrás de las murallas de piedras mientras yo luchaba en solitario.

Cuando el vaulkhar se entere de esto, tu vida y la de tus hijos quedarán sentenciadas.

Malus esperaba que el capitán se acobardara ante esas palabras, pero, en cambio, sonrió débilmente y sus oscuros ojos brillaron con cruel alegría. El noble resistió el impulso de clavar el cuchillo en los burlones ojos del guardia al recordar con quién estaba hablando. Era el mismo capitán al que había sobornado para escapar de la ciudad meses antes. En el entretanto, habían aparecido unas cuantas cicatrices más en su cara, pero a juzgar por la armadura nueva, estaba claro que había dado un buen uso al regalo de Malus.

El capitán salió de debajo de la arcada de la puerta y se acercó al noble.

—Por supuesto, eres libre de presentarle la queja a tu padre, el vaulkhar —dijo con calma—, pero no creo que vaya a ser una reunión agradable, temido señor. De hecho, podría ser fatal.

Malus estudió al capitán con los ojos entrecerrados.

—¿Y cómo sabes tú algo semejante?

—Porque la guardia de la ciudad tiene una orden, expedida por tu padre y por el propio drachau, que dice que Malus, hijo de Lurhan, debe ser arrestado en cuanto se le vea y entregado en la torre del vaulkhar. —El capitán sonrió—. ¿Acaso tu padre siempre trata a sus hijos como a criminales, temido señor?

La audacia del capitán era pasmosa, pero Malus vio que se trataba de un plan cuidadosamente trazado. Aquel hombre era ambicioso por encima de todo.

Malus se acercó más al capitán.

—¿Así que mantuviste las puertas cerradas para hacerme un favor, entonces?

—Por supuesto, temido señor. Si hubiese hecho sonar la alarma y hubiese abierto las puertas, se habría informado al comandante de la guardia, y eso habría hecho necesario tu arresto. —El capitán se volvió a mirar a sus hombres—. En este momento, sólo estoy concediéndoles un descanso a mis guardias, mientras hablo de asuntos privados con un noble al que conozco.

Malus sonrió sin alegría.

—¿De verdad?

El capitán asintió con la cabeza.

—Desde luego. Sé muy bien cuánto ofrecen tu padre y el drachau por tu arresto. Siento curiosidad por saber cuánto ofrecerías tú para evitar ese desafortunado destino.

El noble miró fijamente al capitán y se puso a reír. Fue un sonido áspero y truculento, que hizo que la expresión divertida abandonara el rostro del capitán.

—Según creo recordar, te prometí una recompensa cuando regresara a Hag Graef —dijo Malus—. Permíteme entrar en la ciudad, capitán, y la doblaré.

—¿De verdad? —El capitán estudió cuidadosamente al noble para sopesar los riesgos. Malus vio avaricia en la expresión del hombre—. Recibiré ahora el pago, si te place, temido señor.

—¿Estás seguro de que es prudente con todos estos guardias cerca? También querrán una parte, ¿y en qué lugar quedarías tú, entonces? —El noble se le acercó un paso y le habló susurrando, a modo de conspiración—. ¿Conoces una casa de placer del barrio de los Corsarios llamada La Casa de Latón?

—La conozco —replicó el capitán con cautela.

—En ese caso, tengo que pedirte un favor. Llévale un mensaje a Silar Sangre de Espinas, es uno de mis fieles, y dile que se reúna allí conmigo después de que haya anochecido. Lo encontrarás en mi torre. Acompáñalo esta noche, y me encargaré de que se te recompensen ampliamente todos los esfuerzos.

El capitán ladeó la cabeza con aire suspicaz.

—Mi temido señor es cruel y astuto —dijo—, así que comprenderás que tenga razones para creer que esto sea algún tipo de engaño.

Malus sonrió. Resultaba difícil no admirar un descarado semejante.

—¿Me atreveré a engañarte, capitán? Si lo hiciera, me denunciarías a mi padre y eso no me conviene.

El capitán lo pensó durante un momento para calcular las probabilidades.

—Muy bien —dijo con tranquilidad—. En ese caso, esperaré ansiosamente nuestro encuentro. ¿Qué mensaje debo entregar?

—Di que su señoría ha regresado de los Desiertos —dijo Malus—. Eso será suficiente.

La Casa de Latón era un lupanar que servía a los nobles druchii en uno de los distritos más decadentes de la ciudad. Malus conocía bien a la propietaria, pues había pasado noches enteras en una de las alcobas privadas a las que invitaba a huéspedes de mala reputación y posibles aliados. Era uno de los primeros lugares en que lo buscarían los hombres del vaulkhar si se enteraban de que había regresado a la ciudad, pero estaba seguro de que la señora Nemeira lo conocía lo bastante bien como para no atreverse jamás a traicionarlo. La Casa de Latón era un laberinto de alcobas y corredores estrechos —algunos ocultos tras puertas disimuladas y paneles de la pared—, que ocupaba la mitad de una manzana situada en el límite entre el barrio de los Corsarios y el barrio de los Esclavistas. Incluso había rutas secretas para escapar del edificio, que supuestamente salían fuera de las murallas de la ciudad; Nemeira cobraba un precio adicional por su uso.

Malus bebió otro sorbo de vino y se acomodó más profundamente en el montón de gruesos cojines. La habitación estaba decorada en estilo autarii, con montones de gruesas alfombras y almohadones colocados en torno a braseros dispuestos aproximadamente en forma de trébol alrededor de un hogar circular. Habían retirado las sucias y harapientas ropas y el kheitan del noble —«para quemarlo todo de inmediato», había dicho Nemeira con seriedad—, y le habían llevado la maltrecha armadura a un armero que la propietaria conocía bien, para que la reparara. Tras un

largo baño muy caliente, durante el que había sido vigorosamente frotado por dos sirvientes, se había puesto ropones de rica seda y había pedido el mejor vino que podía servir la casa.

El cansancio lo vencía con manos cada vez más fuertes. Desde que los bandidos habían descubierto su rastro, unos días antes, había tenido muy escasas oportunidades de dormir, y ninguna posibilidad de buscar comida. El agotamiento amenazaba con abrumarlo, mientras su mente era un torbellino de sospechas.

Se oyó algo que rascaba la puerta con suavidad. Malus dejó a un lado el vino, y la mano derecha se desvió hacia la espada que yacía sobre la alfombra, junto a él.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió en silencio y entró una esclava humana que llevaba la cabeza gacha y los ojos bajos.

—Tus invitados han llegado y aguardan hasta que te plazca recibirlos, temido señor —dijo en voz baja—. ¿Los recibirás?

—Hazlos entrar, y luego ve a la cocina a buscar vino y comida —replicó Malus.

«Ahora obtendré algunas respuestas —pensó—. Y luego, un poco de diversión agradable.» Había tenido horas para considerar la larga lista de tormentos que le infligiría al presuntuoso capitán. Sería una buena manera de celebrar su regreso a Hag Graef.

Al cabo de unos momentos, la puerta volvió a abrirse y entraron tres druchii. Silar Sangre de Espinas fue el primero, con el alto cuerpo ligeramente encorvado a causa del bajo techo de la sala. El joven druchii llevaba la armadura completa y tenía la mano cautamente posada sobre la empuñadura de la espada. Detrás de él se deslizó una sombra oscura envuelta en una pesada capa con capucha. Cuando la figura se aproximó a la luz del brasero más cercano, Malus atisbo el cadavérico semblante pálido de Arleth Vann. Sus dorados ojos brillaron a la luz del fuego, tan fríos y despiadados como la mirada de un lobo hambriento. El último en entrar fue el capitán de la guardia, que contempló la lujosa decoración de la sala con una mezcla de suspicacia y deseo, a partes iguales.

Silar vio a Malus, y su expresión cambió de la desconfianza a la auténtica sorpresa.

—Cuando el capitán fue a buscarme, tuve la seguridad de que tenía que tratarse de un truco —dijo el joven druchii.

Malus se levantó y aceptó la formal reverencia de Silar.

—Bien hallado, Silar..., y tú, Arleth Vann —dijo el noble, que inclinó ligeramente la cabeza hacia el druchii encapuchado—. Aunque siento curiosidad por saber por qué ambos decidisteis venir.

—Tenía que asegurarme de que no nos seguían —replicó Silar, cuya expresión se volvió severa—. Sin duda, estás enterado de que se ofrece una recompensa por tu

arresto. El vaulkhar no nos quita el ojo de encima, ni de día ni de noche, con la esperanza de que lo llevemos hasta donde estés.

Antes de que Malus pudiera responder, el capitán de la guardia avanzó un paso.

—Perdóname, temido señor, pero no deseo imponerte por más tiempo mi intrusa presencia. Si podemos concluir ahora nuestros asuntos, me marcharé.

—¿Intrusa presencia? No es para nada intrusa, capitán —dijo Malus con tranquilidad—. Me has hecho un gran favor, y esta noche eres mi invitado. —Hizo un gesto hacia los cojines—. Siéntate. Tenemos muchas cosas de las que hablar, y hace bastante tiempo que no cuento con compañía estimulante. —Clavó en el druchii una mirada dura y fija—. Insisto.

Los dos guardias de Malus se volvieron a mirar al capitán, y la cara del emprendedor druchii se puso pálida al darse cuenta de la trampa en la que se había metido.

—Yo...sí..., por supuesto —asintió con inquietud.

—Excelente —dijo el noble—. Lamento no estar en condiciones de ofrecerte la hospitalidad de mis propias habitaciones, capitán, pero supongo que mi medio hermano Urial ha descargado en ellas su frustración durante mi ausencia, ¿verdad, Silar?

Silar se volvió a mirar a Malus con la frente fruncida de preocupación.

—¿Quieres decir que no te has enterado?

El buen humor de Malus se desvaneció.

—¿Enterarme de qué?

Sin pronunciar palabra, Silar señaló el *hadrilkar* que le rodeaba el cuello. No era el de acero plateado con el que estaba familiarizado Malus, sino uno de plata pura que tenía labrado el sello del propio vaulkhar.

—Tu torre ha sido confiscada por tu padre, junto con todas las propiedades que había dentro —dijo Silar con voz grave—. Se ha quedado con tus guardias, tus esclavos..., con todo. Has sido desposeído, expulsado de la casa del vaulkhar.

## 2. El perjurio

—¿Desposeído? —A Malus le daba vueltas la cabeza al pensarlo—. ¿Por qué mi padre iba a hacer algo semejante?

—Es culpa tuya —replicó Silar sin más.

Los ojos del capitán se desorbitaron ante la irreflexiva sinceridad de Silar, y por su expresión quedó claro que esperaba que en cualquier momento la cabeza del joven saliera rebotando por las alfombras—. Te dije que torturar al rehén naggorita era una temeridad.

—¿A Fuerlan? —le espetó Malus—. ¿Qué tiene que ver ese sapo con nada de todo esto? Me puso las manos encima..., a mí..., en la Corte de las Espinas, y se atrevió a presumir de que me conocía. Estaba en todo mi derecho de matarlo por semejante afrenta. —El noble se cruzó de brazos y miró a Silar con ferocidad—. Sus tormentos fueron complejos e intrincados. Fueron un regalo. Si el estúpido tuviera algún sentido del honor, me daría las gracias por lo que hice.

—Salvo por el hecho de que Fuerlan es un rehén. Es propiedad del drachau, y el drachau es el único responsable de su castigo. —Silar abrió las manos ante sí—. ¿Es que no ves la trascendencia política del asunto? Es una afrenta a Naggor, como mínimo.

Malus le lanzó a Silar una mirada envenenada.

—Así que el drachau reaccionó mal ante la tortura de Fuerlan.

—Le ordenó a tu padre que te matara con sus propias manos —replicó Silar—. Supongo que fue lo mejor que se le ocurrió para evitar la cólera del Rey Brujo. Balneth Calamidad no tenía muchas posibilidades de exigir justicia si su más amargo enemigo ya había dado los pasos necesarios para solucionar el asunto.

Malus consideró el problema.

—¿Así que cuando el vaulkhar no me encontró en la ciudad, confiscó mis bienes? Silar sonrió con tristeza.

—¿Recuerdas a los nobles que invirtieron en tu incursión esclavista, los que perdieron una considerable fortuna cuando los esclavos fueron asesinados fuera de Ciar Karond? Se unieron todos y reclamaron el pago de la deuda pocos días después de que te fueras. Y puesto que te habías marchado, pudieron presentarle la petición a tu padre. Saldó la deuda y te desposeyó de tus bienes para cubrir sus pérdidas. ¿Ahora ves lo que puede provocar un solo acto temerario?

—Ya lo creo que sí —replicó Malus con frialdad, al borde de perder la paciencia—. Y volvería a hacerlo en las mismas circunstancias. Es mi privilegio como noble, Silar. No lo olvides.

Silar inclinó la cabeza.

—Por supuesto, temido señor. Sólo deseo hacerte ver la profundidad del problema

al que has regresado.

El noble rió amargamente.

—Está más embrollado de lo que tú sabes, Silar Sangre de Espinas. Pero, al menos, ahora no tendré que preocuparme por los asesinos del templo de Khaine, ya que mi padre ha saldado la deuda.

—No es así, mi señor —intervino Arleth Vann, cuyo agudo susurro se alzó desde las sombras del otro extremo de la sala. El antiguo asesino del templo buscaba la penumbra por instinto, por afinidad—. La deuda de sangre sigue vigente entre tú y el Señor del Asesinato.

—¡Pero eso no tiene ningún sentido! —gritó Malus, acalorado—. Mis antiguos aliados han cobrado la deuda; ¿por qué iban a continuar manteniendo a los sabuesos de Khaine tras mi rastro?

—Cuando los esclavos que transportábamos fueron asesinados hace meses, supusimos que tus antiguos socios habían contratado los servicios del templo para castigarte por tu fracaso —continuó Arleth Vann—. Creo que tal vez nos precipitamos demasiado al hacer esa suposición. Los nobles que escogiste para financiar la incursión fueron seleccionados específicamente por tener poca influencia, aunque fortuna y ambición moderadas. Y te aseguraste de que cada uno de esos nobles invirtiera la mayor parte de su influencia y fondos en la empresa, con el fin de garantizar la continuidad de su apoyo.

Malus sintió el deslizamiento de serpientes invisibles sobre su corazón.

—¡Qué red tan enmarañada has tejido, Darkblade! —dijo el demonio, riendo entre dientes—. Jamás he visto a una araña enredarse de modo semejante. Tal vez cometí un error cuando te escogí como salvador.

—¡Si dudas de mi capacidad, déjame y que la Oscuridad Exterior se te lleve! —siseó Malus, y luego se puso rígido al darse cuenta de que había hablado en voz alta.

Silar se tensó y en sus ojos brilló un enojo reprimido, mientras que el rostro de Arleth Vann continuó pálido e implacable como una máscara. El noble avanzó con paso rígido hasta donde estaba la copa de vino y bebió un largo sorbo.

—¿Así que ahora crees que esos nobles nunca recurrieron al templo? —preguntó Malus con brusquedad.

—No, mi señor —replicó Arleth Vann—. Hice algunas indagaciones después de que te marcharas a los Desiertos, y parece que escogiste realmente bien a tus socios, ya que varios de ellos invirtieron más de lo que realmente podían permitirse y estaban al borde de la ruina cuando tu empresa fracasó. Aunque hubiesen reunido entre todos hasta la última moneda que les quedaba, no habría bastado para pagar la ayuda del templo. Algún otro es responsable de la deuda de sangre, y continúa manteniéndola incluso ahora.

Malus fue a beber otro sorbo de la copa, pero descubrió que ya la había vaciado.



Con un esfuerzo supremo, controló el impulso de arrojarla al otro lado de la sala.

—Así que —dijo al mismo tiempo que dejaba la copa cuidadosamente en el suelo — después de haber regresado de un viaje de tres meses hasta los Desiertos del Caos llego a casa para encontrarme con que soy un proscrito, que la guardia de la ciudad tiene orden de arrestarme en cuanto me vea y que el drachau, mi padre el vaulkhar y, además, el templo de Khaine están intentando matarme.

Durante un largo momento, nadie habló. El capitán de la guardia dirigió una mirada anhelante hacia la puerta, sintiéndose repentinamente muy incómodo. Silar y Arleth Vann intercambiaron miradas.

—Eso... sería una valoración precisa —dijo Silar, vacilante—. Confío en que la expedición a los Desiertos haya salido bien.

—¿Muertos, mi señor? ¿Todos ellos? —Silar miró a Malus con expresión de conmoción y horror combinados.

Los sirvientes de la casa habían aparecido y se habían marchado tras dejar bandejas de comida especiada y más botellas de vino. Malus ya iba por la tercera copa. La calidez del vino parecía llenar la sensación de vacío de su pecho y detener el movimiento de los inquietos bucles del demonio que se le retorcían en el interior.

—Cuando partimos, sabíamos que el viaje no carecía de riesgos —dijo el noble, ceñudo, con la mente inundada por las inquietantes imágenes de la lucha librada en el exterior del templo.

—¿Qué había dentro del templo, mi señor? —preguntó Arleth Vann, que estaba sentado, con las piernas cruzadas, a la izquierda de Malus, con las manos cómodamente posadas sobre las rodillas. El antiguo acólito no había probado la comida ni el vino—. ¿Hallaste la fuente de poder que buscabas?

Vagamente, Malus sintió que Tz'arkan se movía dentro de su pecho. El noble se echó atrás al mismo tiempo que se llevaba la botella a los labios.

—Otra pieza del rompecabezas —replicó—. Allí había poder, pero aún no tengo los medios para ponerlo en libertad. Me faltan las llaves, y eso es lo que me ha traído de vuelta a Hag Graef.

—¿Las llaves están aquí? —preguntó Silar, con el ceño fruncido.

—Es posible que ya no existan siquiera —replicó Malus, sombrío—. Pero lo mismo pensábamos del templo en sí. Hay cuatro reliquias arcanas que debo desenterrar antes de que pueda poner en libertad el poder del templo, y dispongo de menos de un año para encontrarlas.

—¿Menos de un año? —preguntó el capitán de la guardia, intrigado a su pesar.

Cuando los sirvientes habían llegado, el capitán se había apropiado de una botella, pero por lo demás se esforzaba por no llamar la atención de nadie.

—Sí —respondió Malus, que reprimió una ola de irritación—. Si no logro desarmar las protecciones del templo en el plazo de un año, mi... derecho quedará

anulado.

El noble oyó que la voz del demonio susurraba con tono burlón, pero el sonido era demasiado débil para oírlo por encima del zumbido que tenía dentro de la cabeza. Malus rió entre dientes.

—¡Si esto continúa, podría permanecer borracho durante los próximos nueve meses!

El silencio cayó sobre los druchii. Malus percibió las miradas de preocupación de Silar y Arleth Vann, y se dio cuenta de que había vuelto a pensar en voz alta.

—No deis importancia a mis murmullos —dijo el noble, a la vez que agitaba una mano con descuido—. He pasado demasiados meses a solas en los Desiertos, con nada más que mi propia voz por compañía.

Malus bebió otro sorbo, y luego se enderezó y dejó cuidadosamente la botella sobre la alfombra.

—El tiempo es de vital importancia. Debo acceder a una biblioteca arcana y comenzar a buscar referencias a esas reliquias, lo que significa que necesito contactar con mi hermana Nagaira. También significa que necesitaré agentes de confianza para que sean mis manos y ojos en el Hag y en cualquier otro lugar de la ciudad.

Silar asintió con la cabeza, mirando al suelo.

—No hemos olvidado los juramentos que te prestamos, mi señor —respondió—, pero ahora también debemos responder ante el vaulkhar.

—No es cierto —dijo el capitán de la guardia.

Malus alzó las cejas.

—¿Y cómo es eso?

El capitán de la guardia hizo una pausa momentánea para reunir sus pensamientos y extraer un poco más de valentía de la botella que sujetaba con las manos.

—Los juramentos de lealtad son supremos —comenzó—. Ni siquiera el propio Rey Brujo puede usurpar el juramento de servicio hecho por un druchii a otro. Mientras estés vivo y tus guardias no hayan abjurado de su compromiso, el vaulkhar no puede reclamarlos como propios. Sólo puede reclamar el derecho a mandarlos en tu ausencia, dado que tú le debes lealtad como padre y vaulkhar, y no estás aquí para disputarle la propiedad.

—¿Y no es probable que eso cambie si quiero conservar la cabeza pegada al cuello? —gruñó Malus.

—Cierto..., pero puedes designar un representante para que actúe como tu ejecutor —dijo el capitán, que le ofreció una débil sonrisa—. Un escrito firmado y presentado ante el vaulkhar liberará a tus guardias del control de tu padre.

Malus contempló al hombre con los ojos entrecerrados. ¿Acaso su temeridad no tenía límites?

—¿Y quién sugieres que asuma ese papel?

El capitán sonrió.

—Yo consideraría un honor el hecho de servirte, temido señor.

—¿A pesar de que dos de los más poderosos nobles de Hag Graef quieran verme muerto, además del templo de Khaine? ¿A pesar de que acabo de regresar de un viaje que les ha costado la vida a todos y cada uno de mis guardias?

—Aun así, temido señor. Honradamente, es una recompensa mucho mejor que una bolsa de oro o un puñado de gemas. Hay muchas más probabilidades de medrar si se sirve a un noble que si se comanda una barraca de guardias. —El capitán le hizo un guiño de hombre sabio—. En cualquier caso, tengo la sensación de que habrá muchas más oportunidades de ganar dinero si sirvo en tu casa.

Malus sacudió la cabeza. No tenía absolutamente ninguna razón para confiar en aquel intrigante druchii. «Pero, de momento, puede resultar útil», pensó.

—La ambición hará que te maten, capitán...

—Hauclir —respondió el druchii al mismo tiempo que inclinaba la cabeza.

—¿Hauclir? ¿Como el famoso general?

—Al que luego ejecutó el Rey Brujo por traición, sí. Parece que mi padre no tenía buen juicio cuando se trataba de escoger mentores.

—En efecto —dijo Malus—. Me aventuraría a decir que tú adoleces del mismo mal. Pero, de todos modos —añadió el noble con cansancio mientras extendía un brazo y cogía la espada—, tengo una necesidad y tú la cubrirás. —Se puso de pie, y Hauclir lo imitó.

»La Madre Oscura vigila y sabe qué hay en nuestros corazones —entonó Malus, posando la punta de la espada en la depresión de la garganta de Hauclir—. Este acero está consagrado a su servicio. ¿Juras consagrar tu vida a la mía, servirme en lo que te mande y morir a mis órdenes?

—Ante la Madre de la Noche, lo juro —respondió Hauclir—. Que su acero acabe conmigo si soy falso. Llevaré tu collar hasta que me liberes de él, en la muerte o en la recompensa.

Malus asintió con la cabeza.

—Muy bien, pues, Hauclir. Ahora, eres mío. Espero que vivas lo suficiente para lamentarlo. —Arrojó la espada desnuda sobre la alfombra—. Mañana, tú y yo redactaremos ese escrito del que has hablado. De momento —dijo el noble al mismo tiempo que volvía a reclinarsse sobre los almohadones—, tengo intención de beberme hasta la última gota de vino de la habitación y dormir como un muerto. Marchaos.

Los guardias se inclinaron a la vez y salieron silenciosamente. Malus cogió la botella y la vació, saboreando el silencio.

Un leve susurro sacó a Malus de un sueño sin sueños. Las semanas de viaje en solitario por los Desiertos habían afinado sus sentidos al máximo, y habían condicionado sus reflejos para reaccionar de modo inmediato. Al principio, el noble

permaneció completamente inmóvil y esperó, atento, a que el sonido se repitiera. Cuando volvió a oírlo —el más leve roce de un pie descalzo sobre los montones de alfombras—, apenas abrió los ojos enfocó el origen del ruido.

La mermada luz de los braseros iluminaba el centro de la habitación con un débil resplandor rojizo y dejaba las paredes en sombra. Malus yacía sobre un montón de cojines, con los pies descalzos orientados hacia el brasero más cercano y varias botellas de vino esparcidas alrededor de las piernas. Su mano derecha aún sujetaba una botella vacía. Después de marcharse sus antiguos guardias, Malus había bebido hasta caer en un sopor. Entonces, apenas unas horas más tarde, el noble se sorprendió ligeramente por lo poco que había durado la ebriedad.

Al otro lado de la sala, un sirviente druchii recogía copas volcadas y bandejas con veloces y silenciosos gestos. El esclavo se movía con rapidez entre el desorden. Un momento después, retiró con cuidado las botellas que rodeaban las rodillas de Malus.

El noble reprimió un destello de fastidio ante su propia paranoia, obligó a sus ojos a cerrarse e intentó dormirse otra vez. «Volver a hacer caso omiso de los sirvientes va a requerir un poco de esfuerzo», pensó Malus con acritud.

Comenzó a dormirse. Entonces, de repente, lo recordó: «La señora Nemeira no tiene esclavos druchii».

Malus saltó de los cojines en el preciso momento en que le golpeaba la daga del asesino, cuya afilada hoja le atravesó el ropón de seda y se le clavó en un hombro en lugar de abrirle la garganta. Parecía una esquirra de hielo y, de pronto, la mano izquierda del noble quedó entumecida. El asesino se encontraba sobre Malus, con los ojos brillantes como latón fundido. «Un acólito del templo», pensó Malus, furioso, mientras luchaba contra una ola de pánico.

El asesino le arrancó la daga —Malus sintió que el caliente flujo de sangre le manchaba el fino ropón, que se le pegó al pecho—, y el noble atrapó la muñeca del enemigo. Malus intentó golpearlo en la cabeza con la botella de vino que tenía en la otra mano, pero el asesino aferró la muñeca del noble con una rapidez impresionante, y ambos comenzaron a rodar por las alfombras en un torbellino de patadas, mordiscos y puñetazos dirigidos a la cabeza.

Unos dientes se clavaron en el antebrazo derecho de Malus. Él golpeó la entrepierna del asesino con una rodilla y le dio cabezadas en una sien, hasta que sintió que se le aflojaba la mandíbula. Malus logró soltar de un tirón el brazo derecho, con la esperanza de separarse del enemigo y asestarle un golpe, pero el asesino reaccionó mordiéndole la garganta. Malus se contorsionó e intentó valerse de su peso para volver la daga contra el asesino y clavársela en el pecho, pero el entumecimiento de la mano estaba intensificándose y sintió que perdía fuerza.

El acólito giró bruscamente por la cintura y volvieron a rodar. El hombro derecho de Malus chocó contra algo duro e inamovible, y olas de calor le acometieron la cara

y el brazo. Con una sonrisa fría, el acólito, situado encima de él, alzó inexorablemente la hoja del cuchillo, mientras la luz del brasero dibujaba en su rostro una mueca demoníaca. La sangre de la hoja del cuchillo pareció relumbrar en la luz mortecina, y Malus sintió que su mano comenzaba a ceder.

Rugiendo con furia desesperada, Malus se contorsionó con todas sus fuerzas y lanzó al acólito contra el brasero de hierro, que cayó en medio de una lluvia de ardientes chispas. Al perder el equilibrio, el asesino rodó sobre las ascuas, y Malus soltó la botella para aferrado por el mentón y sujetarle la cabeza contra el fuego. El acólito se puso rígido y de sus hombros comenzó a salir humo. El oscuro cabello se encendió y ardió con llama azulada, pero él continuaba esforzándose por recobrar la libertad del brazo de la daga y clavar la hoja en el pecho de Malus. El noble sentía que sus fuerzas flaqueaban cada vez más, pero los ojos del asesino continuaban febrilmente brillantes y concentrados en matarlo. Luego, sin previo aviso, el acólito lanzó un grito torturado y dejó caer la daga para manotearse la cabeza en un intento de apagar las llamas que lo abrasaban.

Malus lo soltó y rodó para apartarse de él, al mismo tiempo que recorría la sala con los ojos en busca de la espada. Las alfombras habían comenzado a arder y el aire estaba cargado de humo acre. El brazo izquierdo le colgaba, inútil, al lado. «Dónde metí la condenada espada», pensó con furia, mientras intentaba ordenar su memoria, enturbiada por el vino.

Tres punzantes dolores en el hombro derecho arrancaron un alarido de la garganta del noble. Al instante, en cada una de las diminutas heridas surgió un dolor lacerante que quemaba como la picadura de una avispa. Malus se tambaleó, se palpó la espalda con la mano derecha y arrancó tres finas agujas de latón que tenía clavadas en el hombro. Oyó un crujido de cuero quemado y, al volverse, vio que el asesino rodaba y se ponía de pie. El pelo del acólito había desaparecido, tenía el cuero cabelludo ennegrecido y la cara, grisácea de dolor, pero en sus ojos pálidos brillaba la intención asesina.

Malus saltó hacia la puerta de roble y la abrió con un golpe de hombro que lo hizo sisear de dolor, para luego echar a correr por el pasillo suavemente iluminado. No había guardias ni sirvientes por las proximidades; pocos clientes pasaban la noche en la casa de placer, y el noble calculó que estaría cerrada hasta el alba. El veneno de las agujas le causaba espasmos en los músculos del pecho, y si ya le resultaba difícil respirar, mucho más lo sería dar la alarma. E incluso en el caso de que pudiera hacerlo, quién podría responder. ¿Acaso Nemeira lo había traicionado, después de todo? ¿El acólito habría seguido a Silar y Arleth Vann?

«Eso carecerá de importancia si muero en los próximos minutos —pensó, furioso—. La venganza es un lujo para los vivos.»

Aunque el noble no oía que el asesino lo siguiera, sabía que eso no significaba

nada y no estaba dispuesto a malgastar energías en mirar por encima del hombro. Continuó corriendo por el pasillo y luchando para inspirar entrecortadamente. Por un momento, se sintió tentado de llamar a Tz'arkan, dispuesto a perder otro trozo de sí mismo si el demonio podía quitarle el veneno del cuerpo, pero por primera vez se encontró con que no lograba concentrarse en la presencia de Tz'arkan. «Maldito vino», pensó, furioso.

Poco después, el corredor comenzaba a torcer a la derecha y ascendía ligeramente. Malus giró en el primer recodo y tropezó con el cuerpo de un esclavo desnudo. La cara del humano estaba vuelta hacia el techo, que miraba fijamente con un solo ojo azul; el otro era una ruina roja, perforado por una única puñalada de daga. El noble cayó de cabeza y se raspó la frente contra el suelo de piedra, pero volvió a ponerse de pie y continuó corriendo, temeroso de sentir esa mismísima daga en la espalda.

Siguió la curva del pasillo hasta que salió al salón principal de la casa de placer, que entonces estaba vacío; era una cámara circular provista de docenas de nichos velados y mullidos divanes rodeados por altas tarimas y jaulas delicadamente forjadas. Globos de fuego brujo ardían mortecinamente en torno al perímetro del salón desierto, sobre el que proyectaban un resplandor verde pálido. Al instante, vio a dos druchii tendidos en el suelo, ambos ataviados con el kheitan de cuero rojo de los guardias de Nemeira. Ambos yacían boca abajo, y a juzgar por los enormes charcos de sangre, les habían rebanado la garganta.

El noble vio las curvas espadas que tenían junto a la cadera, y por un momento se sintió tentado de coger una, pero sabía que en su estado no podría sobrevivir a otra lucha con el acólito. Al otro lado del salón, la puerta doble de la casa estaba abierta al aire de la noche, y la amarilla niebla cáustica nocturna atravesaba el umbral para inundar el vestíbulo.

Con los dientes apretados, Malus se lanzó hacia la entrada. La niebla haría que le escocieran las heridas abiertas, pero el asesino lo tendría difícil para encontrarlo en las serpenteantes calles umbrías de Hag Graef.

Justo cuando atravesaba el umbral, algo le pasó zumbando junto a un oído, y otras dos agujas de latón del acólito impactaron contra la jamba de la puerta, a su derecha. El noble se arriesgó a echar una rápida mirada por encima del hombro y vio al hombre quemado al otro lado del salón, apoyado contra la pared para sostenerse. Sin vacilar, se lanzó hacia la calle envuelta en niebla, mientras intentaba recordar si en el otro extremo había algún callejón que tuviera salida.

Al llegar al lado contrario, vio de inmediato la umbría boca de un callejón situada a pocos metros de distancia. Sin perder un instante, se dirigió hacia allí y dobló la esquina, pero no vio las figuras ataviadas con ropón que se alzaban desde las sombras de la fachada de una tienda, hasta que ya fue demasiado tarde.

Se oyó un sonido sibilante en el aire, y una ligera red de alambre de acero rodeó el torso de Malus. Finos garfios se le clavaron en la piel y sujetaron la red al cuerpo, y luego un acólito tiró de la delgada cadena que estaba unida a la red y lo derribó. Malus rugió de dolor al impactar contra el resbaladizo empedrado: los garfios se le clavaron más profundamente. El noble intentó rodar y ponerse de pie, pero el acólito lo tumbó de espaldas con un gesto brusco de muñeca.

El segundo acólito corrió hacia él, lo aferró por los tobillos y se los sujetó contra el empedrado con todo su peso. El druchii parecía sorprendentemente joven —en realidad, era poco más que un niño—; sin duda, se trataba de un novicio que acompañaba al asesino y le proporcionaba ayuda cuando era necesario. Lo tenían atado como una víctima para el sacrificio de la luna de sangre, y Malus, impotente, observó que el acólito quemado salía de la niebla con la daga en alto.

Se oyeron tres agudos impactos cuando tres saetas de ballesta atravesaron el quebradizo cuero del kheitan que llevaba el asesino y penetraron profundamente en sus órganos vitales. El asesino bajó una mirada perpleja hacia las saetas de plumas negras que le sobresalían del pecho, y luego cayó de lado.

Unas figuras ataviadas con capa salieron corriendo de la niebla como halcones nocturnos, con destellante acero aferrado en las manos. El acólito que estaba situado a los pies de Malus comenzó a levantarse al mismo tiempo que se llevaba una mano a la daga, pero una espada curva le cortó el cuello, y la cabeza del muchacho rebotó y cayó sobre el regazo del noble. Las siluetas pasaron corriendo junto a Malus, que luego oyó una breve lucha que se producía detrás de él. El acero chocó contra el acero y, por un momento, la cadena que estaba unida a la red se tensó y le causó dolor. Luego, se oyó el sonido de una afilada hoja que penetraba en carne, y la cadena quedó floja.

Malus no podía moverse. No estaba seguro de si era debido a la tensión de la red o al hecho de que tenía los músculos petrificados por el veneno del asesino. Tenía que luchar para respirar dolorosamente, mientras sus ojos sondeaban la niebla en busca de alguna señal de sus rescatadores. Luego, regresaron las figuras ataviadas con capa, cuyas máscaras nocturnas de plata brillaban entre las sombras de las capuchas negras.

—La Madre Oscura nos sonrío esta noche, hermano —dijo una de las figuras, cuya voz grave resonó detrás de una máscara en forma de demonio burlón—. Un momento más, y nuestro señor se habría encolerizado de verdad. En cambio, el templo ha levantado la presa para nosotros y la ha envuelto en plata para placer del vaulkhar.

La máscara de demonio descendió hasta quedar a pocos centímetros de la cara de Malus, que vio los negros ojos del druchii detrás de los agujeros de plata y oyó su respiración sibilante a través de las ranuras abiertas entre los colmillos de demonio. Después, la oscuridad comenzó a cerrarse en torno al campo visual de Malus,

alzándose como una marea negra, y el noble no supo nada más.



### 3. Sueños de sangre y locura

Le parecía estar luchando sobre un furioso mar de sangre, bajo un cielo arremolinado y tronante, y del que llovían huesos y cenizas.

Daba traspies y se movía a bandazos por el retorcido paisaje, y una hueste de fantasmas coléricos lo arañaban y le farfullaban a cada paso.

Tendían hacia él sus manos deformes y bramaban en idiomas de fuego, con ojos que no eran más que globos de luz nacarada. Una arrugada bruja elfa le saltó sobre la espalda para clavarle las uñas rotas en el pecho y desgarrarle un lado de la cara con los dientes mellados. Una gigantesca criatura reptante formada por ondulantes músculos desnudos se arrastró por el suelo y lo atacó con zarcillos de carne correosa y borde dentado. Lo rodeó una manada de mastines hambrientos, de cuyas fauces abiertas caían hilos de veneno verde.

Él le rugía con furia a la tormenta y acometía a los fantasmas con la espada, pero sus cuerpos se dividían como gelatina a cada golpe y volvían a unirse.

El torbellino se disolvió en un destello de luz pálida. En la luz tomaron cuerpo unas nubes negras que adoptaron la forma de caras. Una mujer se inclinó sobre él y le abrió un párpado.

—Las heridas están cicatrizando, temido señor. —Los labios de la mujer se movían, pero la voz no concordaba del todo con esos movimientos.

Un hombre lo contemplaba desde una distancia imposible, con rostro cruel y frío.

—Entonces, más *hushalta* —dijo el hombre, con aspereza—. Estoy cansado de esperar.

Unos dedos fríos le abrieron los labios y le echaron en la garganta un fluido espeso que sabía a cobre quemado. Se atragantó y sufrió un espasmo, pero unas manos fuertes lo inmovilizaron.

La luz se amorteció, y las caras se retiraron al interior de una niebla que se enrojecía. El rojo se transformó en negro, y en la oscuridad habló una voz que le era familiar.

—Estúpido —dijo Tz'arkan.

Yacía sobre un lecho de cuerpos que se contorsionaban. Unas manos pálidas lo alzaban, lo acariciaban y lo atraían hacia un voraz abrazo. Había labios que se apretaban contra su piel, lo saboreaban, lo adoraban. No corría aire; la atmósfera estaba viciada, perfumada de incienso y vibraba a causa de los gemidos y suspiros de un centenar de voces embelesadas.

En torno a él se alzaban rostros, obsesionantes sirenas con expresión voraz en los ojos carentes de profundidad. Tendían las manos hacia él y las pasaban por su pecho desnudo, donde cada delicada yema de dedo dejaba una senda de calor sobre la piel.

Una sirena se le subió lánguidamente encima, y el oscuro cabello pareció flotar

alrededor del rostro de huesos finos. Se estiró sobre él como un gato, con los largos dedos extendidos hacia su cara. En los rojos labios se dibujó una sonrisa sensual cuando posó las largas uñas sobre las mejillas de él y se las clavó en la piel.

La sangre le corrió, fría y aguada, por los costados de la cara. Ella clavó las uñas aún más profundamente, cogió puñados de carne y tiró de ellos hacia abajo, como si desollara una liebre.

Tras ser arrancada, la brillante masa de carne, músculos y tendones dejó a la vista el interior del cuello y de la parte superior del pecho.

El se retorció en la presa de las sirenas, pero ellas lo sujetaban con fuerza. Entonces, también las otras lo desgarraban y le arrancaban trozos de piel ensangrentada. Sintió que le quitaban toda la carne del brazo izquierdo como si fuera una manga empapada, y cuando lo apartó vio que el brazo estaba recorrido por músculos y envuelto en un pellejo negro verdoso que parecía hecho de guijarros. De pronto, los guijarros se abrieron en centenares de diminutas bocas que lamieron los regueros de sangre que corrían desde la muñeca al codo...

Algo se arrastraba por sus pies. Malus abrió los ojos y vio que los pies se deslizaban por un liso pavimento de piedra. Dos druchii lo sujetaban por los brazos y lo llevaban sin esfuerzo por un pasillo iluminado por luces brujas.

Tuvo que luchar para alzar la cabeza y recorrer el entorno con la mirada. Tenía la boca como cuero seco. «La *hushalta*», recordó. Habían estado dándole *hushalta* durante días. Tenía la piel tensa y ligeramente calenturienta, pero entera. «Es asombroso que todavía tenga la mente intacta», pensó, confuso.

—Eso aún está por verse —resonó una voz débil dentro de su cabeza.

Un viento frío le acarició la cara y le agitó los lacios cabellos. Oyó un leve tintineo de cadenas; cristalinos tonos puros que le helaron la sangre. Entonces, las fuertes manos que lo sujetaban lo soltaron, y Malus cayó de rodillas sobre las baldosas de pizarra de una gran sala circular. Había globos de luz bruja que brillaban desde ornamentados tederos por todo el perímetro de la sala, e iluminaban bajorrelieves tallados en las paredes de piedra y que representaban una serie de famosas masacres de las largas guerras libradas contra los elfos de Ulthuan. En el centro de la sala, pendía del techo un montón de cadenas rematadas por crueles garfios. Los eslabones metálicos tintineaban suavemente en el aire frío.

Sintió que los ojos de otros se posaban sobre él. El noble se estremeció al inspirar, y se irguió para devolver las miradas de reptil de los druchii que lo esperaban.

Lurhan Espada Cruel, vaulkhar de Hag Graef, con el torso desnudo, se encontraba de pie delante de su hijo, con la poderosa musculatura marcada por docenas de cicatrices debidas al servicio al Rey Brujo. Tenía el pelo negro apartado de la cara, cosa que realzaba sus ardientes ojos y prominente nariz aquilina. La imponente presencia del señor de la guerra colmaba la estancia y eclipsaba a todos los demás

presentes en ella.

Dos hombres de aspecto quebrantado se encontraban de pie a la sombra de Lurhan, con los ojos brillantes de odio. Uno era alto, casi tan imponente como el propio vaulkhar, aunque el brazo derecho del druchii estaba oculto bajo capas de ropones negros. Urial poseía las mismas facciones afiladas y coléricas de su padre, pero tenía el rostro flaco, y la pálida piel era de un enfermizo tono azulado. Su espeso cabello era casi completamente blanco desde los años pasados en el templo de Khaine, y sus ojos tenían el color del latón fundido.

El segundo druchii estaba encorvado y tembloroso, con los ojos hundidos como negros pozos en la cara exangüe surcada por una red de finas cicatrices. Una rala barba negra le ocultaba el estrecho mentón, y llevaba la cabeza afeitada salvo por la larga coleta de corsario. El desgraciado vestía un kheitan de aspecto provinciano, de cuero rojo labrado con el sello de un pico de montaña. Fuerlan, rehén de la corte del drachau, miró a Malus con una expresión en la que se combinaban el miedo y la cólera.

Detrás de Lurhan y sus acompañantes, un trío de esclavos trabajaba con el conjunto de las cadenas plateadas que pendían del centro del techo de la sala. Grandes garfios afilados colgaban de las cadenas a diferentes alturas. En las proximidades había pequeñas mesas sobre las que descansaban juegos de brillantes instrumentos colocados sobre paños de seda.

Los dos guardias retrocedieron hasta las sombras de la puerta, y dejaron a Malus en el suelo. El noble devolvió la mirada a Lurhan y ejecutó una ostentosa reverencia.

—Bien hallado, padre y vaulkhar —jadeó—. Es un honor ser invitado a tu torre, por fin. Aunque, considerando la compañía que has escogido, tal vez no sea el privilegio que yo pensaba que era.

Lurhan lanzó un siseo colérico.

—¡Patán insolente! No supongas que puedes hablarme como a un igual. ¡Has sido una mancha en el honor de esta casa desde el momento en que naciste! ¡Ojalá hubiera podido entregarte al caldero cuando no eras más que un bebé!

Junto al vaulkhar, Urial se puso levemente rígido, pero su fría expresión no delató ni uno solo de sus pensamientos. A diferencia de Malus, él sí que había sido arrojado al caldero del Señor del Asesinato para ofrecer su cuerpo deforme como sacrificio... y había emergido de él intacto, como uno de los elegidos de Khaine.

—¿Hablarle como a un igual, temido Lurhan? Creo que eres tú quien está haciendo suposiciones —dijo Malus con lentitud, intentando no farfullar.

El sonido de las palabras le reverberaba en el cuerpo como si hablara bajo el agua; sin duda, era un efecto secundario de las drogas reconstituyentes.

—Nunca podríamos ser iguales. Jamás podría siquiera ascender hasta el nivel del resto de tus bastardos. Tú mismo te ocupaste de que así fuera. Me diste apenas el

sustento suficiente para sobrevivir, lo justo para cumplir con tus obligaciones para con mi madre, y luego me abandonaste para que languideciera.

—No estás aquí para hablar, bastardo, sino para sufrir —dijo el vaulkhar—. No te bastó con endeudarte con un puñado de nobles insignificantes, una deuda que me vi obligado a pagar cuando tú no pudiste hacerlo; no, también manchaste el honor del propio drachau al ponerle las manos encima a su rehén y hacer peligrar la tregua con Naggor.

—La tregua de unas hostilidades que iniciaste tú —contestó Malus—. El Rey Brujo te ordenó que invadieras Naggor y apartaras a Eldire de su hermano, pero fuiste tú quien reclamó privilegios de conquistador y la trajo al Hag, en lugar de enviarla a Ñaggarond. —Malus se irguió, oscilante, y clavó en su padre una mirada de puro odio—. ¿Te ha servido bien ella, padre? ¿Te ha mostrado el futuro y te ha conducido por el sendero de la gloria? ¿O acaso descubriste, demasiado tarde, que ella comparte sólo lo que quiere, y sólo cuando conviene a sus arcanos planes? Pero ¿eres lo bastante osado como para enfadarla aun ahora, cuando el drachau ha ordenado mi muerte? —Le dedicó una sonrisa lobuna—. ¿Te atreves a tentar su ira con mi muerte?

Lurhan hizo un gesto, y los esclavos druchii se le acercaron; podía oírse el roce de los hábitos, que descansaban sobre los pies descalzos.

—No te mataré —dijo el vaulkhar—. Te haré daño. Sufrirás agonías durante días enteros, hasta que me implores que acabe el dolor. Sin embargo, haré todo lo que esté en mi poder para ayudarte a que te aferres a la vida durante cada uno de esos días. Te pondré unguento en los nervios desnudos y te lavaré las heridas en carne viva, y haré oídos sordos a tus ruegos de misericordia. Si mueres, será porque tú lo deseas. Puedes cortarte la lengua de un mordisco y ahogarte en tu propia sangre, o simplemente hacer que tu corazón deje de latir; he visto cómo eso les sucedía a druchii mucho más fuertes que tú. No, yo no te mataré. Esa es una decisión que deberás tomar tú. —Estudió a su hijo con severidad mientras los esclavos lo ponían de pie—. Ningún druchii ha sobrevivido jamás a mis atenciones durante más de cinco días. Creo que tú estarás muerto en tres, y Eldire no podrá culpar a nadie más que a su hijo de débil voluntad.

Los esclavos arrastraron al noble hacia las cadenas. Malus miró al vaulkhar por encima del hombro, con ferocidad.

—Nunca he dejado de decepcionarte, padre —gruñó—. Recuerda mis palabras: volveré a hacerlo, y tú vivirás para lamentarlo.

Lurhan rió entre dientes y fue a inspeccionar sus instrumentos. El noble intentó luchar, pero tenía las extremidades pesadas e inútiles.

«Despiértate, demonio —pensó Malus, con furia—. Ahora no es necesario persuadirme. ¡Préstame tu poder!»

El demonio se desenroscó dentro del pecho del noble.

—Muy bien, tendrás lo que pides —respondió el demonio—. Cuando llegue el momento adecuado.

Obligaron a Malus a arrodillarse otra vez. Unas manos le quitaron los andrajosos ropones que le cubrían la espalda. Uno de los esclavos estudió atentamente las cadenas y cogió un brillante garfio, sin hacer caso del grito de cólera del noble.

No había final para el dolor.

Malus colgaba de las plateadas cadenas, e incluso la leve brisa que él mismo producía al girar lentamente lo atormentaba. Cuando el vaulkhar dejaba los manchados instrumentos, el propio aire bastaba para torturarle los nervios y los músculos desnudos.

Se sentía marchito y endurecido como madera petrificada. Las heridas ya no sangraban. Al principio, podía medir el paso del tiempo por el regular goteo de la sangre sobre las baldosas, pero entonces ya no había procesión de minutos y horas. Sólo había períodos de agonía que daban paso a irregulares ratos de sufrimiento constante. Mientras colgaba de las cadenas y aguardaba el regreso del vaulkhar, sentía que la vida se le escapaba, que se retiraba de él como la marea. Sin embargo, cada vez que su espíritu languidecía, algo oscuro y vital aflucía al vacío que crecía dentro y le confería una pequeña cantidad de fuerza. A veces, el demonio le susurraba en un idioma cuyas palabras no comprendía y que, no obstante, se le grababan profundamente en los huesos.

Cada vez que Lurhan acababa con él, los esclavos atendían cuidadosamente el destrozado cuerpo con sofisticados ungüentos y pociones. Le metían por los desgarrados labios una mezcla de vino y *hushalta* a través de un fino tubo metálico. No bastaba para permitirle dormir, pero sí que lo hacía soñar.

La baldosa que estaba debajo de él crujió.

Miró hacia abajo y sintió que los garfios le tiraban dolorosamente de los músculos de los hombros. La pizarra estaba abultándose, volviéndose cóncava; se oyó otro largo crujido, y entonces, con un chasquido seco, la baldosa se hizo añicos y se hundió. Debajo, la oscuridad era absoluta, como el corazón de la mismísima Madre Oscura.

«¡Qué oscuridad! —pensó—. ¡Qué poder! Sácame de este lugar y déjame caer como un rayo sobre aquellos a los que desprecio.»

Algo se movió dentro de la negrura. Pareció cambiar de postura y acomodarse, aunque no tenía ni idea de cómo lo sabía; simplemente sintió el movimiento, como si la negrura antigua presionara contra su piel destrozada.

De la oscuridad ascendió un guantelete enorme con las puntas de los dedos en forma de afiladas garras. Los largos dedos, de una factura casi delicada, se estiraron con gracilidad lenta y malevolente.

La mano se cerró sobre su pie derecho y tiró.

Gritó de dolor cuando los garfios que tenía clavados en la espalda, en los brazos y en las piernas se tensaron cruelmente. Los músculos perforados se desprendieron de los huesos, hasta que se rompieron los tendones.

Una segunda mano salió de la negrura y lo cogió por el otro pie. Una mano tras otra comenzaron a ascender por él.

Sintió que los músculos empezaban a desgarrársele. La piel le temblaba con ondas de brillante dolor abrasador. Se le cerró la garganta, pero los alaridos continuaron manando como jadeantes ruidos entrecortados cada vez que las manos ascendían un poco más.

Un yelmo emergió de la negrura: ahusado y decorado con plumas al estilo de un caballero druchii, sin rostro y amenazador. Poco a poco, la figura acorazada salió de la oscuridad, desgarrándolo en pedazos con cada lento movimiento metódico.

Una mano ascendió lo bastante como para cerrarse en torno a su garganta. El cuerpo pareció aflojarse contra los garfios cuando los huesos quedaron colgando, libres del envoltorio carnosos. Los agudos gritos cesaron cuando los dedos de acero le aferraron el cuello.

El casco ascendió hasta que los negros agujeros de los ojos quedaron a la altura de los suyos. Sentía la respiración del caballero: era fría y rancia como el aire de una tumba.

La mano libre subió para retirar el yelmo. Del interior cayeron multitud de finas trenzas negras; arañas y ciempiés corrían entre masas de marga que había incrustadas en el pelo.

La piel del caballero era gris y estaba hundida a causa de la putrefacción, pues los músculos se habían transformado en icor maloliente hacía ya mucho tiempo. Un solo tajo profundo corría desde lo alto de la cabeza del caballero hasta justo por encima de la ceja izquierda, y el ojo de debajo era un hinchado globo negro en cuya pupila brillaba moho sepulcral.

Los ennegrecidos labios de Lhunara se tensaron en una sonrisa espeluznante y dejaron a la vista afilados dientes amarillos.

No hubo sensación de recobrar el sentido; la conciencia no regresó poco a poco cuando las drogas dejaron de calmar el dolor. En un momento había oscuridad y sueños febriles, y al siguiente tenía los ojos abiertos y ella estaba de pie ante él.

Era una escultural figura de negro, ataviada con el severo hábito del convento. Su cara de alabastro, grave y compuesta, parecía flotar como una aparición en la oscuridad de la estancia. El largo cabello negro estaba recogido en una sola trenza pesada envuelta en alambre de plata, y una tiara de plata labrada con diminutas runas arcanas adornaba su frente. Las delgadas manos sujetaban una cadena de oro hecha de grandes eslabones planos que tenían piedras preciosas engarzadas. En las profundidades de sus ojos violeta se agitaba un poder incognoscible. Era

absolutamente perfecta, una imagen de la mismísima Madre Oscura encarnada, y la deseaba con cada fibra de su ser.

Malus tuvo la seguridad de que se trataba de otra aparición, hasta que la mujer avanzó sin hacer ruido y le deslizó la pesada cadena en torno al cuello. En el instante en que el frío metal le tocó la piel, lo recorrió un potente estremecimiento desde la cabeza a los pies. A continuación, el terrible dolor se desvaneció y los últimos vestigios de las drogas desaparecieron como niebla matinal. Tenía la cabeza clara y alerta, y de repente se dio cuenta de quién era la figura que estaba ante él.

—¿Madre? —preguntó, agotado.

La penetrante mirada de Eldire recorrió la ruina en que habían transformado el desnudo cuerpo de su hijo.

—Lurhan se ha superado a sí mismo —dijo con frialdad—. Dudo de que el propio drachau pudiese haberlo hecho mejor. Esto será algo para recordar durante años a partir de ahora. Llevarás estas cicatrices con orgullo.

Malus intentó dedicarle una débil sonrisa, que fue poco más que labios resecos que se apartaban de un cráneo amarillento.

—¿Acaso seré algún espectro que se vanagloriará de las cicatrices en el campo de los túmulos? Permaneceré aquí hasta que muera, madre. Lurhan lo dejó muy claro.

—No dijo nada parecido, niño. Dijo que te haría sufrir hasta que estuvieras dispuesto a matarte tú mismo. Un matiz de pusilánime, pero es la única estratagema que tiene a su disposición el gran señor de la guerra. —Le posó una mano en una mejilla y le quitó capas de sangre seca—. Sin embargo, has resistido bastante más allá de sus expectativas.

Malus no preguntó cómo sabía Eldire lo que se habían dicho él y su padre. Mantenían a las brujas druchii encerradas en conventos en todas las grandes ciudades, y un decreto del Rey Brujo les prohibía caminar entre los ciudadanos; pero las más poderosas tenían medios de llegar hasta más allá de los muros de los conventos.

—¿Cuánto tiempo?

—Hoy es el quinto día —replicó Eldire—. Tu padre está furioso. El drachau le ha ordenado que te mate, pero si lo hace tendrá que saldar cuentas conmigo. Éste es el mejor modo que tenía para intentar aplacarnos a ambos, y ahora parece que la maniobra probablemente fracasará.

Malus respiró profundamente e intentó concentrar los pensamientos.

—Yo tenía razón. Cualquier acuerdo que hubieras forjado con Lurhan incluía engendrar un hijo. Si me mata, perderá tus dones.

Eldire le aferró el mentón con dedos sorprendentemente fuertes.

—No te entrometas en asuntos que no son de tu incumbencia, niño —dijo la bruja con severidad—. Basta con que sepas que, después de hoy, con cada día que pase se hará más obvio que Lurhan tiene intención de torturarte hasta que mueras. Entonces,

el vaulkhar tendrá que decidir a quién le da más miedo disgustar. Debes resistir un poco más. —Se inclinó hacia él y miró profundamente a los ojos de su hijo—. Eres más fuerte de lo que incluso yo había esperado, niño.

—El odio es una cura para todo, madre. Tú me enseñaste que...

—No me refiero a eso —replicó ella de modo terminante—. Tu cuerpo está más fuerte de lo que yo esperaba que estuviera tras un maltrato semejante. Algo ha cambiado en ti..., algo que no estaba cuando te marchaste a los Desiertos.

Sin previo aviso, Malus sintió que un puño se cerraba en torno a su corazón. Los bucles del demonio se tensaron..., ¿o estaban encogiéndose por temor a atraer la atención de Eldire?

—Yo... Fue un viaje difícil —jadeó Malus—. Me vi obligado a regresar al Hag en solitario, y los Desiertos consumen a los débiles de voluntad. —Logró dedicarle una sonrisa desafiante—. Sufrí cosas mucho peores que ésta durante semanas enteras.

Eldire frunció el ceño.

—¿Y tuviste éxito en tu viaje? ¿Encontraste lo que buscabas?

Malus se puso rígido.

—Sí... y no. Encontré poder allí, pero no la clase de poder que puede servirle a alguien como yo.

—Tonterías —le espetó Eldire—. ¿Hay espadas que no puedas blandir porque no fueron hechas para tu mano? ¿Hay torres en las que no puedas cobijarte porque no las hicieron pensando en ti? Al poder le da forma quien lo esgrime. Está hecho para servir, del mismo modo que un esclavo es sometido por la voluntad de su amo.

Malus comenzó a formular una respuesta cuando, de repente, se le ocurrió una idea. Entonces le tocaba a él mirar a Eldire con suspicacia.

—¿Cómo te enteraste de mi viaje, madre? ¿Quién te lo dijo?

La bruja rió sin alegría.

—¿Acaso no soy una vidente, niño? ¿Acaso no cabalgo los vientos del tiempo y el espacio?

—Por supuesto —convino Malus—. Pero nunca antes te habías tomado tanto interés por lo que yo hacía.

—Eso no es cierto —replicó Eldire, que se le acercó más—. Tú eres mío, niño; nacido de mi carne y mi sangre. Mis ojos están siempre sobre ti. —Alzó una mano para acariciarle el enredado cabello—. Conozco tus ambiciones, tus odios y tus deseos secretos. Y si me quieres, te los concederé todos, en su momento. ¿Me quieres, niño?

Malus miró las profundidades de los ojos violeta de Eldire.

—Tanto como he querido nunca a nadie, madre.

La bruja sonrió y le dio un tierno beso en los labios.

—Entonces, sobrevivirás, te harás poderoso y, en su momento, vencerás, querido



niño. No lo olvides.

Dicho esto, se retiró. Malus sintió que le quitaba la cadena del cuello. Abrió la boca para responder, pero el océano de dolor que la cadena había mantenido controlado cayó sobre él con una fuerza aplastante. Lo sumergió, y no supo nada más.

Después de eso, no hubo sueños.

Dejaron de darle *hushalta* y sólo le mojaban los labios con vino aguado. Perdió el conocimiento muchas veces, pero siempre que volvía a abrir los ojos Lurhan estaba allí, aplicando los finos cuchillos al destrozado cuerpo de Malus.

—¿Por qué no quieres morir? —El vaulkhar lo repetía una y otra vez—. ¿Qué te retiene en este cuerpo destrozado? Eres débil. Lo sé. ¿Por qué no quieres acabar con esto?

Necesitó una eternidad para recordar cómo se hablaba. Inspirar ligeramente representaba un esfuerzo heroico.

—R..., rrr..., rencor —jadeó al fin, con una débil risa estertórea.

A medida que pasaba el tiempo, la obra de Lurhan se volvía más frenética y tosca. Recurría a cuchillos más grandes y cortaba cada vez más profundamente.

Y, sin embargo, él resistía.

Sentía cómo la negra contaminación del demonio se extendía por su cuerpo como las raíces de un árbol gigante; enormes raíces gruesas y diminutos capilares finos como cabellos que corrían desde su torturado cerebro hasta las puntas de los pies. Si concentraba la atención, le parecía que aún podía percibir una diferencia entre los dos —el límite donde él acababa y comenzaba Tz'arkan—; al menos, de momento.

Sintió que tiraban de él. Había una presión sobre su cuello.

Vagamente, se dio cuenta de que Lurhan lo había cogido, pero ya no podía sentir nada con claridad. Algo brillante destelló ante sus ojos. «Un cuchillo», supuso. Uno grande.

—Se acabó, Malus —siseó Lurhan—. Esto debe terminar ahora. ¡Debe terminar! Implórame que acabe con tu vida. Lo haré de prisa, y tu agonía concluirá. No es ninguna deshonra. Nadie te lo reprochará.

Una vez más, Malus se esforzó por inspirar.

—Haz... una cosa... por mí.

—¿Sí? —Lurhan se inclinó hacia adelante y casi apoyó una oreja contra los destrozados labios de su hijo.

—Dime... qué... día... es... hoy.

Lurhan lanzó un salvaje grito de cólera. El contacto del cuchillo resultaba benditamente fresco, como un trozo de hielo que lo aliviara al deslizarse entre sus costillas. Los esclavos gritaron con alarma y llamaron al vaulkhar, pero Malus no les prestó la más mínima atención. Sintió que la conciencia lo abandonaba, que goteaba fuera de él como vino de un pellejo perforado. Él frío se propagó por su pecho, se

llevó el dolor, y él se rindió felizmente a él.

Había una tela contra su cara, ligera y fresca. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas atadas entre sí. Con un esfuerzo, Malus abrió los ojos y vio sólo una fina capa de tela posada sobre sus párpados. En el aire flotaba olor a ungüentos y especias.

«¿Estoy amortajado?», pensó.

—De no ser por mí, lo habrías estado —dijo una voz dentro de su cabeza. Malus no le prestó atención.

—Le falta una gran parte de la piel y de la carne de debajo, o las tiene cortadas en jirones —dijo una voz diferente—. Mi señor respetó la mayor parte de la cara y los ojos. Una gran cantidad de nervios también han sido separados y descarnados. De verdad que nunca había visto una serie de tormentos tan extensa. Para nosotros es un verdadero misterio el hecho de que haya sobrevivido durante siete días, y las heridas que tiene superan nuestra capacidad de curación.

Una sombra pasó entre Malus y la luz mortecina. Las delicadas puntas de unos dedos, ligeros como alas de avispa, acariciaron el rostro de Malus. Unos movimientos rápidos y precisos retiraron la tela que le cubría los ojos. Por un momento, incluso las luces brujas le resultaron cegadoras.

—Yo puedo ayudarlo —dijo una voz desde la brillante luz.

Cuando los ojos de Malus se adaptaron, vio que una silueta borrosa se encontraba a su lado. Las frescas puntas de los dedos le acariciaron una mejilla, y la figura se inclinó hacia él.

—Hay poderes, más allá de las vendas y los ungüentos, capaces de curarlo —dijo Nagaira, en cuyos labios apareció una sonrisa—. Su madre le ha ordenado al vaulkhar que me lo entregue a mí, y yo le demostraré que la fe que tiene en mi poder no carece de fundamento. Es lo mínimo que puedo hacer para volver a tener entre los brazos a mi amado hermano.

## 4. Máscaras de carne

Malus estuvo rodeado de voces durante días; salmodiaban y susurraban palabras que provocaban vibraciones en el aire que lo rodeaba. Siluetas borrosas oscilaban y hacían gestos ante sus ojos velados. A veces, en plena noche, unas figuras se precipitaban en su campo visual, emitiendo sonidos agudos que casi reconocía, y al marcharse le dejaban una sensación de comezón dolorosa en la piel.

Lo atendían sirvientes de suaves manos perfumadas que le quitaban las vendas capa a capa. Poco a poco fue saliendo del sufrimiento como un dragón de un huevo cuya concha se desgastaba inexorablemente a medida que la piel y los músculos se rehacían y las fuerzas volvían a su cuerpo.

A cada día que pasaba percibía más cosas del mundo a través de las vendas, y según éstas iban disminuyendo, comenzó a captar detalles de los acólitos que ejecutaban los rituales de curación. Aunque no entendía la lengua arcana que hablaban, sus voces se individualizaron y se hicieron familiares. Todos eran nobles druchii, tanto mujeres como hombres, y siempre salmodiaban en grupos de seis. Nagaira presidía todos los rituales; su voz dirigía, y las otras respondían en coro discordante. Cada vez que se llevaba a cabo un ritual, Malus sentía que Tz'arkan reaccionaba deslizándose contra su caja torácica y susurrando de blasfemo placer.

Los rituales seguían una pauta que Malus acabó por discernir: una vez, una hora antes de la salida del sol, y otra, una hora después de la puesta, con dos rituales cortos al salir y ponerse la luna. De este modo, calculó que hacía al menos cinco días que era huésped de su hermana. El hecho de que ella no le hubiese clavado un cuchillo en un ojo ni hubiese convertido su cráneo en taza mortificaba sobremanera al noble.

Había sido Nagaira quien lo había engañado para que emprendiera el mortal viaje a los Desiertos; la que se había embarcado en un elaborado plan para ponerlo en contra de su hermano Urial a causa de una ofensa trivial. Porque él la había abandonado sin previo aviso el verano anterior, para poner en práctica un audaz plan destinado a mejorar su fortuna mediante una improvisada incursión con el fin de capturar esclavos, ella había decidido vengarse. Había desdeñado los avances de su hermano menor, Urial, y lo había atribuido claramente a la devoción que sentía por Malus. El resultado había sido que le tendieran una astuta emboscada en el exterior de Ciar Karond, la cual le había costado todos los esclavos que tan afanosamente había capturado durante el verano y lo había enemistado mortalmente con los inversores. Con los enemigos cerrando el círculo en torno a él al olfatear la sangre, y los asesinos del templo de Khaine juramentados para matarlo, había resultado demasiado fácil seducirlo con el cuento de un templo oculto y un poder antiguo perdidos en los Desiertos.

Casi cuatro decenas de druchii —varios de ellos guardias de la propia Nagaira—,

y un número de esclavos más de diez veces superior, habían perecido a causa de un desaire imaginario. La relación de Malus con su media hermana nunca había sido más que una serie de breves aventuras, a menudo violentas, así que le resultaba muy difícil entender por qué se había sentido tan afrentada. Y no era que una noble necesitara jamás una razón de peso para entrar en un despreciable juego de venganza. Las mujeres druchii eran ampliamente consideradas como el más mortífero de los sexos cuando se trataba de prolongadas guerras de rencor. Al disponer de menos opciones para ejercitar su deseo de violencia, tenían tiempo de sobra para meditar elaboradas intrigas sanguinarias.

Al sexto día, la rutina cambió. Lo despertaron los salmodiados gritos del ritual matutino, y luego del ritual vespertino. Para entonces, sólo una fina capa de tela envolvía su cuerpo, la cual estaba acartonada por fluidos corporales secos y ungüentos curativos. Sus ojos reaccionaban bien al cambiante resplandor de las luces brujas, y podía distinguir las figuras que rodeaban el féretro sobre el que yacía. Todos los acólitos vestían ropones de varias capas de lana negra, con abundancia de símbolos pintados; la escritura era angulosa y puntiaguda. Llevaban la cabeza cubierta por voluminosas capuchas que ocultaban los rostros en la oscuridad. El noble no tenía duda alguna de que se debía a algo más que mera afectación; cualquiera de ellos que fuese sorprendido por uno de los agentes del Rey Brujo practicando la brujería no vería condenadas sólo su posición y propiedades, sino también su mismísima alma.

Cuando llegó el momento del ritual de la salida de la luna, Malus observó que cinco acólitos entraban en la habitación y rodeaban el féretro formando un círculo perfecto. El noble sintió que el demonio se removía, expectante, cuando los acólitos levantaron los brazos y comenzaron la salmodia. Era algún tipo de invocación; Malus ya había oído muchas veces la forma general del ritual. La salmodia continuó durante cierto tiempo, más de lo que Malus había esperado. Entonces, al llegar a su punto culminante, apareció a la vista otra figura.

Era una esclava elfa, ataviada sólo con un vestido de algodón fino. Su dorado cabello había sido cuidadosamente lavado y recogido hacia atrás para dejar a la vista un grácil cuello de cisne. Una tiara de acero brillaba mortecinamente en su frente, y en el rostro perfecto había una expresión fija, entre el éxtasis y el horror. Detrás de la esclava apareció Nagaira, que avanzaba en silencio, ataviada con pesados ropones y un peto de piel humana curtida, decorado con piedras preciosas. Los zafiros reflejaban la luz y trazaban dibujos en espiral que atraían los ojos de Malus. A diferencia de sus acólitos, Nagaira llevaba el rostro descubierto, tenía los ojos brillantes y la cabeza alta.

La salmodia de los acólitos cambió a una lenta respiración susurrante, como el sonido del mar o el rumor de la sangre dentro de las arterias y las venas. Avanzando

como si estuviera en trance, la esclava subió al féretro, y lenta, ligeramente, se situó sobre él. Pesaba poco más que una vara de sauce, y las acartonadas sábanas crujieron suavemente como hielo quebradizo cuando montó sobre el cuerpo del noble. Los ojos de Malus se entrecerraron con admiración..., y entonces la esclava alzó una daga en forma de hoz que llevaba en una mano. Los ojos de la elfa se salieron de las órbitas mientras observaba con horror cómo su propia mano se movía lenta y deliberadamente y pasaba el afilado borde interior de la hoja por su propio cuello.

Grandes gotas de sangre caliente cayeron sobre la sábana como lluvia, derramándose como constelaciones ante los ojos del noble. Primero lentamente, luego con mayor rapidez, la lluvia roja empapó la tela y ésta se adhirió como si fuera una membrana a la piel de Malus. La tela empapada se encogió contra la piel de su rostro y se tensó sobre la boca y la nariz. Las fosas nasales se le llenaron con el amargo sabor de la sangre, y comenzó a debatirse, obligando a los brazos a moverse y retirar la tela pegajosa. El tejido resistió un segundo, pero luego se desgarró como gasa y se despegó de su cuerpo. Se oyó un último susurro gorgoteante, la esclava cayó del féretro y la daga repiqueteó sobre las losas de piedra. Con un gemido de dolor, Malus se incorporó; regueros de sangre fresca recorrían la cara y el pecho desnudos.

—Álzate, terrorífico wyrm —dijo Nagaira, cuyos ojos destellaban lascivamente. Todos los acólitos cayeron de rodillas a un tiempo y se pusieron a gritar en su lengua arcana—. Desplega las alas y sacia la sed con la sangre de los inocentes.

Él noble se encontró en una pequeña sala de forma hexagonal. Dentro de un racimo de lámparas relumbraba luz bruja justo encima de él, y las paredes de mármol negro de la estancia tenían talladas centenares de runas arcanas recubiertas con polvo de plata que las hacía brillar en un tono verde pálido. El suelo que rodeaba el féretro tenía igualmente tallados intrincados dibujos de líneas y círculos, cuyos destellantes contornos quedaban ocultos por charcos de sangre. Malus se limpió la cara con el dorso de una mano para retirar los fluidos vitales de la elfa.

—Si había magia en tu sacrificio, dulce hermana, lamento que no haya logrado tocarme.

La bruja druchii rió.

—Su muerte no tuvo nada que ver con el ritual, que concluyó al caer la noche. Pero han sido casi dos semanas de afanes sobre tu destrozado cuerpecillo, y yo necesitaba derramar un poco de sangre. —Se inclinó hacia adelante y tocó con un pálido dedo una de las gotas rojas que manchaban el féretro, para luego llevárselo a la lengua—. Era doncella, ¿sabes? Una princesa, supuestamente, de Tor Yvresse. No tienes ni idea de lo mucho que ha costado.

Tz'arkan se retorció debajo de las costillas del noble.

—¡Vaya si es buena! ¡Ojalá hubiese ido ella al norte, y no tú, pequeño Darkblade.

¡Qué sabroso premio habría sido!

Malus le hizo poco caso al demonio.

—¿Dos semanas? Calculaba que hacía sólo seis días que estaba aquí.

Nagaira negó con la cabeza.

—Estuviste al borde de la muerte durante muchos días, dulce hermano. Confieso que hubo momentos en los que no estuve segura de que ni siquiera mi destreza pudiera traerte de vuelta. Pero eso ya pertenece al pasado.

Una sonrisa lobuna danzó en su rostro cuando rodeó el féretro. Nagaira era la más baja de los seis hijos de Lurhan, apenas llegaba a la altura de los ojos de Malus. Tenía un cuerpo más blando y curvilíneo que el del resto de los delgados vástagos del vaulkhar, pero su rostro era en todo el mismo que el del temible padre, con nariz afilada y una mirada negra que podía cortar como un cuchillo cuando ella quería. Avanzó hasta Malus y cogió los restos de la sábana manchada de sangre con sus fuertes manos. La tela se rasgó con facilidad cuando ella la arrojó con indiferencia a un lado.

—Me he tomado grandes molestias para restablecer tu vitalidad, hermano —dijo—. Estoy deseando ver los resultados de mi experta obra. —La bruja se puso de puntillas y le dio un leve beso en los labios—. Frío como siempre —declaró con una ancha sonrisa—. Y con sabor a campo de batalla.

Nagaira chasqueó los dedos y un esclavo salió de las sombras cercanas a una de las paredes de la sala. El humano sujetaba con ambas manos una copa brillante, llena hasta el borde, y se la ofreció a Malus. La copa tenía un pie de plata en forma de cola de nauglir. El cráneo que contenía el oscuro vino había sido recientemente hervido y aún retenía el lustre de aceite fino. Le habían aserrado limpiamente la parte superior para dejar un borde redondeado por el que beber; era, claramente, una obra de artesanía superior.

—¿Qué es esto? —preguntó Malus.

—Un regalo que te hago para darte la bienvenida a casa. Bebes en el cráneo de un acólito del templo que intentó matarte mientras estabas convaleciente aquí. Fue tan estúpido que pensó que el sigilo y el acero plateado bastarían para moverse por mi casa.

—Reza para que no tuviera compañeros como los que me derribaron en el barrio de los Esclavistas. Si llevan al templo la noticia de tu práctica de la brujería, tendrás que enfrentarte con la cólera del Rey Brujo.

Nagaira se encogió de hombros.

—Si no vino aquí solo, sus compañeros permanecieron fuera de las protecciones de mi torre. Si las hubiesen atravesado, yo o mis compañeros —señaló a las figuras ataviadas con ropones— lo habríamos sabido.

Malus bebió abundante vino. Era espeso y dulce, adecuado para la mesa de un

comerciante. El noble hizo una mueca. Nagaira tenía muchos poderes terribles a sus órdenes, pero su gusto continuaba siendo pésimo en lo relativo al vino.

—Parece que has hecho grandes gastos por mí —dijo él, al fin—. Una generosidad semejante es asombrosa... si se considera que nos enviaste a mí y a seis de tus propios hombres a morir en el remoto norte.

La sonrisa de Nagaira se volvió fría, y a sus ojos afloró una expresión calculadora.

—Dejadnos solos —ordenó en un tono de gélida autoridad.

Los acólitos se pusieron de pie y se deslizaron en silencio fuera de la habitación, seguidos por el esclavo.

—¿Así que ahora tienes acólitos, hermana? —comentó Malus con una ceja alzada—. ¿Cuándo abandonaste la pose de erudita y te consideraste una bruja de hecho y derecho? Nuestro padre ha estado haciendo la vista gorda con tus estudios durante demasiado tiempo, y eso te ha vuelto temeraria.

—Esos lisonjeros estudiantes pertenecen a algunas de las más poderosas casas de Hag Graef —fue la simple respuesta de ella—. No te preocupes por Lurhan, ni siquiera por el drachau... Mi influencia en esta ciudad es mucho más grande de lo que tú sabes. Hay muchos más que estos cinco, dulce hermano, y todos se consagran a su devoción en secreto. De hecho, haberlos convocado aquí para que colaboraran en estos rituales constituye un honor mucho más grande del que imaginas.

El noble gruñó desde lo más profundo.

—Un honor que, sin duda, tiene un precio elevado.

Tz'arkan rió entre dientes, y una resonancia aceitosa repercutió dentro del pecho del noble.

—Estás aprendiendo, Malus. Es buena cosa.

—Pienso en ello como una inversión, hermana. Tú y yo tenemos asuntos pendientes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué asuntos podrían ser?

Nagaira rió, aunque la risa contenía poca alegría.

—No seas estúpido. Acordamos que compartiríamos lo que trajeras de los Desiertos. Ahora has regresado y sé que no lo has hecho con las manos vacías, porque mis agentes han encontrado a tu gélido bien atendido debajo de La Casa de Latón. La gran bestia hace guardia sobre una fortuna de monedas y gemas, pero esas cosas me importan muy poco. ¿Qué más encontraste en el templo oculto?

Malus la miró a los ojos, cuyas profundidades intentó sondear. ¿Hablaba en serio? ¿Acaso en sus planes había habido algo más que simple venganza? «De ser así, me puso sobre la pista del templo porque ya tenía una idea de lo que había en él», pensó Malus. Pero ¿cuánto sabía y cuánto, simplemente, sospechaba? No obstante, no había secretos que aguardaran a ser leídos en los negros ojos de la bruja; era como intentar

sondear las profundidades de la mismísima Oscuridad Exterior.

—Encontré un demonio —dijo simplemente. Los ojos de Nagaira se abrieron más.

—¡Tz'arkan! —jadeó.

Malus sintió que el demonio ascendía en su interior y presionaba contra su pecho al oír que lo nombraban. Los dedos del noble se curvaron en forma de garras. Le estaba costando respirar.

—Así que... lo sabías... desde el principio —dijo entrecortadamente. Se preguntó si su hermana comprendía lo cerca que estaba de morir en ese mismo momento.

—Lo... sospechaba —replicó ella al mismo tiempo que se humedecía los labios. De repente, el aplomo la había abandonado—. Después de mirar con detenimiento el cráneo que había en la torre de Urial, pude centrar las investigaciones mientras tú estabas ausente. ¡Hay numerosas referencias al demonio en mi biblioteca, pero apenas me atrevía a esperar que hubiésemos descubierto su mismísima prisión! —De repente, se quedó inmóvil y estudió con atención la cara de Malus—. ¿Viste al gran príncipe? ¿Te habló?

Malus vaciló. En su interior, el demonio guardaba silencio.

—Vi la prisión en la que reside. Es un gran cristal, más alto que dos hombres y más ancho que el tronco de un roble viejo. Mi espada no hizo mella en él, por muy fuerte que lo golpeé.

—No, por supuesto que no —replicó Nagaira mientras una expresión remota afloraba a su rostro. De pronto, era una vez más la erudita de lo arcano—. El tomo de *AVkhasur* dice que el gran príncipe fue encerrado en un diamante negro en bruto nacido de la energía pura del propio Caos. Hay brujos que derramarían la sangre de naciones enteras sólo para poseer un fragmento de esa piedra, mucho más el grandioso poder que tiene encerrado dentro. Ninguna otra cosa podría contener al Bebedor de Mundos.

Tz'arkan se hinchó y, de pronto, Malus sintió que el corazón comenzaba a latirle de modo espasmódico. Se apoyó contra el féretro para no caer, con los dientes apretados.

—Lista, druchii lista. Hace mucho tiempo que no oigo ese nombre. ¡Ah, qué buena es! ¡Cómo me encantaría poseerla!

—Adelante..., sin... cumplidos —jadeó Malus. Nagaira malinterpretó la frase.

—La piedra es invaluable, muy cierto, pero no es nada comparada con el poder que tiene dentro. ¿Te bendijo el gran príncipe con su favor? ¿Qué te dijo?

—Que desea quedar en libertad —replicó Malus—. ¿Qué otra cosa podía haberme dicho?

La bruja se inclinó más hacia él.

—¿Te dijo cómo?



De repente, el demonio se retiró y se encogió dentro del pecho del noble para enroscarse apretadamente en torno al corazón.

—Responde con cuidado, Malus —le advirtió el demonio—. Responde con mucho cuidado, de verdad.

—Hay un cierto número de objetos que el demonio quiere que encuentre —replicó, cauteloso—. Unidos, abrirán su prisión y lo devolverán al mar de las almas.

Nagaira bufó.

—¿Devolverlo? Di, más bien, dejarlo suelto sobre la faz de la creación —dijo—. Nada le gustaría más al Bebedor de Mundos. Dime, ¿qué objetos son éstos?

El noble sonrió.

—¡Ah, dulce hermana!, ¿es que no te he dado ya lo bastante?

—Yo te arrebaté de las garras de la muerte, hermano —le advirtió Nagaira—. Según lo veo yo, el balance de la deuda aún está a mi favor.

Malus alzó las manos.

—Una tregua, entonces. Te daré el nombre de una de las reliquias. ¿Conoces un objeto llamado *Ídolo de Kolkuth*?

Nagaira frunció el ceño, y sus negras cejas se arrugaron con expresión pensativa.

—He visto ese nombre... en alguna parte.

—Nada de juegos, hermana —siseó Malus.

—¿Tienes alguna idea de cuántos libros tengo en mi sanctasanctorum? —contestó Nagaira—. ¿Cuántos pergaminos y tablillas? Leí ese nombre en alguna parte, pero ahora mismo no sé dónde. —Le dedicó una ancha sonrisa—. Pero dame tiempo. Lo encontraré.

—Tiempo no es algo de lo que disponga en abundancia —replicó el noble—. El demonio me advirtió que dispongo de un solo año para conseguir los objetos, o la empresa fracasará.

La bruja ladeó la cabeza con aire interrogativo.

—¿Y por qué iba a decirte eso? ¿Qué tiene que ver un año con nada de todo esto?

—¿Acaso soy un brujo, hermana? ¿Cómo quieres que lo sepa? El demonio dijo que disponía de un año, no más. Y ya he dedicado casi tres meses a regresar a Hag Graef. Así pues, como ves, el tiempo es de vital importancia.

Nagaira suspiró.

—Bueno, si el tiempo de que disponemos es tan breve, tendría mucho más sentido investigar todos los objetos a la vez.

—¿Estoy equivocado, o tú no deseas compartir ese poder? Si yo no puedo obtenerlo, tampoco lo harás tú, y tendrás el nombre de una sola reliquia por vez. No intentes regatear conmigo como una pescadera.

La voz de la bruja se volvió fría.

—Podría simplemente estrujarte para sacártelo de dentro como si fueras un trapo

empapado en sangre.

El noble sonrió.

—¿Después de todos los afanes que has pasado para restablecerme, dulce hermana? ¡Qué desperdicio!

Ella lo miró con ferocidad durante un momento, y luego echó la cabeza atrás y rió.

—¡Ah, cuánto te he echado de menos, querido hermano! —dijo—. Nadie me veja más dulcemente que tú. De hecho, te complacerá saber que he preparado una gran celebración en tu honor.

—¿Una celebración? —preguntó Malus, como si no estuviera familiarizado con la palabra.

—¡Sí, ya lo creo! Un gran festín de vino y carne, de polvos, especias y dulce sangre. Entonces, verás hasta dónde llegan mis contactos; muchos de mis aliados están ansiosos por conocerte, y podrías obtener gran rédito de relaciones semejantes. Me figuro que saborearás un poquitín del poder que sé que has ansiado durante toda tu vida.

—¿Y cuántos devotos del templo lograrán entrar en la celebración e intentarán clavarme cuchillos en la garganta?

—Deja que vayan —replicó la bruja con una sonrisa presumida, mientras daba golpecitos en el borde de la copa de Malus con una larga uña—. Me vendrían bien unas cuantas copas más para los invitados. —Sus ojos se abrieron más—. Y hablando de festejos, tengo otro regalo para ti.

Metió una mano dentro de la manga contraria del ropón, y sacó un paquete cuidadosamente envuelto, un poco más grande que su mano.

—Debería escandalizarme por la manera en que te prodigo cosas costosas —dijo mientras depositaba el paquete sobre el féretro y lo desenvolvía cuidadosamente—. Todos los invitados a la fiesta llevarán una de éstas —añadió mientras alzaba el objeto hacia la luz bruja—. Creo que te quedará bien.

Malus tendió una mano y cogió el objeto que ella le ofrecía. Un diestro artesano había usado cuchillos muy afilados para retirar la parte superior de la cara de un druchii y separarla de los músculos. La piel había sido luego montada sobre un molde y curtida con cuidado para que recuperara la forma original, y después había sido decorada con lo que parecían intrincados tatuajes. Era una máscara exquisita; los tatuajes formaban la imagen de los ojos y el hocico de un dragón.

—Máscaras sobre máscaras —dijo el noble mientras se colocaba la piel curtida sobre el rostro. Se le ajustaba perfectamente.

## 5. Atuendos de sangre

Faltaban dos noches para que comenzara la espléndida celebración. Por orden de Nagaira, Malus estaba instalado en uno de los apartamentos de la torre, donde se le proporcionaban todos los lujos. Una constante procesión de sirvientes se presentó ante él con ropas nuevas, armas y piezas de armadura. Le entregaron negros ropones de satén de seda que le acariciaban la piel, y finos ropones de lana teñida de añil para llevar encima, además de un kheitan de la más resistente y flexible piel de enano que jamás hubiese visto. Un armero del barrio de los Príncipes le entregó un plaquín de fina malla y una temible armadura de placas articuladas para ponerse encima. Un fabricante de armas de las famosas forjas Sa hreich apareció con un exquisito juego de vraith y un esclavo humano sobre el que probarlas. Las esbeltas hojas estaban forjadas con runas en el plano para mantenerlas afiladas, y eran capaces de rechazar cualquier cosa que no fuesen las más terribles armas brujas sin sufrir daño. Eran regalos dignos de un príncipe, acompañados por todas las formas de lujo que podía imaginar, desde vino a carne, pasando por especias y vapores exóticos.

Sin embargo, a pesar de todo, Malus sabía que era un cautivo.

Todas sus solicitudes de volver a su propia torre obtenían una astuta negativa por respuesta. Primero, Nagaira le dijo que aún no estaba completamente recuperado de los rituales de curación y que necesitaba recobrar las fuerzas. A continuación adujo que la torre había permanecido deshabitada durante más de dos meses y que había que prepararla para su llegada. Luego, no podía marcharse porque la gran fiesta era inminente, y hasta que hubiese acabado, era imposible no prescindir de esclavos para que trasladaran sus pertenencias. En varias ocasiones perdió la paciencia con las serenas protestas de Nagaira; lo cierto era que los acalorados intercambios de palabras lo agotaban con rapidez. Pasado un tiempo, comenzó a desear que eso se debiera a que aún estaba recuperándose; la idea de que Nagaira pudiese haberlo incapacitado, por medios mágicos, para resistirse a las sugerencias de ella, era demasiado espantosa para considerarla siquiera.

Al menos, le habían permitido reunirse con sus guardias un día después de concluidos los rituales. Por Silar supo que los habían devuelto al servicio de Malus el mismo día en que lo habían entregado a los cuidados de Nagaira y que de inmediato habían intentado hacerse cargo de él. Nagaira había rechazado todos los intentos, y había habido momentos en los que Silar había considerado el derramamiento de sangre para rescatar a su señor. Sólo después del intento de asesinato acaecido en la torre de la bruja, los guardias admitieron de mala gana que estaba mejor protegido en la torre de Nagaira que en la suya propia, y abandonaron futuros planes para recuperarlo.

Por desgracia, la presencia de los guardias era intermitente en el mejor de los

casos. Había una tensión palpable entre los hombres de Malus y los de Nagaira; evidentemente, había corrido la noticia de la muerte de los guardias de Nagaira en el norte y, de algún modo, eso se traducía en animadversión contra sus propios guardias. Malus tenía pocos efectivos para sostener una rivalidad manifiesta entre ambos bandos, así que, al final, se vio obligado a enviar a Silar y los demás a su torre. Si Nagaira le deseaba algún mal, ya había tenido suficientes oportunidades para perjudicarlo, aunque resultaba evidente que se había embarcado en una amplia campaña para mantenerlo aislado del mundo exterior. Por de pronto, estaba dispuesto a esperar el momento oportuno y ver cuál sería el siguiente movimiento de ella.

—¿Y qué debo ponerme para esta... fiesta?

Malus miró a Nagaira con el ceño fruncido, desde una silla de respaldo alto situada cerca de una de las ventanas de la torre, mientras bebía sorbos de vino del cráneo del aspirante a asesino que había intentado matarlo. Pasó la mirada por encima de las ahusadas torres de la ciudad, envueltas en espesa niebla nocturna. Le resultaba extraño sentirse más confinado en la casa de Nagaira de lo que había llegado a sentirse cuando colgaba de las cadenas en la torre del vaulkhar.

—Lo que tú quieras —replicó ella con una sonrisa fugaz.

Nagaira se encontraba de pie ante un alto espejo, atendida por un par de esclavas druchii. Tenía el pelo recogido hacia atrás; lucía una gruesa trenza envuelta en alambre, y diminutas hojas con punta de flecha destellaban malignamente en el negro cabello trenzado. El cuerpo desnudo de la bruja estaba cubierto de tatuajes de espirales. Había tardado todo el día en pintarlos, y a Malus le recordaron los dibujos con que se había decorado el cuerpo la noche anterior a la incursión en la torre de Urial, que se retorcían y atraían su mirada. Esta vez, sin embargo, parecían rodearla de un oscuro atractivo, y la sangre le ardía con cada mirada fugaz que le lanzaba.

—Pero deja aquí la fría armadura... Creo que te resultaría incómoda antes de que pasara mucho rato.

Mientras Nagaira hablaba, las esclavas le pusieron un ropón de seda y se lo sujetaron flojamente con un cinturón formado por calaveras de plata.

Con un gruñido, Malus se levantó de la silla y sacó el kheitan de un baúl. Podía soportar la idea de dejar allí la coraza y el plaquín, pero quería contar con algo de protección, aunque se tratara de una fiesta en su honor. Para cuando acabó de cerrar las hebillas de la armadura ligera en torno al pecho, Nagaira ya lo miraba desde detrás de su propia máscara. Parecía ser de piel de druchii, como la de Malus, pálida y fina, con largas tiras de piel desollada alrededor de las sienes, que pendían hasta sobrepasar los hombros de la bruja. Los tatuajes trazaban dibujos arcanos en las mejillas de la máscara, pero su propósito era más ornamental que mágico, según percibió Malus.

—¿Preparado? —preguntó ella con voz sibilante tras la máscara.

—Hace rato que estoy preparado, mujer —gruñó el noble—. ¿Es que la fiesta no ha comenzado hace una hora?

Nagaira rió.

—Por supuesto. Pero debes ser el último en llegar. ¿Acaso tu madre no te enseñó nada sobre costumbres sociales cuando eras niño?

—Mi madre estuvo encerrada en el convento casi desde el momento en que llegó a Hag Graef. Tuvo poco tiempo para fiestas.

La hermana le dedicó una sonrisa lánguida.

—En ese caso, esto será educativo para ti —dijo, y lo llamó con un gesto—. Ven.

Lo condujo fuera de sus aposentos, situados cerca de la parte superior de la torre, y bajó con él por una larga escalera de caracol. Los dos nobles pasaron ante numerosos guardias armados que se encontraban en la escalera; iban ataviados con la armadura completa y con las manos cubiertas por guanteletes sujetaban las armas de acero desnudas. A pesar de lo mucho que se enorgullecía de su magia, Malus reparó en que Nagaira no dejaba nada a la casualidad. Si esa noche el templo enviaba sus acólitos a la torre, los asesinos pagarían un precio muy alto.

Aparte de los guardias, los corredores y las escaleras estaban desiertos. Un poco antes, cuando Nagaira se preparaba para la fiesta, habían hervido de actividad; el noble no se había dado cuenta de cuántos esclavos poseía su hermana, hasta que los había puesto a trabajar como hormigas. En ese momento, por comparación, el silencio y la quietud de la torre resultaban inquietantes.

El descenso duró varios minutos y acabó, al fin, en la planta baja de la torre. La gran estancia circular estaba vacía, salvo por un grupo de elfos armados que hacían guardia ante la entrada principal. Las altas puertas dobles eran el acceso por el que entraban y salían la mayoría de los visitantes, desde esclavos y comerciantes a invitados de la ciudad. Entonces, las puertas estaban cerradas y aseguradas con frías barras de hierro, que encajaban en pesadas abrazaderas situadas a ambos lados del marco. El centro de la estancia lo dominaba la alta e imponente estatua de una doncella druchii y una mantícora echada, talladas en impresionante mármol negro. La expresión de la cara de la doncella parecía amenazadora e insinuante a un tiempo, aunque no había nadie para admirarla.

Malus le lanzó a Nagaira una mirada de soslayo.

—Hermosa concurrencia. No puedo decir que esperara otra cosa para una fiesta ofrecida en mi honor.

Nagaira le dedicó una ancha sonrisa y sus ojos destellaron con expresión traviesa.

—Muchacho estúpido, ¿cuándo aprenderás que en mi propiedad nada es lo que parece?

Dicho esto, avanzó rápidamente hasta la enorme estatua... y desapareció en el interior.

Tz'arkan se removió.

—Una ilusión aceptable —observó el demonio—. Parece que tu dulce hermana tiene una gran cantidad de talentos..., de brujería y de otros tipos. Me pregunto dónde los habrá aprendido.

—Tal vez tenga un demonio dentro que la atormenta —gruñó Malus con un susurro, y luego se preparó para seguir a Nagaira.

No sintió más que un leve roce al atravesar la estatua ilusoria; tuvo que cerrar los ojos en el último instante porque no logró convencerse de que no estaba a punto de darse de bruces contra un enorme bloque de mármol tallado.

Una mano pequeña se apoyó en su pecho y lo detuvo en seco. Cuando abrió los ojos, se encontró con que estaba en lo alto de una estrecha escalera curva que desaparecía en el suelo. Un círculo de símbolos mágicos rodeaba el descansillo, y el aire tenía un relumbre polvoriento. Con el rabillo del ojo, Malus casi logró distinguir la silueta de la estatua vista desde el interior, pero la ilusión se desvanecía en cuanto intentó mirarla directamente.

—Bien —dijo el noble—, ¿qué otra cosa no me has contado, querida hermana?

—Ven a descubrirlo —replicó ella, y lo tomó del brazo.

Descendieron hacia la oscuridad; las botas de Malus resonaban en el estrecho espacio. Por la escalera ascendía un perfume de especias que le hacía cosquillas en la nariz. Justo cuando estaba a punto de preguntar dónde acababa la escalera, giraron en otro recodo cerrado y el noble pudo contemplar desde lo alto una gran sala subterránea iluminada con luz bruja verde pálido.

Los aguardaban los invitados, todos ocultos tras máscaras de piel. Los druchii se encontraban dispuestos en círculos concéntricos en torno a la escalera de caracol —seis en el primer círculo, doce en el siguiente, dieciocho en el tercero—, todos de cara a él y con los brazos alzados en un gesto de súplica. En el momento en que Malus apareció, gritaron, y la estancia reverberó con una salmodia exultante entonada en un idioma que no entendía.

Detrás de los círculos de enmascarados yacía un mar de carne que se contorsionaba.

Decenas y más decenas de esclavos llenaban el resto de la estancia, tendidos en el suelo en un delirio causado por drogas, y subiéndose unos encima de otros a causa de un deseo irresistible. En torno a la sala había braseros que inundaban el aire con incienso y hierbas psicodélicas. El corazón de Malus se aceleró al ver un banquete tan tentador expuesto ante él. Le hormigueaba la piel con cada inspiración y, por una vez, incluso el demonio pareció experimentar el mismo ardiente deseo.

Las salmodias de súplica lo bañaron y reverberaron en sus huesos. No se parecía a nada que hubiese experimentado antes, y le causó una sensación embriagadora. «¿Es esto lo que se siente cuando lo adoran a uno?», pensó.

Era algo que podía llegar a gustarle.

Nagaira continuó bajando los escalones y arrastró a Malus consigo. Al pie de la escalera los aguardaba otra figura: un druchii ataviado con un ropón de piel humana recién desollada en el que aún brillaba la sangre. La superficie del ropón estaba tatuada con intrincadas runas y dibujos de espirales, y un incensario del que manaba el humo de un almizcle penetrante colgaba de una cadena de oro en torno al cuello de la figura. En lugar de máscara, llevaba el cráneo de un gran macho cabrío de montaña, cuyo largo hocico óseo descendía muy por debajo de la altura de los hombros, con largos cuernos curvos que brillaban como teca pulimentada en la luz artificial. El cráneo tenía símbolos pintados, y las tatuadas manos de la figura sostenían una copa llena hasta el borde de un espeso fluido rojo del que ascendía vapor.

Irradiaba una palpable aura de poder y autoridad, ante la que incluso Nagaira parecía mostrar deferencia. Malus contempló a la figura con precaución. «Esto no es una mera orgía empapada en vino —pensó—. ¿A qué me has arrastrado esta vez, hermana?»

Cuando se aproximaron, la figura alzó la copa y se la ofreció a Malus. Nagaira lo condujo hasta la copa y habló con la voz impostada, para que llegara a todos los rincones de la caverna.

—¡El príncipe de la fiesta ha llegado! ¡La copa está ante él! —Se volvió a mirar a Malus. Su voz aún sonó clara e impostada, pero las palabras fueron directamente dirigidas a él—. Úngete con el néctar del deseo e inflama el hambre de tu corazón. ¡Bebe hasta el fondo!

—¡Bebe hasta el fondo! —entonaron las figuras enmascaradas, cuyas voces temblaban de expectación.

—Sí, bebe —susurró Tz'arkan.

¿Temblaba también la voz del demonio?

Malus se movió lentamente, como en sueños, extendió un brazo y cogió la copa de manos de la figura. Era más pesada de lo que había imaginado, y la alzó con cuidado; por alguna razón, le daba miedo derramar el espeso líquido que se movía dentro. Se la llevó a los labios y bebió.

La boca se le llenó de sangre caliente, amarga y salada. Se deslizó como aceite por su lengua, le bajó por la garganta y lo inundó de hambre. No eran sólo sus deseos, sino los apetitos de todos y cada uno de los suplicantes que habían vertido una parte de su sangre dentro de la copa. Si cerraba los ojos casi podía verlos mentalmente, saborear el placer de todos ellos cuando saciaban la terrible hambre.

Carne. Comida. Vino. Todos los apetitos, cada centelleante sabor, reverberaban a través de él en olas de calor y frío. Su cuerpo se estremeció, y los suplicantes rugieron.

—¡Slaanesh! ¡Ha llegado! ¡El Príncipe del Placer ha llegado!

La conciencia de Malus temblaba como una hoja de árbol en un torbellino. ¡Slaanesh! La mente de Malus giraba. «Nagaira, muchacha estúpida, ¿qué has hecho?»

Nagaira extendió un brazo y le quitó la copa. Le sorprendió darse cuenta de que, una vez que había comenzado a beber, no había parado hasta vaciarla. Regueros de sangre ungida le corrían por el mentón y manchaban la parte delantera del kheitan. Ella alzó la copa en alto, y los exaltados suplicantes guardaron silencio.

—¡El príncipe de la fiesta ha bebido hasta el fondo y ha aceptado la bendición de Slaanesh! ¡Ofreceos a él! ¡Bebed profundamente de vuestros deseos y alabad al Príncipe del Placer! ¡Rendid culto ante el trono de la carne!

Los suplicantes rugieron con una sola voz.

—¡Slaanesh!

El nombre del Dios Maligno resonó en la caverna hasta que el aire mismo pareció solidificarse con una presencia impía.

Dentro de Malus, pareció que el demonio se hinchaba hasta colmarlo de la cabeza a los pies, como si el noble fuese una piel que se le ajustara mal. Extraía fuerzas de los gritos de éxtasis de los suplicantes, como si reclamara para sí una parte de la devoción de los adoradores.

En ese momento, Malus Darkblade se sintió como un dios.

Nagaira se apretó contra él, y el calor del cuerpo casi desnudo atravesó el ropón de seda de Malus. Ella señaló los lustrosos cuerpos que había más allá de los suplicantes.

—He ahí tu festín —susurró con voz enronquecida—. Todo esto ha sido preparado en tu honor, tú, el que ha estado ante el Bebedor de Mundos. Y eso no es más que una degustación de los dones que te esperan.

Extendió un brazo y lo empujó hacia adelante. La figura de cabeza de macho cabrío se apartó a un lado y los círculos de suplicantes se separaron ante él. Avanzó en solitario, y mientras pasaba por cada círculo de adoradores, sentía que sus manos lo acariciaban, lo tocaban, lo agarraban con deseo. Malus caminaba entre ellos como un rey, un dios, y se sentía rodeado por la devoción de todos ellos como si fuera una capa de seda.

Durante toda su vida no había conocido nada más que el odio, que lo había alimentado como un vino amargo. Entonces saboreaba el poder absoluto, y supo que haría cualquier cosa para conservarlo.

No bastaría con ver a sus hermanos y hermanas destruidos y a su padre quebrantado bajo su mano. No sería suficiente con llevar la armadura del vaulkhar e ir a la guerra en nombre del Rey Brujo. Ninguna cantidad de oro y esclavos, ningún encumbrado título ni terrible autoridad serían jamás suficientes para él. Quizá el



mundo entero no bastara para saciar el hambre que entonces hervía en su interior.

Pero, de todos modos, lo devoraría.

Una risa atronadora le inundó los oídos: ebria, lasciva y triunfante. No estaba seguro de si era la suya o la del demonio, pero a Malus no le importaba lo más mínimo mientras se solazaba con las exquisiteces que el Príncipe del Placer había puesto ante él.

Malus yacía desnudo sobre un lecho de cuerpos gimientes. Tenía la piel caliente y cubierta de regueros de sudor y sangre. El pelo estaba sucio y húmedo de vino y otros fluidos, y sus nervios vibraban por los efectos del humo de las drogas y los deseos saciados. El aire se estremecía de alivio: susurros, gemidos, alaridos y crueles carcajadas se mezclaban todos en una tormenta de devoción sibarita. Cada inspiración le llenaba los pulmones de un espeso aroma a drogas, sangre, sexo y vino. Era el sabor del éxtasis, y al noble le sorprendió descubrir que le agudizaba la mente como nada antes.

Comprendía, entre otras cosas, por qué el Rey Brujo había prohibido el culto de Slaanesh entre los druchii. La fría doctrina de Khaine era una cosa, ya que el odio daba forma al alma y la afilaba como una espada, y como una espada podía ser esgrimida contra los enemigos del Estado. Pero el deseo era una cosa por completo diferente. No tenía límites ni podía dársele una forma conveniente para los caprichos del rey. El hambre no sentía respeto ninguno por los estados ni las fronteras; existía para consumirlo todo a su paso. Semejante hambre, cuando se la dirigía contra el rey en su trono, era algo verdaderamente peligroso.

Aunque las leyendas afirmaban que, en el pasado, el Príncipe del Placer había sido el centro de adoración de los habitantes de la perdida Nagarythe, el Rey Brujo había asesinado a los sacerdotes y sacerdotisas de Slaanesh cuando los druchii llegaron a Naggaroth, y había puesto, en su lugar, al Señor del Asesinato. Aunque se decía que los cultos a Slaanesh perduraban en las grandes ciudades de la Tierra Fría, los agentes del Rey Brujo los perseguían implacablemente, ejecutaban a todos los adoradores que encontraban y esclavizaban a sus familias. El pensamiento de que un cáncer semejante permaneciera invisible dentro de la casa del propio vaulkhar hizo aflorar una cruel sonrisa a los labios de Malus.

Por supuesto, Nagaira sólo le había confiado ese conocimiento porque entonces también él estaba contaminado. Si el culto era descubierto, Malekith no haría ninguna distinción entre los miembros de la familia: comenzaría por Lurhan y acabaría con todo el linaje. La pregunta era por qué se lo había confiado. Estaba claro que su hermana formaba parte del culto desde hacía algún tiempo; sin duda, gozaba de un rango considerable entre los miembros del mismo. Sin embargo, antes de ese momento se había mostrado muy circunspecta. Si hubiera querido iniciarlo antes en el culto, le habría resultado fácil. Malus era brutalmente honrado consigo mismo y

reconocía que la degustación de deseo que había experimentado esa noche lo marcaría para siempre. De hecho, de no ser por el dominio que el condenado demonio ejercía sobre él, tenía pocas dudas de que se hubiera unido al culto de buena gana, para luego intentar manipularlo en su propio beneficio.

Irónicamente, estaba seguro de que Tz'arkan era la razón por la que el culto deseaba contar con él.

De manera vaga, percibió la presencia de otros druchii que lo rodeaban. Se movió ligeramente y miró alrededor con los ojos entornados. Una media docena de suplicantes se le acercaron con una mezcla de deferencia y miedo. Malus recordaba muy poco de las últimas horas pasadas, que habían sido una tormenta de glotonería, rapiña y asesinato. Por muy prodigiosos que fueran sus propios apetitos aumentados por la magia, también sabía que el demonio lo había impelido a profundidades de depravación aún más grandes. Los suplicantes se comportaban como si él fuese Slaanesh encarnado, y dedujo que probablemente se había aproximado al Príncipe del Placer más que cualquier otro caso que los adoradores hubiesen visto jamás.

Una de las suplicantes se inclinó ante él. Estaba completamente desnuda salvo por la máscara, y tenía la pálida piel salpicada de manchas de sangre y vómito secos. Al igual que en el caso de Malus, su negro cabello estaba sucio a consecuencia de sus excesos.

—¿Es dulce el vino, príncipe mío? ¿La carne es tierna y deliciosa? ¿Son melodiosos los gritos? ¿Este espléndido banquete ha saciado tus deseos?

Él la miró y sonrió. Una parte de él deseaba cogerla, pero su cuerpo se negaba a moverse.

—No —dijo al fin—. Aún tengo hambre.

Una ola de reverente aprobación recorrió a los suplicantes.

—Ciertamente, has sido bendecido más que todos los otros, gran príncipe —dijo otro druchii enmascarado, varón por el sonido de la voz—. Todos nos hemos maravillado ante tu hambre, la sublime rapacidad de tus deseos carnales. Ciertamente, estás señalado por el Bebedor de Mundos, y nosotros hemos sido bendecidos con tu presencia.

Un tercero, un hombre cubierto por decenas de tajos sangrantes, abrió las manos manchadas de rojo en un gesto implorante.

—Lamentamos que nuestra ofrenda sea tan magra, gran príncipe —dijo—. En la ciudad hay aún menos iniciados que en cualquier otra parte del territorio. Bueno, baste decir que aquí somos pocos, pero los que hacemos honor a las antiguas creencias somos verdaderamente poderosos.

Malus estudió pensativamente al hombre. Todos hablaban con acentos nobles, y aunque las máscaras distorsionaban un poco las voces, le pareció que algunas le resultaban familiares.

No le cabía ninguna duda de que algunos de los suplicantes eran vástagos de las familias de más alta condición de la ciudad. Nagaira recibía una generosa pensión de Lurhan, que era el segundo hombre más poderoso de Hag Graef, pero ni siquiera ella podría haber hecho frente al enorme coste de una fiesta como ésa.

—Sólo las casas más antiguas y orgullosas de la ciudad se atreverían a mantener las costumbres de la perdida Nagarythe —declaró Malus con cuidado—. Es un honor haber sido huésped de una compañía tan distinguida.

El druchii sangrante inclinó cortésmente la cabeza.

—No debes considerarte un huésped, gran príncipe. El viaje que hiciste al norte te ha transformado. Todos hemos visto, con nuestros propios ojos, cómo has sido señalado por el Bebedor de Mundos. En realidad, ocuparías un lugar de gran preeminencia entre nosotros... si quisieras desempeñar un papel dentro de nuestro magro culto.

—No es poca cosa ponerse en contra de las leyes del Rey Brujo —replicó Malus.

Para su sorpresa, el hombre asintió de inmediato con la cabeza.

—El poder de Malekith es enorme y terrible —convino el suplicante—. Y su voluntad es la ley de nuestro territorio. Pero servimos a un poder mucho más grandioso, ¿no es cierto? ¿Acaso Malekith no muestra deferencia hacia los sacerdotes del templo de Khaine?

«Sí —pensó Malus —, pero ellos sirven a sus intereses. Este culto es una amenaza.»

—Por supuesto que tienes razón —replicó con tranquilidad—. Pero eso no disminuye el riesgo.

La mujer druchii se arrodilló a sus pies.

—Hace siglos que adoramos en secreto al Príncipe del Placer —declaró con orgullo—. Aunque somos pocos, nos protegemos unos a otros.

—En efecto —asintió el suplicante varón—. Y nos ocupamos de nuestros compañeros de fe. Todos somos uno solo en el crisol del deseo. Sería un gran pecado dejar sin satisfacer los apetitos de un verdadero creyente.

Lo que implicaban las palabras del noble despertó la ambición en el corazón de Malus.

—Ten cuidado, hermano —dijo con tono amistoso—. Ya has visto por ti mismo que mis apetitos son realmente considerables.

Esto provocó una respetuosa risa entre dientes de los suplicantes.

—Muy cierto, pero también esperamos que puedas darnos mucho a cambio.

«¡Ah, pero ¿qué queréis de mí? —pensó Malus—. ¿Qué es Tz'arkan para vosotros, y cómo sabéis de su existencia? Más aún, ¿qué más sabéis de él que yo ignoro?»

Por primera vez, pensó que quizá los actos de Nagaira eran infinitamente más

astutos de lo que él había pensado. ¿Cuáles eran las probabilidades de que un templo oculto en el norte albergara, casualmente, a un demonio al que su culto tenía en gran estima? ¿Era posible que todo lo que le había sucedido desde que había regresado de la incursión esclavista hubiese formado parte de un elaborado plan para contactar con un protector del culto?

«¡Ah, hermana!, continuó subestimándote —pensó—. Eres mucho más peligrosa de lo que pensaba.»

Sí, tenía sentido, en efecto. La pregunta era: ¿cómo podía aprovecharlo en su propio beneficio?

## 6. Leyendas y mentiras

Malus estudió pensativamente a los suplicantes.

—¿Cómo puede servir al Príncipe del Placer un humilde hijo del vaulkhar?

El druchii ensangrentado le tendió una mano manchada de rojo.

—Eso no puedo decírtelo yo, gran príncipe. Son asuntos que tenéis que hablar tú y el hierofante, y él aguarda el placer de tu compañía.

A regañadientes, Malus cogió la mano del hombre y dejó que tirara de ella para ayudarlo a ponerse de pie. A causa de la extenuante actividad de la noche, las piernas le temblaron, hasta que las detuvo mediante la fuerza de voluntad, y luego hizo un gesto con una mano para indicarles a los suplicantes que abrieran la marcha.

Atravesaron un mar de cuerpos agotados, algunos vivos, otros muertos. Decenas de esclavos apilados en retorcidos montones sembraban el suelo de la caverna; el espectáculo era tan espeluznante como el de cualquier campo de batalla que hubiese visto Malus. Sus pies descalzos pisaban charcos de sangre que se coagulaba y vino pegajoso. La fiesta había tocado a su fin, y entonces los esclavos de Nagaira se movían entre el desastre que había quedado, inspeccionaban los cuerpos y remataban a los que habían sobrevivido físicamente, pero cuyo espíritu había sido destrozado por los rapaces suplicantes. Mientras Malus observaba, un esclavo hizo rodar a una catatónica víctima hasta dejarla de espaldas, para luego estrangularla con un cordón de seda. La criatura no hizo intento alguno de resistencia.

Una vez que hubieron pasado ante la alta escalera de caracol, el grupo se encaminó hacia el otro extremo de la estancia y atravesó una arcada hasta un espacio adyacente. Las paredes eran de piedra desnuda toscamente tallada, más parecidas a las de una cueva que a las de una habitación acabada, y de pronto, Malus se dio cuenta de que muy probablemente se encontraban en una zona sellada de las madrigueras, el serpenteante laberinto de túneles y cavernas excavados en la roca que había debajo de Hag Graef. Ociosamente, se preguntó si los esclavos de Nagaira se molestarían en transportar los cadáveres hasta la superficie, o si se limitarían a abrir un pasadizo secreto que conectaba la cámara con el resto de los túneles para dejar que los depredadores salvajes que merodeaban por ellos entraran y comieran hasta hartarse.

El espacio era pequeño en comparación con la cámara de fiestas; había tal vez quince pasos en la parte más amplia. En torno al perímetro de la sala, colgaban de unas cadenas los cuerpos de una docena de esclavos, cuyos fluidos vitales se mezclaban en el suelo de basta piedra. En el centro de la sala se encontraba sentado el druchii que llevaba el cráneo de macho cabrío, y que lo había ungido al pie de la escalera de caracol. El hierofante estaba reclinado en un trono de cuerpos vivos; esclavos desnudos se habían contorsionado y sujetado unos a otros para formar el

asiento, los laterales y el respaldo necesarios para sostener al druchii reclinado. Los esclavos habían sido paralizados con alguna clase de veneno para dejarlos trabados, y sobre el trono del hierofante flotaba una palpable sensación de dolor. De dos pequeños braseros colocados a ambos lados del trono viviente, ascendía hasta el bajo techo un acre humo verde pálido que hizo que a Malus le escocieran las fosas nasales.

Las afiladas uñas lacadas del hierofante trazaron finos rastros sobre la pálida piel de los reposabrazos. Los ojos brillaban con dureza dentro de las oscuras cuencas del cráneo del macho cabrío, y contemplaron a Malus con una expresión feroz y desafiante cuando se aproximó. Nagaira se encontraba a un lado del trono; su rostro era inescrutable.

—Tus apetitos son prodigiosos, gran príncipe —dijo una voz ronca desde el interior del cráneo.

El hueso provocaba ecos extraños que distorsionaban las palabras del hierofante. No obstante, Malus se esforzó por mantener una expresión neutral. Había oído antes esa voz en alguna parte...

—Cuando se le da comida a un hombre, come. —Malus se inclinó profundamente ante el jefe del culto—. Con un festín tan grandioso y maravilloso ante mí, ¿cómo podía no deleitarme con él?

Los suplicantes se miraron unos a otros y asintieron con gesto aprobador, pero el hierofante no pareció conmovido. Se inclinó hacia adelante en el trono, mientras entrelazaba nerviosamente los largos dedos.

—Se dice que has vuelto hace muy poco del norte.

—Es verdad, hierofante.

—También me han dicho que allí descubriste algo de gran interés para nosotros. ¿Es así?

«¿De interés para quién? —se preguntó Malus—. ¿Y por qué?» Se le ocurrían varias razones por las que un culto de Slaanesh podía interesarse por un demonio cautivo (los favores y la protección por sí mismos les conferirían gran poder), pero el noble percibía que había algo más. «El hierofante es cauteloso, desconfiado», razonó Malus. Pero si Nagaira lo había dirigido hacia los Desiertos con el propósito expreso de que encontrara a Tz'arkan, ¿significaba que había actuado sin el conocimiento del hierofante? ¿Estaba llevando a cabo un juego de poder dentro del culto?

Malus mantuvo una expresión cuidadosamente neutral.

—Encontré un grandioso templo en los Desiertos del Caos, oculto en un valle situado al pie de la fisura de una montaña.

—Tenemos conocimiento del lugar —dijo el hierofante con sequedad—. *El tomo de Ak'zhaal* habla de él y del sagrado poder aprisionado en su interior. Pero el templo está protegido por las más poderosas barreras, por la mismísima disformidad...

—Lo estaba —replicó Malus.

Los suplicantes inclinaron la cabeza y murmuraron, emocionados, entre sí. El hierofante los silenció con un dedo alzado.

—¿Qué me decís de los sacerdotes del interior?

—Muertos hace mucho, hierofante.

—¿Y cogiste la barca para atravesar el mar de veneno y llegar al sanctasanctórum del demonio?

—No, subí por una escalera de rocas flotantes que había por encima de un mar de fuego —replicó Malus, que dejó que su irritación se hiciera visible—. Estoy seguro de que el libro también habla de eso.

El hierofante volvió a reclinarsse y se dio golpecitos en el óseo hocico del cráneo de macho cabrío con una uña manchada de sangre.

—En efecto. ¿Así que estuviste ante el gran cristal y contemplaste el poder de su interior?

Malus asintió con la cabeza.

—En su momento, sí —replicó lentamente.

—Y el Bebedor de Mundos te perdonó la vida. ¿Por qué?

El noble sonrió.

—Tendrás que ir tú mismo a preguntárselo. Puedo dibujarte un mapa, si quieres.

Malus sintió que los suplicantes se ponían rígidos a causa de la conmoción. Durante un momento, el hierofante permaneció completamente inmóvil, incluso sus manos de largas uñas se detuvieron en medio de un gesto, una floritura de puntas manchadas de sangre. Una breve sonrisa pasó por los labios de Nagaira.

«¿Era esto lo que estabas deseando? —pensó Malus—. ¿Me atrajiste a esta red sólo para que cruzara espadas con este sumo sacerdote?»

—Se me ha informado de que necesitas nuestra ayuda, gran príncipe —replicó el hierofante con acritud—. Estás buscando ciertas reliquias para el demonio, objetos arcanos perdidos en las nieblas del tiempo. Un gran erudito que tenga acceso a una biblioteca excepcional podría hallar referencias a esos artefactos perdidos, si se le da tiempo. Sin embargo, no tengo la impresión de que seas un lector muy asiduo.

Malus le lanzó una mirada de soslayo a Nagaira.

—Perdona, hierofante. Estás mejor informado de lo que pensaba. No me había dado cuenta de que me estabas ofreciendo ayuda. Lo que he oído hace unos momentos me pareció más un interrogatorio que una reunión entre aliados.

El noble percibió la fría sonrisa en la voz del hierofante.

—Eso es porque no somos aliados, gran príncipe. Al menos, no todavía. Los ungidos de Slaanesh somos todos uno y actuamos para protegernos unos a otros contra la persecución de los no creyentes. Pero sin duda comprendes lo precaria que es nuestra situación. Sólo podemos prestarles nuestra ayuda a los que son realmente dignos de ella.

—Yo he sido tocado por el Bebedor de Mundos. ¿No basta con eso?

—No. Sólo tenemos tu palabra de que eso sucedió. Tu conocimiento del templo es correcto en todos los detalles, pero podrías haber leído el libro con tanta facilidad como yo mismo, o bien, esos hechos te los podría haber contado... un tercero.

Malus advirtió que Nagaira se ponía ligeramente rígida ante la insinuación apenas velada.

—Por otro lado, no podemos pasar por alto una oportunidad de propagar la gloria del Príncipe del Placer, por muy... improbable... que parezca tal oportunidad, así que te haré una propuesta.

—Dime.

—Pondré todo el poder de nuestro culto a tu disposición: nuestras riquezas, nuestra influencia, incluso la fuerza de nuestros brazos en caso necesario; pero sólo con la condición de que consagres tu alma al servicio de Slaanesh en una iniciación sagrada. Como ya he dicho, cuidamos de los nuestros. Únete a nosotros, y todo lo que poseemos será también tuyo.

Malus consideró a toda velocidad las palabras del hierofante.

—Pensaré en ello —replicó.

El hierofante se echó hacia atrás y sus uñas se clavaron profundamente en los reposabrazos. Regueros de sangre corrieron por la pálida piel y gotearon sobre el suelo.

—¿Qué? ¿Qué hay que meditar? No tienes ninguna posibilidad de completar la búsqueda sin nuestra ayuda.

—Yo sirvo al capricho del Bebedor de Mundos, hierofante —replicó Malus con frialdad—. Y aunque estás especialmente bien informado respecto a mis intenciones, aún hay mucho que no sabes. Ahora debo decidir si enredarme en los insignificantes planes de tu culto y ponerme bajo tu autoridad es algo que favorece los intereses de mi mentor demoníaco —Malus era incapaz de decir «dueño»—, o si es mejor que continúe la búsqueda en solitario.

El hierofante posó una mirada colérica sobre Nagaira y, luego, sobre Malus.

—¡Qué insolencia! ¿Acaso no te hemos cubierto de regalos de carne y vino? ¿No te hemos honrado con una celebración tan espléndida como Hag Graef no ha visto nunca antes?

—En efecto, en efecto, hierofante..., y os doy las gracias por esta pródiga distracción. Pero los grandes demonios no quieren regalos. Sólo quieren ser obedecidos. Pensad en eso, si aún deseáis que el Bebedor de Mundos sea vuestro mentor. Entretanto, yo debo considerar vuestra propuesta con sumo cuidado.

El hierofante se levantó bruscamente del trono; tenía las manos enrojecidas de sangre fresca.

—Considéralo bien, gran príncipe, pero también ten presente esto: se acerca la



noche de la luna nueva, cuando el Príncipe del Placer acepta la consagración de iniciados a su servicio. Tienes hasta entonces para decidir.

«Y luego, ¿qué? —pensó Malus—. ¿Me mataréis para mantener a salvo vuestro culto secreto?» Sin embargo, una mirada a los ojos del hierofante hizo que refrenara la réplica sarcástica.

«¡Ah, ya veo! Eso es exactamente lo que quieres decir.» Malus hizo otra reverencia.

—En ese caso, que el Príncipe del Placer acelere mis pensamientos, hierofante, y espero que me excusaréis para que pueda descansar y comenzar mis deliberaciones.

El hierofante no respondió, pero estaba claro que la entrevista había concluido. Nagaira hizo una profunda reverencia y condujo a Malus fuera de la estancia.

Cuando atravesaban la carnicería del suelo de la sala de fiestas, lo cogió del brazo e hizo como que no se daba cuenta de la tensión que endurecía todos los músculos del cuerpo del noble.

—¡Qué noche tan maravillosa! —susurró ella al mismo tiempo que echaba una furtiva mirada hacia atrás—. Sabía que encontrarías una manera de animar las celebraciones.

Horas más tarde, Malus yacía en su dormitorio, despierto, y escuchaba con atención cómo la actividad de los sirvientes disminuía poco a poco. Moviéndose silenciosa y cautelosamente, el noble se levantó de la cama. Por la oscuridad del otro lado de las estrechas ventanas, calculó que sólo faltaban unas pocas horas para el amanecer. Se puso el ropón de seda y sujetó una daga a la cintura, tras lo cual se escabulló fuera de la alcoba y salió al corredor.

Los pasillos estaban tan silenciosos como tumbas. Los días de frenéticos preparativos seguidos de la monumental tarea de limpiar los restos de la gran fiesta habían agotado al máximo la capacidad del personal de Nagaira. Malus esperaba que casi todos los sirvientes de la casa estuvieran ocupados con alguna tarea o aprovechando la oportunidad que tuvieran para descansar antes de que su ama volviera a llamarlos. Estaba seguro de que lo mismo sucedería con los guardias; después de permanecer durante varios días en estado de máxima alerta, era natural que se relajaran en cuanto concluyera la celebración.

Tal vez sería la única oportunidad que tendría para salir de la trampa que le había preparado su hermana.

La reunión con el hierofante había confirmado sus sospechas respecto a Nagaira, y también las había ampliado de modo inquietante. Su hermana no sólo sabía acerca de Tz'arkan y la naturaleza de su confinamiento mucho más de lo que le había dado a entender, sino que había compartido con los miembros del culto el conocimiento que tenía de la difícil situación de Malus. La bruja lo estaba usando para usurpar el lugar del hierofante, y utilizaba el poder del culto para tener más influencia sobre él. Con

independencia de hacia dónde se volviera, ella siempre iba un paso por delante y lo atraía cada vez más profundamente al interior de su red.

La única alternativa que le quedaba era tomar personalmente el control de las cosas y hacerlo de prisa, antes de que ella lo dejara sin espacio para maniobrar.

Malus llegó a la escalera principal de la torre y giró a la derecha para bajar por ella. El siguiente descansillo acababa en una puerta; la abrió rápida y silenciosamente, sin hacer el menor caso del guardia que se encontraba al otro lado. Los guardias estaban muy habituados a su presencia, y él tenía libertad de movimiento por toda la torre, salvo el sanctasanctórum de Nagaira, situado en lo más alto. Malus continuó descendiendo sin volverse para nada a mirar al guardia, y éste no hizo intento alguno de detenerlo antes de que desapareciera por un recodo de la escalera.

El descansillo siguiente acababa en otra puerta, que Malus abrió con mayor lentitud y sigilo que la anterior. Al otro lado había una habitación pequeña provista de soportes con hileras de largas lanzas y pesadas ballestas. Una mesa circular ocupaba el centro de la sala de guardia, y dos de los hombres de Nagaira se hallaban desplomados en las sillas, roncando suavemente. El noble cerró la puerta con tanto cuidado como pudo, y luego continuó bajando sigilosamente el resto de la escalera. A la izquierda de Malus, un corto corredor llevaba hasta una pesada puerta revestida de hierro. Desde un tintero situado en el centro del pasillo, un globo de luz bruja proyectaba sombras. Malus cogió el globo y lo separó de la sujeción de hierro, y avanzó con rapidez hasta una estrecha saetera situada a la derecha de la puerta.

Vio otra negra torre en forma de aguja que se alzaba contra el cielo de la noche: su torre, una de las varias que el drachau había concedido a Lurhan y su familia. Un estrecho puente unía la torre de Nagaira y la suya; era un recorrido traicionero debido a los vientos de las alturas, pero si Malus lo hubiese deseado, podría haberse hallado dentro de la relativa seguridad de sus propios aposentos en poco tiempo.

Para hacerlo, no obstante, también tendría que enfrentarse con la intrincada serie de runas que rodeaban la alta puerta arqueada del puente. No tenía ni idea de cómo funcionaban las defensas mágicas de Nagaira, pero calculaba que, como mínimo, sería alertada de inmediato si él intentaba atravesar uno de los umbrales protegidos de la torre.

El noble alzó el globo de luz bruja al nivel de los ojos, contó hasta tres y luego volvió a bajarlo. Pasados otros tres segundos, repitió el proceso, y después hizo una pausa, mientras sus ojos se esforzaban por penetrar la oscuridad que precedía al alba.

Los momentos se sucedieron unos a otros, hasta que Malus sintió que se le estaba agotando la paciencia. Entonces, sus ojos detectaron un leve movimiento sobre la estrecha extensión. Una figura veloz se movía como agua oscura por el puente, y se mantenía agachada para evitar que la silueteara la luz de las estrellas.

Malus observó a la figura hasta que llegó a su extremo del puente y levantó la cabeza encapuchada para mirar a través de la saetera. No tenía necesidad de ver la cara del druchii para saber que se trataba de Arleth Vann. El susurro del asesino le llegó con claridad, a pesar del viento que silbaba por el puente.

—Tengo el paquete, mi señor. Todo está a punto.

Una vez que quedó claro que Malus tendría que permanecer en la torre de Nagaira sin el apoyo de sus guardias, durante una de sus infrecuentes reuniones, él se había afanado por establecer un plan de contingencia por si acaso necesitaba escapar.

—Dámelo —le susurró a Arleth Vann, al mismo tiempo que tendía las manos.

Un brazo del asesino surgió de debajo de la capa; sostenía un estrecho paquete cuadrado en forma de gancho. Con una flexión rápida y seca de muñeca, el guardia lo lanzó como si arrojara una daga, para que atravesara el espacio que los separaba y cruzara la saetera. Aunque estaba preparado, la rapidez del lanzamiento cogió a Malus por sorpresa, y el paquete le dio un fuerte golpe en el pecho. Manoteó durante unos segundos y finalmente lo cogió con ambas manos. Era de tela oscura y estaba atado con una cuerda, que cortó con la daga. Luego devolvió la atención a Arleth Vann.

—Todavía no voy a salir —susurró—, pero lo haré pronto. ¿Cómo va la restauración?

—Va bien —replicó el guardia—. Silar lo tiene todo controlado. Él y Dolthaic han contratado mercenarios para defender la torre hasta que escojas nuevos guardias. Hemos traído tu montura de vuelta a los establos, y está casi completamente curada.

Malus asintió con la cabeza.

—Bien hecho. Ahora regresa y duerme un poco. Pero mantened la misma vigilia; probablemente saldré en los próximos dos días, más o menos a esta hora.

La cabeza encapuchada asintió.

—Sí, mi señor —susurró, y después se marchó como una sombra que pasara ante la luna.

Malus devolvió el globo de luz bruja al tederio y ocultó el paquete bajo los pliegues del ropón. Los hombres de la sala de guardia seguían roncando cuando subió la escalera y se escabulló por la puerta. En el siguiente descansillo, el guardia lo observó con tranquilidad y lo dejó entrar en los aposentos de su señora con un deferente asentimiento de cabeza.

Una vez que dejó atrás al guardia, Malus sacó el paquete y lo desenvolvió. La tela negra ocultaba una caja hecha de madera fina. Dentro había una pequeña ballesta desmontada, cinco flechas envenenadas, un juego de ganzúas que apenas sabía cómo usar y, lo más importante de todo, un envoltorio más pequeño, del tamaño de la palma de una de sus manos. Sacó el envoltorio de la caja y volvió a meter el resto dentro del ropón, para luego desenvolver la única llave que realmente necesitaba para

escapar de las manos de Nagaira.

El paño contenía un pesado amuleto octogonal unido a una larga cadena. La superficie del amuleto estaba cubierta de intrincadas runas que a Malus le habría resultado muy difícil describir, y más aún entender. Lo que sabía era que el *Octágono de Praan* era una potente reliquia mágica, capaz de absorber cualquier magia lanzada hacia quien lo llevara, por poderosa que fuese. Desde que había huido del campamento de la manada de hombres bestia de Kul Hadar, el octágono había quedado en el fondo de una alforja que colgaba de la silla de montar de *Rencor*, por lo que había pasado inadvertido a aliados y rivales hasta que Malus había instruido a Arleth Vann para que lo buscara y se lo llevara.

Malus se pasó la cadena por encima de la cabeza y dejó que el frío peso del octágono descansara sobre su pecho. Estaba seguro de que derrotaría cualquier defensa mágica de la torre que se dirigiera contra él, pero ¿qué sucedería con las simples alarmas que podrían activarse con su mera presencia? No tenía respuesta para ello, y la idea le daba dentera.

«Hay una sola manera de averiguarlo con certeza», pensó, decidido, y comenzó a subir por la escalera.

La última vez que había visitado el sanctasanctórum de Nagaira había habido guardias en el exterior. Esperaba que, con la señora en cama, los guardias estarían en otra parte. Malus giró en la esquina de la escalera de caracol, con una excusa poco convincente preparada para el caso de que le dieran el alto, y encontró desierto el pequeño descansillo. Un par de altas puertas dobles permanecían cerradas, y en la superficie brillaban dibujos de relumbrantes runas verdes. Otras runas recorrían la arqueada jamba hasta llegar al estilizado grabado de una mantícora, que sonreía burlonamente desde la llave del arco de la puerta.

Malus tragó con nerviosismo, contento de que no hubiera nadie cerca que pudiera ser testigo de su aprensión. Después de las cosas que había visto durante la incursión en la torre de su hermano Urial —también una especie de brujo—, tenía una ligera idea de la clase de poder que contenía ese tipo de defensas. «El medallón me protegerá. Me protegerá.»

Posó una mano sobre el cerrojo. El metal estaba frío y se produjo una extraña vibración que agitó la superficie de las relumbrantes runas, como si hubiese metido la mano en un charco en el que se reflejara la luz.

Malus se preparó, hizo bajar el cerrojo, tiró de la puerta para abrirla y entró apresuradamente. Tuvo una leve sensación aceitosa al atravesar el umbral, pero nada más. Dejó escapar un rápido suspiro de alivio y cerró la puerta.

El sanctasanctórum estaba débilmente iluminado por luz bruja amortecida que sumía gran parte de la habitación en profundas sombras. Las habitaciones que ocupaba el sanctasanctórum se hallaban en la parte superior de la torre y eran,

consecuentemente, las más pequeñas. Un hogar circular de piedra, entonces apagado, ocupaba el centro de la habitación, rodeado por dos mullidos divanes y varias mesas bajas. Las mesas, al igual que todos los otros bancos, estantes, nichos y pedestales, estaban cubiertas por pilas de rollos de pergamino, libros y otra parafernalia. Las librerías llenaban todas las paredes, y crujían bajo el peso de grimorios y polvorientos volúmenes. Al otro lado de la sala, Malus vio una escalerilla corta que ascendía hasta el piso de arriba. Nunca había subido allí, pero al pensar en ello recordó que, en una ocasión, Nagaira había mencionado que allí no había nada más que pilas de pergaminos y libros.

Por primera vez, Malus recorrió la habitación con la mirada y abarcó la descomunal cantidad de conocimiento contenido en ella. Cientos, quizá miles de obras, y ni una sola colocada según algo parecido a un orden lógico.

Se había equivocado por completo. Atravesar las mortíferas defensas mágicas no era la parte más difícil del plan. Lo era encontrar el libro que necesitaba en aquel laberinto de papeles. Y sólo le quedaban unas pocas horas antes del amanecer, cuando los esclavos de la casa comenzarían a recorrer los pasillos una vez más.

Al hierofante se le había escapado el nombre de un libro: *El tomo de Ak'zhaal*. Si eso no había sido una mera jactancia vacua del sumo sacerdote, el libro contenía detalles referentes a Tz'arkan. En alguna parte, entre sus páginas, tal vez se mencionaría también el lugar de descanso del ídolo de Kolkuth. Y aparte de la biblioteca del convento de la ciudad, no se le ocurría un sitio mejor que ése.

—Pero ¿dónde está *El tomo de Ak'zhaal*? —murmuró Malus para sí mismo—. Madre bendita, ¿y si ni siquiera está escrito en druchast?

El noble hizo una mueca que dejó los dientes al descubierto ante el pensamiento de que el conocimiento que buscaba pudiera estar bajo sus propias narices, oculto tras la escritura ilegible de algún mago demente.

El demonio se removió, y su risa entre dientes resonó dentro del cráneo de Malus. Tz'arkan había permanecido quieto desde el loco festín de la celebración, y su repentina voz hizo que el noble diera un respingo.

—¡Druchii impetuoso! ¿Justo ahora se te ocurre pensar en esas cosas? ¿Suponías que los brujos de la antigüedad escribían sus secretos en vuestro infantil alfabeto?

—¿Cómo iba a saberlo? Un conjunto de garrapatos es tan bueno como otro, ¿no es así?

—No, no es así.

—Hablas como si supieras muchos idiomas, demonio.

—Por supuesto. Conozco cada idioma hablado y escrito que ha producido este lastimoso mundo. De hecho, intervine en la creación...

—Excelente. En ese caso, puedes traducirme esas escrituras, ¿verdad?

Por un momento, el demonio no respondió.

—Sí, supongo —replicó, malhumorado.

—Bien —dijo Malus mientras miraba la librería más cercana—. Porque disponemos de muy poco tiempo para la lectura que tenemos por delante.

## 7. El altar de los perdidos

Habían dedicado casi dos horas a revisar un tercio de los libros contenidos en la sala principal, por no hablar de las pilas de volúmenes que se guardaban en la de arriba. Malus se había esforzado por mantener a raya la frustración: si él y Tz'arkan realmente formaban parte de las confabulaciones de Nagaira, los libros que ella había estado consultando se encontrarían a mano, en lugar de acumulando polvo en un remoto rincón del sanctasanctórum. El alba ya estaba próxima cuando Malus casi tropezó con *El tomo de Ak'zhaal*. Cuando se precipitaba hacia la siguiente librería, atisbo un gran libro encuadernado en cuero que estaba en el suelo, cerca de uno de los divanes, oculto debajo de una bandeja llena de trozos de queso viejo y migajas de pan. Las runas del lomo del libro no significaban nada para él, y sin embargo, cuando lo miró, tuvo la sensación de que una película de aceite se le deslizaba sobre los ojos y, por instinto, supo qué significaba la escritura antigua.

Aun así, la mayor parte del texto le resultaba indescifrable. Algunos fragmentos versaban sobre historia, y otros eran referencias a artes hechiceras que desconocía por completo. Malus recorrió con los ojos una página tras otra, ansioso de hallar referencias a Tz'arkan, pero se vio chasqueado una y otra vez. Pasada media hora se distrajo, y se encontró con que estaba atento por si oía que una mano accionaba el cerrojo de la puerta, preguntándose qué le diría al esclavo —o, peor aún, a su hermana— cuando lo descubriera.

Luego, tras haber pasado las páginas de dos tercios del libro, comenzaron a aparecer las referencias. Al principio, los comentarios eran de cosas que ya sabía: Tz'arkan era un poderoso demonio que había caminado por la tierra en tiempos de la Primera Guerra, muchos milenios antes, pero lo habían engañado y lo habían sometido al servicio de cinco poderosos brujos del Caos. Con el poder y conocimiento del demonio a su disposición, los brujos se habían convertido en temibles conquistadores que hacían retroceder a los enemigos. Al final, no obstante, los diabólicos dones del demonio habían acabado siendo la perdición de los brujos, que, uno a uno, habían sido hechos pedazos por rivales enloquecidos por la codicia y la sed de sangre, o consumidos en conflagraciones mágicas demasiado poderosas para que ellos pudieran contenerlas.

Según el libro, el brujo Eradorius tenía el control del enigmático Idolo de Kolkuth, que ya en aquella época antigua era una reliquia de tiempos perdidos. Eradorius fue el primero en percibir el peligro de los dones del demonio y, como resultado, murió antes que los otros. Rodeado de tenientes traidores que ansiaban su poder, y temeroso de que sus compañeros brujos conspiraran para asesinarlo, Eradorius huyó de su enorme palacio y de sus legiones de soldados, y buscó refugio en una pequeña isla de los mares septentrionales, azotados por tempestades. Allí

esperaba burlar la venganza del demonio al huir a un santuario que ningún enemigo —mortal ni demoníaco— podía expugnar.

El noble inspiró bruscamente y devolvió la atención al gran libro que descansaba, abierto, sobre la mesa baja que había junto al diván. Volvió cuidadosamente las páginas con las yemas de dos dedos y reparó, con alarma, en que el viejo pergamino crujía bajo su contacto.

En la Era de Ceniza y Carmesí, el brujo Eradorius, conocido por los hijos de Aenarion como uno de los terribles Señores de la Piedra Negra, abandonó el confinamiento de su ciudadela de Harash-Kam y viajó sobre los vientos cargados de ceniza como un gran wyrm. La oscuridad y el terror lo seguían, y los secuaces menores de los Poderes de Destrucción lanzaban lamentos y maldiciones cuando él pasaba.

El brujo viajó por los cielos durante siete días con sus noches, hasta que los mares color pizarra del norte se extendieron hasta donde llegaba la vista. Surcó el aire por encima de aquellas frías aguas violentas, hasta que, al fin, atisbo una rugosa silueta de piedra que se alzaba de las gélidas brumas: el islote llamado Morhaut, que en el idioma de los primeros hombres significaba «el altar de los perdidos».

Sobre esta encantada roca descendió el temido mago y extendió su mano como una garra para doblegar al islote maldito a su voluntad. Usó los secretos que le había entregado el Condenado y abrió profundos túneles en la roca, el aire y el paso de los años. Eradorius construyó una torre con poder y locura, que se alzaba hacia el cielo y penetraba en los mundos del más allá, hasta un lugar carente de paredes, corredores y puertas. Cavó en el lecho rocoso del mundo en busca del espacio vacío del otro lado, donde el demonio prisionero en la tierra no pudiera encontrarlo. Y allí desapareció del conocimiento de sus congéneres, escapó de las garras del Condenado y se perdió por todos los tiempos.

—Morhaut —gruñó Malus, ceñudo—. Por supuesto. Debería haberlo sabido.

El noble sintió que el demonio se removía dentro de su pecho.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Malus resistió el impulso de arrojar el libro antiguo al otro lado de la sala.

—Porque es poco más que una leyenda, y nunca ha vuelto a verse a ninguno de los druchii que han salido a buscar el islote.

Se puso de pie de un salto y se encaminó hacia un gran mapa que colgaba de una de las paredes del sanctasanctorum, en un marco de madera.

—El verano pasado, durante la incursión esclavista, oí contar varias versiones de la historia —dijo mientras sus ojos vagaban por la gran extensión de pergamino amarillento—. Es un islote de barcos perdidos de la época de la Primera Guerra, rodeado de mortíferos escollos y nieblas impenetrables.

El noble pasó un dedo a lo largo de la recortada costa oriental de Naggaroth,



luego siguió por la costa nordeste, desde los estrechos cercanos a Karond Kar, por una gran extensión de violento mar gris.

—Madre de la Noche —maldijo en voz baja—. Necesitaré toda una flota. Barcos incursores, guerreros, y también maldita brujería.

—¡Qué grandioso! —se burló el demonio—. Dejas que una pequeña degustación de adoración se te suba a la cabeza, o simplemente estás buscando una razón para saquear más mi tesoro.

—¡Ojalá fuera cierto eso! —gruñó Malus—. Les arrojaría hasta tu última pizca de oro a los esclavos del barrio del Mercado si con eso pudiera hallar fácilmente tus malditas reliquias. No, las aguas del norte hierven de bárbaros. Un solo barco no duraría una semana en esos mares.

—¿Bárbaros?

Malus asintió con la cabeza.

—Los piratas de Norsca reclaman los mares del norte como propios, y hay fortalezas bárbaras en casi todas las islas. En el verano bajan hacia el sur y efectúan incursiones costeras contra Ulthuan y los territorios humanos, más o menos como nosotros. Algunas de las hordas más temerarias incluso hacen incursiones en Naggaroth, de vez en cuando, y atacan nuestros barcos corsarios cuando regresan cargados con el botín.

—¿De verdad? Ya veo por qué no te gustan mucho. Se parecen demasiado a los druchii.

—No se nos parecen en nada —le espetó Malus—. Nosotros atacamos otros territorios para conseguir oro y carne con que sustentar nuestro reino. Los débiles sufren para que los fuertes puedan sobrevivir: es la ley del mundo, y nosotros somos sus mejores depredadores. Esos bárbaros existen sólo para destruir. Queman y asesinan sin razón, sin propósito. Son destructivos e ignorantes, como animales. —El ceño del noble se frunció aún más—. Los peores de entre ellos son los skinriders.

—Pareces todo un experto en esos bárbaros humanos —se burló el demonio—. Para ser un erudito, tienes extraños intereses.

—Los skinriders has sido una espina clavada en el costado de Naggaroth durante años; hacen presa en nuestros barcos cuando regresan a casa cargados de carne para nuestros mercados —replicó Malus, con acritud—. Cogen la piel de otros para cubrirse el supurante cuerpo en carne viva. Adoran al dios demonio de la pestilencia y son recompensados con una fuerza y una vitalidad terribles. Pero la piel se les cae del cuerpo enfermo como cera podrida, y sufren una constante agonía a menos que puedan cubrirse la carne viva con una piel no contaminada. Son las recompensas que obtienen por depositar su fe en las palabras de demonios.

—Me insultas, pequeño Darkblade. Yo estoy entre los más honorables de los seres. He obedecido al pie de la letra cada una de tus solicitudes, ¿no es cierto? No

me culpes a mí por tu falta de imaginación o ingenio. ¿Acaso esos skinriders no son poderosos guerreros bendecidos por su deidad patrona?

—Lo son. De hecho, infestan los mares del norte como una plaga, e incluso los otros incursores les pagan tributo en pieles y víctimas de sacrificio. En efecto, la leyenda dice que su fuerza es tan grandiosa y su brujería tan potente que se han apropiado de la isla más peligrosa de la región de sus fortalezas.

—El islote de Morhaut.

—Ahora comienzas a ver la envergadura del reto que tengo ante mí —replicó Malus, ceñudo—. Así pues, una flota, soldados y un brujo. Y pronto, condenadamente pronto. El deshielo de primavera comienza dentro de poco más de una semana, y los corsarios de Ciar Karond se harán a la mar en cuanto puedan.

—Ah, sí. La arena cae dentro del reloj. Debes hallar otro modo, Malus. No hay tiempo para planes tan elaborados.

Al recordar dónde estaba, Malus miró hacia la ventana más próxima y vio que el cielo había palidecido casi hasta la tonalidad gris de la mañana. Sin duda, los esclavos, en los niveles inferiores de la torre, estaban despertando y preparándose para el día.

—Tengo pocas alternativas, demonio —gruñó Malus mientras corría de vuelta al diván y devolvía el libro al sitio que había ocupado en el suelo—. No puedo reunir yo solo una fuerza semejante. Debo convencer a algún otro para que me la proporcione.

—Las celebraciones te han trastornado el juicio, pequeño druchii. ¿Quién va a proporcionarte un poder como ése? ¿El drachau? ¿El propio Rey Brujo? —Tz'arkan rió, burlón.

—Tendría más suerte con mi propio padre —replicó Malus con amargura. De repente, se irguió, con las oscuras cejas fruncidas—. Por otro lado...

El demonio se removió debajo de sus costillas.

—¿Sí?

Malus sonrió como un lobo.

—Soy un estúpido. Todas las piezas están justo delante de mis narices. Sólo tengo que comenzar a tirar de algunos hilos. Es perfecto.

El noble sintió que el peso de la atención del demonio se posaba sobre él como un manto de hielo.

—¿Qué locura estás considerando ahora? ¡Dímelo!

Malus corrió hacia la puerta mientras su mente trabajaba con ahínco y las piezas del plan se unían. A pesar de lo cansado que estaba, ese día no dormiría.

—Lo primero es lo primero —dijo, tanto para el demonio como para sí mismo—. Si no vuelvo a la cama antes de que despierten los esclavos, las cosas pueden ponerse realmente incómodas.

\* \* \*

En el fondo de la plaza, un esclavo gritó de terror e hizo volar la arena manchada de sangre al lanzarse hacia un lado cuando el gélido cargó. El joven humano casi logró esquivarlo, pero calculó el salto con un segundo de retraso y las mandíbulas del nauglir se cerraron sobre las roñosas piernas del hombre. Los colmillos afilados como navajas y largos como cuchillos cortaron ambas extremidades justo por debajo de las rodillas, y lanzaron al hombre al aire, girando en medio de una brillante fuente de sangre. El jinete del gélido, ataviado con armadura negra, tiró de las riendas para detener la enloquecida carrera de la montura y dar la vuelta hacia el esclavo, mientras los nobles de las tribunas siseaban con desprecio o gritaban palabras de aliento.

La pequeña plaza se estremeció bajo el peso combinado de una docena de gélidos cuando el torbellino del juego de *shakhtila* llegó a su fin. De las seis docenas de esclavos que habían comenzado el juego, sobrevivían aún menos de un tercio y se encontraban dispersos por todo el campo. La mayoría de los supervivientes todavía aferraban endebles lanzas o espadas cortas, tenían el semblante pálido y sus cabezas giraban enloquecidamente con el fin de mantener a la vista a todos los gélidos. Malus vio que el esclavo sin piernas intentaba arrastrarse por la arena con las manos, pero dos jinetes de armadura roja pertenecientes al equipo contrario lo vieron y espolearon las monturas hacia él. El druchii que iba en cabeza blandía un sable ensangrentado, mientras que su compañero de equipo empuñaba una larga lanza. Los jinetes controlaron expertamente la velocidad de las bestias, que corrieron en una línea tan recta como la trayectoria de una flecha hacia el indefenso hombre. Antes de que el humano pudiera darse cuenta del peligro, el sable descendió con un destello y le cortó la cabeza, que el lancero que venía detrás ensartó en la punta de acero cuando el macabro trofeo aún giraba en el aire. El jinete negro bramó de impotente furia en el momento en que el lancero rojo alzó el trofeo hacia el reducido público que los miraba desde lo alto.

La plaza era una de las más lujosas de la ciudad y servía sólo a las más ricas familias de Hag Graef. Normalmente, los lujosos palcos que rodeaban la arena podían dar cabida a algo más de dos centenares de druchii con sus guardias, pero ese día los jinetes jugaban para poco menos de dos docenas de nobles, todos ataviados con brillante armadura y cadenas de plata y oro. Muchos de ellos alzaron enjorjadas copas para saludar el punto obtenido por el equipo rojo, mientras que otros picaban las delicias ofrecidas en bandejas de plata o discutían entre sí sobre los méritos de los diferentes jinetes. Eran todos jóvenes ricos que llevaban la espada con ostentoso orgullo y se conducían con la osada seguridad de todos los poderosos. Sin embargo, el noble no pudo evitar darse cuenta de que cada uno de esos hombres, con independencia de lo que estuviera haciendo, se había situado de manera que pudieran vigilar cada movimiento de la escultural mujer que se encontraba reclinada en medio de ellos.

Malus estaba de pie en lo alto de la escalera que descendía hasta los palcos desde las galerías menos distinguidas de arriba. Con un sobresalto, se sorprendió al comprobar el estado de su propio atuendo, de modo que ajustó la posición de la esmaltada armadura y la colocación de las espadas gemelas que le había regalado su hermana. Con el octágono en su poder, le había resultado relativamente fácil esquivar las protecciones de Nagaira y escapar sin dar la alarma. Silar y los otros guardias se habían sorprendido ante su repentina llegada a la torre acabada de restaurar, pero unas pocas órdenes cortantes los habían hecho correr a inquirir el paradero de la persona a quien él deseaba ver.

Silar y Arleth Vann habían insistido en que saliera con un séquito adecuado, pero, una vez más, Malus se había visto obligado a ordenarles que se quedaran en la torre. El instinto le decía que la presencia de los guardias sólo habría complicado más las cosas; lo último que necesitaba era que un noble acalorado malinterpretara una palabra o un gesto que condujeran al derramamiento de sangre. Ya tenía bastantes enemigos con los que enfrentarse.

Malus inspiró profundamente, concentró todos sus sentidos y comenzó a bajar la escalera. No menos de tres nobles saltaron para impedirle la entrada al palco, al mismo tiempo que desplazaban una mano hacia la empuñadura de la espada. «Unos estúpidos que tienen mucho que demostrar», pensó, aunque puso cuidado en que el desdén no aflorara a su cara.

Por un fugaz instante, Malus no supo muy bien cómo hablarles a los hombres. La situación representaba un complicado enredo de etiqueta: por un lado, cada uno lo superaba claramente en términos de riqueza y prestigio, pero por otro también eran guardias, y él tenía un lazo de sangre con la mujer a la que servían. Además, estaba el hecho de que probablemente él había matado a más hombres en batalla que todos los guardias juntos, y que no estaba de humor para inclinarse ante nadie.

—Apartaos, mastines —dijo con una sonrisa cómoda y un destello de amenaza en los ojos—. He venido a hablar con mi hermana.

El jefe del trío, un hombre de rasgos afilados, con dientes finamente aguzados y una hilera de aros de oro brillante en cada oreja, se inclinó hacia adelante e hizo el gesto de desenvainar una de las espadas elaboradamente ornamentadas que llevaba.

—Ésta es una fiesta privada, Darkblade. Si deseas el placer de la compañía de mi señora, ve a pedirle una cita a su chambelán, o te echaremos a la arena para que te mastique un nauglir.

Malus miró al noble a los ojos.

—Estás demasiado cerca —dijo con calma.

—¿Ah, sí? —El joven se inclinó aún más, casi hasta que su nariz tocó la de Malus—. ¿Te hago sentir incómodo?

Malus aferró el codo del brazo de la espada del noble con la mano izquierda y le

dio un puñetazo en la garganta con la derecha. Al guardia se le salieron los ojos de las órbitas y se dobló por la mitad, presa de arcadas y jadeando. Malus empujó al hombre para lanzarlo contra uno de sus compañeros, y ambos cayeron uno sobre otro.

El tercer guardia abrió más los ojos. Antes de que lograra desenvainar siquiera a medias la espada, Malus avanzó rápidamente hacia él, hasta que casi quedaron nariz con nariz. El noble dio un paso atrás en un intento de dejar el espacio suficiente para acabar de desenvainar la espada, y Malus lo ayudó con un fuerte empujón en medio del pecho. El guardia lanzó un alarido y retrocedió con paso tambaleante, tropezó con un par de guardias que estaban sentados y soltó la espada.

Unos gritos coléricos inundaron el palco, y se oyó el raspar de una docena de espadas al salir de la vaina, pero la voz sedosa de una mujer atravesó el tumulto por encima del ruido de la pelea y el estruendo del combate de abajo, y detuvo en seco a todos los hombres.

—¡Basta! ¡Basta! Si mi hermano desea tanto hablar conmigo que arriesga su preciosa piel, escucharé lo que tenga que decir.

Los guardias se quedaron inmóviles. Incluso el hombre al que Malus había golpeado en la garganta logró contener las arcadas y los jadeos. La presencia de ella inundaba el palco como un estallido de fría luz solar, y los nobles se sometieron de inmediato. Volvieron a lo que hacían antes de la repentina interrupción, y abrieron un sendero para que Malus se aproximara a la reclinada figura de su hermana Yasmir.

Ella lo observaba con expresión de leve curiosidad, y a pesar de sí mismo, Malus se sintió como si lo estuviesen arrastrando al interior de los grandes ojos violeta de ella. En ese momento, se dio cuenta de que el atractivo mágico que Nagaira había usado con él en la fiesta no constituía más que una débil imitación del encanto hechicero de Yasmir. Era en todo la belleza druchii ideal: esbelta y sensual, con una piel de alabastro perfecta y un rostro de huesos finos que parecía relumbrar contra el telón de fondo de su lustroso cabello negro. Ni siquiera la atemorizadora presencia de Eldire podía compararse con ella, ya que se había construido una personalidad pública basada en la magia, la enorme influencia y el artificio. En el caso de Yasmir, el atractivo que poseía no requería esfuerzo, como la luz solar que brilla sobre la superficie de un glaciar. Tenía la certeza de que en ella había un enorme peligro, pero a pesar de todo estaba ciego ante tal eventualidad.

—Bien hallada, hermana —logró decir mientras se esforzaba por recobrar la compostura.

Se le ocurrió que era la primera vez en su vida que le hablaba a Yasmir; al ser la tercera hija de Lurhan, era casi adulta cuando Malus nació. Aparte de las ocasiones de observancia obligatoria como el Hanil Khar anual, nunca se veían.

—No..., no sabía que te interesaras por los deportes.

Yasmir sonrió con expresión inquietantemente genuina y carente de afectación.

—Yo diría que depende de la naturaleza del juego —replicó.

Tenía una voz melodiosa y suave como piel de cebellina. En ella no había ni una sola nota áspera, e hizo que Malus se preguntara si alguna vez en la vida había tenido que alzar la voz por algo.

—Vaklyr y el señor Kurgal intentan demostrar cuál de los dos es superior en destreza guerrera, así que los dos rivalizan por el número de cabezas cortadas en la arena. El equipo rojo del señor Kurgal parece ir en cabeza, y los hombres de Vaklyr están perdiendo algo más que el juego. —En sus ojos había un espeluznante brillo de alegría—. ¿Qué piensas de su destreza como jinete, Malus? Corre el rumor de que eres todo un experto en gélidos.

Malus se encogió de hombros.

—El señor Kurgal ha servido durante muchos años a nuestro padre como Maestro de Caballería. Él y sus hombres son los auténticos expertos. Yo sólo me pongo a criar nauglirs porque me divierte. —Se puso a estudiar los movimientos de los jinetes sobre la arena para ocultar la inquietud que sentía—. Vaklyr está demasiado ansioso. Se muestra demasiado agresivo. Está claro que intenta ganar algo más que un simple juego.

Era obvio que se había tropezado con la última riña entre unos ardientes rivales por el amor de Yasmir. Rivalizaban constantemente unos con otros por las atenciones de ella, y la hermana de Malus siempre lograba darles justo el motivo suficiente para hacer que volvieran a su lado una y otra vez. Se decía que Yasmir había matado a más caballeros de Hag Graef que cualquier ejército enemigo. Malus nunca se había detenido a pensar cuánta habilidad se requería para poner en práctica unas manipulaciones semejantes, pero entonces veía una pequeña demostración. «Lurhan debería ordenarte que escogieras un esposo —pensó Malus—, o enviarte al templo, donde no podrías causar más daño.»

Yasmir rió, y el sonido claro y puro hizo que la piel de Malus se estremeciera.

—Vaklyr es ardiente —asintió ella—, tan apasionado e incontrolable... Temo que nunca llegue demasiado alto, a pesar de los contactos de su familia, pero ahora mismo su franco deseo resulta entretenido. —Miró a Malus casi con languidez—. ¿Qué deseas, hermano? Debo decir que esta visita es una gran sorpresa para mí.

Una vez más, Malus quedó perplejo por la absoluta franqueza de la pregunta de ella. «¿Acaso no conoce el artificio?», pensó el noble. Y entonces se dio cuenta: por supuesto que lo conocía; simplemente no sentía la necesidad de emplearlo. Yasmir se mostraba relajada, abierta y genuina para demostrar que era fuerte. Adorada como era por muchos de los más poderosos nobles de Hag Graef, tenía pocas razones para temer a nadie, salvo al propio drachau, quizá.

—He venido a solicitar tu ayuda, hermana —replicó Malus, y también él logró sonreír—. Hay un asunto que deseo proponerle a nuestro hermano mayor, cuando

regrese a Ciar Karond con sus naves.

Para su sorpresa y fastidio, Yasmir volvió a reír.

—¿Estás buscando otro inversor para una incursión esclavista, Malus? No creo que pudieras conseguir el apoyo de una taberna llena de marineros borrachos, y mucho menos el de un señor corsario como mi amado hermano.

Al mencionar a Bruglir, el hijo mayor de Lurhan, una auténtica expresión de enojo afloró en el semblante de Yasmir. Se veían durante apenas uno o dos meses cada vez, justo el tiempo suficiente para reacondicionar los barcos de la flota de Bruglir antes de que se hiciera a la mar una vez más. Cuando él estaba en Hag Graef, ambos eran inseparables. Esto había sido lo único que había disuadido a los nobles de la ciudad de insistir en el tema del matrimonio de Yasmir. Nadie quería encolerizar al hombre que sería el siguiente vaulkhar, y que también tenía reputación de ser uno de los mejores espadachines de Naggaroth y uno de los corsarios más poderosos de que se tenía memoria.

Malus sintió que la sonrisa le fallaba un poco, y experimentó un destello de irritación. Una vez más, se esforzó por recuperar el aplomo.

—Si lo intentara en solitario, sin duda tendrías razón, hermana —dijo—. Pero por eso deseo contar con tu ayuda. Todos saben que sólo tú cuentas con la confianza absoluta de Bruglir. Si quisieras hablar en mi favor, incluso el gran corsario tendría que escucharte.

—Tal vez —replicó Yasmir lánguidamente—. Eres un poco mejor de lo que yo imaginaba en el arte de la lisonja, Malus. ¿Has estado practicando con Nagaira? Sois una pareja bastante inseparable últimamente.

—Yo... no... —Se contuvo al darse cuenta de que tartamudeaba, y volvió a avivarse su irritación. Oyó que los guardias reían por lo bajo entre ellos—. No pensaba convencerte con meras lisonjas —dijo—. Tengo intención de pagarte bien por la ayuda, querida hermana.

Por un momento, Yasmir guardó silencio. Malus sintió que entre los nobles corrían ondas de tensión.

—¿Y qué, dime, te lo ruego, puedes ofrecerme tú que no puedan ofrecerme estos nobles?

Malus miró a Yasmir con una sonrisa lobuna.

—La cabeza de nuestro hermano Urial, por supuesto.

Yasmir se incorporó de golpe. Había desaparecido su actitud despreocupada. En ese momento tenía los ojos brillantes y apasionados.

—Ésa es una oferta terrible, hermano.

—No se me ocurre ningún regalo mejor para ti, querida hermana —replicó Malus.

El noble sabía que era la única cosa que ella deseaba casi tanto como el propio

Bruglir. Urial no había hecho ningún secreto de su enamoramiento de Yasmir, aunque su cuerpo y mente deformes le causaban repulsión a ella. A pesar de todo, continuaba intentando ganarse su afecto, y eran tan fuertes sus lazos con el templo y con el propio drachau que ningún hombre se atrevía a levantar la mano contra él.

—Dado lo bien informada que estás, no ignorarás las... dificultades surgidas entre Urial y yo. Ya estamos enfrentados a punta de espada por otros asuntos; o bien puedo negociar con él, o acabar con la amenaza para mí de un modo más permanente.

—Si matas a Urial, pagarás un alto precio. El templo no perdonará ni olvidará. Malus se encogió de hombros.

—Ya estoy en guerra con ellos, hermana. Hasta ahora, me resulta de lo más ameno. En todo caso, eso no será una preocupación para ti, ¿verdad? Urial dejará de perseguirte, y yo me enfrentaré a las consecuencias en tu lugar.

Yasmir lo contempló durante un largo rato, con expresión atenta.

—Antes de que te marcharas al norte, te habría creído incapaz de una osadía semejante —dijo—. Pero ¿ahora? Confieso que la oferta es muy tentadora.

Se reclinó en el diván y extendió una mano. Al instante, un joven señor se le acercó de un salto con una copa de vino. Yasmir le dedicó al hombre una breve sonrisa luminosa, y luego devolvió su atención a Malus.

—¿Qué deseas de mí?

—Sólo tu apoyo. Tengo intención de hablar con Bruglir en Clar Karond en cuanto arribe su flota. Si me prestas tu ayuda y lo persuades de que se una a la expedición, yo me ocuparé de Urial.

Yasmir sonrió provocativamente.

—Supón que solicito el pago por adelantado, como una muestra de buena voluntad.

Fue entonces cuando a Malus le tocó sonreír.

—Eres maravillosamente seductora, hermana, pero por favor...

—Sólo estaba pensando en ti, querido hermano. ¡Pero sí podrías ocuparte del problema ahora mismo! Si te das prisa, pienso que podrás alcanzarlo antes de que llegue a los establos. No creo que pueda caminar muy de prisa con esas piernas torcidas que tiene.

La sonrisa de Malus se desvaneció, y no hubo fuerza de voluntad que pudiera hacerla aflorar otra vez.

—¿Cómo dices, hermana?

Yasmir lo miró con expresión de inocente sorpresa, aunque los ojos desmentían al resto de la cara.

—¡Pero si acaba de estar aquí, hermano, insistiendo en su repugnante solicitud de mi afecto! Cuando uno de mis hombres informó de que tú habías entrado en la plaza, se puso muy agitado y se marchó.



—¿Ah, sí? ¡Qué interesante! —replicó Malus—. Tal vez él y yo mantendremos una conversación sobre ti, después de todo. Algo que lo anime a buscar entretenimiento en alguna otra parte.

La mente del noble trabajaba a toda velocidad. ¿Cuántos guardias acompañarían a Urial? ¿A cuántos más podría reunir allí en poco rato? «Tengo que salir de aquí.»

—¿Lo harás? Eso me complacería mucho —dijo Yasmir.

Malus le hizo una profunda reverencia.

—Entonces, ¿puedo contar con tu apoyo ante Bruglir?

—¿A cambio de la gestión con Urial? Por supuesto.

—Excelente —respondió Malus—. En ese caso, me marchó. Espero que Urial y yo tendremos mucho de lo que hablar en un futuro próximo. —«Pero no aquí ni ahora», esperaba Malus. Se maldijo por haber dejado a los guardias en la torre.

No le dio tiempo a Yasmir para responder. Los nobles lo miraron con odio cuando pasó, pero él les hizo poco caso a los mastines.

De la arena de la plaza se alzó otro rugido cuando otro hombre sangró para placer de Yasmir. Malus tuvo la sensación de que no sería el último.

## 8. La bendición del acero

Malus subió de dos en dos los escalones que llevaban a la galería superior y reprimió el impulso de desenfundar la espada al aproximarse al oscuro portal que daba a las rampas de acceso, situadas al otro lado. Ya era bastante malo que Yasmir y sus aliados lo vieran correr, y no tenía intención alguna de comenzar a clavar estocadas en todas las sombras oscuras ante las que pasara.

No todo estaba perdido por completo. No tenía ninguna montura en los establos, ya que había recorrido a pie el corto trecho que lo separaba de la fortaleza. Eso era algo que jugaba a su favor, en parte, porque era probable que Urial le tendiera una emboscada en los establos. Si se movía con rapidez, podía tomar una ruta bastante larga hasta el nivel del suelo, y salir por una de las muchas puertas abiertas de la plaza a las concurridas calles de la ciudad. Eran las últimas horas de la tarde, cuando ya habían concluido la mayoría de las actividades de la urbe, así que un noble más que caminara por la calle no atraería mucho la atención.

Tenía la piel fría bajo el peso de la armadura, y por las venas le corría lentamente hielo negro. Malus pensó en recurrir a Tz'arkan para que lo ayudara. El demonio estaba extrañamente silencioso, como un gato que estudiara a un desprevenido ratón, y el silencio inquietaba al noble. ¿Hasta qué profundidad había hundido Tz'arkan sus raíces cuando Malus colgaba en la torre del vaulkhar? ¿A qué distancia estaba de entregarse por completo al demonio? Malus ya no lo sabía con certeza. Y la muerte tampoco le otorgaría la salvación; si moría, Tz'arkan se apoderaría de su alma hasta el fin de los tiempos.

«Así que sobreviviré mejor —pensó Malus, ceñudo— armado sólo con mis espadas y mi bendito odio. Como en los viejos tiempos.»

El noble se abalanzó a través de la arcada y quedó momentáneamente ciego mientras sus ojos se adaptaban a la falta de luz. Fue en ese instante cuando los hombres de Urial atacaron.

Una espada le golpeó la hombrera izquierda, resbaló sobre el curvo metal y le cortó un pequeño trocito de la oreja. Otra espada silbó al surcar el aire a la derecha, pero Malus se agachó por instinto, y el agudo filo erró el cráneo por menos del largo de un dedo. El noble se lanzó hacia adelante al mismo tiempo que gritaba un juramento, y se estrelló contra otro espadachín, cuya arma resonó, ineficaz, contra el peto de Malus. El guardia, pillado por sorpresa, intentó retroceder para apartarse de su camino, pero Malus continuó adelante y derribó al guerrero.

La espada de Malus destelló al salir de la vaina aceitada en el momento en que se detuvo contra la pared opuesta. Sus ojos estaban adaptándose, ya que el dolor del tajo de la oreja le hacía hervir la sangre y le proporcionaba un frío foco del entorno. En la umbría rampa había cinco hombres, todos ataviados con ropón y kheitan negros.

Llevaban capuchas ajustadas y máscaras nocturnas de plata, aunque era pleno día; las delicadas máscaras tenían forma de cráneo, con las oscuras cuencas oculares desprovistas de interés y piedad. Todos iban armados con grandes espadas curvas, que blandían con ambas manos, y se movían con la rapidez y gracilidad de los espadachines diestros. Por suerte para Malus, ninguno de ellos llevaba armadura pesada, sino sólo un plaquín de malla negra que le cubría el torso y parte de los brazos. Malus pensó que eso le proporcionaba una clara ventaja, pero ¿cuánta? A Urial, según advirtió el noble, no se lo veía por ninguna parte, y no estaba seguro de si eso era una buena o mala señal.

El hombre al que había derribado Malus ya estaba otra vez de pie, y los cinco se precipitaron en silencio hacia él al mismo tiempo que formaban instintivamente un semicírculo destinado a inmovilizarlo contra la pared exterior de la plaza. Pero Malus no estaba dispuesto a darles esa ventaja; con un gruñido, corrió hacia el hombre más cercano, a la vez que blandía el arma con malevolencia. La espada del guardia era un borrón de movimiento que destellaba en la penumbra. Bloqueó con facilidad el golpe de Malus y cambió el movimiento para dirigir un tajo al cráneo del noble, pero se dio cuenta, demasiado tarde, de que el golpe de Malus era sólo una finta bien calculada, que se invirtió y ejecutó un barrido bajo que cortó la pierna derecha del guardia. La espada había sido forjada por un maestro, y su temible filo atravesó tela, piel y músculo con la misma facilidad. La sangre manó en un torrente que regó el suelo de piedra, y el guardia se desplomó con el más leve de los gemidos. Malus ya había dejado atrás de un salto al hombre gravemente herido, y cargaba rampa abajo, en dirección a la calle.

Los pasos de los otros susurraron sobre la piedra, detrás de Malus. Algo duro le raspó la espalda, pero el fuerte acero desvió a un lado la daga que le habían arrojado y que salió tintineando por el suelo. Malus giró a la carrera en una curva de la rampa y quedó momentáneamente fuera de la línea de tiro de los perseguidores.

La rampa describió un giro de ciento ochenta grados, y entonces se halló a sólo un nivel por encima de la calle. Allí, la pared exterior de la plaza tenía altas ventanas, que dejaban entrar rayos de luz diurna para iluminar la oscuridad. Por impulso, Malus saltó hacia la ventana más próxima y giró en medio del aire para intentar pasar por el estrecho espacio. Atravesó el fino cristal, y el aire frío le azotó la cara cuando se precipitó a la calle situada abajo.

Malus rodó ligeramente en medio del aire para recibir el impacto contra la espalda acorazada. El golpe lo sacudió hasta los tuétanos y lo dejó sin aliento, pero en el instante en que se le aclaró la vista ya estaba rodando por el empedrado e intentando ponerse de pie. Se oían gritos de sorpresa y maldiciones entre dientes de los druchii que pasaban cerca, pero Malus no les hizo caso, ocupado en jadear y manotear a su alrededor en busca de la espada. Incluso entonces podía imaginar a los

guardias de Urial corriendo por la rampa hasta el nivel del suelo, con las espadas preparadas.

Sin embargo, cuando el noble logró levantarse con pasos tambaleantes, no fue un guardia de cara de calavera lo que encontró de pie en la puerta abierta de la plaza, sino al propio Urial el Rechazado; tenía los ojos encendidos como latón fundido.

Al igual que Malus, Urial llevaba la armadura completa para visitar a Yasmir. De la cintura le colgaban dos espadas cortas y delgadas, que parecían más las armas de práctica de un adolescente que verdaderas armas de guerra. Envueltas en acero, sus deformidades resultaban casi invisibles, a menos que uno supiera qué mirar. No había nadie entre ellos; por un fugaz instante, Malus sintió la tentación de acometer a su deforme hermano y cumplir con el deseo de Yasmir allí mismo. Pero Urial alzó el brazo sano para señalar a Malus, y sus finos labios se movieron para pronunciar un silencioso encantamiento.

El noble dio media vuelta porque la mente, aterrorizada, lo impulsaba a huir a pesar de que sabía que ya era demasiado tarde. El dolor estalló en su cuerpo como una ola. Malus se tambaleó y abrió la boca en un silencioso alarido. Cada nervio, cada fibra del cuerpo le siseaba como hierro candente.

Vagamente, sintió que una presencia corría hacia él. Recuperó la voz para lanzar un gruñido bestial y acometió con la espada. El guardia fue pillado por sorpresa, y salió despedido hacia atrás con la garganta abierta. El noble se volvió y obligó a sus extremidades a moverse a tropezones, luego con movimientos bruscos, y después arrastrando los pies por la calle empedrada a la máxima velocidad de que era capaz.

Las calles del barrio de los Nobles hervían de grupos de sirvientes que se ocupaban de los asuntos de sus amos, con los brazos cargados de paquetes comprados en las tiendas de artesanos, que abundaban en la zona. Había pocos nobles por los alrededores; a una hora tan tardía, muchos de ellos ya se habían retirado al interior de las torres para prepararse para las diversiones que prometiera la noche. Pequeños grupos de guardias druchii y nobles menores recorrían las calles, ocupados con recados o tramando conspiraciones mentalmente.

El terrible dolor estaba desvaneciéndose. Malus jadeaba para respirar aire con pulmones que parecían llenos de esquirlas de vidrio. Los druchii se apartaban de su camino, muchos al mismo tiempo que se llevaban la mano a la empuñadura de la espada o escupían maldiciones a su paso. «Continúa adelante —pensó él—. Continúa adelante. Busca un séquito grande y mézclate en él; gira en una esquina, da con un callejón. Continúa adelante.»

Malus miró a su alrededor, frenético, para orientarse. Por pura buena suerte, se había encaminado en la dirección correcta al salir de la plaza; las torres del Hag se alzaban por encima de él a menos de cuatrocientos metros de distancia. Continuó corriendo, abriéndose camino a empujones entre grupos de esclavos apiñados, dando

rodeos alrededor de grupos de druchii plebeyos, en busca de un grupo de nobles entre los cuales pudiera perderse. Justo delante había una esquina y un gran número de druchii acorazados. Estaba casi sobre ellos cuando se apartaron a izquierda y derecha para dejarle el paso libre..., y al grupo de acólitos del templo armados que corrían tras él desde más arriba de la calle.

—Madre de la Noche —jadeó Darkblade al mismo tiempo que abría más los ojos.

Sacó también la segunda espada de la vaina. Parecía que eran cerca de una docena de guerreros santos, ataviados con ropones rojo oscuro y plateados petos. Cada uno llevaba una brillante *draich*, la espada de ejecutor, a dos manos, que les gustaba a los guerreros de Khaine, y que blandían con terrible destreza. Las expresiones de los rostros resultaban feroces a la luz mortecina del atardecer, y Malus supo que su carrera estaba a punto de concluir.

—¡Malditos seáis todos! —les rugió Malus mientras alzaba las espadas con gesto desafiante—. Venid, pues, y derramad vuestra sangre sobre mi acero.

El noble preparó las armas en tanto los acólitos continuaban avanzando, y vio muerte en los ojos color latón de todos ellos. Entonces, un golpe seco impactó en la base de su cráneo, y el mundo se disolvió en un estallido de luz blanca.

El aire se estremecía con los aullidos de los malditos.

Una vez más, corría por una agitada llanura de tierra rojo sangre, mientras el cielo se arremolinaba y vomitaba ceniza y polvo de hueso desde sus profundidades. Lo rodeaban multitud de fantasmas que tendían manos nudosas hacia él y chasqueaban las mandíbulas. Ya tenía la armadura desgarrada y perforada en docenas de sitios, aunque de las frías heridas de debajo no manaba sangre.

La espada los atravesaba sin esfuerzo. Los gélidos cuerpos purpúreos y los deformes cráneos se convertían todos en vapor malsano cuando la hoja los cercenaba, y volvían a corporeizarse una vez que había pasado de largo. Lo máximo que lograba era despejar un sendero ante sí con cada golpe, mientras corría hacia una meta que comprendía sólo vagamente.

El horizonte que tenía delante era una vasta línea uniforme y oscura como el ladrillo viejo, que destacaba nítidamente contra el arremolinado cielo gris. Allí se alzaba una torre solitaria, cuadrada y negra, silueteada tanto contra el cielo como contra la tierra. Parecía hallarse imposiblemente lejos, y a pesar de eso, radiaba una solidez que estaba ausente del resto del extraño paisaje. Era una fuente de cordura en medio de una extensa llanura de demencia, y él luchaba por llegar a ella con el maníaco empeño de un hombre que se está ahogando. Sin embargo, por mucho que se esforzaba y por muchos pasos que daba, no se acercaba a la torre.

—¡Despierta, Darkblade! ¡Los hijos del asesinato se aproximan, y el momento de tu muerte está cerca!

Malus abrió los ojos, pero durante largos momentos no supo si estaba despierto.

Había una bruma roja en el aire, una especie de rielar indistinto que desdibujaba la geometría de las paredes, las puertas y los techos. Incluso la solidez de los objetos parecía inconstante; en un momento la piedra oscura que lo rodeaba era densa y opresiva, y al siguiente, se volvía pálida y translúcida, iluminada al contraluz por una intensa luz roja. En el aire se oía un zumbido áspero y metálico. Si se concentraba en él podía distinguir voces: sedientas de sangre, exultantes, agonizantes.

Había dolor. Iba y venía con la cambiante solidez del entorno. Extrañamente, cuanto menos definidas se volvían las cosas, más intenso era el dolor. Se encontraba contra un lecho de agujas de latón de diferentes largos que lo mantenían casi erguido en el centro de una pequeña sala octogonal. Cada latido de su corazón hacía temblar a las decenas de finas agujas y le reverberaba en los huesos. Cuando las paredes se desvanecían y transformaban en humo, el dolor era indescriptible y lo dejaba jadeando cuando la realidad tangible volvía a su sitio. No podía moverse ni un centímetro; las agujas estaban diestramente situadas para paralizarle los músculos, y lo sujetaban como un espécimen vivo grotescamente expuesto.

Se encontraba de cara a una puerta doble, con goznes de hierro y ornamentos de latón. En la arcada, por encima de la puerta, había dos caras hechas de brillante plata. Se trataba de caras exultantes y bestiales, con cuencas oculares que eran vacíos negros y que, a pesar de eso, parecían tener conciencia. Miró esos agujeros sin fondo, y al instante, supo dónde estaba.

—¡Que la Oscuridad Exterior se te lleve, demonio! —dijo Malus, cuyas palabras salieron como un ronco susurro—. ¡Te quedaste en silencio mientras los hombres de Urial me rodeaban!

—Este hermano tuyo no es como tu celosa y egocéntrica hermana —replicó Tz'arkan con acritud—. Su visión es más aguda que la de la mayoría. Si hubiera percibido mi presencia, no habría escatimado medios para destruirte allí mismo, y ninguna ayuda que pudiese haberte prestado te habría servido de nada.

—Así que, en lugar de eso, me has puesto en su mano. ¿Has permitido que él y sus lacayos del templo me hayan arrastrado hasta la torre de Urial? ¿Nos encontramos ante el umbral del Reino del Asesinato! ¿Qué quieres que haga ahora?

—¡Quiero que te salves, estúpido! —La voz del demonio estaba más agitada de lo que Malus la había oído jamás. ¿Había miedo en esa voz?—. Urial y sus sacerdotes se acercan, Malus. Si te conducen al otro lado de la puerta que tienes delante, será el fin. No volverás a salir del lugar rojo al que te llevarán.

Los dientes de Malus rechinaron, y él se obligó a moverse, concentrando hasta la última pizca de su voluntad en retirar el brazo derecho del lecho de agujas. Se hincharon las venas de las sienes y el cuello, y le tembló todo el cuerpo a causa del esfuerzo, pero el brazo no se movió. Cuando lo acometió la siguiente ola de tormento, el dolor fue tan intenso que tuvo la certeza de que le estallaría el corazón. El hecho de

que eso no sucediera fue probablemente otra prueba de las infernales habilidades de Urial.

—¡Ahórrame los insultos y ayúdame, espíritu maldito! ¡Préstame la fuerza para vencer a estas malditas agujas, al menos! ¡No puedo marcharme si no puedo moverme!

—Me es imposible, Darkblade. Aquí, no. Es demasiado peligroso.

Malus logró reír con amargura.

—¿Demasiado peligroso? ¿Para quién?

Pero Tz'arkan no respondió. Las puertas se abrieron y los goznes gimieron de sufrimiento. En el umbral aguardaba un grupo de druchii empapados de sangre que llevaban cuencos y cuchillos de latón en las manos. Lenta y silenciosamente entraron en la sala, la mitad hacia la izquierda y la otra mitad hacia la derecha. A medida que lo rodeaban, la habitación se hacía cada vez más indistinta, y un dolor irresistible estalló en cada uno de los puntos que perforaban las agujas.

Urial fue el último en entrar en la sala, entonces abarrotada. Como los sacerdotes, vestía finos ropones blancos empapados en sangre fresca, de la que parecía desprenderse vapor en el aire cargado. Sin la cobertura de la armadura ni de ropones gruesos, no había nada que disimulara el flaco físico de Urial. Prominentes músculos como finos cables de acero recorrían el estrecho pecho huesudo y los hombros angulosos, y le conferían a la cara una apariencia aún más cadavérica de lo normal. El inservible brazo derecho permanecía agarrotado al lado. Aún más encogida que el resto del cuerpo, la mano derecha de Urial era una retorcida garra nudosa paralizada, con la palma vuelta hacia arriba y los dedos curvados hacia dentro, como si se la hubiese quemado una llama desnuda.

El antiguo acólito de Khaine caminaba con una marcada cojera porque arrastraba el deforme pie izquierdo, pero tenía los ojos brillantes y se conducía con orgullo, como un rey en lugar de un tullido maldito. Mediante incisiones, le habían tallado runas en el pecho y los brazos. Llevaba el pelo blanco recogido en una gruesa trenza, que descansaba sobre su hombro derecho y le llegaba casi hasta la cintura. Un tercio de su largo estaba rojo de sangre. En la mano izquierda tenía una larga daga de hoja ancha, sobre la que había labrados temibles sigilos. Alrededor del arma había una bruma roja, como si del aire mismo se coagulara sangre en torno a su santificado filo. Espesas gotas rojas caían de la atroz punta del arma sobre el suelo de piedra.

La ola de dolor aumentaba con cada paso que daba Urial. Malus volvió a concentrar hasta la última pizca de su voluntad e inclinó la cabeza para saludarlo.

—Bien hallado, hermano —jadeó a través de los dientes apretados—. Constituye... un honor ser invitado a tu sanctasanctórum, pero no es necesario que organices semejante... espectáculo para mí.

Al rostro de Urial no afloró emoción alguna. Sus ojos contemplaron a Malus con

la misma ausencia de pasión con que un sacerdote inspeccionaría a un esclavo al que va a sacrificar. Cuando habló, su voz fue resonante y áspera, como la nota penetrante de un címbalo o una campana.

—El honor es mío —dijo Urial sin el más leve rastro de modestia o compasión—. Para el Señor de la Espada no hay ofrenda más grandiosa que un pariente del propio santificado. He sido paciente y obediente en tu persecución, y ahora Khaine ha provisto al ponerte en mis manos.

—Bendito sea el Asesino —entonaron los sacerdotes.

—Yo... te he perjudicado, hermano —dijo Malus, cuya mente buscaba a toda velocidad una manera de distraer a Urial de sus mortíferas intenciones—. Y la sangre de tus propiedades está en mis manos. Quiero enmendarlo.

Urial se detuvo y frunció muy levemente el ceño.

—Lo harás —replicó, ligeramente divertido, al parecer—. Tu cabeza cortada descansará sobre una gran pirámide de cráneos, desde la que contemplarás con adoración la gloria de Khaine. Yo me ocuparé de que así sea.

—Bendito aquel que mata en nombre de Khaine —entonaron los sacerdotes.

—Pero... ¿no se dice que todos los guerreros contemplan el rostro de Khaine, llegado el momento?

Una vez más, Urial se detuvo.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿qué necesidad hay de acelerar las cosas?

—Tú entraste violentamente en mi torre. Me robaste propiedades, mataste esclavos míos y profanaste mi sanctasanctórum con tu impura presencia —replicó Urial con voz ronca—. Y está el asunto de la deuda de sangre que tienes con el templo. Un juramento hecho ante el Señor del Asesinato no puede ser negado.

—Una llamada de sangre se responde con carne hendida —dijeron los sacerdotes.

—Pero se trata de una deuda que tú invocaste contra mí —protestó Malus—, y como tal, puedes retirarla si lo deseas. Fui engañado...

La expresión de Urial denotó entonces desconcierto absoluto.

—Yo no invoqué la deuda de sangre —dijo—. Fue Nagaira.

Durante un momento, Malus no pudo hablar. Luchaba para aceptar lo que había dicho Urial y comprender la plena envergadura del engaño que habían levantado a su alrededor.

—Madre Bendita —dijo para sí—, ha jugado conmigo a cada paso. Todo lo que dijo era mentira.

Urial asintió con gravedad.

—Es la costumbre de toda la carne: una senda de debilidad y engaño que se redime con la sangre del asesinato. —Avanzó al mismo tiempo que alzaba la daga—. Pronto conocerás la verdad, hermano. La bendición del acero borra todos los



engaños.

Pero Malus ya no lo escuchaba, atrapado en una ola de fría y clara furia que se llevó el dolor y el miedo.

—Aparta de mí esa bendición y guárdala para alguien que la merezca más. Fue Nagaira quien me convirtió en su títere, quien me habló del cráneo que tenías y quien me proporcionó los medios para violar tu sanctasanctórum. Es ella quien merece tus atenciones. Yo no fui más que la espada en su mano. —Mientras hablaba, en su mente adquirió forma un plan—. Deseo purgar mis crímenes, hermano. Deseo purificar mi alma con la sangre de la impía. Si detienes tu mano, os recompensaré a ti y al templo con un rico regalo de matanza que te ganará el favor de Khaine.

Un estremecimiento recorrió a los sacerdotes que allí se habían reunido, pero la expresión de Urial era severa.

—¿Le imploras misericordia a un servidor de Khaine?

—¡No! Le pido la oportunidad de servir a su causa y proporcionarle un sacrificio aún más grandioso ejecutado en su nombre. —Miró a su hermano a los ojos—. ¿Y si te dijera que el culto de Slaanesh medra dentro de los muros del propio Hag?

Los ojos de Urial se entrecerraron con suspicacia.

—Hace mucho que el templo sospecha eso. Nuestros agentes buscan señales de los apóstatas dentro del Hag y en todas partes.

—La mancha es más profunda de lo que tú sabes, hermano. Llega hasta las casas más poderosas de la ciudad —replicó Malus—. Detén tu mano, y yo podré entregártelos... Nuestra hermana Nagaira es tenida en alta estima por ellos. Piensa en eso. Imagina qué víctima de sacrificio sería ella. —Pasado un momento, añadió —: Y hay más.

El aire se inundó de susurros cuando los sacerdotes reaccionaron ante la noticia. Urial los silenció con una mirada.

—¿Más? ¿Qué más puedes ofrecer? —Yasmir.

Urial se puso rígido y después se lanzó hacia Malus con una velocidad sorprendente para las deformidades que le retorcían el cuerpo.

—¡Te atreves a cuestionar su honor, Darkblade! ¡Ella, que es pura y amada ante el dios!

—¡No! ¡No me refería a eso! ¡Detén tu mano! —Malus bajó la voz para que sólo Urial pudiera oírlo—. Quiero decir que puedo traerla hasta ti.

Urial miró a Malus con los ojos muy abiertos, llenos de incompreensión.

—Sus pensamientos pertenecen sólo a Bruglir —dijo, rígido—. Y rehusa renunciar a él.

—Por supuesto —asintió Malus—, por supuesto. Sabes eso tan bien como yo. Pero a todos los guerreros les llega el momento de contemplar el rostro de Khaine, ¿no es así?

Urial clavó la mirada en los ojos de Malus con expresión inescrutable.

—Así es. Así es, en efecto —susurró.

—Eso puede disponerse, hermano. Yo puedo encargarme de ello. Pero necesitaré tu ayuda. Mi plan requiere un brujo de gran destreza. —Intentó encogerse de hombros, pero había olvidado el efecto paralizante de las agujas—. Confieso que había planeado emplear a Nagaira en mis planes, pero esto es mucho más adecuado. Incluso puede verse la obra de la mano de Khaine en esto.

Pasado un largo momento, Urial bajó la daga. En sus ojos brillaba algo, pero Malus no sabía si era deseo o demencia. Quizá había poca diferencia entre ambos.

—Tal vez —dijo Urial, al fin—. No puedo negar que tu oferta constituiría un glorioso regalo para Khaine. Tampoco puedo negar que tienes más sinuosidades que una víbora. Todo esto podría ser una mentira.

Una vez más, Malus inclinó la cabeza respetuosamente.

—Es así, y no puedo convencerte de lo contrario. De todos modos, deberías preguntarte qué tienes que perder si miento, y qué ganarás si digo la verdad.

La expresión de Urial cambió. No sonrió, pero sus duras facciones se suavizaron ligeramente.

—Bien dicho, hermano —replicó al mismo tiempo que les hacía un gesto a los sacerdotes—. Tengo poco que perder si te dejas vivir un tiempo más. Pero, dime, ¿cómo nos entregarás a los apóstatas?

Los sacerdotes de Khaine rodearon a Malus, lo aferraron con las manos ensangrentadas y lo alzaron del lecho de dolor. Su grito de sufrimiento se transformó en una áspera risa de triunfo.

—¿No lo he mencionado antes, hermano? Mañana debo ser iniciado en el culto.

## 9. El regalo de la bruja

Malus aguardaba en las sombras y se preparaba para la batalla que se avecinaba. Nagaira se había puesto furiosa al enterarse de su huida. Para cuando acabó de trazar planes con Urial y salió de la torre de su hermano, la medianoche ya había quedado muy atrás. Así pues, no pudo hacer nada más que atravesar los terrenos de la fortaleza y entrar en su propia torre para informar a sus hombres del papel que ellos desempeñarían en la inminente iniciación. Dejó el Octágono de Praan guardado bajo llave en un baúl de madera férrea que tenía en sus aposentos, y cruzó el estrecho puente ventoso que conectaba su torre con la de la hermana. Los guardias no se sorprendieron al oír que llamaba a la puerta. Desde el momento en que Nagaira se dio cuenta de que se había marchado, les había dado orden de que montaran guardia por si aparecía.

Malus se reclinó en el respaldo de la silla y sonrió al pensar en la cólera de la hermana. Nunca antes la había visto tan enfadada: le lanzó preguntas como si fueran rayos para exigirle que diera cuenta de todos sus pasos desde que había salido de la torre. La había apaciguado un poco al decirle que estaba dispuesto a aceptar la iniciación. Por un momento, se había mostrado complacida, y luego su interés se había agudizado más que una navaja, y la bruja había exigido saber cómo había salido de su propiedad sin que ella se diera cuenta. Eso había llevado a una sarta de amenazas y maldiciones, tanto explícitas como insinuadas, que había durado gran parte de la noche, hasta que finalmente ella había llamado a sus guardias y lo habían confinado en sus aposentos para que aguardara el momento previo a la unción de Slaanesh.

Al atardecer siguiente, pasó por la habitación una procesión de sirvientes que le llevaron ropa, comida y libaciones para prepararlo para la ceremonia. Los esclavos le quitaron la armadura, el kheitan y los ropones, y lo cubrieron con un hábito de costoso lino blanco tileano, al que ciñeron un cinturón de cuero repujado que no se parecía a nada que hubiese visto antes. Le colocaron una diadema con seis piedras preciosas alrededor de la cabeza, y se encendieron braseros que inundaron el aire de aromático incienso. Allí lo dejaron, esperando en silencio, respirando el aire especiado que le causaba hormigueo en la piel mientras las hierbas surtían efecto sobre su cuerpo y su mente.

Pasaron horas durante las cuales Malus escuchó el ajeteo de esclavos y sirvientes, fuera de la habitación, debido a los preparativos que hacía Nagaira para el ritual. Luego, al aproximarse la medianoche y cuando las ascuas de los braseros comenzaban a apagarse, la puerta de la estancia se abrió de par en par, y Nagaira entró como un viento frío. A diferencia del aspecto seductor que había lucido en la fiesta, entonces se comportaba como una sacerdotisa, e iba ataviada con ropones

blancos y un peto de oro batido que tenía labradas runas mágicas. Esa vez se cubría el rostro con otra máscara, un cráneo más pequeño pero en nada menos atemorizador que el del hierofante, y como él, llevaba una copa llena hasta el borde en las manos.

—La hora se acerca, suplicante —declaró con tono grave—. Bebe conmigo mientras esperamos al Príncipe del Placer.

Malus consideró cuidadosamente sus opciones. Era probable que el vino contuviera droga, pero no se le ocurría ninguna excusa plausible para rechazarlo. Tomó la copa con cuidado y bebió sin pronunciar palabra. El vino era espeso y dulce, con un regusto a resina. «Más vino de comerciantes», pensó, al mismo tiempo que reprimía una mueca. El noble le devolvió la copa a la bruja y se sorprendió al ver que también bebía.

—Todos somos uno solo en el crisol del deseo —dijo ella al ver la expresión del rostro de él—. Después de esta noche, estaremos unidos por lazos más estrechos que los familiares, seremos más íntimos que los amantes. Como tú te consagras al Príncipe, él se consagrará a ti, y tu devoción obtendrá una recompensa seis veces mayor. La gloria aguarda, hermano. Todos tus deseos serán satisfechos.

—Así lo imploro, hermana —replicó él con una sonrisa lobuna—. Con todo mi corazón.

Un suplicante ataviado con ropón entró entre susurros y se inclinó ante Nagaira. Malus se sorprendió al ver que el druchii no llevaba máscara, y lo reconoció como uno de los guardias personales del drachau.

—El Príncipe aguarda —dijo a la vez que le dedicaba a Malus una sonrisa de complicidad.

Nagaira le tendió una mano a Malus.

—Ven, hermano. Es hora de que nos unamos a la fiesta.

Malus la tomó de la mano. Cuando ella se volvió para conducirlo fuera de la habitación, él se palpó velozmente los ropones para confirmar que aún tenía la daga bien oculta.

Descendieron una vez más hasta la base de la torre, caminando en silencio y atravesando sombras. Todas las luces brujas habían sido amortecidas y, pasado un rato, Malus se sintió como si lo llevaran por un mar de oscuridad, arrastrado por una mano de relumbrante alabastro. «Es el vino», pensó, mientras intentaba enfocar el entorno. Cuanto más se concentraba, más se fragmentaba el foco, como si intentara coger una masa de mercurio. Ni siquiera la cólera le servía, ya que relumbraba como una ascua a punto de apagarse, mortecina y sin calor.

Antes de que se diera cuenta, ya habían llegado al pie de la larga escalera de caracol. La alta estatua bañaba la oscura estancia con su propia luz fría, iluminada por dentro con su particular brujería. Esa luz brillaba mortecinamente sobre cascos y petos, puntas de lanza y hombreras. Filas y más filas de los guerreros de Nagaira

presenciaron el descenso, con las caras iluminadas por fuego transparente.

Bajaron lentamente por la estrecha escalera oculta. Se sumergieron en un aire húmedo y dulce, con sabor a incienso y piel ungida. Una extraña música de instrumentos de viento ascendía desde la oscuridad. Era inquietante y discordante, una canción compuesta para oídos inhumanos que le daba dentera e inundaba su corazón con un terrible anhelo tan ajeno como irresistible para él.

Cuando giraron en el último recodo, tuvo la impresión de estar contemplando luz de estrellas. Las manos de los suplicantes reunidos sujetaban en alto pequeños globos de luz bruja que proyectaban sobre ellos extrañas sombras y cambiantes corrientes de luz. Ninguno llevaba máscara salvo el terrible hierofante, que se encontraba al otro lado de la estancia, más allá de un mar de cuerpos que ondulaban lentamente. El suelo de piedra estaba cubierto de esclavos que se contorsionaban, adormecidos por el incienso y enardecidos por la extraña melodía de las flautas sobrenaturales.

En el momento en que lo vieron, los suplicantes comenzaron a salmodiar una letanía grave que estremeció el aire como enloquecedor contrapunto de las flautas. Una extraña tensión crepitó en el aire de la estancia, y Malus sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Había una especie de presión que sentía sobre el cuello y los hombros, como si el blasfemo canto hubiese atraído la atención de un ser que se movía en un territorio que escapaba a la comprensión de los mortales. Una sensación de pavor comenzó a deslizarse dentro del corazón de Malus. Se llevó los restantes efectos del vino drogado, pero en su lugar le dejó un miedo atávico que amenazaba con despojarle de fuerza las extremidades.

Los suplicantes se separaron para dejarlos pasar a él y a Nagaira. Ella lo arrastró consigo hacia el hierofante, que estaba acompañado por dos ayudantes. Uno de ellos tenía un azote de cuero con las colas consteladas de puntas de plata; el otro sostenía una jofaina de oro y una curva daga de hueso. El hierofante tenía las manos unidas al frente, y los pálidos y largos dedos se agitaban lánguidamente, como las patas de una araña a punto de cazar. Malus experimentó una repentina conmoción de reconocimiento. ¿Era posible?

Nagaira hizo una reverencia ante el hierofante.

—Vengo a traer regalos para el Príncipe que Aguarda —entonó—. ¿Acudirá?

La salmodia y las flautas callaron, y se hizo un silencio pesado y opresivo. Malus percibió que aumentaba la terrible presencia que flotaba en la estancia. Su visión pareció ondular cuando los contornos de algo presionaron contra el tejido de la realidad, y el noble sintió que se le helaba el corazón.

—El Príncipe acudirá —entonó el hierofante, al mismo tiempo que alzaba las manos hacia el techo.

Los suplicantes gritaron con júbilo y terror combinados, y un espantoso gemido inundó la oscuridad de la sala. Luego, se oyó un tremendo crujido de mortero y

piedra, y el aire tembló con extáticos gritos de guerra.

—¡Una llamada de sangre se responde con carne hendida! Los *draichnyr na Khaine* tomaron la estancia por asalto; entraron en torrente a través de brechas abiertas en las paredes, con las curvas *draichs* en alto. Los guerreros iban ataviados con pesadas cotas de malla reforzada con hombreras, peto y yelmo de latón. Las grandes espadas se agitaban como varas de sauce y abrían un sangriento sendero entre los aterrorizados esclavos que se encontraban en el perímetro de la estancia.

Malus se soltó de la mano de Nagaira y dirigió un puñetazo hacia un costado del cráneo que llevaba en la cabeza. El movimiento le pareció pesado y torpe, y el golpe sólo impactó de soslayo sobre el hocico óseo del cráneo y lo torció. «Malditas drogas», pensó Malus. Nagaira retrocedió ante el golpe, también maldiciendo y momentáneamente cegada por la máscara torcida. Mientras ella manoteaba el cráneo de macho cabrío, Malus sacó la daga que llevaba entre los ropones.

Se oyó un tremendo alarido que atravesó el pandemonio y cauterizó el aire con su poder. Al volverse, Malus vio que el hierofante agitaba una botella de pesado vidrio oscuro por encima de la cabeza. El noble sentía el odio del sumo sacerdote como si fuera la punta candente de una lanza que le presionara la piel.

—Madre de la Noche, ¿qué hace?

—Saciar su sed de venganza —replicó Tz'arkan con frialdad—. ¿Esperabas que el ungido de Slaanesh estuviera indefenso?

Antes de que Malus pudiera responder, el hierofante chilló una invocación que le hirió los oídos como el restallar de un rayo, y luego vio que el sumo sacerdote estrellaba la botella contra el suelo de piedra. Del vidrio roto ascendió una espiral de niebla púrpura que se expandió y adquirió fuerza al crecer.

En el humo había rostros, obscenas caras de sonrisa lasciva que se burlaban de los sentidos de los mortales. Malus gruñó una breve maldición. La botella era un recipiente mágico que contenía los espíritus prisioneros de una horda de aterradores demonios.

La nube de espíritus envolvió la habitación entre parloteos y alaridos; bramaban como un coro de condenados. A través de la estancia reverberaron más órdenes arcanas, y los demonios descendieron sobre los aterrorizados esclavos. Malus vio que un humano que tenía cerca caía al suelo, retorciéndose; se había atragantado cuando uno de los espíritus se le había metido dentro a través de las fosas nasales y la boca. Al cabo de un momento, el humano comenzó a cambiar de color, y la piel se le fue tensando a medida que se le hinchaban los músculos. Las manos se le retorcieron y deformaron, y la piel se rajó y cayó para dejar a la vista pinzas manchadas de sangre formadas por hueso fusionado. Con un grito, Malus saltó sobre el esclavo poseído y le clavó la daga una y otra vez en los ojos y la garganta. Una pinza enorme le golpeó un lado de la cabeza y lo hizo volar por el aire.

Malus rodó hasta quedar de espaldas, y parpadeó para librarse de las estrellas que tenía ante los ojos mientras el esclavo poseído se ponía de pie. De los ojos destrozados y de una terrible herida que tenía en el cuello manaba icor púrpura, pero el demonio guió infaliblemente el cuerpo del esclavo hacia el noble caído. La criatura se detuvo ante él, chasqueando las pinzas, y Malus captó un destello de latón por encima de su cabeza cuando un ejecutor pasó corriendo y barrió el aire con la ensangrentada *draich*. La gran espada penetró en el bulboso torso del esclavo, al que le cortó las costillas como si fueran ramitas, y se introdujo profundamente en la columna vertebral de la criatura. El esclavo poseído cayó al mismo tiempo que contraatacaba, y aferró la cabeza protegida por el yelmo del ejecutor con una pinza de tamaño descomunal. Los espasmos agónicos de la criatura le arrancaron la cabeza al ejecutor, y en medio de una fuente de sangre, ambos cuerpos cayeron sobre el aturcido noble.

«Esto no está saliendo según lo planeado», pensó Malus mientras salvajemente apartaba a patadas los cadáveres. Tenía los ropones empapados en sangre y había perdido la daga. Con un pie, hizo rodar de costado el cuerpo del esclavo y cerró las manos sobre la empuñadura de la *draich*. Con una maldición y una contracción tremenda, la columna del cadáver se partió, y la larga hoja quedó libre.

En la sala resonaba el estruendo de la batalla. El caos reinaba en la oscuridad, donde ejecutores y poseídos se mezclaban en una arremolinada y confusa refriega. Rayos mágicos atacaban a guerreros y esclavos poseídos por igual, porque los suplicantes lanzaban sus hechizos indiscriminadamente hacia la masa de combatientes. No había manera de saber quién tenía la ventaja, pero Malus estaba seguro de que la superioridad numérica estaba a favor de los suplicantes.

Un rayo de fuego púrpura pasó rugiendo cerca de él, y en el destello de luz, Malus vio al hierofante, cuyas manos se movían en una complicada serie de gestos. El noble no podía adivinar qué estaba haciendo el sumo sacerdote, pero sabía que no tenía ganas de ver los resultados.

«Es hora de comprobar quién está realmente detrás de ese cráneo», pensó Malus con una sonrisa salvaje, y cargó hacia el hierofante por encima de los apilados cuerpos de los muertos.

El noble permanecía agachado, con la gran espada baja y a un lado para atraer la menor atención posible. Esperaba que uno de los esclavos poseídos le saltara sobre la espalda en cualquier momento, pero parecían tener la atención completamente ocupada por los ejecutores restantes. «Un error fatal», pensó Malus mientras se aproximaba a la presa.

Se acercó al hierofante desde la derecha, con las manos tensas sobre la empuñadura de la *draich*. Cuando se encontraba a dos pasos de la distancia de ataque, un borrón de movimiento que se produjo a su izquierda fue lo único que le advirtió

que el ayudante del hierofante que tenía la daga se lanzaba hacia su garganta.

El instinto refinado en una docena de campos de batalla hizo que Malus apoyara el pie izquierdo para, pivotando sobre él, invertir el golpe de espada y dirigirlo hacia la cintura del ayudante. La daga del adorador descendió con rapidez y dejó una línea en la frente de Malus en el momento en que la *draich* le abría el vientre. Al caer, el ayudante se dobló por la mitad sobre la hoja y estuvo a punto de derribar a Malus. El noble apoyó un pie en un hombro del suplicante y tiró de la espada, y cordones de fuego puro le arañaron un lado de la cara cuando el segundo ayudante lo atacó con el azote.

El dolor estalló en el ojo derecho de Malus, que cayó de rodillas con una salvaje maldición. El azote volvió a restallar, y las puntas de plata le rasgaron la manga derecha y le penetraron profundamente en el hombro. Otro golpe en el lado de la cabeza lo derribó al suelo, y la empuñadura de la *draich* se le escapó de la mano. Malus cayó sobre el suplicante destripado y sintió el hedor de la sangre y las entrañas seccionadas del agonizante que sufría los últimos estertores.

El ojo izquierdo de Malus captó un destello metálico en el suelo, y el noble se lanzó hacia él cuando el azote le arañaba la espalda. La mano de Darkblade se cerró sobre la empuñadura de la daga de sacrificios del agonizante, y el noble rodó sobre la espalda a tiempo de ver que el adorador armado con el azote dirigía otro golpe hacia su cabeza.

Malus alzó la mano izquierda y paró un puñado de colas del azote con la palma. Rugió de dolor, pero aferró los tientos de cuero, tiró de ellos y derribó al suplicante, que cayó sobre la daga que el noble sujetaba con la punta hacia arriba. La hoja curva atravesó el esternón del adorador, le cortó en dos el corazón y se alojó contra la columna vertebral. Malus observó cómo el odio se desvanecía de los ojos oscuros del druchii, y apartó el cadáver a un lado.

A menos de dos metros de distancia, el hierofante continuaba ejecutando el enigmático ritual; estaba demasiado absorto en el intrincado hechizo como para reparar en la batalla a vida o muerte que se libraba en torno de él. Malus se frotó el ojo derecho con la manga del ropón, y se sintió aliviado al comprobar que aún podía ver a través de una espesa película de sangre. Cogió el pomo de la *draich*, la arrancó del cadáver, y luego, sin un momento de vacilación, hizo un barrido con la espada ensangrentada hacia la cabeza del hierofante.

En el último momento, Malus se dio cuenta de su error. Sin pensarlo, había dirigido el golpe hacia la parte anterior del cuello del hierofante, en lugar de hacerlo hacia la desprotegida parte posterior. La hoja penetró en el cráneo de macho cabrío que llevaba puesto el sumo sacerdote, lo rajó y se desvió ligeramente con el impacto. En lugar de decapitar al hierofante, le abrió un largo corte desigual en la garganta y el hombro derecho, y lo hizo rotar en una fuente de sangre brillante y fragmentos de



hueso amarillento.

El hierofante cayó con una rodilla en tierra, mientras por el hocico destrozado de la máscara manaba sangre. Malus avanzó al mismo tiempo que echaba atrás la espada para asestarle un segundo golpe, y entonces el sumo sacerdote adelantó una mano con cicatrices y chilló una maldición burbujeante. Malus se vio rodeado de calor y trueno, y sintió que lo lanzaban por el aire. El impacto lo dejó sin sentido e hizo que la *draich* saliera girando de sus manos.

Pareció transcurrir una eternidad antes de que la visión de Malus se aclarara. La mayor parte del ropón ceremonial había sido consumido, y le escocía la piel del pecho, los brazos y la cara a causa de quemaduras menores. O bien había recibido el ataque sólo de soslayo, o bien el hierofante no había logrado lanzar bien el hechizo. Malus se sentó, con un gemido, y vio que el hierofante entraba dando traspiés en la pequeña sala donde unas noches antes había estado el trono de cuerpos vivos. Malus recuperó la espada y se lanzó tras el sumo sacerdote, decidido a acabar lo que había comenzado.

Cuando llegó a la entrada de la sala, el noble se preparó para otra acometida mágica, pero en cambio descubrió que el hierofante atravesaba una estrecha arcada que había al otro lado de la habitación, una vía de escape anteriormente oculta por algún hechizo incorporado en la piedra. Cuando el sumo sacerdote atravesó la entrada, alrededor de ésta destellaron runas. De inmediato, las runas se encendieron con un brillo que hería los ojos, y Malus percibió el peligro que ardía dentro de ellas. Dio media vuelta y se lanzó de regreso a la cámara principal en el momento en que la puerta hacía erupción con un estallido de fuego púrpura y derrumbaba la pequeña sala en una lluvia de roca y tierra.

Un manto de polvo y un estremecimiento atronador barrieron la sala e hicieron tambalear a los supervivientes que aún luchaban en torno a la escalera de caracol. Malus se puso de pie y vio que la caverna estaba otra vez iluminada por globos de luz bruja que jóvenes iniciados del templo llevaban en el extremo de esbeltas pértigas. Los esclavos se desplomaban, heridos por las espadas de los ejecutores o haciéndose literalmente pedazos cuando los demonios que los poseían perdían fuerza y regresaban a sus malditos dominios.

Los suplicantes estaban muertos o agonizaban, y de los cuerpos manaba vapor provocado por ácidos que los quemaban desde la profundidad de terribles heridas. Pálidas sílfides salpicadas de sangre se deslizaban entre los adoradores, y la sangre fresca humeaba en sus espadas envenenadas. Llevaban suelto el largo cabello que ondulaba como una melena en torno a sus cuerpos desnudos. Malus sintió que se le cortaba la respiración ante la visión de las hermosas mujeres ultraterrenas que caminaban en silencio entre la carroña. Las *anwyr na Khaine* eran un espectáculo raro fuera del templo, pues sólo se las convocaba en tiempos de guerra o de gran

necesidad. Sus espadas envenenadas y su salvaje destreza habían invertido claramente el curso de la batalla, y entonces buscaban entre los muertos más sangre que derramar en nombre del Señor del Asesinato.

Malus vio a Urial, que, rodeado por un séquito de ejecutores, contemplaba los cuerpos de los suplicantes desde una respetuosa distancia. Cuando las brujas elfas caminaban entre los muertos, nunca era prudente interponerse entre ellas y sus presas. El noble se apresuró a acudir junto al hermano, resbalando y deslizándose entre la confusión de carne cortada y desgarrada que sembraba el suelo de la sala.

—¿Dónde está Nagaira? —le preguntó Malus. Urial negó con la cabeza mientras sopesaba una hacha ensangrentada con la mano sana.

—Nuestra hermana no está entre los muertos.

Malus escupió una maldición.

—¡Debe de haberse escabullido escaleras arriba durante la batalla! ¡De prisa!

El noble corrió hacia la escalera y pasó a toda velocidad entre las brujas elfas mientras sentía que se le erizaba el pelo de la nuca cuando volvían su atención hacia él. Con los ojos cuidadosamente bajos, subió los escalones de dos en dos y de tres en tres, mientras se preguntaba cuánta ventaja le llevaría Nagaira y si los guardias aún estarían esperando en lo alto.

Pensó que ya era bastante malo que hubiese escapado el hierofante, pero después de que Nagaira había visto la profundidad de la traición de Malus, no se atrevía a dejar que también ella se le escapara.

Salió de la estatua ilusoria al centro de una tremenda batalla. El plan de ataque de Urial había sido salvaje y minucioso: mientras él y los ejecutores atacaban la cámara de iniciación a través de las Madrigueras, sus guardias personales habían destrozado la puerta de la entrada principal y habían atacado a los guardias apostados allí. Aunque la batalla del piso inferior se había ganado por muy poco, la que se libraba en la base de la torre aún estaba por decidir, dado que los bribones de Nagaira se encontraban en su propio territorio y eran más numerosos que los druchii invasores. Los guardias de la bruja se habían reunido en formación y habían empujado a los de Urial de vuelta hacia la puerta, al mismo tiempo que dejaban detrás un estrecho pasadizo que conducía hasta la escalera principal. Sin vacilar, Malus corrió hacia ella. El ascenso le pareció eterno. A lo lejos creyó oír el estruendo del trueno, pero sabía que era imposible que se produjera una tormenta en esa época del año. Pocos momentos más tarde, le pasó cerca un esclavo en llamas que corría en la dirección contraria, y cuyos gritos agónicos resonaron por toda la escalera mucho después de que desapareciera de la vista.

Sin darse cuenta, llegó a la sala de guardia situada justo debajo del sanctasanctórum, y se precipitó al interior de una humosa habitación que olía a pelo quemado y carne chamuscada. En el suelo yacían media docena de cuerpos; parecían

muñecas de paja que hubiesen sido lanzadas por el aire por una repentina explosión violenta.

De pronto, unas figuras acorazadas lo acometieron desde la nube de humo, con las espadas manchadas de sangre preparadas para golpear. En el último momento, el guerrero que iba en cabeza detuvo la carrera y alzó una mano hacia los otros.

—¡Alto! —les ordenó Arleth Vann a sus hombres—. ¡Mi señor! Hemos estado a punto de confundirte con uno de los adoradores.

Malus se detuvo y jadeó para respirar en el aire fétido.

—¿Dónde está Nagaira?

Arleth Vann hizo un gesto con la cabeza hacia el techo.

—Mató a dos de los nuestros y a cuatro de los suyos con una especie de rayo, y continuó corriendo.

—¿Cuánto hace?

El guardia se encogió de hombros.

—Unos minutos, no más. Silar se llevó al resto de los hombres tras ella.

Malus asintió con la cabeza. Había esperado que sus hombres pudiesen atravesar el puente y tomar el sanctasanctórum durante el caos del ataque, pero las batallas tenían la virtud de desbaratar hasta los planes más sencillos.

—Bien hecho. Ahora, llévate a tus hombres de vuelta al otro lado del puente. Urial y sus acólitos llegarán aquí en cualquier momento.

Otro rayo estremeció el aire por encima de la torre, y esa vez hizo caer regueros de polvo del techo. Malus cargó escaleras arriba, mientras luchaba con una fuerte sensación de presagio.

La antecámara del sanctasanctórum estaba inundada de humo y luces arremolinadas. La doble puerta que conducía al estudio de Nagaira había desaparecido, para dejar sólo un agujero de bordes irregulares en la pared destrozada. Silar y sus hombres yacían en el suelo, con las armaduras humeantes. Varios estaban contorsionados de dolor y otros se veían inmóviles en medio de pilas de escombros.

Dentro de la antesala rugía un viento terrible que silbaba a través del agujero desigual que llevaba al sanctasanctórum, donde se agitaba una tormenta de luces multicolores.

—¡Llegas demasiado tarde! —gritó Tz'arkan—. ¡Abandona este lugar antes de que te consuma el hechizo que está lanzando!

Sin embargo, Malus no se resignaba a renunciar, no cuando tenía a la presa tan cerca. Al ver el poder que obraba en la sala del otro lado del agujero, tuvo la certeza de que no era capaz de permitir que su hermana escapara.

El noble se detuvo durante el tiempo suficiente para poner a Silar de pie y ordenarles a los hombres que salieran de allí, y a continuación, se lanzó a través de la abertura irregular.

Dentro de los confines del sanctasanctórum, la tormenta amenazó con dejarlo sin aliento. La luz era cegadora, un cambiante conjunto de visiones y sonidos extraños que aumentaban de potencia a cada momento que pasaba.

El techo de la estancia ya había desaparecido, consumido por las voraces energías que el hechizo de la bruja había dejado en libertad. Ella, ataviada con el ropón, flotaba en medio del aire, rodeada por el torbellino, y en su piel brillaban sobrenaturales dibujos de luz. Nagaira lo vio, y su rostro se iluminó con una sonrisa triunfal. En ese momento, Malus supo que, por una vez, el demonio había hablado con sensatez. Había cometido un terrible error.

—Ahí estás, hermanito —dijo Nagaira, cuya voz era una con la rugiente tempestad—. He estado esperándote. Tengo un regalo para recompensar tu traición.

El aire se cuajó en torno a la bruja... y comenzó a sangrar. Alrededor de ella, adquirió forma un nimbo de energía caótica, hendido por arcos de rayos púrpura en zigzag.

Tz'arkan se retorció dentro de Malus.

—¡Sal de aquí, estúpido! ¡Está invocando a la tormenta del mismísimo Caos!

Malus gruñó, furioso ante la idea de retirarse. Cuando giraba para salir, atisbo un libro encuadernado en cuero que se encontraba al pie de un destrozado diván. Por impulso, saltó hacia él justo en el momento en que un rayo de energía púrpura hendía el espacio que acababa de abandonar. El arco de poder danzó por la pared opuesta, en cuya piedra talló una línea y dejó un demente dibujo de carne, escamas y visceras.

Las manos del noble se cerraron sobre *El tomo de Ak'zhaal* en el momento en que otro rayo convertía los restos del diván en un charco de espeso líquido maloliente. El torbellino que rodeaba a Nagaira se hinchaba y aceleraba. Malus se puso de rodillas y le lanzó la *draich* con una sola mano. El arma estalló en goterones de acero hirviendo antes de que el noble pudiera ponerse de pie y dirigirse a la antecámara.

Lo persiguieron más rayos mientras corría, y la voz de la bruja se elevó en un alarido de cólera frustrada. En torno a él, el aire restallaba y gemía. Sintió que el pelo se le marchitaba y fundía con la sangre seca que le cubría la piel.

No se detuvo al llegar a la antecámara; en todo caso, aceleró aún más en dirección a la escalera. El alarido de Nagaira aumentó hasta ser un lamento sobrenatural, y luego calló.

La explosión que siguió volvió el mundo del revés.

Una ola de energía bañó a Malus mientras bajaba con paso tambaleante por la escalera, y sintió que el tejido del mundo se deshacía. Durante un solo, interminable segundo, quedó suspendido sobre una especie de precipicio, colgado al borde del infinito. Universos enteros se extendieron ante él, cada uno más grande y menos cuerdo que el anterior.

Peor aún, atisbo a los seres imposibles que se agazapaban en el vacío que

mediaba entre los universos... y por un momento ellos también lo vieron a él.

Malus, enloquecido, gritó de puro terror, y luego la ola se colapso sobre sí misma y toda la parte superior de la torre de Nagaira explotó en una bola de fuego sobrenatural.

La cabeza de Malus golpeó un escalón de piedra y sintió un cegador estallido de bendito dolor que devolvió su conciencia al mundo físico. Malus rebotó contra paredes y escalones, hasta acabar en la arrasada sala de guardia de abajo.

El dolor era intenso y dulce. Le recordaba el lugar que ocupaba en el mundo. Durante un largo rato, lo único que pudo hacer fue abrazar el libro y reír como un loco, agradecido por estar nuevamente ciego ante la espantosa extensión que había más allá del mundo físico.

Malus no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado antes de que se diera cuenta de que no estaba solo. Cuando por fin dejó de reír y sus ojos enfocaron la humosa sala donde se hallaba, vio a Urial de pie ante él. Tenía una expresión extraña en los ojos color latón.

—Se ha ido —fue lo único que pudo decir Malus.

Urial asintió con la cabeza.

—Tal vez sea lo mejor. La pregunta es si volverá.

El pensamiento hizo que Malus se sintiera helado hasta el tuétano.

—Madre de la Noche, imploro que no.

Una vez más, Urial observó atentamente a Malus, y luego sorprendió al noble al inclinarse hacia él y tenderle la mano sana, que era increíblemente fuerte, y levantarlo sin esfuerzo.

—Será mejor que guardes las plegarias para después —dijo con expresión inescrutable—. Los soldados del vaulkhar han entrado en la torre para restablecer el orden, y les han ordenado que nos escolten hasta la torre del drachau. Da la impresión de que tenemos que dar algunas explicaciones.

## 10. El poder del hierro

La torre de Nagaira continuaba ardiendo, con las plantas superiores envueltas en llamas blancas que se alzaban a más de treinta metros hacia el cielo nocturno. El sobrenatural resplandor de la torre incendiada brillaba como blancas auroras boreales en las claraboyas de cristal del arqueado techo de la corte interior del drachau. Proyectaba elaborados dibujos de luz y sombra sobre el suelo, nudos de luz blanca que se retorcían, y profundas sombras que apartaban la atención de Malus del indiscutido señor de Hag Graef. Cada vez que se ponía a la tarea de concentrarse en el hombre que presidía desde la tarima situada en el centro de la gran sala, las sombras se retorcían y contorsionaban en la periferia de su campo visual. En ellas veía indicios de una pauta, de un significado, donde no debería haberlo habido.

Malus y Urial habían sido llevados a presencia del drachau, sólo para hacer que esperaran mientras él recibía los informes de sus tenientes, y hasta la llegada del vaulkhar. Malus apenas podía tenerse en pie; tenía el cuerpo vapuleado y lastimado, y el corte del cuero cabelludo le había sangrado tanto que se sentía mareado y débil. Pero el drachau no le ofreció auxilio ninguno, ni jamás se le habría ocurrido a él solicitarlo. La debilidad no era tolerada en presencia del drachau, ya que sólo los fuertes eran dignos de estar a su sombra y aguardar su capricho.

El noble no podría haber dicho durante cuánto tiempo permaneció en silencio, librando una desesperada batalla por permanecer de pie y consciente. En algún momento, oyó que las altas puertas dobles se abrían de par en par, y el señor de la guerra de Hag Graef entró precipitadamente, ataviado con su roja armadura esmaltada y con la espada antigua, *Desgarradora*, colgada a un lado. El hecho de que la feroz presencia de Lurhan no colmara la gran corte como un mar turbulento demostraba la majestad de la estancia. De todos modos, Malus sintió una tensión eléctrica en el aire cuando su padre se acercó, y supo que el infame vaulkhar hervía de cólera.

Uthlan Tyr, drachau de Hag Graef, también llevaba una armadura de excelente factura; no era la grandiosa reliquia que se ponía para ceremonias como el Hanil Khar y para ir al campo de batalla, sino el atavío mundano que era adecuado para cada día y valía lo que el rescate de un noble. Mientras que el vaulkhar llevaba el yelmo debajo de un brazo, el drachau había decidido no ponerse el gran casco de dragón propio del cargo, y lucía el largo cabello negro apartado de la cara mediante una diadema de oro, y suelto sobre los hombros. Tenía un rostro delgado, casi adolescente a pesar de tener cerca de ochocientos años de edad, y sus pequeños ojos brillaban como esquiras de ónice bajo la imponente frente. Él y Lurhan eran primos lejanos, y compartían la afilada nariz patricia de sus ancestros, así como el gesto desafiante del ahusado mentón. A diferencia de lo que sucedía con el vaulkhar, la mano de Tyr

descansaba sobre el pomo de una espada desnuda, cuya punta afilada se apoyaba en el suelo de madera de la tarima. Era una *draich* similar a la que Malus había usado en la torre, pero la esbelta espada curva lucía el sello de un maestro artesano y la hoja tenía grabadas runas de poder que cortaban acero con la misma facilidad que piel. Entre los nobles de Hag Graef se decía que Lurhan había luchado en más batallas que pelos tenía en la cabeza, pero Uthlan Tyr había matado a muchos más hombres que él. Para el drachau, derramar sangre era tan natural y necesario como respirar. Malus tenía pocas dudas de que su vida —y posiblemente incluso también la de Urial— estaba en precario equilibrio sobre la afilada hoja de esa espada.

El vaulkhar subió los escalones de la tarima y se arrodilló ante su señor.

—Mis hombres han tomado la torre —dijo Lurhan con la voz ronca a fuerza de gritar órdenes por encima del estruendo de la batalla—. Los guardias de Nagaira lucharon hasta la muerte en lugar de rendirse. Sólo un puñado de esclavos quedaron vivos en la torre, y mis hombres se los han llevado para interrogarlos. La... cámara... de debajo de la torre es una sepultura. Al parecer, allí mataron a no menos de doscientos esclavos, muchos de ellos claramente deformados por los efectos de poderosa brujería. Peor aún, abajo se han encontrado unos sesenta nobles asesinados por espadas envenenadas o por las *draichs* de los ejecutores del templo. —Lurhan se volvió para mirar a Urial con frialdad—. Cuando llegamos, los cuerpos estaban siendo mutilados por un grupo de Novias de Khaine.

Urial fijó los ojos en los de su padre con una mirada impasible. Transcurrido un momento, el vaulkhar se volvió hacia su señor.

—No se trataba de simples nobles. Eran los hijos y las hijas de algunos de tus más poderosos aliados. Cuando la noticia llegue a sus familias, la sangre correrá por las cunetas; recuerda lo que te digo.

Los ojos del drachau pasaron con desprecio sobre Malus y se detuvieron sobre Urial.

—Explícate —ordenó.

Un noble inferior se habría acobardado bajo la asesina mirada feroz de Tyr, pero Urial permaneció impertérrito.

—No me hallo ante ti como vasallo, sino como agente del templo de Khaine —replicó—. Esto es un asunto del templo: si juegas con él, acepta los peligros.

La cara de Lurhan se puso blanca de furia, pero Malus se sintió conmocionado al ver que el vaulkhar mantenía la cólera bajo control. El único signo de tensión que se apreció en el propio drachau fue que apretó ligeramente el puño de la espada con la mano.

—Continúa —dijo con un tono de voz tranquilo.

—El templo de Khaine ha extirpado un cáncer que crecía en el corazón mismo de la ciudad. El culto de Slaanesh había extendido su corrupción a través de los más

altos estamentos de la nobleza de Hag Graef, incluida a la hija del vaulkhar, Nagaira.

—¡Ten cuidado, Urial! Ahora eres tú quien danza sobre el filo de una navaja —dijo Lurhan con voz serena cargada de amenaza.

«¿Teme verse implicado también él? —pensó Malus—. ¿O sabe que la contaminación del culto penetra aún más profundamente en su casa y teme lo que dirá el drachau? Ha estado tan absorto en sus propias conspiraciones que no se había dado cuenta de lo perjudiciales que podían ser, políticamente hablando, los acontecimientos de esta noche.» Unas pocas palabras bien escogidas de Urial, y el vaulkhar podría encontrarse arrodillado ante un ejecutor, en el patio del templo. El drachau no tendría más alternativa que ordenar la muerte de Lurhan, aunque sólo fuera para evitar correr la misma suerte si la noticia llegaba a oídos del Rey Brujo.

La idea devolvió un poco de ardor a las venas de Malus. Lurhan y el drachau tenían motivos para estar asustados, y eso le confería a Malus una pequeña cantidad de poder sobre ellos.

—Éstas son graves acusaciones —dijo Tyr con cuidado—. ¿Qué pruebas tienes? ¿Urial miraba al drachau con el ceño fruncido?

—¿Pruebas? Somos los ungidos de Khaine. No necesitamos aportar pruebas. —El antiguo acólito alzó una mano para detener la airada protesta del drachau—. Dicho esto, me doy cuenta de que estos acontecimientos te han puesto en una posición precaria, así que voy a darte una cierta cantidad de detalles.

Indicó a Malus con un gesto de la cabeza.

—Todo esto comenzó con tu orden de torturar a mi hermano hasta la muerte por sus recientes indiscreciones. Después de que el vaulkhar hubiese atormentado a Malus hasta más allá de la resistencia del druchii más fuerte, se decidió que había satisfecho tus deseos al máximo de su capacidad. Entonces fue puesto en libertad y se le dejó al cuidado de su hermana.

El drachau le lanzó una mirada severa al señor de la guerra, y luego devolvió su atención a Urial.

—Eso ya lo sé —dijo con tono tétrico.

Urial asintió con gesto ausente de la cabeza y expresión vaga, concentrado en la cadena de acontecimientos que tenía grabada en la mente.

—Mientras Malus era tratado por Nagaira, tratado tanto con drogas como con brujería ilegal, debo añadir, ella se aprovechó de que estaba debilitado e intentó seducirlo para que ingresara en el degradado culto del que era miembro. —Los ojos de Urial se aclararon y miró a Malus con frialdad—. Malus y Nagaira han sido compañeros, algunos dirían que más que compañeros, desde hace algún tiempo. Ella ha usado sus conocimientos prohibidos para ayudarlo en más de una ocasión. Yo creo que ya hace algún tiempo que tenía intención de subvertirlo.

Tyr lanzó un bufido de asco.



—¿A este libertino? ¿Con qué objeto? ¡No tiene nada que ofrecer!

—Eso parece —dijo Urial con voz neutra—, y sin embargo es un hecho que el culto dio una fiesta en su honor poco después de que se recuperara, y que fue llevado ante el hierofante e invitado a unirse a ellos.

Urial se volvió hacia Malus, y la pronunciada cojera fue lo único que denunció el agotamiento que sentía el tullido.

—En cuanto tuvo una oportunidad, Malus acudió a mí con esta información, como era debido. Me presentó un plan para usar su supuesta iniciación como trampa destinada a eliminar el núcleo del culto de la ciudad.

—¡Por derecho, debería haber acudido primero a mí! —gruñó Lurhan—. El honor de nuestra casa...

—El honor de tu casa o de cualquier otra está en segundo lugar respecto a los asuntos del templo —contestó Urial con sequedad—. Es deber nuestro mantener puras las almas de los druchii, libres de la debilidad de nuestros traidores parientes de Ulthuan. Esto no es solamente una orden de Khaine, sino el deseo del propio Malekith. ¿Quieres discutir eso?

—Ya has dejado claras las cosas, Urial —intervino el drachau—. Continúa.

—Malus nos reveló el emplazamiento de la cámara de iniciación, y sugirió que debía formar parte de las Madrigueras de debajo de la ciudad. Yo envié exploradores a las Madrigueras, y localizaron pasadizos que habían sido tapiados para aislar la cámara del resto de la red. —Urial se encogió de hombros—. Después de eso, sólo fue cuestión de alertar al templo e incitar a los santos guerreros a cumplir con su deber. Abrimos brechas en las paredes justo antes de que culminara la ceremonia e intentamos capturar a los apóstatas. —El acólito sonrió con frialdad—. Por fortuna, ellos prefirieron resistirse.

De repente, el resplandor blanco que iluminaba el cielo nocturno osciló y se apagó. El drachau miró hacia la claraboya de lo alto con evidente alivio, y luego desplazó su atención a Malus.

—¿Qué dices de ese hierofante del que ha hablado Urial?

—Luché contra él en la cámara de iniciación —dijo Malus, enronquecido—. Aunque lo herí gravemente, logró escapar. No obstante, creo que será fácil localizarlo. Al igual que los suplicantes, tiene que ser un noble de alto rango, alguien cercano a los líderes más poderosos de la ciudad.

Malus miró directamente a su padre.

—Yo sugeriría un registro de todas las torres del Hag, mis señores. Encontrad al noble que tiene la garganta herida, y tendréis al jefe de los apóstatas. Creo que no será necesario buscar muy lejos.

—¿Qué estás insinuando, bastardo patán? —Lurhan avanzó un paso hacia Malus, mientras su mano se desplazaba hacia la larga empuñadura de hueso que se alzaba

por encima de su cadera izquierda—. Ya es bastante malo que, primero tú y luego tu hermana, hayáis manchado nuestro honor, ¿y ahora intentas amontonar más desgracias sobre nosotros?

—No estoy insinuando nada —contestó Malus—. Si tan celoso eres del honor de tu casa, envía a tus soldados a la torre de mi hermano Isilvar. Arrástralo hasta aquí desde sus antros de placer y pregúntale qué sabe de ese condenado culto. Te advierto, no obstante, que podría no estar en condiciones de hablar mucho.

—¡Cállate! —rugió Lurhan, que descendió los escalones como un rayo mientras la mano se cerraba sobre la empuñadura de la espada.

—¡Ni un paso más! —El drachau se puso en pie de un salto y señaló a Lurhan con la punta de su espada—. Conténte, vaulkhar. Creo que tus hijos tienen razón: pones el honor de tu casa por delante de la seguridad del Estado, y eso es un grave error. Debe descubrirse lo antes posible al sumo sacerdote. Registraremos el Hag como ha sugerido Malus, porque es algo que sirve a nuestros intereses. Ahora —ordenó—, háblame de Nagaira.

Malus iba a responder, pero Urial se le adelantó.

—Ya no está —dijo.

El drachau asintió con la cabeza.

—¿Y el incendio?

—Nacido de una tormenta del Caos, temido señor. Nagaira lanzó un poderoso hechizo en un intento de escapar y destruir las pruebas que podrían habernos conducido hasta su mentor.

—¿Mentor? —El drachau frunció el ceño—. ¿Te refieres al hierofante?

—En absoluto, temido señor. Me refiero a la persona responsable de enseñarle las artes prohibidas de la brujería y suministrarle la extensa biblioteca que ocupaba completamente la parte superior de su torre. Hace tiempo que era un secreto a voces que ella burlaba las leyes del Rey Brujo. —Urial le dirigió una feroz mirada acusadora a Lurhan—. Sin embargo, nadie se había decidido a actuar al respecto. Posiblemente porque nadie se había dado cuenta de que se había convertido en mucho más que una mera erudita de lo arcano..., o posiblemente debido a la identidad del mentor implicado.

—Y, dime, Urial, ¿quién crees que debe de ser ese mentor?

Las cabezas se volvieron al oír la fría y poderosa voz. Eldire pareció materializarse de las mismísimas sombras y deslizarse silenciosamente por el suelo embaldosado hasta la tarima. Nadie había oído que las altas puertas se abrieran para dejarla entrar. Malus, francamente, no estaba seguro de que lo hubiesen hecho. La expresión feroz del vaulkhar desapareció, como si repentinamente hubiera olvidado su furia anterior. El drachau observó a Eldire con reserva, pero contuvo la lengua ante la inesperada llegada de la vidente.

Urial, cuyo rostro se mostraba duro e inexpresivo, se encaró con la bruja.

—Yo... tengo mis teorías, pero aún no dispongo de ninguna prueba. Sin embargo, en la ciudad no puede haber más que un puñado de personas que posean ese conocimiento..., y la mayoría de ellas residen en el convento de las brujas.

—Eso imagino —replicó Eldire con serenidad—. A fin de cuentas, el resto serían criminales contra el Estado, si enseñan artes arcanas a quienes no tienen ningún derecho de poseer ese conocimiento. Hombres como tú mismo, por ejemplo.

Malus se mordió la lengua y puso buen cuidado en mantener una expresión neutral mientras el aire se volvía denso a causa de la tensión. La expresión de Urial se volvió rígida, pero no replicó.

—Acudes a mi corte sin hacerte anunciar, Yrila —siseó el drachau.

—He venido a informar que el aquelarre de la ciudad ha extinguido el incendio de la torre —replicó Eldire con sequedad—. Pensé que te complacería saberlo. ¿Debo decirles a mis hermanas que vuelvan a encenderlo y esperen a que estés preparado para convocarnos?

—Eres demasiado impertinente, Eldire —dijo el drachau con tono beligerante—. Háblame de los desperfectos.

—Las energías liberadas por el hechizo han consumido casi la mitad de la torre; si no se hubiera extinguido el incendio, habría continuado ardiendo mientras hubiese habido piedra para alimentarlo. Se habría perdido toda la ciudad. —Eldire le lanzó una mirada colérica a Urial—. Si es verdad que Nagaira tenía un mentor, éste subestimó muchísimo el poder de ella. El hechizo que lanzó estaba fuera del poder de un solo brujo para controlarlo. Según las cosas, el resto de la torre tendrá que ser demolida, dado que la magia del Caos se ha infiltrado en ella hasta los cimientos. Si no intervenimos, esa contaminación se propagará por toda la ciudad.

«¿Era un mentor —se preguntó Malus—, o una mentora?» El noble contempló a su madre con nuevo respeto... e incertidumbre. «¿Eras tú quien supervisaba a Nagaira? Si es así, ¿por qué? ¿Y qué tengo que ver yo en todo eso?»

Tyr meditó las noticias y asintió con gravedad.

—Entonces, has cumplido bien con tu deber, Yrila. ¿Qué ha sucedido con los cuerpos de los nobles de la cámara de iniciación?

Eldire sonrió.

—Los cuerpos de los adoradores fueron entregados al fuego, mi señor. Me pareció lo más correcto.

—¿Los quemaste? ¿A todos? —El drachau se mostraba incrédulo—. ¡Es monstruoso! ¡Sus parientes se alzarán en armas cuando se enteren!

—Por el momento, esos adoradores están desaparecidos, no muertos —replicó Eldire con brusquedad—. La magia del Caos los consumió por completo; lo poco que quedó ni siquiera era reconocible como partes de un druchii, y mucho menos era

posible determinar de quién se trataba realmente. Mañana, por el Hag correrá la historia de que Nagaira y los habitantes de su casa fueron consumidos por una conflagración bruja, que, sin duda, tanto mi esposo como el templo —Eldire dirigió una mirada autoritaria a Lurhan y a Urial— decretarán que es la justa suerte de todos los que se entrometen en las artes prohibidas. Se prometerá una investigación y se amenazará con castigar a cualquier otro brujo ilegal que sea hallado en la ciudad. Si en ese momento tus aliados quieren dar un paso al frente y proclamar públicamente que sus hijos e hijas estaban en la torre de la bruja cuando se incendió, me sentiré enormemente sorprendida.

El drachau se recostó en el respaldo del trono y se frotó una mejilla con aire pensativo.

—¿Y qué diremos de la presencia de los ejecutores, por no hablar de las Novias de Khaine que estuvieron allí?

Urial se encogió de hombros.

—Entraron a través de las Madrigueras y se marcharon por el mismo camino. Sólo se vio entrar en la torre a mis guardias y a los soldados del vaulkhar, y puede decirse, sin faltar a la verdad, que fueron allí para poner fin a las prácticas mágicas de Nagaira.

Tyr asintió con la cabeza mientras una sonrisa astuta aparecía en su rostro.

—Entonces, ésa será la historia que contaremos —declaró—. Sin duda, habrá protestas privadas, pero eso puede arreglarse con tiempo y favores. Sólo nos queda un último asunto.

—¿De qué se trata, temido señor? —preguntó Malus, que tenía sus propios asuntos que tratar, si se presentaba la oportunidad.

La expresión del drachau se tornó fría.

—Si matarte ahora o ejecutarte públicamente como adorador de Slaanesh.

—¿Matarme? El culto fue descubierto gracias a mí...

Malus miró a Urial en busca de apoyo. El antiguo acólito no dijo nada, mientras observaba al drachau con cierta precaución.

Uthlan Tyr sonrió cruelmente.

—Ya conoces la ley, Malus. Cualquier druchii que deguste el fruto prohibido de Slaanesh debe morir. Tú mismo has admitido haberlo hecho, ¿no es así?

—Pero no puedes ejecutarme sin aceptar que el culto estaba aquí, oculto ante tus propias narices —le contestó Malus—. Y entonces, tus aliados pedirán tu piel, temido señor.

Tyr se levantó del trono.

—En ese caso, te mataremos ahora, lejos de miradas indiscretas. —El drachau hizo caso omiso de la mirada asesina de Eldire, y en cambio se volvió a mirar a Lurhan y Urial—. ¿Tenéis alguna objeción al respecto?

Lurhan miró a Eldire, y luego a su señor.

—Mi deber es servirlos —dijo, algo nervioso—. Haz lo que te plazca, temido señor.

El drachau le respondió al señor de la guerra con un asentimiento de cabeza.

—¿Urial?

Urial tenía los duros ojos clavados en Malus. La cólera, el deseo y la frustración guerreaban entre sí en su mirada. Finalmente, se volvió hacia el drachau y negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo. Por el momento, es un agente del templo y está fuera de tu alcance, Uthlan Tyr.

Tyr retrocedió al mismo tiempo que sus ojos se abrían de sorpresa.

—¿Estás loco? ¿No te has pasado todo el invierno pidiendo su sangre a gritos? —El drachau le tendió la espada a Urial—. Toma. Córtale la cabeza tú mismo. ¡Báñate en su sangre corrupta! ¿No es lo que querías?

Urial apretó las mandíbulas, y una sonrisa amarga contorsionó sus labios.

—Lo que hago lo hago por el bien del templo —dijo—. Hay una tarea que tiene que desempeñar para mí. Hasta entonces, nadie lo amenazará mientras yo viva.

El drachau sacudió la cabeza.

—¡Eres un estúpido, Urial! —Bajó la espada—. No soy un oráculo, pero te garantizo que no volverás a tener una oportunidad como ésta. —Tyr le dirigió a Malus una mirada feroz—. Es la segunda vez que escapas de morir por mi mano, Darkblade. Tu suerte no puede durar eternamente.

Malus sonrió al percibir que había llegado su oportunidad.

—Sin duda, estás en lo cierto, temido señor. Así pues, debo aprovechar la ventaja que tengo mientras pueda. Te exijo que me des un poder de hierro.

Uthlan Tyr rió.

—¿Y te doy también mis concubinas y mi torre?

—No, eso no será necesario —replicó Malus con tono sereno y mesurado—. Será suficiente con el poder.

—Basta de impertinencias —gruñó Lurhan, y alzó un puño—. ¡El drachau debe someterse a los deseos del templo, pero yo no!

—No, tú debes tener en cuenta otros juramentos —dijo Eldire—. Y las consecuencias de romperlos serán mucho más terribles.

Lurhan se detuvo en seco al mismo tiempo que palidecía. La alarma de Tyr aumentó al observar el intercambio de palabras. Se volvió a mirar a Malus, sin rastro del humor de antes.

—¿Qué te induce a pensar que le daré un poder semejante a un hombre como tú?

—Lo harás por todas las razones correctas: porque intento servir al Estado en una gran empresa, y obtener honor para ti y para la ciudad —replicó Malus—. Y para

asegurarte mi silencio sobre lo que realmente sucedió dentro de esa torre, por supuesto.

—¿De qué empresa hablas, exactamente? ¿Acaso planeas beberte todo lo que haya en la ciudad y agotar todos los lupanares del barrio de los Corsarios?

Malus sorprendió a Tyr con una vigorosa carcajada.

—¿Me darías un poder para algo así? En ese caso, lo recibiré de buen grado. No, preciso tu autoridad para organizar una expedición. Necesitaré barcos, marineros e incursores experimentados, y tengo poco tiempo.

—¿Con qué propósito?

El noble meditó con cuidado la respuesta.

—Recientemente he descubierto el islote perdido de Morhaur —dijo—, y tengo intención de expulsar a los skinriders de los mares del norte.

Uthlan Tyr negó con la cabeza; su expresión era de incredulidad.

—Eso es imposible. ¿Dónde averiguaste algo así?

—Cómo lo averigüé carece de importancia —dijo Malus—. En cambio, piensa en lo que estoy ofreciéndote. Los skinriders han acosado a nuestros barcos corsarios y han competido con nosotros por el botín. Si lo logro, multiplicaremos por dos nuestras ganancias durante años por venir, por no mencionar que el islote es legendario por los barcos y tesoros que se perdieron en sus costas. Como autor del poder de hierro, no sólo compartirás la gloria, sino también el botín. Las fortunas de nuestra ciudad han sufrido enormemente a causa del largo enfrentamiento con Naggor, y eso podría cambiar en cuestión de pocos meses. Lo único que necesito es el poder.

El drachau comenzó a protestar, pero Malus vio una chispa de interés en sus ojos.

—No tendrías ni una posibilidad. Los skinriders te matarían antes de que llegaras a una milla del islote.

—Para ser un hombre que estaba a punto de hacerme ejecutar, tu repentino interés en mi bienestar resulta algo sorprendente.

El drachau miró a Urial.

—¿Qué dice el templo sobre esta disparatada empresa? ¿No acabas de mencionar que había una tarea que debía llevar a cabo?

Urial suspiró.

—Dale el poder, Uthlan Tyr. No me gusta más que a ti, pero en esto también sirve a los intereses del templo.

La mano del drachau se tensó sobre la espada.

—En ese caso, estoy asediado por todas partes —dijo con silenciosa exasperación—. Muy bien, Malus, tendrás el poder de hierro —añadió—. Espero que te proporcione una recompensa de sangre y fuego.

—De eso tengo pocas dudas, temido señor —replicó Malus con una acerada

expresión de triunfo en el rostro—. Y te juro que, llegado el momento, compartirás los frutos.

# 11. Puertas de los muertos

Estaba perdido.

Ante él había una puerta de madera negra con un tirador de plata en forma de burlona cara de demonio. La abrió y al otro lado vio una sala hexagonal. Del centro de ésta partían cuatro escaleras que ascendían por el aire en cuatro direcciones diferentes.

«Lo mismo, es todo lo mismo, es todo lo mismo...», le resonó su propia voz dentro de la cabeza. Cerró la puerta.

Detrás de él se oyó un rugido. Entonces, sonaba más cerca que antes.

—¿Antes? ¿Cuándo?

El rugido volvió a resonar, ya mucho más cercano. Abrió la puerta de golpe y encontró una escalera que descendía hacia la oscuridad.

Se oyeron pasos, pesados pasos que golpeaban como los latidos de un corazón bestial: «Bum-bum, bum-bum, bum-bum...»

Corrió escaleras abajo para huir del sonido de los pasos.

La escalera describió un giro brusco, se enderezó y luego volvió a girar en el sentido contrario. Atravesó corriendo una arcada... y se encontró bajando por unos escalones colgados en el vacío que descendían hasta la sala hexagonal. Otras tres escaleras ascendían desde la habitación en tres direcciones diferentes.

En una de las paredes había una puerta de madera negra. Cuando llegaba al pie de la escalera, la puerta se estremeció bajo un potente golpe. Un rugido atronó al otro lado de la madera rajada.

Malus despertó con un grito y se sentó de golpe en medio de un enredo de sábanas, al mismo tiempo que manoteaba a oscuras en busca de la espada. Cuando su mano se cerró sobre la empuñadura del arma, que estaba apoyada junto al lecho, se dio cuenta de que había estado soñando y se dejó caer sobre el colchón con un tembloroso suspiro. La herida de la frente le latía al ritmo del acelerado corazón, y las costras del lado derecho de la cara le causaron escozor en la mejilla, que se tensó en una mueca de cansancio.

La pálida luz lunar, de color azul plateado, entraba oblicuamente por los cristales de la ventana del dormitorio. El cielo nocturno estaba claro de un modo antinatural, sin una sola nube. Malus no recordaba la última vez que había visto algo así; la nubosidad siempre era espesa en la Tierra Fría, en especial durante los últimos meses del invierno. Se preguntó si tendría algo que ver con el incendio de la noche anterior, o con la hechicería empleada para apagarlo. Todo parecía extraño, como alterado.

Con un gemido, Malus volvió a incorporarse y se levantó de la cama, tembloroso. Se movía con dificultad porque tenía agujetas en los músculos de la espalda, los hombros y las caderas, que le causaban dolor a cada paso. En verdad, se sentía mejor



que cuando había entrado a tropezones en su torre, después de la entrevista con el drachau. Presa del delirio a causa de la fatiga y la pérdida de sangre, había deambulado por la fortaleza durante más de una hora antes de tropezar, finalmente, contra las negras puertas de roble de la base de su torre. Pensándolo bien, no recordaba cómo había entrado. Una imagen le vino a la mente: había caído hacia el interior cuando una de las puertas se había abierto; también había oído un grito de sorpresa de Silar, pero poco más.

Malus avanzó con paso tambaleante hasta la gran mesa circular que dominaba un rincón del dormitorio. Entre los desordenados montones de objetos había una bandeja con una botella y una copa. Junto a la bandeja descansaba *El tomo de Ak'zhaal*. El noble cogió la botella y le quitó el corcho con los dientes, para luego escupirlo hacia la esquina más cercana. Bebió un largo trago sin apenas saborearlo y abrió el libro al azar.

«... Piedra erigió sobre piedra, alzadas con brujería y demencia, para construir Eradorius una torre que superara el paso de los años...»

Se oyó un golpe suave en la puerta. Malus frunció el entrecejo, pensando otra vez en la espada que había junto al lecho. Se recordó que, al desaparecer Nagaira, la deuda de sangre con el templo había quedado sin efecto, y se obligó a relajarse.

—Adelante —dijo.

La puerta rechinó al abrirse —pocos nobles gustaban de los goznes engrasados en las estancias donde dormían—, y uno de sus guardias entró en el dormitorio. Pasó un momento antes de que Malus reconociera la cara con cicatrices de Hauclir. El antiguo capitán de la guardia de la ciudad tenía unos cuantos cortes más en la cara a causa de la reciente batalla, entre los que había una herida espectacular que corría en diagonal desde la frente, atravesaba la nariz y descendía hasta el mentón.

—¿Tienes por costumbre bloquear con la cara la espada del oponente, Hauclir? —dijo Malus a modo de saludo.

—Si la táctica es lo bastante buena para mi señor y dueño, también es lo bastante buena para mí —replicó Hauclir, inmutable—. Perdona la interrupción, mi señor, pero tu hermano Urial está aquí. Insiste en hablar de inmediato contigo, a pesar de lo indecente de la hora.

—¿Qué hora es?

—La hora del lobo, mi señor.

—Madre de la Noche —maldijo Malus, y bebió otro trago para darse fuerzas—. Ese hombre es realmente un monstruo. Tráeme un ropón y hazlo pasar.

Hauclir recorrió la habitación con una rápida mirada, se encaminó a los pies de la cama y recogió un ropón que yacía en ella, y que luego le lanzó a Malus. El noble dejó que la tela enrollada le rebotara en el pecho y cayera al suelo. Miró ostentosamente la prenda y después levantó los ojos con expresión jocosa hacia el

nuevo guardia.

—Ése ya me lo he puesto.

—Excelente —replicó el antiguo capitán—. Entonces, seguro que te queda bien.

—Ya veo —respondió Malus—. Cualquiera otra noche, haría colgar tu trasero de un gancho para carne, pero ahora mismo estoy demasiado cansado como para tomarme la molestia. Ve a buscar a mi hermano y tráelo aquí.

Hauclir hizo una reverencia.

—De inmediato, mi señor —replicó, y salió silenciosamente. Malus se deslizó el ropón por los hombros, con cuidado de no hacerse daño en los cortes y otras heridas que tenía en lo alto de la espalda y la parte posterior del brazo derecho. Apenas había acabado de cerrar el cinturón, cuando la puerta del dormitorio rechinó al abrirse, y Urial entró a paso lento, seguido por Hauclir. El guardia hizo un torpe intento de anunciar a Urial cuando ya había entrado; luego insinuó una reverencia más torpe aún y desapareció de la vista.

—Tienes los horarios de un murciélago, querido hermano —dijo Malus con un sorbo de vino aún en la boca. Le ofreció la botella a Urial, que la miró con desdén.

—El sueño es para los débiles, hermano —replicó Urial—. El Estado nunca descansa, ni tampoco lo hacen sus verdaderos servidores.

—Hace apenas un momento, yo estaba diciendo algo muy parecido —comentó el noble mientras dejaba cuidadosamente la botella sobre la bandeja—. ¿Qué haces aquí?

Urial miró a su hermano con el ceño fruncido, al mismo tiempo que sacaba un objeto del cinturón. Era una placa de metal oscuro enmarcada en hueso amarillento, de unos treinta centímetros de largo por diez de ancho.

A pesar de toda la fatiga que sentía y de las numerosas heridas menores, el corazón de Malus se saltó un latido al ver el poder de hierro del drachau.

—¿Qué haces con eso?

—De acuerdo con la ley y la costumbre, el drachau presenta el poder en el templo, y luego éste se lo entrega al agente elegido. Lo hacemos así para comprobar que la delegación de poder recae sobre la persona adecuada, y para actuar como garantía de su naturaleza temporal.

Urial sostenía la placa hacia adelante con expresión tensa. Inspiró profundamente y pronunció las palabras indicadas.

—Malus, hijo de Lurhan, el drachau Uthlan Tyr de Hag Graef desea que lleves a cabo una empresa extraordinaria al servicio del Estado, y deposita en ti toda la autoridad y poder similares a su cargo para que puedas cumplir la tarea que se te asigna con honor y diligencia. Te une a su persona con este poder de hierro. Llévalo ante ti y ningún druchii del territorio te cerrará el paso.

De repente, Malus se alegró de haber bebido el vino que lo calentaba por dentro y

le calmaba los nervios. Sin preámbulo, cogió el poder de los rígidos dedos de Urial. Las láminas de hierro eran finas y sorprendentemente ligeras; giraban sobre diminutos goznes aceitados para dejar a la vista el pergamino escrito y los elaborados sellos que quedaban protegidos en el hueco del interior.

—Es más pequeño de lo que había imaginado. ¿Es verdad que si fracasas funden las placas de hierro y te las echan en la garganta?

—Ciertamente, espero que lo sea —murmuró Urial—. Si mis investigaciones son correctas, eres sólo el octavo noble de la historia de la ciudad que recibe uno. —Sacudió la cabeza, incrédulo—. Y lo obtuviste haciéndole chantaje al drachau, nada menos. La idea misma es espantosa.

—¿Mencionan tus investigaciones cómo lo consiguieron los otros? Supongo que habrá sido exactamente del mismo modo —replicó Malus, ausente, mientras inspeccionaba el pergamino con una creciente sensación de asombro. Dentro de los términos del documento, tenía, efectivamente, el poder del propio drachau.

—Como sea, esta autoridad no es extensiva al templo ni a sus agentes —comentó Urial con sutileza—. Dejemos claro esto desde el principio. Ahora, tal vez me explicarás cómo hará esto que Yasmir abandone su extravagante existencia para someterse a los sagrados lazos del templo.

Malus cerró las tapas del poder y evitó fruncir el ceño. Había esperado aplazar esta conversación durante algún tiempo.

—Muy bien —dijo con un suspiro—. Durante años, nuestra hermana ha vivido como una princesa de la perdida Nagarythe, y se ha valido de su belleza y artimañas para beber la sangre de todos los nobles emprendedores de los estamentos más altos de la corte. La rodean de riquezas e influencia que son desmedidas para su posición, cada uno con la esperanza de pedir su mano en matrimonio, pero ninguno de ellos tiene el valor para hacerlo. ¿Y por qué?

—Porque ella es el foco del afecto de nuestro hermano mayor —gruñó Urial al mismo tiempo que su mano sana se cerraba en un puño.

—En efecto, y Bruglir es un hombre muy poderoso, muy celoso y extraordinariamente asesino —continuó Malus—. Libra duelos sólo para comprobar el filo de sus espadas. Cualquier hombre que se le declare a Yasmir debe responder ante Bruglir, y hasta el momento nuestro padre no ha demostrado interés alguno en refrenarlo. —Le dirigió a Urial una mirada curiosa—. Siempre me he preguntado por qué nunca ha alzado su mano contra ti. No es que hayas hecho un secreto del deseo que ella te inspira.

La expresión de Urial se endureció.

—¿No resulta obvio? Porque sabe, sin duda alguna, que no soy una amenaza para él.

El antiguo acólito se volvió bruscamente y cogió la botella de la bandeja. En su

rostro no se manifestó ninguna emoción mientras llenaba la copa con cuidado, pero la amargura de su voz era evidente.

En una ocasión, Yasmir me dijo que se había quejado de mí ante él, y que él se le había reído en la cara. Fue la primera y única vez que le respondió de modo semejante, o al menos eso afirma ella. La tuvo muy enfadada durante un tiempo.

—La cuestión, de todas formas, es que la piedra angular de la existencia de Yasmir es Bruglir. Sin él, ella se volverá... vulnerable.

Urial asintió, pensativo, mientras bebía un desconfiado sorbo de vino.

—Así que tú planeas matarlo.

—Es mejor decir que tengo intención de ponerlo en una posición que muy probablemente acabará con su vida —replicó Malus con cuidado—. No me atrevo a matarlo yo mismo. En primer lugar, no quiero arriesgarme a provocar la cólera de Yasmir si me descubren, y en segundo lugar, no estoy seguro de tener éxito si lo intento. —Malus sonrió—. No, tendrá una muerte gloriosa mientras expulsa a los skinriders de los mares del norte, y entonces Yasmir deberá decidir qué le conviene más.

—Un plan interesante —dijo Urial mientras hacía girar el vino dentro de la copa—. Pero ¿dónde encajo yo en él? Mencionaste que necesitabas un hechicero.

Malus asintió con la cabeza.

—Sí, en efecto. —Señaló *El tomo de Ak'zhaal*—. Si mis investigaciones son correctas, el islote de Morhaut está protegido por poderosos encantamientos. Necesitaré un hechicero de gran habilidad para pasar a través de ellos con el fin de que podamos llegar al islote.

Urial miró el libro con expresión interrogativa, como si reparara en él por primera vez.

—Nunca en la vida habría imaginado algo parecido.

—¿Qué? ¿Que yo necesitara tu ayuda?

—No, que fueras capaz de leer. —Urial avanzó un paso, dejó la copa y volvió delicadamente las páginas con la mano enguantada—. ¿Así que es cierto que tienes intención de luchar contra los skinriders?

Malus se encogió de hombros.

—Sólo hasta donde tenga que hacerlo. Lo que realmente busco se encuentra dentro de la torre del islote, un refugio construido por un brujo llamado Eradorius durante la Primera Guerra.

—¿La Primera Guerra? ¡Eso fue hace miles de años! ¿Qué te hace pensar que ese sitio aún existe?

El noble tardó un momento en responder.

—Llámalo intuición —dijo—. En los Desiertos vi cosas que eran aún más antiguas que la legendaria torre de Eradorius, por lo que sé que es posible, al menos.

Urial alzó la mirada del libro y sus ojos color latón se clavaron en los de Malus.

—¿Tiene esto algo que ver con el cráneo que te llevaste de mi torre?

Malus le sostuvo la mirada con firmeza.

—Fue Nagaira quien sugirió que te robáramos ese cráneo. Sospecho que era algo que estaba relacionado con los planes que ella tenía para el culto.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Es la única respuesta que vas a obtener —replicó Malus sin más—. ¿Acaso importa mientras al final Yasmir sea tuya?

Urial miró una última vez las amarillentas páginas del libro, y luego lo cerró lenta y deliberadamente.

—No, supongo que no.

El noble, en secreto, suspiró, aliviado.

—Excelente. Ahora sólo resta que los tres nos preparemos para viajar hasta Ciar Karond dentro de las próximas semanas. Quiero estar allí en el momento en que Bruglir y su flota arriben para cargar provisiones. Con un poco de suerte, podré usar el poder para acelerar las cosas y partir hacia el norte en un mes.

—¿Los tres? —preguntó Urial.

—Necesitamos que Yasmir nos acompañe en el viaje —replicó Malus—. Aunque tenga un poder del drachau, ni tú ni yo somos muy apreciados por nuestro hermano, y nos encontraremos a centenares de leguas de la civilización y rodeados por el ejército de degolladores de Bruglir. Tengo intención de usar a Yasmir para mantenerlo controlado.

—¡Ah, ya veo! ¿Y quién controlará a Yasmir?

El noble rió entre dientes.

—Lo haré yo, por supuesto. —«Y tú serás la espada que haré pender sobre ella», pensó Malus.

Urial asintió con aire pensativo mientras repasaba con los dedos las runas que había en la cubierta del libro.

—Es un plan interesante, hermano, pero me preocupan los retrasos. Hay muchas cosas que pueden torcerse en un mes.

Incluso el drachau podría impacientarse y rescindir el poder, si así lo deseara.

Malus abrió las manos ante sí.

—No puedo hacer que los vientos soplen más de prisa, hermano. Pienso que Bruglir ni siquiera ha comenzado aún el viaje de regreso. Los estrechos que rodean Karond Kar continuarán congelados durante al menos un par de semanas más.

Urial le dedicó a Malus una sonrisa gélida.

—Perdona mi ignorancia. A diferencia del resto de vosotros, nunca se me permitió realizar una incursión propia. Nuestro padre no quiso arriesgarse al bochorno de no poder contratar una tripulación para que se hiciera a la mar bajo el

mando de un tullido. Sin embargo —añadió al mismo tiempo que la sonrisa adquiría una expresión conspiradora—, ¿qué te parecería si te dijera que podemos ir a ver a Bruglir ahora mismo, encontrarnos con él mientras sus naves aún están en el mar, y comenzar de inmediato la expedición?

Malus entrecerró los ojos.

—¿Así que la magia es una herejía sólo cuando la practica alguien externo al templo?

—No intentes confundir los bajos rituales de los adoradores con las bendiciones del Señor del Asesinato —gruñó Urial.

Lo primero que el instinto le dijo a Malus fue que rechazara la oferta. No le gustaba la idea de que lo situaran en medio de la flota de Bruglir sin aviso ni preparación, sin tiempo para sondear a los miembros de la tripulación del hermano y poner también a prueba su lealtad con algunas monedas de oro. Por otro lado, el tiempo era el lujo que más precisaba, pero que menos podía malgastar. «Necesito hasta el último día que pueda ganar», pensó con tristeza. Entonces, su corazón se saltó un latido cuando, de repente, se dio cuenta de una cosa. «¿Acaso lo sabe? Tuvo el cráneo de Ehrenlish en su poder durante muchos meses. ¿Sabe de la existencia de Tz'arkan y las cinco reliquias? ¿Sospecha qué busco?»

—¿Importa eso? —preguntó Tz'arkan—. ¿Acaso cambia el hecho de que tienes que llegar hasta la isla para recuperar el ídolo, y que necesitas de su brujería para conseguirlo?

—No —murmuró Malus casi para sí—. No, por supuesto que no.

Urial asintió con brusquedad.

—En ese caso, dale la noticia a Yasmir y prepárate para el viaje. Tú y ella podéis llevar a un miembro de vuestra guardia, si queréis; un número mayor entrañaría un peligro demasiado grande para arriesgarse.

—¿Qué? —Malus despertó de la ensoñación con un sobresalto—. Quiero decir... sí, por supuesto. ¿Cuándo estarás a punto?

—Podemos partir al anoecer de hoy —replicó Urial, casi entusiasmado ante la perspectiva—. La luna y las mareas serán propicias. Acudid a mi torre al anoecer, justo antes de que comience a subir la niebla, y nos pondremos en marcha.

Antes de que Malus pudiera pensar una respuesta, Urial giró sobre los talones y salió cojeando de la habitación, mientras el noble se preguntaba en qué se había metido exactamente.

Cogió el poder y estudió las cubiertas de hierro, mientras sacudía la cabeza con tristeza. Efectivamente, se trataba de un poder absoluto.

\* \* \*

La figura era de menos de treinta centímetros de alto, tallada en una única pieza

de obsidiana, y representaba a una sacerdotisa del templo que bebía los sesos del cráneo de un enemigo derrotado. Tenía más de cien años; había sido tallada por el infame artista Luclayr antes de su espectacular suicidio. De un valor que fácilmente superaba el rescate de un noble, la figurilla zumbó agudamente al surcar el aire a toda velocidad, y estalló en esquirlas afdadas como navajas a pocos centímetros de la cabeza de Malus. El noble se agachó de forma instintiva, e hizo una mueca cuando le cayó encima la lluvia de afiladas esquirlas.

—¿Un viaje por mar? ¿Con él?

Los ojos violeta de Yasmir relumbraban de odio. Atravesó con paso majestuoso las sombras del otro extremo de su dormitorio, arrastrando la túnica de seda medio abierta como la mortaja de un espectro. Su piel era luminosa allá donde la tocaba la luz diurna; era una belleza druchii clásica, más atracciva cuando se enfadaba. Incluso Malus tuvo que admitir que era pasmosamente bella, pero mientras se arrancaba esquirlas negras de la mejilla, también reflexionó que cuanto más adorable se ponía ella, más atención tenía que dedicar él a la tarea de conservar la vida.

—El acuerdo que teníamos no era éste —siseó Yasmir. Otro objeto, una copa de vino, chocó contra la pared con un tañido hueco, cerca del noble—. Me pediste ayuda para convencer a Bruglir de que apoyara tu expedición. Nada más. ¡A cambio, prometiste matar a Urial, no ponernos a merced de su magia sanguinaria!

—Los planes cambian, querida hermana —replicó Malus mientras se disponía a esquivar otro proyectil—. El drachau se interesó mucho por mi plan, y me otorgó apoyo ilimitado, como ya has visto —dijo, y señaló el poder que yacía, abierto, sobre una mesa pequeña situada cerca del centro de la estancia—. Con el poder en mano, pude ordenarle a Urial que nos transportara directamente hasta el barco de Bruglir, en lugar de esperar varias semanas hasta que la flota arribara a puerto. Esto es de vital importancia, Yasmir, y por tanto, debo insistir, lamentablemente, en que me acompañes.

—¡Insistir!

La palabra fue un chillido siseado. Una salva de zapatos voló al otro lado de la habitación, seguida de otra escultura pequeña que surcó el aire demasiado aprisa como para identificarla antes de que se hiciera pedazos contra el peto de Malus. El resto de la furiosa réplica de ella se descargó en un inarticulado grito de frustración; había leído el documento con sumo cuidado, y sabía que no tenía ningún poder real para resistirse a la petición.

Malus observó con considerable interés la pataleta de Yasmir, mientras se preguntaba cuándo había sido la última ocasión en que le habían ordenado algo. Había ido a verla en un momento anterior del día, pero los esclavos le habían dicho que se encontraba indispuesta. Con el paso de las horas, la mañana se transformó en mediodía y luego en bien entrada la tarde, y tras ser rechazado por tercera vez, Malus

había enseñado el poder y había apartado a empujones de su camino a los atemorizados esclavos. Los guardias se habían lanzado hacia él como abejas de cadáver, pero, por una vez, les había resultado útil la educación de nobles, ya que una sola mirada a la placa de hierro había bastado para detenerlos en seco. Así que Malus había irrumpido en el dormitorio de Yasmir justo por detrás de una nube de esclavos tartamudeantes, y había hecho huir en desbandada a los ricos y poderosos compañeros de alcoba de Yasmir en busca de sus ropones.

Al principio, ella había reaccionado ante la intromisión con la misma calma lánguida que había exhibido en la plaza, pero sólo hasta que vio el poder. Entonces, la compostura cedió paso al enojo. «Se ha acostumbrado demasiado a ocupar una posición de control —pensó Malus—. Si se la arrebatas, se vuelve temerosa. Y peligrosa», se recordó a sí mismo.

—Nuestro trato continúa en pie, querida hermana. Sólo han cambiado las circunstancias —dijo, intentando hablar con tono conciliador—. Aún necesito tu ayuda para lograr la cooperación de Bruglir, y preciso a Urial para atravesar las defensas mágicas que rodean la isla. Una vez que lo hayamos logrado, podremos deshacernos de él a nuestro antojo. En el entretanto, podrás disfrutar de la compañía de tu amado Bruglir durante varias semanas más de lo que podrías hacerlo normalmente. ¿No has deseado siempre navegar con él en sus largas incursiones marinas, participar en las sangrientas batallas y escoger las más selectas chucherías del tesoro, como correspondería a una reina corsaria?

Yasmir se detuvo.

—Hay algo de verdad en lo que dices, supongo. Además, contaré con Bruglir y su tripulación para que mantengan a ese gusano de templo apartado de mí. —Malus oyó que inspiraba profundamente y luego avanzaba otra vez hasta la luz, mientras se componía el ropón en torno al grácil cuerpo—. Muy bien —dijo, intentando recuperar una pequeña dosis de la compostura anterior—. ¿Sólo un acompañante, has dicho? ¿Y debemos partir en...?

Malus estudió la luz exterior.

—En apenas unas pocas horas, hermana; justo antes de que llegue la niebla. Intenté decírtelo más temprano, pero...

—Sí, sí, ya lo sé. —Se irguió en toda su regia estatura—. Estaré lista a la hora señalada. Que no se diga que no cumplo los acuerdos al pie de la letra, Malus. Asegúrate de hacer lo mismo. —Yasmir recogió la placa de hierro de encima de la mesa y se la tendió—. Este poder no contará para mucho a cien leguas del Hag. En los mares, la única ley será nuestro querido hermano, el capitán del mar. —Los labios carnosos temblaron en una sonrisa cruel—. Decepcióname, y podría ser tu cabeza la que rodara por la cubierta, en lugar de la de Urial.

Malus cogió la placa que le tendía.



—No esperaba nada menos que eso —replicó.

\* \* \*

—¿Por qué yo? ¿Por qué no Silar Sangre de Espinas o Arleth Vann?

Hauclir alzó los ojos hacia la ominosa mole de la torre de Urial, desde el desnudo patio que había ante las puertas rodeadas por bandas de hierro. El antiguo capitán de la guardia de la ciudad tenía una ligera tonalidad verdosa a la luz del anochecer; como casi todos los demás de Hag Graef, había oído leyendas sobre la temible torre del Rechazado. Malus lo miró con expresión algo divertida, y se preguntó qué diría el hombre si él le dijera que todas esas historias eran ciertas.

—Porque Silar dirige mi casa y aún está en el proceso de reconstruirla, y Arleth Vann no tiene buenas relaciones con los miembros del templo —replicó el noble—. Tú, por otra parte...

—Soy prescindible —concluyó Hauclir con expresión ceñuda.

El guardia llevaba la armadura completa sobre el kheitan y el ropón, y junto a su cadera pendía una sola espada. En un zurrón grande que le colgaba de un hombro, llevaba ropa y provisiones, tanto para sí mismo como para su señor.

Malus le dio una palmada en la espalda.

—Vamos, Hauclir, que no es así. Todos mis guardias son prescindibles. Lo único que sucede es que, en este momento, eres más prescindible que los otros.

—Y pensar que esto me lo busqué yo mismo... —refunfuñó Hauclir mientras acomodaba mejor el zurrón.

—En efecto, así es —asintió Malus—. Delicioso, ¿no es cierto?

Justo en ese instante, Malus vio que un grupo de druchii entraban en el patio desde el lado contrario. Yasmir caminaba en medio de un puñado de acongojados guardias, de los cuales varios llevaban globos de luz bruja en el extremo de largas pértigas para iluminar el camino. Una esclava avanzaba varios pasos por detrás del grupo, casi doblada en dos por el peso del enorme bulto que cargaba sobre los hombros.

Malus hizo una reverencia cuando se acercaron.

—Bien hallada, hermana. ¿Estás ansiosa por reunirse con nuestro noble hermano?

Malus saboreó las expresiones heridas del cortejo de Yasmir cuando ella asintió con la cabeza.

—En efecto, así es. Es la única parte de este maldito viaje con la que espero disfrutar algo.

Yasmir iba toda vestida de negro, con finos ropones de lana y una larga cota de buena malla negra que le cubría los brazos y bajaba hasta justo por encima de las rodillas. Un ancho cinturón de piel de nauglir le rodeaba la estrecha cintura, y de él pendían dos largas dagas, una a cada lado de la cadera. Aunque la niebla aún no había

comenzado, llevaba un *caedlin*. A diferencia de muchos nobles que se cubrían el rostro con máscaras nocturnas con forma de monstruos o demonios, la de Yasmir era un inquietante espejo de su propio semblante, casi como una máscara mortuoria. Malus imaginó la conmoción que debían sufrir los desconocidos al ver aquella etérea máscara, que luego se retiraba para dejar a la vista la asombrosa realidad de debajo.

—En ese caso, envía a tus sabuesos de regreso, querida Yasmir. Las lunas se han alzado, y Urial espera.

Para mérito suyo, Yasmir no puso en escena ninguna despedida melodramática; se limitó a llamar a la esclava con un gesto, y se alejó de los nobles sin pronunciar una sola palabra. Mientras conducía a Yasmir hacia las altas puertas de la torre, Malus percibió el odio de los guardias a través de las miradas que le clavaban en la nuca. Cuando alzó un puño para golpear la envejecida madera, el portal se abrió en silencio y por él salió un resplandor rojo que bañó el empedrado exterior.

Uno de los guardias de Urial, con el rostro cubierto por la máscara de calavera, le hizo un gesto al noble para que él y sus acompañantes entraran. Malus atravesó la puerta con cierta agitación. No pudo evitar experimentar un escalofrío al ver las filas de máscaras de plata alineadas contra los muros de la sala circular, demasiado conocedor de los seres malevolentes que observaban desde detrás de esas máscaras sin ojos.

Urial aguardaba en el centro de la estancia, de pie ante un gran caldero de latón lleno de sangre hasta el borde. Detrás del caldero se alzaba lo que parecía ser el marco de un espejo muy alto, de latón labrado. Le faltaba el cristal del interior, y Malus vio que habían colocado una pequeña escalera ante el óvalo de latón vacío. Media docena de guardias de Urial se encontraban situados a una distancia discreta de su señor, junto con un grupo de acólitos ataviados con ropón que tenían la cabeza inclinada, sumidos en estado de concentración. Malus oyó que salmodiaban en un idioma que le erizaba el pelo.

—Llegáis en el momento oportuno —declaró Urial—. La luna está correctamente alineada. De todos modos, una vez que se abra la puerta tendréis que moveros con rapidez; dispondremos de poco tiempo. —Dicho esto, se volvió hacia el caldero y desplegó los brazos.

Una salmodia sonora manó por los labios de Urial, y los acólitos cercanos la repitieron como un eco. Yasmir miró a Malus; el noble se encogió de hombros y avanzó hacia el caldero.

Dentro del recipiente de latón, la sangre comenzaba a agitarse como movida desde el interior por manos invisibles. De la superficie ascendía vapor que formaba una niebla rojiza ante el marco de espejo. La salmodia aumentó de volumen, y Malus vio que gruesos jirones de vapor comenzaban a enroscarse como el embudo de un remolino y a extenderse inexorablemente hacia el marco de latón vacío.

La niebla llegó al espacio del interior del óvalo metálico y se aplanó como si chocara contra un plano invisible que estuviera suspendido allí. Sobre este plano se extendió sangre en ondas concéntricas, que rielaban de energía sobrenatural, hasta que llegaron al borde del marco y rebotaron para volver hacia el centro. Malus empezó a oír un débil sonido aullante que procedía del rojo espejo; ¿serían las almas de los condenados? «No», comprendió. Era el viento de alta mar, frío y libre.

De repente, el embudo desapareció. El caldero estaba vacío y una película rojo brillante, como una burbuja que se formara en un charco de sangre, destellaba y se estremecía dentro del marco.

—De prisa, ahora —dijo Urial con voz tensa—. ¡Atravesadlo! No durará más que un instante.

Una vez más, Yasmir miró a Malus; se había quitado la máscara, y él vio el miedo que había en lo más profundo de los ojos de la hermana. Le dedicó una sonrisa burlona y avanzó con paso ligero hasta el marco, al mismo tiempo que rechinaba los dientes para reprimir la palpable inquietud que lo invadía. Al estar tan cerca del portal, Malus oyó otros sonidos por encima del viento: crujidos de madera y cuerdas, y el rechinar del casco de un barco que surcaba las olas. Dudó tan sólo durante un momento, y luego, con una profunda inspiración, entró en el remolino de sangre.

## 12. Los cuervos marinos

Por espacio de un latido de corazón, pareció que Malus flotaba sobre un lugar imposiblemente vasto, poblado por un aullante viento y la presencia de una multitud de fantasmas coléricos que pasaban raudos ante él. Luego, lo bañó una ola gélida, como un torrente de agua helada, y cayó.

No sintió el roce del aire contra el cuerpo, sólo una sensación de vacío en las entrañas mientras se precipitaba a través de la oscuridad. Cuanto más caía, mayor era su velocidad, hasta que le pareció que estaba haciéndose pedazos desde dentro, deshaciéndose como una madeja de músculo, piel y venas que rodara. Malus concentró su terrible voluntad para no gritar. Después, sin previo aviso, uno de sus pies tocó madera sólida y un brusco manotazo de frío aire marino le golpeó la cara mientras daba traspies por la inclinada cubierta de una nave druchii que surcaba las aguas.

Una oscuridad malsana continuaba adherida a los ojos de Malus, que daba tumbos, a ciegas, por la cubierta. Parpadeaba furiosamente para intentar ver qué había al otro lado de la viscosa negrura. Las imágenes iban y venían por su campo visual; eran curiosas imágenes dobles que mostraban dos, e incluso tres, versiones diferentes de la escena que lo rodeaba.

Vio la oscura cubierta de madera pulimentada del barco brillar a la primera luz de la luna; luego, la imagen se volvió borrosa y vio el palo mayor partido y las tablas manchadas de sangre y sembradas de restos de una batalla a pleno día. Parpadeó y sacudió ferozmente la cabeza, y cuando volvió a abrir los ojos había siluetas con ropones negros que corrían por la cubierta con acero desnudo en las manos. Las siluetas se volvieron borrosas, se tornaron ensangrentadas y desgarradas, y a continuación cobraron de nuevo resolución.

El noble apretó las mandíbulas con el fin de reprimir una sarta de maldiciones y cerró los ojos para concentrarse en lograr el equilibrio del cuerpo sobre el barco que se mecía con violencia. «¿Qué brujería es ésta? —pensó—. ¿Acaso la *hushalta* me ha deformado para siempre el cuerpo y la mente, o se trata de algo por completo diferente?»

—Cualquier cosa que sea —susurró para sí — se acaba aquí y ahora.

Las palabras despertaron al demonio y provocaron en él una risa lenta.

—¿Aquí y ahora? No existe nada parecido, pequeño druchii. Si no puedes entender eso, estás perdido de verdad.

Antes de que Malus pudiera replicar, unos pesados pasos de botas sobre la cubierta de madera le recordaron que había cuestiones más inmediatas. El noble abrió los ojos y vio a una veintena de corsarios druchii armados con espadas, podaderas y hachas, que corrían hacia él. Llevaban la cara cubierta por gruesas bufandas que

tenían el borde escarchado, pero la cólera y la alarma de sus oscuros ojos era inconfundible. El noble alzó las manos para presentar las palmas vacías, y entonces, al ver que continuaban corriendo en su dirección, se dio cuenta de que no tenían la más mínima intención de hablar con él.

La primera reacción instintiva del noble fue intentar desenvainar las espadas, pero sabía que hacerlo sólo confirmaría las peores sospechas de la tripulación. Su mente desorientada intentaba pensar a toda velocidad para hallar una reacción adecuada, pero antes de que pudiera hablar, el aire crepitó de electricidad y un cuerpo cayó sobre la cubierta, detrás de Malus. Los marineros retrocedieron y, al volverse, Malus vio a Hauclir, con una rodilla en tierra, ante una niebla roja de forma ovalada que aumentaba y disminuía en intensidad a unos treinta centímetros por encima de la cubierta. El guardia contemplaba el entorno con los ojos desorbitados y la cara transformada en una máscara de terror puro.

—¿Qué clase de locura es ésta? —dijo uno de los marineros, cuyos ojos desconfiados iban de Malus a Hauclir, y de vuelta.

En el aire volvió a restallar un rayo invisible, y los corsarios retrocedieron otro paso. El marinero miró con rapidez a los hombres que tenía a ambos lados.

—¡Manteneos firmes, pájaros negros! —ordenó con voz áspera, y los corsarios recobraron una parte de la resolución anterior.

Yasmir y la esclava fueron las siguientes en llegar. La noble dio un ligero traspie bajo el peso del hechizo de Urial, pero con una maldición terrible disipó los extraños efectos y se irguió imperiosamente ante los marineros boquiabiertos. La esclava, una humana pálida con cabello rojo brillante y ojos de vivido azul, dio un paso y se desplomó sobre la cubierta, presa de convulsiones incontrolables.

—Soy Yasmir, hija de Lurhan, el vaulkhar de Hag Graef —declaró la mujer druchii con enojo, como si el grupo de corsarios armados que le hacían frente fueran más un insulto que una amenaza mortal—, y deseo ver a mi hermano de inmediato.

El jefe de los corsarios avanzó con la soltura de un marinero veterano por la cubierta en movimiento.

—El capitán no tiene ningún interés en verte —dijo con una áspera carcajada—. Yo estoy de guardia mientras él está bajo cubierta, así que hablarás conmigo, bruja marina, y haré que los muchachos te despidan con besos de acero.

Yasmir se irguió, con la cara iluminada por la cólera, al mismo tiempo que sus manos bajaban hacia las largas dagas que le pendían del cinturón. Malus avanzó un paso y sacó la placa del cinturón.

—¡Yo soy Malus, hijo de Lurhan, el vaulkhar, y soy portador de un poder de hierro que os obliga a servirme en nombre del drachau de Hag Graef! ¡Guardad las armas, o vuestras vidas estarán condenadas!

El marinero de voz ronca se volvió contra Malus.

—Estás a seis semanas de navegación del puerto de Ciar Karond, y la única ley que rige en esta cubierta es la del capitán.

A pesar de la fanfarronería, los ojos del marinero se abrían más a cada momento que pasaba, mientras se esforzaba por entender qué sucedía. Malus sabía que, con toda facilidad, el hombre podría ceder a la creciente inquietud que sentía, y ordenarles a sus hombres que atacaran si no sucedía nada que lo hiciera cambiar de parecer.

Fue entonces cuando el aire se estremeció con un espantoso sonido de desgarró, como si un gigante fuera partido por la mitad, seguido de un restallar de trueno que hizo tambalear a todos los que estaban sobre la cubierta. Se produjo un brillante destello de luz roja en el lugar que había ocupado la rielante niebla encarnada, y aparecieron Urial y seis de sus guardias formados en apretado círculo sobre la cubierta inclinada. Si el antiguo acólito y sus hombres de cara de calavera experimentaban alguna angustia a causa de los efectos del hechizo, no lo demostraron lo más mínimo.

Varios de los marineros cayeron de rodillas, aturridos por el sonoro estallido. Malus se esforzó por mantener una expresión neutral, aunque su mente era un torbellino. Había seis hombres, todos ellos guerreros mortíferos. ¡Urial le había mentido!

Sin embargo, no era momento para recriminaciones. Malus dominó el enojo y se movió con rapidez para aprovechar la reacción de pasmo de los marineros. Corrió al lado del oficial corsario mientras le hablaba con voz grave e insistente.

—Hemos recorrido una larga distancia en un período de tiempo desagradablemente corto por una importante misión de Estado —dijo—. Si niegas el poder que tiene este documento por encima de la ley del capitán, le corresponde al capitán decidir qué hacer con nosotros, no a ti. —Malus hizo un gesto terminante hacia los aturridos corsarios—. Envía a estos cuervos marinos de vuelta a sus ramas, y llama a tu capitán. Créeme si te digo que hablará con nosotros de inmediato en cuanto sepa quién ha subido a bordo.

Durante un momento, nadie dijo nada mientras los marineros se levantaban de la cubierta y el oficial luchaba con la decisión que habían puesto ante él. Lo único que se oía era el viento frío que silbaba entre los aparejos, y el crujido de los mástiles de los que pendía un mínimo velamen debido a la violenta tempestad. Las dos lunas hendían como ballenas las nubes plateadas que corrían en lo alto, y pintaban el barco con luz de plata.

El corsario logró salir de la espantosa ensoñación y les hizo un gesto seco a sus hombres para que retrocedieran. Se volvió a mirar a Malus.

—No puede molestarse al capitán —dijo con voz algo temblorosa—. Está bajo cubierta con su amante del mar.

La esclava de Yasmir lanzó un trágico grito, y luego guardó silencio. Malus se volvió hacia su hermana, que se hallaba de pie junto a la humana con una bota apoyada de través sobre la garganta de la esclava. La mujer manoteaba débilmente la pierna de su ama, mientras se debatía para intentar respirar. La expresión de Yasmir era algo hermoso y terrible de contemplar.

—¿Qué has dicho, pájaro marino? —preguntó Yasmir con voz fría y acerada.

Los ojos del oficial se abrieron aún más y dejó caer los hombros como si por primera vez se diera cuenta de con quién estaba hablando.

—¡Que me lleven los Dragones de las Profundidades! —maldijo en voz baja para sí mismo..., o habida cuenta de a quién tenía delante, fue más bien una plegaria—. Yo... quería decir que está abajo con el primer oficial, temida señora —le dijo a Yasmir—. Concentrados en sus planes, probablemente; cartografiando el rumbo de la próxima semana.

—¿Dónde? —exigió saber Yasmir.

Los pequeños puños blancos le golpeaban desesperadamente la parte inferior de la pierna. La esclava tenía la cara púrpura brillante y los ojos salidos de las órbitas.

—En..., en el camarote del capitán, temida señora —replicó el oficial con voz átona—. Pero cuando está en su camarote, la tripulación no debe molestarlo...

—Salvo su primer oficial, evidentemente —lo interrumpió Yasmir con tono venenoso—. Por fortuna, no formamos parte de la tripulación de Bruglir, sino que somos sus amados parientes.

La noble retiró con brusquedad el pie de la garganta de la esclava. La humana rodó de lado, entre arcadas y jadeos. Rápida como una víbora, Yasmir sacó una de las largas dagas de la vaina y cogió a la esclava por el pelo. Tras un solo gesto grácil y el sonido de una navaja cuando corta carne, la frente de la esclava se estrelló contra la cubierta. La sangre manó de la garganta rebanada de la humana y formó un charco que se expandió con rapidez.

Yasmir se irguió, mientras el ensangrentado cuchillo le manchaba la mitad inferior de los ropones con gotas rojas.

—Llévame ante mi amado hermano —dijo con una sonrisa terrible—. Cualesquiera que sean los planes del capitán, os aseguro que están a punto de cambiar.

En tanto la procesión recorría con rapidez el pasillo central del barco de Bruglir, Malus dispuso de un momento para reflexionar acerca de que ésa era la segunda vez, en menos de un día, que irrumpía en la alcoba de un poderoso y mortífero noble druchii. Parecía una manera extraña de conducir asuntos de Estado, pero tenía que admitir que era algo que abría interesantes posibilidades para su propio futuro.

Aunque las mujeres marchaban a la guerra junto con los hombres, de ellas se esperaba que abandonaran las armas en tiempos de paz y se dedicaran a otros

intereses más apropiados para su sexo, como dirigir la casa o hallar formas de asesinar a los enemigos de su marido. Las notables excepciones a esta regla eran las sacerdotisas del templo y las corsarias de los barcos druchii de negro casco. La llamada del mar era algo sagrado para la mayoría de los druchii. Consideraban las negras aguas con reverencia y miedo a partes iguales, porque había sido el mar embravecido el que había ahogado su ancestral hogar de Nagarythe, en tiempos remotos, y por tanto, era el único nexo que los unía con las glorias del pasado. Dado que el océano se había apropiado de la legítima heredad de los druchii, éstos se apoderaban del mar y surcaban las olas para recoger los botines y la gloria que mantenían con vida a su pueblo. Aunque los druchii les exigían a sus mujeres que abandonaran las armas en los tiempos de odiosa paz, nunca les pedirían que renunciaran al mar.

A Malus no se le había ocurrido jamás que Bruglir tuviera una amante del mar. Sabía que muchos capitanes las tenían, pero siempre había dado por supuesto que Bruglir era tan devoto de Yasmir como ella de él. De modo súbito, su enredada telaraña de engaños adquiriría una dimensión completamente diferente, y su mente trabajaba a toda velocidad para considerar las numerosas posibilidades que se abrían ante él.

El oficial pirata encabezaba la marcha y avanzaba con los pasos reacios de un condenado; Yasmir se erguía por encima de él como un nubarrón de tormenta. Malus los seguía de cerca, y Urial iba en la retaguardia. No había dejado de mirar fijamente a Yasmir desde que ella había degollado a la enloquecida esclava, y la expresión del rostro de Urial era del más arrebatado deseo. El espectáculo era patético y profundamente inquietante al mismo tiempo.

Ante la puerta del capitán no había guardias; en el caso de alguien como Bruglir, no necesitar que lo protegieran de las dagas durante la noche constituía una demostración de poder. Al mirar la ensangrentada daga que Yasmir aún tenía en la mano, Malus se preguntó si esa política podría cambiar en un futuro muy próximo.

El oficial druchii se detuvo ante la puerta, donde cobró valor y se preparó para llamar, pero Yasmir posó una mano en un lado de la cabeza del marinero y lo apartó con una asombrosa demostración de fuerza física. Por un momento, Malus pensó que iba a darle una patada a la puerta de fino panel, pero hizo girar el tirador con elegante rapidez y se quedó de pie en la entrada como una de las extáticas Novias de Khaine, con los brazos abiertos y el ensangrentado cuchillo en alto.

—Hola, amado hermano —dijo Yasmir con voz calma y seductora—. ¿Me has echado de menos?

Las dependencias del capitán estaban a oscuras, iluminadas sólo por cuadrados de luz lunar que aumentaba y disminuía según el capricho de las nubes. Dos figuras se abrazaban sobre el amplio lecho, con los cuerpos desnudos bañados por el fulgor de



plata. Al oír la voz de Yasmir, ambas se separaron de inmediato, una con una maldición de sobresalto y la otra con un lamento como de un tigre lustriano escaldado. Se oyó un raspar de acero, y una mujer avanzó hasta la luz lunar, desnuda como la espada que llevaba en la mano. Era delgada y firme como la cuerda de un azote; la pálida piel tenía un tono blanco oscurecido por los interminables días pasados en el mar. Su cuerpo estaba hecho de duros músculos y tejido cicatricial, una canosa veterana que se había llevado su parte de desesperadas batallas y derramamiento de sangre. La primera oficial de Bruglir tenía una cara bellísima, aunque severa, pero la afeaba una larga cicatriz que partía de encima de la sien izquierda y descendía hasta el labio superior. El tajo de espada le había cegado el ojo izquierdo y el labio se había encogido hacia arriba en una feroz mueca permanente. Su único ojo sano era negro como la brea y brillaba de furia.

—¡Márchate, *jhindard*! —ordenó la corsaria al mismo tiempo que esgrimía la espada. Se trataba de una arma pesada, de hoja corta, ancha y de un solo filo como una cuchilla, y estaba mellada debido al uso frecuente—. ¡Intenta matarlo y te dejaré retorciéndote sobre tus propias tripas!

Yasmir rió con elegancia y levedad.

—¿Quién es la bruja y quién la salvadora, perra llena de cicatrices?

La noble desenvainó la segunda daga y pareció flotar hacia la corsaria con la expresión desalmada y atenta de un halcón que se lanza sobre la presa.

—¡Danza conmigo y veremos a quién favorece más el Señor del Asesinato!

—¡Deteneos! —rugió una voz que paralizó a ambas mujeres.

Una figura alta y de constitución poderosa se situó de un salto entre ellas. Bruglir tenía la estatura de su padre —media cabeza más alto que Yasmir—, y una estructura de hombros inusualmente ancha, lo que aumentaba su imponente estatura. El señor corsario se parecía mucho al vaulkhar cuando era joven, con una frente bien cincelada y nariz aguileña que le confería una aura feroz incluso cuando el rostro estaba en reposo. Un largo bigote negro le colgaba hasta el ahusado mentón e incrementaba la ferocidad que ya poseía el semblante.

—Ella es mía, Yasmir; forma parte de mi tripulación por juramento y por sangre, y no puedes matarla.

Yasmir miró a su amado con aterradora intensidad.

—Ella es tuya, pero ¿no eres tú mío, amado hermano? ¿No es ésa la promesa que me hiciste, el juramento que renuevas una y otra vez cuando regresas al Hag? —Su voz aumentó en timbre e intensidad como un viento huracanado—. Y si esta..., esta desgraciada deforme es tuya, entonces, por derecho, es también mía, y puedo hacer lo que me plazca, ¿o no es así? —Se inclinó más hacia Bruglir, casi rozándole los labios con los suyos, mientras los cuchillos temblaban en sus manos—. Respóndeme —susurró—. ¡Respóndeme!

La habitación estaba a punto de convertirse en un baño de sangre. Era un tipo particular de tensión que Malus casi podía saborear, como el aire cargado que precede a una tormenta repentina. Pensando con rapidez, el noble entró en el camarote y esgrimió la placa.

—De hecho, por ahora todos me pertenecéis a mí —declaró con voz sonora—. Y hasta que llegue el momento en que deje de necesitaros, detendréis vuestra mano o responderéis ante el drachau y ante nuestro padre cuando regresemos al Hag.

Bruglir se volvió al oír la voz de Malus, y en su ceño se ahondó el fruncimiento natural al verlos a él y a su hermano Urial.

—¿Qué es esto, Darkblade y el gusano del templo emporcando ambos la cubierta de mi barco? —Le dirigió una mirada colérica a Yasmir—. ¿Los has traído tú?

—No, hermano —respondió Malus—. Más bien lo contrario. Pensé que te alegrarías de ver a tu amada hermana, pero da la impresión de que me equivocaba. —Miró a Yasmir con atención—. Una mujer druchii puede tener tantos amantes como le plazca, pero cuando un hombre druchii se compromete, se espera de él que sea fiel, como muestra de su fortaleza. Honradamente, hermano, esperaba algo más de ti.

La expresión de Bruglir se tornó incrédula, y luego palideció de cólera.

—No sé cómo lo has logrado, Darkblade, pero...

Malus avanzó y sostuvo la placa bajo la nariz de Bruglir.

—No me has prestado atención, hermano. Escucha bien. Soy portador de un poder de hierro del drachau de Hag Graef, que os coloca a ti y a tu flota bajo mi mando para llevar a cabo una campaña contra los skinriders. En esto actúo según la voluntad del drachau, y cualquiera que me cierre el paso lo pagará con la vida.

—En el mar, la única ley es la del capitán —le espetó la primera oficial, cuyos ojos aún estaban clavados en Yasmir.

—Pero si el capitán desea volver a poner los pies en su tierra natal algún día, y poder reclamar la fortuna que ha amasado allí a lo largo de los años, se dará cuenta de que es prudente que su ley sea también la mía.

Bruglir le arrebató a Malus la placa de la mano y abrió las cubiertas como si esperara no encontrar nada dentro. Arrugó la frente mientras leía lo escrito en el pergamino del interior y examinaba los sellos estampados en él.

—Somos diez en total —continuó Malus—. Solicito un camarote para mí, y supongo que Urial también necesitará uno. ¿Hermana?

Yasmir continuaba clavando en la primera oficial una mirada asesina. Pareció morder la respuesta, como si cortara venas con los dientes.

—Me quedaré con el camarote de ella —dijo—. Está claro que no lo usa.

—¡No nos toméis por estúpidos! —les espetó la primera oficial—. No habéis llegado en barco, sino mediante brujería, así que en casa no queda nadie que sepa qué os ha sucedido realmente. Podemos echarles vuestras entrañas a los Dragones de las

Profundidades y poner rumbo a casa...

—Tani, basta —le ordenó Bruglir con cansancio. La primera oficial le lanzó una mirada furiosa a su capitán, pero guardó silencio—. Vístete y sube a cubierta.

Tani asintió con un breve gesto brusco de la cabeza.

—Cumpló tu voluntad, señor.

Con ademán malhumorado, recogió el ropón manchado de salitre que yacía junto al lecho, sobre la cubierta, y se lo puso sin apartar los ojos de Yasmir ni por un momento, al mismo tiempo que cambiaba la pesada arma de una mano a otra para pasar los brazos por las mangas. Cuando Yasmir le cerró el paso a la primera oficial, que iba camino de la puerta, pareció que se preparaba otro enfrentamiento pero, en el último instante, la druchii armada con las dagas se apartó a un lado.

Bruglir la siguió hasta la puerta, que luego le cerró a Urial en la cara. Se volvió a mirar a Yasmir, con la placa en la mano.

—¿Esto es una falsificación?

Radiante y llena de odio, Yasmir negó con la cabeza.

—En ese caso, parece que mi peor pesadilla se ha hecho realidad —dijo el capitán, malhumorado, mientras arrojaba la placa sobre el lecho revuelto. Se volvió a mirar a Malus—. De momento, me tienes —declaró con voz desprovista de toda emoción, aunque los ojos eran pozos de malevolencia—. Pero este poder tiene sus límites. Antes o después, el drachau lo rescindiré, y entonces acabaré contigo.

Malus logró sonreír.

—Quizá te habría temido más si no hubiésemos conocido a tu amante del mar —replicó—. Yo que tú, estaría más preocupado por mis propias probabilidades de supervivencia cuando el poder sea rescindido.

Bruglir miró a Yasmir y se encontró contemplando ojos tan fríos e inexpresivos como las hojas de las dagas que ella tenía en las manos.

—¡Maldito seas, Darkblade! —siseó—. Aunque no haga nada más, juro ante los Dragones de las Profundidades que te arruinaré. Pero hasta entonces —gruñó—, yo y mi flota estamos bajo tu mando.

Era evidente que el poder de hierro tenía poco peso cuando se trataba de los guardias de cara de calavera de Urial; formaron una muralla de acero y carne entre su señor y Malus cuando este último se acercó a Urial, que se encontraba junto a la borda de babor. Tenía la cabeza echada hacia adelante y sufrió otra violenta arcada seca; su estómago continuaba rebelándose contra los movimientos del barco y el mar.

Malus echó la cabeza hacia atrás y rió, saboreando el sufrimiento de su hermano.

—Vaya, ésta sí que es una buena —dijo en voz alta—. Un regalo de la mismísima Madre Oscura.

Urial giró sobre sí mismo hasta quedar con la espalda contra la borda. Un vómito seco le manchaba las mejillas y el mentón, y un fino hilo de bilis pendía de sus labios

flojos y se retorció en el frío aire.

—Eso es odioso —gruñó mientras se deslizaba hasta la cubierta—. He matado a hombres por menos.

Malus le dedicó una ancha y cruel sonrisa.

—¿Te gustaría ver mi sangre caliente correr por esta inclinada cubierta?

—¡Por el Dios de Manos Ensangrentadas, cállate! —gimió Urial, cuyos ojos giraban en las órbitas como un par de dados antes de detenerse.

El noble pasó entre los guardias y se reclinó en la borda, donde inspiró profundamente el aire marino. Le había sorprendido lo mucho que había echado de menos el mar después de regresar al Hag.

—¿Sabes? En los tiempos antiguos, un druchii que no lograba adaptarse a los movimientos del mar era considerado gafe y lo echaban por la borda a los Dragones de las Profundidades.

—Si el mar se está quieto en las profundidades, arrójame a él —gimió Urial—. Que se me coman y se atraganten con mis huesos.

Malus miró hacia la oscuridad. Antes del crucero esclavista, habría estado completamente ciego al mirar la noche retinta, pero entonces sus ojos experimentados podían discernir en medio de la negrura sutiles matices que revelaban una larga costa de acantilados rocosos situada a menos de diez millas de la manga. El viento soplaba desde el oeste contra la proa por el lado de babor de la nave capitana de Bruglir, que voltejaba hacia el norte, hendiendo las violentas olas con el esbelto casco.

—Me mentiste —dijo el noble con voz serena.

—No.

—Dijiste que llevar más de un guardia cada uno sería demasiado arriesgado.

Urial asintió con la cabeza.

—En efecto..., porque tenía previsto llevar a seis de mis hombres. No esperarías que confiara en tu palabra respecto a que Bruglir y Yasmir harían honor al poder de hierro, ¿verdad?

Malus se encogió de hombros y ocultó el enojo.

—No, supongo que no.

—¿Qué tenía que decir nuestro ilustre hermano?

—Su flota está dispersa a lo largo de la costa, en busca de los últimos botines antes de poner proa a casa —replicó el noble—. Viraremos dentro de poco y pondremos rumbo al sur con viento en popa, para dar con los barcos. Cree que pasarán dos o tres días antes de que logre reunirlos a todos, y entonces podremos dirigirnos al norte.

Con un gemido que le salió del corazón, Urial se aferró a la borda con la mano sana y se puso de pie.

—¿Qué costa es esa de ahí?

Malus le lanzó a Urial una mirada de soslayo.

—Eso es Bretonia. Estamos cerca de Lyonesse, creo.

—¡Ah! —Urial asintió con la cabeza, aliviado, al parecer—. Es buena cosa.

—¿Por qué?

—Porque temía que fuera Ulthuan, en cuyo caso me sentiría tremendamente decepcionado —replicó Urial—. Espero ver el hogar de nuestros parientes algún día. Espero que sea grandioso y montañoso, que se alce del mar como una corona. —Sonrió en la oscuridad—. Sueño con ir allí y observar cómo arden esas blancas ciudades. —De pronto, se volvió hacia Malus—. Hay algo que he estado pensando en preguntarte.

—Puedes preguntar —replicó Malus sin que su voz prometiera nada.

—Cuando estábamos en el Hag, le dijiste al drachau que habías encontrado el islote de Morhaut —dijo Urial—. ¿Cómo? Su emplazamiento ha estado perdido durante al menos doscientos años. Ni siquiera en la vasta biblioteca del templo puede hallarse mención alguna al respecto.

—¡Ah, eso! —Malus miró a Urial y sonrió—. Era todo mentira. No tengo ni la más remota idea de dónde está la isla maldita.

## 13. Promesas de muerte

—Le mentiste al drachau —dijo Yasmir con una voz escalofriantemente agradable—. En justicia, el poder de hierro que tienes no vale ni el metal que lo contiene.

Malus se cruzó de brazos y miró a su hermana con el ceño fruncido, mientras intentaba resituar la espalda en una posición más cómoda sin darle la impresión de que se removía por inquietud. Con Yasmir en el camarote de la primera oficial, quedaban demasiadas pocas literas para los visitantes inesperados, salvo que durmieran con la tripulación. Urial se encontraba una cubierta más abajo, con el cirujano del barco, obligado a compartir una húmeda celda sin luz, llena de potes de ungüentos, pomadas y trozos de animales. Tras algunas negociaciones, Malus había logrado quedarse con la sala de cartas náuticas; era un sitio pequeño y húmedo, que olía a podredumbre y papel viejo, y estaba abarrotado de cajas de mapas enrollados, y con una larga mesa que cubría todo el largo de la amurada. En esos momentos, la mesa hacía las veces de cama para él, con un fino colchón de paja y una almohada improvisada con una capa. Malus intentaba reclinarsse en el diván que se había preparado, con la espalda contra aquella mala imitación de almohada, y el cuello ligera e incómodamente inclinado debido a la curvatura de la amurada que tenía detrás.

—Yo estaba presente cuando le dijiste a Bruglir, en su camarote, que nuestra primera tarea era descubrir el emplazamiento de la isla perdida —continuó Yasmir.

Bajo el medio velo de encaje tileano que le ocultaba parcialmente el rostro, sólo podían verse el ahusado mentón y la sonrisa sensual. Malus no lograba imaginar qué bicho la había picado para llevarse una cosa así al viaje, pero se la ponía cada vez que salía de su camarote. Era el tipo de cosa que se ponía una esposa druchii para velar al marido muerto; sin embargo, con independencia de lo que Yasmir hiciera, sus labios siempre sonreían, como si un chiste privado le hiciera gracia. Sólo había pasado un día desde la llegada al barco de Bruglir, pero Malus comenzaba a preguntarse si las recientes conmociones sufridas por su radiante y mimada hermana no la habrían empujado al borde de la demencia.

—Le hiciste creer al drachau que ya sabías dónde estaba el islote de Morhaut; si Bruglir hubiese dedicado más tiempo a leer lo que decía el poder que a comprobar su autenticidad, te habría descubierto, y ahora mismo estarías colgando de un mástil por el cuello.

—Afortunadamente, estaba algo distraído —replicó Malus con tranquilidad y expresión implacable—. No me había dado cuenta de que fueras tan puntillosa en cuestiones de legalidad, querida hermana.

—Sólo cuando conciernen a mi libertad. ¿Has usado ese poder para intentar

convertirme en una esclava! ¡No tienes ni idea de lo aborrecible que resulta eso!

—En efecto, hermana. Tienes toda la razón. Nunca dejo de imaginar cómo debe de ser —replicó Malus con frialdad. Abrió las manos hacia adelante—. Muy bien. Eres libre. ¿Qué harás ahora? ¿Darle la noticia a tu amado?

Yasmir rió, y el burbujeante sonido de genuino júbilo a Malus le dio dentera.

—¡Por la Madre Oscura, por supuesto que no! Que se afane bajo las cadenas durante tanto tiempo como lo tengas en tu poder.

La noble se inclinó hasta que su cara quedó a centímetros de la de Malus, que percibió el aroma de su aliento endulzado y casi sintió el sedoso roce de los labios de Yasmir, y lo turbó ver hasta qué punto su cuerpo se sentía atraído hacia el de ella, como hierro hacia una piedra imán.

—Mi silencio tiene un precio, Malus —susurró Yasmir—. ¿Lo pagarás?

—Sabes que sí —replicó él al mismo tiempo que cambiaba de postura contra la amurada, entonces por razones completamente diferentes.

¡Malditos espacios estrechos! Debería haber deducido que ella se traía algo entre manos cuando irrumpió en la sala de mapas sin hacerse anunciar. En ese momento, estaba recurriendo a todos los métodos que tenía a su disposición para no permitir que él recobrara el aplomo, y Malus no podía hacer nada por evitarlo.

—Quiero muerta a esa puta marina de las cicatrices —dijo ella, cuyas palabras se derramaron como veneno puro por sus sonrientes labios—. No me importa cómo, pero debe morir, y cuanto antes, mejor.

Malus intentó reír.

—¡Ya te he prometido la cabeza de Urial, hermana! ¿Es que tu codicia no tiene límites? —Pero la falsa risa murió bajo la implacable voluntad de Yasmir.

—Es el precio para que continúes vivo, hermano —susurró Yasmir—. Por ahora, tú y yo somos socios porque tengo interés en ver sufrir a Bruglir. Ha de pagar por lo que me ha hecho, y la humillación que debe soportar por servirte me resulta dulce. Así pues, no tengo problemas en dejar que esta campaña tuya continúe. Incluso te daré mi apoyo mientras convenga a mis necesidades. Pero la mujer debe morir. Sólo entonces podré hacer que Bruglir se consagre por entero a mí. ¿Lo entiendes?

—Si quieres su muerte, ¿por qué no la matas tú misma?

La constante sonrisa de Yasmir vaciló durante apenas un momento.

—No seas necio, Malus —siseó—. Por supuesto que puedo matarla, pero con eso no ganaré nada. Si muere por mi mano, Bruglir se convertirá en mi enemigo, lo que dificultaría mucho más mis planes.

—¿Así que prefieres que sea yo quien se convierta en su enemigo?

—Por supuesto, si es lo que hace falta —replicó Yasmir—. Pero tú eres el jefe de esta expedición. Estoy segura de que puedes encontrar algún medio hábil de enviar a esa mujer vil a la muerte y mantener limpias las manos. Piénsalo, hermano; piénsalo

bien. Cuanto antes, mejor, o podría perder la paciencia y contarle la verdad a Bruglir. —Su deslumbrante sonrisa resplandeció bajo la negrura del velo—. Cabría la posibilidad de que se sintiera tan agradecido por zafarse del poder de hierro que matara a esa puta sólo para complacerme, pero no quiero correr ese riesgo a menos que piense que debo hacerlo. —Dicho esto, giró sobre los talones, abrió la puerta que daba al pasillo en sombras y desapareció grácilmente.

Antes de que Malus pudiera bajar los pies de la mesa, Hauclir entró en la atestada habitación, masticando un mendrugo de pan. Llevaba una bandeja de madera donde había queso, salchichas y rodajas de manzana. Le tendió la comida a Malus.

—Parece que llegamos en el momento oportuno; saquearon un poblado humano hace menos de dos días, y pudieron volver a llenar las bodegas. Antes de eso, se habían visto obligados a comer ratas mientras esquivaban patrullas costeras bretonianas. Tu hermano es un loco por permanecer en el mar durante tanto tiempo. —El guardia señaló el queso, un pequeño semicírculo del tamaño de la palma de su mano—. Creo que es de cabra. Deberías probarlo.

Malus cogió la bandeja que le ofrecía al mismo tiempo que le lanzaba al guardia una mirada de enojo. Presionó dos dedos contra la bandeja y estudió el número de migajas de queso que se le habían pegado.

—Hauclir —dijo con acritud—, aunque tu deber es probar mi comida por si está envenenada, no es necesario que te comas la mitad del queso para comprobarlo.

Hauclir dejó de masticar.

—¿Comprobar si está envenenada, mi señor?

La nave capitana de Bruglir era un largo cuchillo marino de ébano llamado *Saqueador*, construido en los astilleros de Ciar Karond, de la mejor factura y brujería que podía pagar la gran fortuna del capitán. Con tres mástiles escalonados y un largo casco estrecho, podía volar por el agua con todas las velas desplegadas, y los miembros de la tripulación conocían la danza del viento y las olas tan bien como conocían sus territorios de origen. En el caso de algunos, el mar era la única tierra natal que jamás habían conocido y lo único que anhelaban cuando estaban amarrados en puerto.

Pero las cualidades que hacían que el *Saqueador* fuera esbelto y ligero también lo volvían difícil de gobernar cuando el tiempo era muy malo; los altos mástiles y la estrecha manga hacían que fuese propenso a balancearse peligrosamente en los mares picados, como el que entonces enfrentaba la esbelta nave corsaria. El invierno continuaba resistiéndose tozudamente a dejar paso a la primavera a lo largo de la costa bretoniana, y el fuerte viento aún soplaba del oeste, procedente del mar abierto, ante una muralla de cargadas nubes grises. El mar de color acero sin pulir se hinchaba y estrellaba contra el casco de la nave corsaria que bogaba hacia el sur, en dirección a las zonas donde los restantes barcos de la flota buscaban presas. Durante los últimos



tres días, Bruglir había reunido a los dispersos barcos en puntos de encuentro preacordados, mediante subrepticias señales hechas en plena noche. En ese momento, otras ocho naves corsarias navegaban detrás del *Saqueador*, y los capitanes se ponían cada vez más nerviosos porque era inevitable que una flota de barcos negros atrajera la atención de los guardias apostados a lo largo de la costa.

Unos gritos sordos y pesados pasos habían atraído a Malus a cubierta, seguido de Hauclir. En el ambiente se había producido un cambio sutil, una corriente subterránea de tensión que reconoció a causa del crucero esclavista que había hecho el año anterior, y a la que había aprendido a prestarle atención. Sucedió algo, y la tripulación estaba nerviosa.

Al salir a cubierta, un viento frío y cargado de salitre le azotó el rostro, e hizo que tendiera las manos hacia atrás para cubrirse la cabeza con la capucha de lana que le colgaba de los hombros.

Se había puesto la armadura y llevaba encima una capa de lana cruda para proteger del agua el costoso acero. El *Saqueador* se balanceó como un borracho al tropezar con otra rumorosa ola, y los marineros situados en los aparejos se transmitieron unos a otros las instrucciones de la mujer que se hallaba de pie ante el timón. Malus vio a Tanithra, la primera oficial, que miraba con ojo experto el frente de tormenta que había al oeste, mientras conducía la nave en una alegre danza sobre el malhumorado mar. Hacia babor, entre el *Saqueador* y la costa, Malus vio dos nuevas naves corsarias con las inclinadas proas dirigidas hacia el sur, voltejeando contra el viento.

Al pasar la ola de largo e inclinarse el barco en la dirección contraria, Hauclir dio un traspié. El antiguo capitán de la guardia aún no se había habituado a los movimientos del mar, aunque el estómago parecía habersele adaptado bastante bien.

—Parece que dos de nuestros dispersos pájaros marinos han acudido y nos han encontrado, para variar —gritó por encima de las olas y el fuerte viento.

—Eso parece —respondió Malus mientras recorría la cubierta con la mirada.

Aparte de la guardia diurna, el resto de los tripulantes estaban bajo cubierta, sabedores de que dentro de poco tendrían que sufrir su turno de viento gélido y agua pulverizada.

—La pregunta es: ¿por qué? —añadió Malus.

El noble volvió la cabeza para mirar hacia el castillo de popa desde el cual el capitán comandaría los barcos durante la batalla; también podía ver la cubierta principal situada más abajo, y la cubierta elevada del castillo de proa. El timón de la nave se encontraba en el castillo de popa, justo por delante de un par de potentes lanzadores de virotes que podían disparar enormes proyectiles de punta de acero hacia las naves enemigas que se aproximaran al *Saqueador* por la popa. De la cubierta principal ascendían dos escalerillas cortas, una hacia babor y la otra hacia

estribor. Por impulso, Malus echó a andar hacia la de estribor. En ese momento, otra ola se lanzó contra el casco de la nave corsaria, que se inclinó como una botella que flotara en la marea. Hauclir se tambaleó al mismo tiempo que lanzaba una maldición, se estrelló contra Malus por inadvertencia y lo lanzó dando traspiés hacia un lado de la escalerilla.

El noble extendió una mano para sujetarse y, de repente, sufrió una tremenda ola de vértigo. Se le nubló la vista mientras un estruendo de sonidos aumentaba y disminuía en sus oídos; eran sonidos discordantes, potentes, y gritos de cólera y dolor. Algo mojado, tibio y espeso le empapó la palma de la mano. Malus se tambaleó y, al mirársela, vio una mancha rojo vivo en su borroso campo visual. «Aquí es donde morí», fue el pensamiento que resonó, descabelladamente, dentro de su cabeza.

Entonces, unas manos fuertes lo cogieron por los hombros y lo sujetaron con firmeza. Malus sacudió ferozmente la cabeza, y el mundo pareció volver a su estado normal. Al mirar por encima del hombro, vio que Hauclir lo sostenía con ambas manos.

—Te pido disculpas, mi señor —dijo Hauclir, algo avergonzado—. ¿Cómo puede acostumbrarse nadie a estos vaivenes incesantes?

Malus se zafó de las manos de Hauclir.

—Tal vez debería hacerte caminar por la cubierta durante toda esta noche hasta que aprendas.

—¿Eso será antes de que me arranques las uñas de las manos y me saques los ojos con una espina de pescado?

—¿Qué?

—Hasta ahora me has prometido que me arrancarías las uñas de las manos por retrasarme en llevarte el desayuno, y luego dijiste que me sacarías los ojos por airear en el exterior tu capa buena, que se empapó de agua salada.

Malus frunció el ceño.

—¿Y todo eso desde que subimos a bordo? —Todo eso desde esta mañana. Ayer, dijiste...

—No importa —murmuró el noble, y le rechinaron los dientes—. Cuando regresemos a casa haré que te echen de comer a los gélidos, y lo dejaremos en eso.

Hauclir asintió con expresión impasible.

—Muy bien, mi señor. Tomaré nota de ello.

—¿Ahora te burlas de mí, desgraciado impertinente?

—Sólo intento ayudarte a no perder el hilo de las cosas, mi señor. Estoy aquí para servirte.

—¿De verdad? Tienes libertad para empezar en cualquier momento.

Malus rodeó el pie de la escalera y comenzó a ascender hacia la cubierta del

castillo de popa, con el guardia obedientemente detrás.

—Te pido perdón, mi señor —dijo con rigidez—. Sé que no soy nada bueno con la ropa, la comida y cosas por el estilo. Tal vez si me encomendaras alguna tarea que se adapte a mis habilidades...

—¿Te refieres a la extorsión? Eso puedo hacerlo yo mismo —gruñó Malus—. Aunque confieso que demuestras tener un arte particular para ese tipo de cosas.

—La ambición es una virtud, mi señor —declaró Hauclir con sutileza—. En cuanto a mis habilidades profesionales, soy rápido con el cuchillo y el garrote. Sé qué hacer con los cadáveres inconvenientes, y soy bueno en percibir qué se oculta tras los ojos de una persona, si comprendéis lo que quiero decir.

—¿Eras un guardia al servicio del drachau o un asesino? —preguntó Malus mientras subía la escalera.

—¿Hay alguna diferencia, mi señor?

—No, supongo que no. De acuerdo, entonces. ¿Qué sacas en conclusión de la situación actual?

—Que nos han echado a los gélidos, mi señor, con un filete atado al cuello.

La imagen provocó una repentina carcajada del noble.

—Tan bien está la cosa, ¿eh?

Hauclir se encogió de hombros.

—Los tripulantes están apostando cuál de tus hermanos te clavará primero el cuchillo. Todos, incluso ese tullido de ojos muertos de Urial, te estudian como a una extraña clase de insecto. Ahora mismo están más interesados en lo que eres y en lo que te traes entre manos, pero en sus ojos puede verse que, antes o después, van a aplastarte para pasar de largo.

—Nada de eso me sorprende mucho —dijo Malus—. Así que ya has trabado conocimiento con los tripulantes, ¿eh?

Hauclir se encogió de hombros.

—Son muy de clan, como la mayoría de los pájaros marinos, pero apuestan, beben y se quejan como los guardias, así que he tenido oportunidad de charlar con algunos de ellos.

Malus se detuvo en lo alto de la escalera y se dio unos pensativos golpecitos en el mentón.

—Muy bien, he aquí una tarea para ti. Quiero que averigües cómo es la lealtad de estos pájaros marinos, cuánto aprecian a Bruglir y a la primera oficial. Si el ilustre capitán muriera, ¿a quién seguirían?

El guardia meditó la orden, y luego asintió con la cabeza.

—Bastante fácil de hacer, mi señor. —Miró a su amo y rió entre dientes—. Parece que le prometiste a cada hermano la cabeza del otro. ¿Has decidido a cuál vas a matar?

Malus le devolvió la mirada a Hauclir; la sonrisa era fría y los ojos destellaban.

—Al final, los veré a todos muertos o hundidos, Hauclir. Quién viva o muera cuando termine esta expedición depende de quién continúe siéndome útil en el futuro, incluyéndote a ti.

Hauclir se irguió, y sus ojos se abrieron más ante la amenaza del tono de voz del noble, pero luego se rehízo.

—Como tú ordenes, mi señor —dijo con rigidez, y después dio media vuelta y descendió.

La cubierta del castillo de popa medía más de sesenta pasos de largo por veinte de ancho, y con sólo la guardia diurna en ella, se veía muy desierta. Cuatro vigías, dos a cada lado, se encontraban junto a la borda del barco y observaban con largos catalejos el gris horizonte y los rocosos acantilados de Bretonia. Ante cada escalera había un marinero alto, armado con una pica de abordaje, y la primera oficial, cuyos dedos se movían con ligereza sobre la pulida rueda de madera de teca, ejecutaba una danza solitaria con el timón y las velas. Un alférez recorría todo el perímetro de la cubierta y vigilaba con ojos de águila a todos los miembros de la tripulación, para asegurarse de que cada uno llevara a cabo su tarea. El guardia que estaba en lo alto de la escalerilla, un veterano que presentaba las cicatrices de muchas incursiones, miró a Malus con la desconfiada beligerancia de un viejo perro guardián, pero se apartó a un lado para dejarlo pasar.

Malus atravesó lentamente la cubierta para acercarse a la primera oficial. La cara de la corsaria estaba concentrada, con el ojo sano fijo a lo lejos, mientras calculaba las fuerzas del viento y el mar por el temblor del casco y la curvatura de las velas en lo alto. A pesar de eso, Malus vio que también reparaba en su presencia y seguía sus movimientos con la misma intensidad con que calibraba el viento, las olas y la posición de los barcos en torno al *Saqueador*.

El noble se acercó al timón hasta tenerlo a la distancia del brazo extendido, y se detuvo a un lado de la primera oficial, a sotavento, para que sus palabras le llegaran con facilidad.

—¿Qué hay de nuevo? Pensaba que no íbamos a reunirnos con ningún otro de nuestros compañeros hasta bien entrada la noche.

—Hay una escuadra de la guardia costera bretoniana que anda de cacería al sur de aquí —replicó la oficial con voz ronca, que se oyó con facilidad por encima del viento y las olas—. Eso hizo que el *Cuchillo Ensangrentado* y el *Bruja Marina* se alejaran de la zona de la patrulla y vinieran hacia nosotros. Los capitanes subieron a bordo hace poco, y están hablando en el camarote de Bruglir.

Malus frunció el ceño mientras miraba las agitadas olas color pizarra. ¿Se habían topado con ellos por casualidad?

—¿Hay algún problema?

Ella se encogió de hombros.

—Podría ser parte de una trampa en combinación con otra escuadra que se encuentre al norte, para reunimos y acorralarnos contra la costa. —La primera oficial abandonó la vigilancia por un momento, para lanzarle a Malus una mirada malévolamente—. No dudo de que todos los guardias de la costa, desde Lyonesse hasta Cabo Ancho, están llamando a la guardia costera al vernos pasar juntos, de esta manera. Es probable que piensen que somos una flota de invasión.

—¿Los bretonianos pueden darnos alcance?

La corsaria volvió a encogerse de hombros mientras escrutaba el frente de tormenta que se extendía por el horizonte occidental.

—Los bretonianos pueden interpretar el tiempo atmosférico tan bien como nosotros —replicó—, y sus gordas chalanas viejas pueden apañarse un poco mejor que nosotros en estos mares. Es posible, si los capitanes nos tienen las ganas suficientes y son lo bastante osados.

—No pueden ser más osados que Bruglir y sus capitanes —declaró Malus con certidumbre, y le dirigió a la primera oficial una mirada apreciativa—. Tanithra Bael —dijo lentamente, usando el nombre completo de la oficial—, tú misma eres una oficial de no poca reputación. Oí mencionar tu nombre más de una vez cuando estaba reclutando mi propia tripulación en Ciar Karond el año pasado. Sin embargo, sirves como segunda de Bruglir. Creí que capitaneabas tu propio barco.

La expresión de Bael no cambió, pero Malus vio que se le tensaba ligeramente la espalda.

—Las mujeres pueden navegar con los corsarios, pero las capitanas aún son raras. Si me hiciera a la mar por mi cuenta, tendría dificultades para reunir una tripulación, incluso con mi reputación. Bruglir me ha prometido el próximo barco que quede disponible, y escogeremos a los tripulantes uno a uno de entre toda la flota. —En ese momento sonrió, al imaginar la nave que cada noche navegaba en sus sueños—. ¡Entonces, el gran capitán y yo teñiremos los mares de rojo!

El noble asintió, pensativo.

—Pero hace más de siete años que sirves como oficial de Bruglir. Es mucho tiempo para esperar un barco, ¿no?

La sonrisa de Tanithra se desvaneció.

—Se requiere tiempo para construir buenos barcos —replicó—. El *Saqueador* permaneció en la cuna durante casi diez años mientras los constructores lo dotaban de su brujería. Ya llegará mi momento.

—Por supuesto, por supuesto —convino Malus—. Pero ahora está el asunto de su hermana...

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Tanithra, acalorada, y esa vez se volvió a mirarlo, aunque sus manos no soltaron el timón—. Se divierte con ella durante unas

pocas semanas mientras yo me quedo en el barco para supervisar las reparaciones. A mí no me importa lo que haga en tierra firme. En el mar, es mío. Si Yasmir hubiese intentado apartarme de su lecho en lugar de quedarse con mi camarote, habrías visto en quién recae el verdadero afecto de Bruglir.

Malus asintió con la cabeza. En realidad, le había sorprendido un poco que Yasmir no intentara precisamente eso. ¿Tal vez ella también había percibido la verdad y se negaba a aceptarla? «Es algo que vale la pena considerar», pensó.

—De todos modos —continuó—, ahora ella sabe de tu existencia. No se puede esperar que una noble orgullosa y mimada como Yasmir deje pasar sin respuesta un insulto semejante. Y en Hag Graef cuenta con el favor de muchos nobles poderosos. Podría hacer que a Bruglir le resultara realmente muy difícil cumplir con la ambición de suceder a su padre.

Tanithra lo miró con expresión cautelosa y preocupada.

—Tal vez —dijo, y luego se encogió de hombros—, pero eso será en los años futuros. Para entonces, tendré mi barco, y el resto ya se verá.

El noble asintió con la cabeza, aunque por dentro sonrió astutamente.

—Estoy seguro de que tienes razón —dijo—. Siempre y cuando, desde ahora y hasta entonces, Yasmir no haga nada para envenenar la mente de Bruglir en contra de ti, o para hallar un medio de asesinarte, o de provocar cambios en casa que obliguen a su amado a abandonar los mares, tu posición está completamente a salvo.

La primera oficial asintió, y luego Malus vio cómo su expresión se ensombrecía cuando todo el peso de lo que acababa de decirle se hacía sentir. Ella se volvió hacia el timón con expresión concentrada. Malus se permitió una breve sonrisa visible mientras observaba cómo arraigaba la semilla que acababa de sembrar.

Justo en ese momento se oyó un débil grito procedente de la proa, pero las palabras se deshicieron en el fuerte viento. Tanithra se puso alerta de inmediato y olvidó las preocupaciones. Pasado un instante, un marinero situado en mitad de la cubierta repitió el grito para transmitir el mensaje a la popa.

Malus se inclinó hacia adelante con el fin de captar las palabras.

—¿De qué está hablando?

—¡De mozas! —le espetó Tanithra, murmurando una fuerte maldición—. Velas cuadradas..., barcos bretonianos avistados a proa. —Buscó al alférez que andaba por la cubierta, y lo llamó con voz clara y penetrante—. ¡Toca a batalla! ¡Que los masteleros suban y se preparen para largar velas!

El alférez se detuvo en medio de un paso al oír la voz de Tanithra y, sin vacilar ni un instante, se llevó a los labios un cuerno de plata y tocó una aguda nota gimiente que reverberó en los huesos de Malus. Casi de inmediato, la cubierta de abajo se estremeció: los tripulantes de la nave corsaria saltaron a la acción y corrieron a sus puestos sobre o bajo cubierta. Al cabo de poco, Malus oyó misteriosos ecos del toque

del cuerno que viajaban con el viento: los otros barcos de la flota habían oído el toque de guerra del *Saqueador* o habían visto ellos mismos el peligro, y se preparaban para la acción.

Figuras de oscuro ropón salían por las escotillas como pájaros enfurecidos, y algunos trepaban por los aparejos ribeteados de escarcha mientras otros se ponían en guardia con lanzas y escudos, o retiraban los hules que cubrían los amenazadores lanzadores de virotes situados a proa y popa. Con su único ojo sano, Tanithra miró a Malus con la expresión fría y dura de un cuervo de tormenta.

—Ahora es cuando sabremos de qué están hechos esos bretonianos —dijo al mismo tiempo que una sonrisa de lobo hambriento aparecía en sus labios.

## 14. Cuchillos en la oscuridad

—¡Ahí llega otro! —gritó uno de los vigías druchii al mismo tiempo que señalaba hacia popa, a uno de los barcos bretonianos.

Sólo unos pocos marineros de la cubierta del castillo de popa giraron la cabeza, pero Malus no pudo evitar quedarse mirando con horrorizada fascinación mientras el punto negro describía un arco ascendente desde la proa del barco humano que iba en cabeza y parecía subir perezosamente por el aire.

El punto era una esfera de granito pulimentado lanzado por una catapulta de asedio que iba montada en la proa del barco de guerra bretoniano; se trataba de máquinas tan grandes que sólo cabía una por barco, o al menos eso afirmaban los corsarios, y dominaba la proa de los barrigones buques de cabotaje. Eran una reciente innovación de la guardia costera, y si bien los corsarios tenían en poca consideración las artes marinas de los bretonianos, sentían un recio respeto por su puntería. Los vigías de popa siguieron el vuelo de la roca con temerosa atención, y Malus vio que el punto parecía inmovilizarse durante apenas un segundo, para luego aumentar de tamaño con aterradora rapidez. Parecía que aquella bola de piedra del tamaño de su pecho y pesada como tres hombres iba dirigida directamente hacia él, y a Malus se le secó la boca. Luego, en el último momento, vio que el disparo se quedaría corto, y la bola cayó silbando en la estela del barco, a menos de diez pasos del casco, con un sonoro golpe que alzó una alta y estrecha columna blanca.

—Esa ha sido la que ha estado más cerca, de momento —comentó Hauclir, que se encontraba de pie justo detrás del hombro izquierdo de Malus.

Cinco minutos después de oír el toque del cuerno, había subido corriendo a cubierta, completamente acorazado y preparado para la lucha. El guardia de lo alto de la escalerilla que ascendía hasta el castillo de popa había intentado cerrarle el paso, pero el antiguo capitán de la guardia lo había inmovilizado en el sitio con una funesta mirada fija de oficial, y se había reunido con su señor para observar la larga persecución que se había anunciado durante la tarde.

Bruglir había llegado al castillo de popa pocos minutos después del toque del cuerno, tras enviar a los capitanes visitantes a sus naves, y había oído los informes de los vigías. En cuanto los capitanes se alejaron en las canoas, había ordenado que las señales de banderas ordenaran a la flota virar hacia el norte para alejarse de la escuadra de los humanos. Al parecer, los bretonianos tenían sólo cinco barcos; las naves de doble palo, con velas cuadradas de color zafiro o rojo, mantenían una formación escalonada que se alejaba hacia babor, pero daba la impresión de que Bruglir no tenía ninguna intención de presentar batalla ni de arriesgarse a que la flota sufriera daños, no cuando el puerto seguro más próximo se encontraba a centenares de leguas de distancia y no había posibilidades de dirigirse allí de inmediato. El



capitán corsario abrigaba la esperanza de permanecer por delante de los bretonianos hasta la caída de la noche, cuando las negras naves podrían quitarse fácilmente de encima a los perseguidores en medio de la oscuridad. Por desgracia, al navegar en contra de un fuerte viento y luchar contra un mar picado, los barcos de los druchii podían sacarles poca ventaja. Las olas golpeaban los flancos de los cascos corsarios en forma de cuchillo y hacían su avance más lento, mientras que los buques de ancho vientre de la guardia costera se bamboleaban como viejos patos gordos por encima de las olas y continuaban tenazmente adelante, acortando distancias con lentitud, pero de modo constante. Malus miró el cielo nublado. Faltaba poco más de dos horas para el anochecer. Al haber invertido el curso, el *Saqueador* y sus gemelos, el *Bruja Marina* y el *Cuchillo Ensangrentado*, formaban una fila en la retaguardia de la flota corsaria, y eran los más próximos a los buques bretonianos que se aproximaban. El noble intentó calcular la relación entre el avance de las naves humanas y el paso de las horas, y se encontró con que no podía determinar con certeza quién ganaría la carrera.

—Esperan poder acertarle a uno de nuestros mástiles o al timón —dijo Bruglir a la vez que miraba hacia atrás para observar el avance de los buques bretonianos.

El capitán se encontraba cerca del timón, del que se había hecho cargo un alférez. Tanithra se había marchado al castillo de proa, su puesto habitual durante las batallas.

—Los bretonianos ya han medido la distancia de disparo... Ahora sólo es cuestión de que ganen unos pocos metros más y dejen que el destino siga su curso.

Malus frunció el entrecejo.

—Y si no nos aciertan en ningún punto vital, ¿podremos mantener la distancia hasta el anochecer?

El capitán frunció el ceño, y el largo bigote casi le tocó el peto esmaltado.

—No, no es probable. —Con expresión acongojada, Bruglir se volvió a mirar a Urial, que se encontraba cerca de sus hombres, con el hacha en la mano—. ¿Tienes algún hechizo que pueda darnos velocidad?

Urial contempló al capitán con expresión inescrutable.

—No —replicó—. Los caminos del Señor del Asesinato no se prestan a la huida.

—Por supuesto que no —dijo Bruglir con un bufido despectivo—. Que la Madre Oscura no quiera que el templo se preste a otra cosa que no sea la mutilación.

Ni siquiera Malus pudo evitar que una expresión de sorpresa aflorara a su rostro ante la burla cruda que había en la voz de Bruglir. «Me temo que los años pasados en el mar te han mantenido fuera de las despreciables enemistades de casa, pero apenas si te han preparado para las realidades políticas de Hag Graef —pensó Malus—. Serás un vaulkhar de vida rearmen te corta si te enemistas con el templo de Khaine.»

—¿Por qué no les disparamos? —preguntó al mismo tiempo que señalaba los lanzadores de virotes que había cerca de la popa.

Bruglir negó con la cabeza.

—El viento es demasiado fuerte, y de todas formas, un proyectil no lograría ralentizar mucho a esos cuervos marinos —replicó.

—¿No tenéis fuego de dragón a bordo?

El capitán lo miró con expresión ceñuda.

—Tenemos unos cuantos, sí, pero no los dispararé a menos que deba hacerlo. Cada disparo es como lanzar una bolsa de oro al mar, y tengo la sensación de que los necesitaremos mucho más en el sitio al que vamos —replicó con tono sombrío—. No, contamos con otra opción. —Señaló el frente de tormenta que había al oeste, entonces mucho más cercano porque la flota había estado alejándose de la costa lenta pero constantemente—. Nos dirigiremos hacia la línea de la lluvia y los perderemos en la tormenta.

—¿Y eso no será peligroso?

Bruglir se encogió de hombros.

—Un poco. Tan peligroso para ellos como para nosotros, ciertamente, y no podrán ver a más de una docena de metros en ninguna dirección. La flota se dispersará, pero eso no me preocupa. Mientras no nos estrellemos contra nadie en medio de la tormenta, deberíamos ser capaces de escapar sin problemas.

Malus no quería pensar en las consecuencias de una colisión en medio de una violenta tormenta invernal.

—¿Cuándo os decidiréis a ir hacia la tormenta?

Uno de los vigías gritó, y luego un átono zumbido estremeció el aire una fracción de segundo antes de que una piedra oscura impactara contra la popa del *Saqueador*. Los marineros se lanzaron a cubierto cuando la piedra redonda destrozó una parte de la borda de popa, justo a la izquierda del lanzador de virotes de babor, y golpeó a uno de los operadores del arma. El indefenso marinero quedó literalmente hecho pedazos en medio de un charco de sangre y visceras, y la piedra rebotó en las tablas de teca de la cubierta y atravesó como una línea negra el castillo de popa para golpear al centinela apostado en lo alto de la escalerilla de estribor. Malus observó cómo la piedra destrozaba la armadura de acero del hombre y lanzaba su cuerpo muerto al aire para hacerlo volar por encima de la borda y precipitarlo hacia el abrazo del mar.

Malus se irguió cuando en ese instante se dio cuenta de que se había agachado por instinto al ver venir el primer impacto.

—¡Despejad la cubierta! —rugió Bruglir.

En ese preciso momento, los marineros ilesos saltaron a recoger a los compañeros heridos para llevarlos bajo cubierta a fin de que los atendiera el cirujano, y los artilleros del lanzador de virotes arrojaron al mar los trozos del compañero muerto, con una breve plegaria dirigida a los Dragones Marinos. El capitán se volvió a mirar al guardabanderas.

—Banderas arriba —ordenó—. Haz la señal para que la flota vire tres cuartas al

noroeste. Si nos dispersamos, reunión en el Saco de Perlas.

El oficial repitió el mensaje y se encaminó hacia la borda para preparar las banderas rojas y negras.

—Virad tres cuartas a babor —ordenó Bruglir, cuya voz llegó con facilidad hasta los entrepuentes y los masteleros situados en lo alto—. ¡Largad juanetes y cangrejos! ¡Veremos cuánto valor tienen cuando el hielo cruja sobre sus cubiertas!

Malus observó cómo los corsarios soltaban trapo, y el barco, en respuesta, se lanzaba como un caballo de carreras hacia el agitado mar. Ante ellos, los otros barcos de la flota comenzaban a ejecutar el cambio de curso. Un movimiento que se produjo en la periferia de su campo visual le llamó la atención: Urial lo llamaba con un gesto de la cabeza.

—Quédate aquí —le dijo Malus a Hauclir, y atravesó la cubierta, que se inclinaba al virar la nave corsaria.

Urial, según advirtió, parecía haberse acostumbrado por fin a los movimientos del mar, ya que inconscientemente su cuerpo seguía los cambios de plano de la cubierta de madera.

—¿Qué sucede? —preguntó Urial al acercarse Malus. En el pálido semblante del antiguo acólito, se apreciaba una tensión sutil. ¿Era porque preveía la batalla, o por alguna otra cosa?

—Viramos hacia la tormenta de ahí —dijo Malus—. Bruglir tiene la esperanza de que escaparemos de los bretonianos cuando entremos en ella.

Urial frunció el ceño.

—¿El famoso capitán del mar no presentará batalla?

—Considera las cosas a largo plazo —replicó el noble—. Habrá abundancia de batallas importantes en el sitio al que nos dirigimos, y debe conservar las fuerzas. En su lugar, yo haría lo mismo.

—Pero ¿y si los bretonianos nos encuentran en la tormenta?

—Entonces, habrá batalla, en efecto —dijo Malus—, desde cerca y brutal. Sin duda, morirán hombres.

Los ojos de Urial brillaron ante la perspectiva.

—Vaya —dijo con anhelo—. Incluso un gran capitán del mar podría encontrarse con un cuchillo clavado en un costado por alguien desconocido si el atacante fuese lo bastante temerario.

Los ojos de Malus se abrieron más, y se inclinó hacia Urial para hablarle con un ronco susurro.

—Pero éste no es momento para los cuchillos de los asesinos. Necesitamos a Bruglir para que comande la flota. Si muere, los capitanes mirarán por sí mismos, y lucharán por el control de la flota o pondrán proa a casa. No puedo permitir que suceda eso; todavía no.

Una mueca contorsionó el rostro de Urial.

—Siempre y cuando recuerdes el juramento que hiciste, Malus —siseó—, cuenta con mi apoyo. Pero mi paciencia tiene límites.

—Por supuesto, hermano —replicó Malus con voz tensa porque intentaba ocultar la irritación—. Dime, ¿has visto a nuestra hermana desde que sonó el cuerno?

—No. Permanece bajo cubierta, creo —replicó Urial—. Estoy un poco decepcionado. Esperaba que la perspectiva de una batalla la hiciera salir del camarote.

«O podría estar en los entrepuentes, agazapada entre los tripulantes y en espera de una oportunidad para acercarse a Tanithra», pensó Malus. No sabía muy bien cómo iba a reaccionar Bruglir si la primera oficial acababa con un cuchillo clavado en la espalda. ¿Se vengaría de Yasmir? No había forma de saberlo. Por un momento, Malus pensó en enviar a Hauclir a la proa para mantener vigilada a Tanithra, pero casi de inmediato descartó la idea. ¿Qué podía hacer el guardia? ¿Interponerse entre la primera oficial y una asesina dama noble? ¿Qué conseguiría con eso, además de su propia muerte?

El viento barrió la cubierta con más fuerza, azotó la capucha de Malus y le lanzó a la cara una nube de cristales de hielo. El cielo se oscureció cuando el *Saqueador* atravesó la línea de la tormenta invernal y se adentró en ella. Al cabo de poco, resultaría difícil ver a más de unos pasos en cualquier dirección, y el peligro podría caer sobre ellos sin previo aviso, desde cualquier parte.

«Incluso desde dentro del propio barco», pensó Malus mientras observaba a los tripulantes. Cuando la tormenta se les echó encima, recordó un antiguo proverbio: «Cuando cae la noche, salen los cuchillos.»

La tormenta los azotaba como una tremenda serpiente, golpeaba el casco, los mástiles y las velas con invisibles latigazos de violento viento helado, y siseaba al atravesar la cubierta y los aparejos en medio de un chaparrón de hielo pulverizado y lluvia gélida. Las tablas de teca y las gruesas cuerdas de cáñamo quedaron cubiertas por una fina capa de hielo en poco tiempo, cosa que hacía que cada paso fuese traicionero y potencialmente fatal, ya que el *Saqueador* se balanceaba e inclinaba sobremanera a causa de la furia de la tempestad.

Había pasado casi una hora y media desde que los barcos habían desaparecido en la niebla gris. Los tripulantes de la cubierta se apiñaban a lo largo de la borda y miraban hacia la indistinta negrura en busca de formas oscuras que pudieran ser otro barco. En una tormenta semejante, no había barcos amigos; una colisión con otra nave corsaria sería tan mortal como una con un barco bretoniano, e igualmente súbita.

Malus se estremecía bajo el peso de la gruesa capa. A pesar de que eran varias las telas que lo protegían, el viento helado había logrado llegarle hasta la piel y empapararlo hasta los huesos en pocos minutos. El hielo le ribeteaba la capucha y

crujía sobre sus hombros. Él se aferraba a la borda de estribor, no lejos de Urial, y miraba hacia la niebla como todos los demás. El noble sólo podía diferenciar el cielo del mar mediante sutiles matices de gris. Todos estaban tensos, muchos pasaban los dedos nerviosamente por la empuñadura de la espada, y temían que apareciera una forma oscura ante ellos.

Rechinando los dientes, Malus apartó los ojos de la oscuridad gris para recorrer a la tripulación con la mirada. Bruglir continuaba de pie junto al timón, tieso como una vara ante el viento. El hielo blanco cubría la parte frontal de su capa y las puntas de sus botas, pero a pesar de todo eso parecía imperturbable ante la aullante furia del viento. El timonel aferraba con fuerza el timón e intentaba emular el ejemplo del capitán. Urial estaba con sus guardias a pocos pasos de distancia, en la borda de estribor, parcialmente protegido del gélido viento por los altos cuerpos ataviados con ropones de sus guerreros.

Hauclir se encontraba junto a Malus y se sujetaba a la borda con una mano. El antiguo capitán de la guardia tenía la capucha echada atrás y, con la cabeza desnuda, mantenía la mirada fija en la tormenta. Malus se inclinó hacia él.

—¿Quieres perder la nariz y las orejas a causa de la congelación, estúpido?

El guardia negó con la cabeza.

—He sufrido congelación más veces de las que puedo contar, mi señor. Un poco del ungüento de raíz negra de mi madre, y la piel me queda como nueva. No, lo que ocurre es que no puedo soportar no ver todo el entorno en una situación como ésta. —Encogió los hombros—. Tengo el pelo de la nuca completamente de punta, como si ahí fuera hubiese alguien apuntándome con una ballesta. ¿Durante cuánto tiempo vamos a permanecer dentro de la tormenta?

Malus se encogió de hombros.

—Hasta que el capitán esté convencido de que nos hemos escabullido del enemigo. Dentro de poco oscurecerá, así que supongo que entonces intentará poner proa a aguas más calmas. —«Aunque no tengo ni idea de cómo lo lograré», pensó—. Ya hemos superado la peor parte —continuó, más para tranquilizarse a sí mismo que a Hauclir—. Es probable que cada momento nos aleje más de los bretonianos...

Justo en ese momento, a estribor, un estruendo resonó a lo lejos por encima del aullido del viento, y el ruido de madera que se partía se prolongó un tiempo.

—¡Una colisión! —gritó uno de los marineros mientras señalaba hacia la niebla sin necesidad—. ¡Algo ha chocado con el *Cuchillo Ensangrentado*.

—O dos gordos barcos bretonianos se han dado un beso en el casco, en medio de la niebla —sugirió otro marinero sin mucha convicción.

—¡Silencio en la borda! —ordenó Bruglir con un siseo como el de una espada al raspar contra otra.

Los hombres guardaron silencio. Malus se volvió a mirar a su hermano mayor... y

vio la grandiosa forma oscura que se materializaba en la penumbra, al otro lado del barco, lanzada como un rayo hacia la desprevenida nave corsaria.

Todos los hombres de la borda de babor parecieron gritar al mismo tiempo, y Bruglir saltó a la acción sin pensárselo.

—¡Todo a estribor! —le rugió al timonel al mismo tiempo que también cogía la rueda y la hacía girar con toda su alma.

La nave comenzó a virar, pero lentamente, demasiado lentamente. Malus observó cómo los hombres se apartaban en masa de la borda de babor, como una bandada de negros pájaros espantados que abandonaran una rama.

—¡Sujetaos! —gritó a la vez que tendía una mano hacia la borda.

Entonces, el *Saqueador* corcoveó como un caballo picado por una avispa cuando el buque bretoniano chocó de lado con él.

Al encontrarse ambos barcos, la madera se rajó y partió en un largo y desgarrador estruendo, y la cubierta del *Saqueador* se inclinó cada vez más hacia el agitado mar al ser empujada por el buque, más pesado, de los humanos. Los marineros ataviados de negro se aferraban con desesperación a los aparejos cubiertos de hielo, mientras las perchas de los tres mástiles descendían cada vez más hacia el voraz mar. Malus se sujetaba a la borda de estribor con ambas manos, y sentía que se le removían las entrañas porque parecía que el barco se iría de lado y voltearía. Entonces, en el último momento, el *Saqueador* llegó al fondo del seno de una ola y comenzó a subir por la siguiente, y el casco volvió a descender por babor y golpeó el flanco de la nave de los humanos.

El cambio de rumbo que en el último minuto había ejecutado Bruglir los había salvado. En lugar de recibir el impacto de la proa de la nave bretoniana en medio del casco, la corsaria se había desviado, y el buque sólo le había raspado el casco a lo largo. No obstante, los dos barcos estaban entonces pegados, con las perchas de cada uno enredadas en los aparejos del otro, y Malus observó que los humanos se recobraban del impacto con rapidez y lanzaban cabos de abordaje por encima de la borda de la nave druchii. Los bretonianos ya corrían hacia ellos, con hachas y podaderas en las manos, y se preparaban para trabarse en combate con su presa.

—¡*Saanishar!* —rugió Bruglir en medio del aullante viento, al mismo tiempo que blandía la espada en el aire—. ¡Que todos repelan a los enemigos!

El buque bretoniano tenía la manga más ancha pero el casco más bajo, así que la cubierta del castillo de popa de la nave corsaria se alzaba por encima de la cubierta principal del enemigo. Los marineros regresaron a toda prisa a la borda de babor y se pusieron a asestar tajos a los cabos de abordaje con hachas de mango corto, pero una ola de enemigos pasó por encima de la borda de la cubierta principal, situada más abajo, y se trabaron en combate con los aturridos marineros druchii. Arriba, en los aparejos, los masteleros cortaban el cordaje del barco enemigo e intercambiaban

disparos de ballesta con los bretonianos, que se esforzaban por mantener unidas ambas embarcaciones.

Malus desenvainó la espada y flexionó los entumecidos dedos que aferraban la empuñadura envuelta en cuero en un intento de recuperar algo de sensibilidad. Se volvió hacia Urial y los marineros que lo rodeaban.

—¡Bajemos a la cubierta principal! ¡Mantened a los humanos alejados de la escalerilla del castillo de popa, y obligadlos a regresar a su buque!

Urial entendió de inmediato lo que Malus decía. Alzó en alto el hacha rúnica, cuyos agudos filos crepitaron, rodeados por un nimbo de energía roja.

—¡Sangre y gloria! —gritó, y echó atrás la cabeza para aullarle a la tormenta.

Fue como si la descarga eléctrica de un rayo pusiera a los corsarios en movimiento. Recogieron el grito de Urial y corrieron hacia la escalerilla, con las armas en alto. Malus se abrió paso entre la masa de hombres, pues sabía que cada minuto que pasaba significaba que otra docena de enemigos subiría a bordo del *Saqueador*.

La ola de hombres lanzada hacia la escalerilla creó un atasco en lo alto. Malus golpeaba las espaldas de los hombres con el plano de la espada, pero no podían avanzar más ni ir más aprisa. Gruñendo, se abrió paso hasta la borda que dominaba la cubierta principal, y vio que los humanos habían penetrado en ancha cuña y casi habían aislado el castillo de popa del castillo de proa. Había enemigos que luchaban en la base de las dos escalerillas del castillo de popa e impedían que los refuerzos llegaran hasta los grupos de corsarios que se encontraban rodeados en la cubierta de abajo.

Hauclir se detuvo en seco y miró por encima de un hombro de Malus.

—Casi nos tienen —dijo—. ¿Y ahora, qué?

—¡Sigúeme! —gritó Malus, que se subió a la borda y saltó hacia los hombres de abajo, a la vez que gritaba como un *raksha*.

Los humanos apenas tuvieron tiempo de alzar la mirada antes de que Malus les cayera encima y derribara a tres de ellos con el cuerpo acorazado, en tanto que le abría la cabeza a otro con un tajo descendente de la espada. Se desplomaron sobre la cubierta en un enredo de extremidades y bramando maldiciones. Una cara humana le gritó, y Malus le clavó el pomo de la espada en un ojo. Una mano intentó rodearlo desde detrás y cogerlo por la garganta. La hoja de una arma rebotó contra su hombrera derecha, y alguien le pateó la cadera. El noble se debatía como un pez fuera del agua, y asestaba tajos a un lado y otro en un desesperado intento de despejar un espacio en el que ponerse de pie. Entonces, se produjo otro impacto cuando Hauclir le cayó casi encima y se puso a repartir tajos de espada y golpes con el garrote de un metro que llevaba en la mano izquierda. Los hombres gritaban y huían del noble mientras el guardia mataba o mutilaba a todos los que se le ponían al alcance, sin que

su cara perdiese la expresión serena que la caracterizaba. El noble logró rodar hasta un espacio despejado y ponerse de pie cerca de la escalerilla.

El estruendo era increíble. Decenas de humanos y druchii proferían gritos de guerra y se acometían unos a otros con furioso abandono, y el ruido de todo aquello ahogaba el aullido del viento y el zumbido de los oídos de Malus. Sus pies resbalaron en un fango de sangre y hielo cuando los enemigos se recobraron del ataque y se lanzaron hacia él para asestarle tajos con pesados chafarotes cortos, o intentar abrirle tajos en las piernas con las podaderas. Un humano con dientes de menos lo acometió con un chafarote y se lanzó demasiado a fondo, con lo cual clavó la punta del arma en la madera de la escalerilla. Malus le rebanó la garganta con un tajo de espada, y empujó al hombre hacia atrás con el tacón de la bota. Otro humano lo cogió por el tobillo e intentó derribarlo de un tirón; Hauclir, situado a la izquierda, giró sobre un talón y le cortó la mano a la altura de la muñeca con un potente tajo de espada.

Las flechas de ballesta atravesaban el aire desde todas direcciones, disparadas por hombres situados en el velamen o en las cubiertas de ambas embarcaciones. Un humano que Malus tenía delante tosió y vomitó sangre al mismo tiempo que caía con una flecha druchii negra clavada en la espalda. Un enemigo acometió a Hauclir con el chafarote, y le hizo un golpe de soslayo en una sien. Malus clavó la punta de la espada en la axila del humano, y la hoja penetró a través del músculo y la articulación, y llegó a los órganos internos.

La presión de la masa disminuía. Malus descubrió que tenía delante más espacio para blandir la espada, y a su derecha, había más corsarios que lograban abrirse paso escaleras abajo para unirse a la batalla. Entonces, vio un grupo de figuras con capa negra que surgía desde la base de la escalerilla, y los grandes *draichs* comenzaron a trazar arcos rojos cuando los hombres de Urial acometieron a los humanos. Entre los atacantes bretonianos se alzó un tremendo alarido de desesperación, y Malus respondió con un grito espeluznante a la vez que se lanzaba hacia adelante con la espada preparada.

De repente, la visión de Malus se volvió borrosa, y se le contrajo el estómago al ser víctima de una ola de vértigo. El rugido de la batalla resonaba y volvía a resonar enloquecidamente en sus oídos, como si no estuviera oyendo una, sino múltiples versiones del mismo estruendo. Los hombres que tenía delante se triplicaban y cuadruplicaban ante sus ojos. Era la misma sensación que había experimentado antes, ese mismo día, en el mismo sitio, junto a la escalerilla de estribor.

De repente, tuvo una premonición nefasta. Sin pensarlo, Malus echó una rodilla en tierra y extendió una mano para sujetarse a la resbaladiza borda. Cerró los ojos y sacudió salvajemente la cabeza; el vello de la nuca se le erizó en espera de que uno de los atacantes intentara aprovecharse de su estado de confusión. Pero no recibió golpe alguno, y el mundo pareció estabilizarse al cabo de un momento. Se puso en pie de



un salto y vio que las dos naves comenzaban a separarse la una de la otra, y los atacantes huían en desbandada hacia la borda de babor, apartándose, como si fueran agua, de una figura luminosa que apareció en medio de ellos con el desnudo cuerpo envuelto en un atuendo de sangre humeante, y de inmediato, Malus comprendió qué había sucedido.

Yasmir había aparecido en cubierta en mitad de los enemigos, armada con los cuchillos gemelos, y con total indiferencia hacia su propia vida, había danzado entre ellos como una sacerdotisa del templo para arrebatarse una vida con cada sinuoso movimiento de brazo. Pasmados y aterrorizados por la hermosa figura mortífera, se apartaron de ella hacia todas partes, lo que permitió que un mayor número de corsarios bajara a toda velocidad del castillo de popa por la escalerilla de babor y se uniera a la lucha. Los marineros se habían puesto a cortar las cuerdas que unían ambos barcos. Un momento después, había quedado en libertad, y los atacantes, que instantes antes se creían al borde del triunfo, se hallaban entonces enfrentados con el terrible destino de verse atrapados a bordo de un corsario druchii. Los hombres ya estaban pasando por encima de la borda de babor y arrojándose hacia la brecha que mediaba entre las naves, pues preferían arriesgarse a morir en las peligrosas aguas antes que ser capturados por la vengativa tripulación del barco druchii. Yasmir se erguía entre pilas de enemigos muertos, bañada en sangre y riendo con intenso júbilo demente ante la matanza que había llevado a cabo. Los atacantes no le habían dejado ni la más leve señal.

Malus avanzó unos pocos pasos más hacia el enemigo derrotado, y se detuvo, repentinamente exhausto. Bajó la espada ensangrentada e inspiró ávidamente el gélido aire mientras observaba cómo el barco bretoniano se alejaba por babor. Alguien de la cubierta del castillo de popa había dirigido el lanzador de virotos de babor hacia el barco enemigo y le había arrancado el timón de un disparo, con lo que había dejado el buque a merced de la tormenta. Un terrible lamento se alzó entre los supervivientes cuando la nave de ancha manga se bamboleó, impotente, sobre las olas, y fue tragada por la arremolinada niebla.

El noble recorrió con la mirada la escena de la cubierta principal. Por todas partes, yacían cuerpos de los que se elevaba vapor en el aire frío. Los marineros druchii que caminaban entre ellos remataban a los heridos y arrojaban los cadáveres por la borda. Al retirar los cuerpos que rodeaban a Yasmir, los corsarios se movían con vacilación, casi reverentemente, mientras ella los observaba con una especie de asesina serenidad. Urial y sus hombres se le acercaron y cayeron de rodillas. La cara del antiguo acólito era una máscara de éxtasis místico.

Malus apartó la mirada con asco. Tenía la mano izquierda como si fuera de hielo. Bajó los ojos hacia la palma bañada en sangre, y lo recorrió un estremecimiento. «He visto esto antes», pensó, y sintió que la fría mano del terror se posaba sobre él.

Como un sonámbulo, volvió sus pasos hacia la escalerilla de babor. Justo antes de llegar, tropezó con el cuerpo de un enemigo muerto, y se sujetó con la mano izquierda al caer contra la escalerilla.

Junto a la mano había una saeta de ballesta de negras plumas clavada en la madera. Estaba a la altura del pecho, en el mismo sitio donde él se encontraba minutos antes.

«Aquí es donde morí —pensó—, o donde habría muerto de no ser por la premonición que he tenido. ¿Cómo es posible?»

La risa del demonio fue la única respuesta que obtuvo.

## 15. La vela negra

Había amanecido hacía apenas una hora cuando la violenta tempestad perdió fuerza y las nubes cedieron paso al sol de principios de la primavera. Se encontraban muy adentrados en el mar, sin tierra a la vista, con rumbo nornoroeste, en dirección a Ulthuan. Las oscuras velas de piel humana se hincharon con el refrescante viento, y el *Saqueador* no tardó en volar sobre las olas como un pájaro alado.

Bruglir dirigió la nave hacia el nordeste para seguir la ruta septentrional de saqueo que rodeaba la costa oriental del hogar de los elfos. Llegaron a Ulthuan al cabo de varias semanas, y pasaron de largo a altas horas de la noche; en ese momento, Urial hizo guardia por su cuenta y observó la oscuridad como un lobo, perdido en pensamientos íntimos de fuego y destrucción.

Después de que los últimos atacantes hubiesen muerto, Yasmir había vuelto a retirarse a su camarote. En un momento, estaba de pie en medio de la cubierta, rodeada de pilas de cadáveres, y al siguiente, había desaparecido. El alojamiento de ella se encontraba justo al fondo del pasillo al que daba la sala de mapas donde Malus intentaba dormir; de vez en cuando, siempre a altas horas de la noche, oía susurros quedos procedentes de esa dirección. En una ocasión, se había levantado del improvisado lecho y había avanzado con cautela hasta la puerta. Al asomarse al pasillo débilmente iluminado, había visto a Urial arrodillado ante la puerta de Yasmir, con la cabeza inclinada en actitud de plegaria y salmodiando en voz baja, como si se hallase ante el Dios de Manos Ensangrentadas.

Era asombroso que ni Tanithra ni Urial hubiesen sido asesinados —por no mencionar a Bruglir— en medio de la sangre y la matanza de la confusa batalla librada durante la tormenta. De todos los nobles del barco, el único que había escapado por poco del asesinato había sido él mismo.

¿Y por qué no? Aparte del poder de hierro, existían pocas razones para que le temieran. Bruglir y Tanithra tenían a toda la tripulación de la flota para vengarlos. Yasmir tenía a sus pretendientes. Urial contaba con el templo. Él no tenía nada. Ese pensamiento bastó para hacer que permaneciera dentro del camarote cuando caía la noche, bebiendo botellas de vino que Hauclir había hurtado de la bodega.

No había tenido más sueños ni visiones desde la batalla de la tormenta. Malus sospechaba que la copiosa cantidad de vino que había bebido tenía algo que ver con ello. Ciertamente, parecía mantener al demonio inactivo, cosa que, por sí misma, hacía que mereciese la pena el esfuerzo.

Una semana después de escapar de la trampa bretoniana, el *Saqueador* llegó al Saco de Perlas, punto secreto de reunión entre los pequeños atolones donde en otros tiempos se alzaba Nagarythe. Para cuando llegó el barco de Bruglir, el resto de la flota aguardaba anclada en la ensenada protegida, sobre aguas añiles que mostraban

reflejos perlados cuando el sol estaba alto.

Faltaban dos barcos. El *Cuchillo Ensangrentado* se daba por perdido, ya que había colisionado con un barco bretoniano en medio de la tormenta. Otro, el *Zarpa de Dragón*, simplemente había desaparecido. Lo habían visto por última vez navegando con una gran parte de las velas desplegadas; tal vez se había perdido, o quizá había sufrido tantos daños que se había visto obligado a abandonar el viaje y regresar a Ciar Karond. La flota esperó durante días en la ensenada oculta mientras los vigías observaban los mares en busca de signos que revelaran que se aproximaba algún barco, pero al final Bruglir declaró que no podía esperar más y ordenó zarpar al resto. Cuanto antes se ocuparan de los skinriders, antes podrían poner rumbo a casa.

—El problema es —dijo Bruglir mientras miraba con el ceño fruncido la carta de navegación que tenía desplegada delante— que los barcos de los skinriders no llevan mapas.

El sol entraba oblicuamente por las ventanas abiertas del camarote del capitán y transportaba consigo el susurro de la estela del *Saqueador* y el olor a salitre del mar. Se encontraban a cuatro días de navegación al nornoroeste de Ulthuan, casi en paralelo con los estrechos que conducían a Karond Kar, situada a unas trescientas leguas al oeste. Estaban en la periferia de las violentas aguas del norte; a partir de ese punto, cada día los adentraría más en los dominios de los skinriders.

La carta de navegación que se encontraba desplegada sobre la mesa del capitán, cubierta de pequeños hoyos, era la mejor referencia que tenía cualquier marinero druchii de los mares situados al nordeste de Naggaroth, y para Malus, revelaba muy poco que fuera de valor. Las líneas que representaban las corrientes oceánicas trazaban huellas de serpiente por el mar abierto, entrando y saliendo entre largas cadenas de diminutas islas que carecían de descripción y nombre. Las áreas costeras de los grandes continentes estaban señaladas con las denominaciones de las deformes tribus del Caos que las poseían: aghalls, graelings, vargs, y otras. El cartógrafo había dibujado pequeños seres con tentáculos que hacían pedazos barcos o los arrastraban a las profundidades.

El noble se encontraba sentado en una silla situada frente al capitán, y bebía vino aguado en una jarra de peltre. Desde que habían dejado atrás Ulthuan, casi todo lo que había en la bodega había comenzado a racionarse, dado que nadie sabía con seguridad cuánto tiempo duraría el viaje. Malus comprendía que era una medida prudente, pero resultaba terrible para la moral de la tripulación. A su humor, ciertamente, no estaba haciéndole ningún bien.

—Vamos, hermano, yo no soy una ave marina como tú, pero hasta yo sé que eso es imposible —replicó con acritud—. ¿Cómo navegan?

Bruglir se encogió de hombros.

—Tienen pequeños escondites en muchas de las islas de la zona —explicó al

mismo tiempo que señalaba con un barrido de la mano un reguero de diminutos puntos que había en la carta—. Creo que conservan las cartas allí, bajo llave. Cuando los capitanes arriban a puerto, estudian lo que necesitan saber para llegar a la escala siguiente y continúan viaje. Es la única posible explicación que se me ocurre. —El bigote del capitán se frunció con expresión de disgusto—. Los skinriders son criaturas monstruosas y abominables, pero inteligentes a su manera.

—¿Y qué me dices de la tortura?

—¿Cómo? —bufó Bruglir con asco—. La piel se les convierte en fango y se les cae de los huesos. La carne les hierve de pestilencia y tienen las venas colmadas de podredumbre. Si los abres con un cuchillo, lo único que consigues son enfermedades que corren como llamas entre la tripulación.

Malus miró ceñudamente el interior de la jarra.

—En ese caso, tendremos que saquear uno de sus escondites.

Bruglir asintió.

—Es exactamente lo que yo pensaba. Pero una cosa así es más fácil decirlo que hacerla. —Se reclinó contra el alto respaldo de la silla y cruzó los brazos—. No eres el primer noble que intenta exterminar a esas alimañas; incluso yo lo intenté hace varios años. Nadie lo ha logrado, por dos razones. La primera, porque toda la zona es como un avispero: cada escondite de las islas está a un día de navegación de otro, así que la noticia de un ataque se propaga con rapidez. Cada escondite mantiene al menos una nave tripulada y a punto para zarpar de inmediato. Escapará ante la primera señal de peligro para dar la alarma, y al cabo de dos días, los mares que rodean la isla estarán llenos de barcos de los skinriders en busca de venganza. La segunda, y más importante, es el problema de la plaga. Los barcos ya son bastante malos, pero los escondites son pozos negros donde hierven todas las enfermedades imaginables. Si subes al barco una simple hoja de pergamino que encuentres allí, la tripulación será diezmada en cuestión de días.

—Hablé con Urial antes de salir del Hag, y me aseguró que tiene un medio para combatir la pestilencia de los skinriders —dijo Malus—. ¿Puedes garantizar que serás capaz de impedir que cualquier barco escape durante el saqueo?

Bruglir frunció los labios, pensativo.

—Tengo suficientes barcos para acordonar una isla pequeña —replicó—, y los skinriders son unos marineros mediocres, en el mejor de los casos. Nada es seguro, pero creo que tenemos buenas probabilidades de lograrlo.

—Muy bien —asintió Malus, no del todo contento con la respuesta—. ¿Tienes alguna isla en mente?

Un dedo con cicatrices dio unos golpecitos sobre un punto de tinta de la carta.

—Ésta —replicó Bruglir—. Puede ser que los skinriders tengan un nombre para ella, pero no es más que un bulto de roca que aflora del mar, de tal vez cinco

kilómetros de largo. Durante años han mantenido allí un pequeño puesto de escala porque se encuentra muy cerca de nuestras rutas septentrionales de saqueo. Tendremos que aproximarnos con cuidado a la isla; habrá exploradores y patrullas regulares en la zona, así que tengo planeado dividir la flota en tres pequeñas escuadras, que seguirán rutas distintas. El *Saqueador*, el *Dragón Marino* y el *Navaja Negra* son los más veloces, así que navegarán juntos. Podemos llegar a la isla en dos días.

—¿Y estás seguro de que allí habrá cartas de navegación?

—¿Acaso soy un skinrider? Claro que no estoy seguro —gruñó Bruglir—. Pero es el mejor sitio que se me ocurre para buscar.

—En ese caso, habrá que conformarse —dijo Malus al mismo tiempo que se ponía de pie. Acabó el vino y dejó la jarra sobre la mesa—. Le diré a Urial que comience los preparativos. —A medio camino de la puerta, el noble se detuvo y se volvió a mirar al capitán—. Tal vez te interese también darles a los ballesteros un poco de tiempo para practicar. El hombre al que le ordenaste asesinar me durante el abordaje tiene una puntería terrible.

Los ojos de Bruglir se agrandaron ligeramente.

—¿Alguien intentó asesinarte, hermano? No tenía ni idea. Tal vez fue Tanithra; no ha hablado de otra cosa que de cortarte el cuello desde que trajiste a bordo a nuestra querida hermana.

Malus sonrió.

—La suya es una amenaza ociosa, hermano. Puede ser que no le guste a tu primera oficial, pero no ganaría nada con mi muerte. Es más probable que intente acabar con Yasmir, no conmigo. Tú, por otra parte, tienes muchas cosas que ganar con mi muerte, y la menor de ellas no es el hecho de quedar libre del poder de hierro. —El noble rió entre dientes—. Y en cuanto a Tanithra, yo que tú me preocuparía más por mi propia salud. Tiene que saber que, antes o después, Yasmir va a forzar las cosas entre vosotros tres, y de la elección que te veas obligado a hacer dependen muchísimas cosas para ella. Escoge sabiamente. Yo diría que tu vida depende de eso.

Sin aguardar respuesta, Malus giró sobre los talones y salió del camarote, acompañado por el suave golpeteo de las botas sobre la crujiente cubierta. Hauclir, que había permanecido recostado contra el mamparo del exterior del camarote, salió de su ensoñación y siguió al noble.

—¿Le hablaste de la saeta de ballesta? —preguntó Hauclir.

—Sí —replicó Malus por encima del hombro, sin hacer esfuerzo alguno por ocultar la irritación que sentía.

—¿Qué dijo?

—Lo negó, tal y como yo esperaba. Pero eso me permitió sembrar la semilla que quería respecto a Tanithra. ¿Qué le has sonsacado a la tripulación?

—Algunas cosas interesantes, de hecho —replicó Hauclir, que inspeccionó el pasillo por delante y detrás de ellos para ver si había algún fisgón potencial—. Si hace tres semanas les hubiera preguntado a estos pájaros marinos a quién seguirían en lugar de a Bruglir, habrían respondido que a Tanithra, sin dudarlo.

Malus se detuvo.

—¿Y ahora?

—Ahora no les gusta mucho la animadversión que siente hacia Yasmir. Parece que a estos cuervos se les ha metido en la cabeza que es una especie de santa, por su belleza y su extraño comportamiento, y por la forma en que acabó con esos bretonianos durante la tormenta. ¿Has visto la puerta de su camarote últimamente? Los marineros se han puesto a tallar pequeñas plegarias en la madera, para pedirle su protección durante el viaje.

—¿De verdad? Ésa sí que es una noticia interesante. —Malus se dio golpecitos en el mentón con un largo dedo índice—. Parece que ha enamorado a alguien más que a mis hermanos. Así pues, ¿no les gusta mucho la ira de Tanithra?

—No, mi señor. Piensan que al conspirar contra Yasmir los pone en peligro a todos.

El noble meditó lo que acababa de oír y sonrió.

—Excelente. Echa más leña al fuego, Hauclir. Haz correr la voz de que Urial teme que si asesinaran a Yasmir, la venganza del propio Khaine caería sobre la tripulación.

Hauclir miró a Malus con recelo.

—¿Así que ya has decidido cómo vas a jugar las cartas?

—Casi —respondió el noble—. Pero no te preocupes, Hauclir —dijo al mismo tiempo que se volvía y le daba unas palmadas en un hombro a su guardia—. Todavía tienes posibilidades. Aún podría matarte antes de que acabe todo esto.

Dos lunas tendían un manto de plata sobre el inquieto mar. Respiró el aire que olía a podredumbre, un hedor fétido que se le metía en los pulmones como una niebla espesa y se enconaba en ellos. Sentía la piel floja y grasienta sobre la carne y los huesos.

A lo lejos veía un alto mástil y una negra vela triangular que se alzaba como un espantoso estandarte en el horizonte.

El aire onduló como agua, se volvió gris y frío, y no pudo respirar. En torno al cuello tenía manos huesudas que lo inclinaban hacia atrás para sumergirlo en un charco de aguas legamosas. Se debatía y pataleaba, gruñía y escupía repugnante líquido. Empujó con todas sus fuerzas para enderezarse y se encontró, cara a cara, con una horrenda criatura, cuya forma putrefacta estaba envuelta en capas de piel manchada de pus que le colgaban del cuerpo como un ropón mal cosido. Sintió que la pulposa carne de los dedos de la criatura exudaba sangre putrefacta al apretarle el

cuello. Sus ojos eran poco más que globos de moho verde grisáceo que ardían de odio en las profundidades de una capucha sin rostro hecha de piel humana podrida. Abrió la boca para hablar, pero se le llenó de un hedor de cadáveres descompuestos que ahogó las palabras con un vómito de amarga bilis.

Otra criatura enferma se unió a la primera, lo aferró por los hombros y lo inclinó hacia el agua. ¡Iban a ahogarlo en la sentina del barco! Otras manos lo cogieron por los brazos, la cintura y las piernas, y lo alzaron del suelo. Su cabeza se sumergió en la inmunda agua fría. Se debatía en aquella presa fétida, pero lo sujetaban con firmeza...

Malus cayó de la mesa de mapas con un grito estrangulado, enredado en sábanas empapadas de sudor. Impacto sobre la cubierta con un doloroso golpe, y un codo se le estrelló contra la pulimentada madera. Sin embargo, el tremendo dolor hizo poco por disipar la sensación de vértigo y la visión borrosa que le causaban mareo y confusión.

—¡Maldición! —Malus rodó hasta quedar de espaldas, cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes ante las olas de desorientación que lo recorrían—. ¡Despierta, demonio! ¡Ayúdame!

Tz'arkan se deslizó contra sus costillas.

—Pero, Malus, ya he hecho todo lo que podía. Debes hallar por ti mismo la salida de este laberinto. —El demonio rió cruelmente para sí mismo, como si le hiciera gracia algún chiste privado.

El noble gruñó y se golpeó la parte posterior de la cabeza contra la cubierta, hasta que el dolor libró a su mente del mareo. Pasado un momento, abrió los ojos, con los dientes desnudos en una mueca de sufrimiento. Era tarde, y un rayo de luz azul plateado de las lunas gemelas que se encontraban bajas en el cielo entraba por el ojo de buey que estaba situado sobre el improvisado lecho.

Estudió la pálida luz, y lo inundó una poderosa sensación de terror. Se levantó, se puso las botas y el cinturón de la espada, y subió a cubierta.

La noche era fría y ventosa, y la cubierta del barco se encontraba en silencio, salvo por el restallar de las velas y el crujir del casco del *Saqueador*, que bogaba velozmente hacia el norte. Hacia estribor, vio la gallarda silueta de uno de los barcos hermanos de la nave corsaria, cuya esbelta proa hendía sin esfuerzo las aguas gris acero. El noble permaneció junto a la borda durante un tiempo bastante largo, mientras sus ojos se esforzaban por penetrar la oscuridad del horizonte. Finalmente, renunció y avanzó hacia la cubierta del castillo.

La cubierta superior de proa era el doble de grande que la de popa. Tenía cuatro lanzadores de viroles en lugar de dos, además de cuerdas enrolladas y rematadas por garfios de abordaje colocadas junto a la borda. Ruuvalk, el segundo oficial del barco, se encontraba allí, fumando en una pipa de caña larga mientras supervisaba ociosamente a los vigías de proa. El marinero le lanzó a Malus una mirada suspicaz.

—¿Vienes a hacer la guardia de lobos con nosotros?



—Allá fuera hay un barco —dijo Malus—. Un mástil alto con una vela negra triangular.

Ruuvalk se tensó y repentinamente se puso alerta.

—¿Dónde?

—No..., no lo sé.

El noble miró hacia el mar; estaba exprimiéndose el cerebro por recordar la imagen del barco del sueño que acababa de tener. Comparó la imagen mental con la que tenía delante, mientras miraba hacia estribor desde la proa.

—Allí —dijo, y señaló con un dedo—. Allí, en alguna parte.

Los vigías del lado de estribor se volvieron en la dirección indicada, incapaces de resistirse al tono autoritario del noble. Ruuvalk miró con fijeza a Malus y negó lentamente con la cabeza.

—Perdóname, temible señor, pero ¿estás borracho?

—¡Una vela! —Uno de los vigías extendió un brazo para señalar hacia el nordeste—. Cuatro cuartas a proa.

Los ojos de Ruuvalk se agrandaron. Tras lanzarle a Malus una mirada de despedida, corrió hasta la borda y se metió entre los vigías.

—¡Maldita sea mi alma! ¡Un triángulo negro! —murmuró al mirar hacia la oscuridad—. Un explorador de los skinriders, ya lo creo. ¿Nos han visto?

—Es muy probable —replicó el vigía, ceñudo—. Ha virado de repente. Da la impresión de que se preparan para atacarnos.

—¡Maldición! Pensaba que podríamos acercarnos más antes de que se diera la alarma —murmuró Ruuvalk—. Pero el mar está en calma y tenemos buen viento. Esos perros apestados aún no han huido. —Se apartó de la borda y miró hacia popa—. ¡Vela negra a estribor de proa! —le bramó Ruuvalk al suboficial de la cubierta—. ¡Toque de batalla! Largad todas las velas y virad tres cuartas a estribor.

Cuando las tres lúgubres notas del cuerno de guerra resonaban en el aire de la noche, Ruuvalk se volvió hacia Malus.

—Si no hubiésemos sabido dónde mirar, no lo habríamos visto. Podría haber dado media vuelta y haber desaparecido tras el horizonte sin que nadie se hubiese dado cuenta. ¿Cómo supiste que estaba allí?

Malus sostuvo la fija mirada del marinero mientras consideraba infinidad de respuestas posibles. Finalmente, se encogió de hombros y decidió decirle la verdad.

—Lo vi en un sueño.

En otros tiempos, el barco de los skinriders había sido un vagabundo de Lustria, o así lo llamaron los marineros: de cubierta baja y popa ancha, largo, de doble palo, pero provisto de afiladas velas triangulares en lugar de las cuadradas que usaban los bretonianos. Era bastante veloz, como un bailarín ante los corsarios druchii, pero no podía hender las aguas como los negros cascos de sus perseguidores y, poco a poco,

los barcos druchii iban acortando distancia como un trío de lobos hambrientos.

Hauclir gruñó quedamente al ajustar el último conjunto de hebillas de la armadura de Malus. El noble movió con lentitud los brazos para comprobar qué tal se le ajustaba; luego le hizo un breve asentimiento de cabeza al guardia y regresó al grupo de druchii que observaban la persecución desde la proa. Bruglir y Tanithra se encontraban lado a lado ante la borda, a cierta distancia de los vigías de estribor, y de vez en cuando, se hacían el uno al otro observaciones en voz baja de cariz profesional. Habían retirado el hule que cubría los lanzadores de viotes de estribor y los habían preparado, y entonces los marineros que estaban al cargo permanecían ociosos, cerca de la base. El avance de Malus hacia la borda se vio momentáneamente interrumpido por un trío de marineros que gruñían al transportar un barril lleno de agua, sin tapa. Del barril sobresalían tres largos viotes que tenían la punta de acero envuelta en algodón y sumergida en el agua sucia. Los marineros avanzaban con suma lentitud, atentos a los explosivos viotes de aliento de dragón que llevaban. Incluso con las puntas de acero y los globos de vidrio protegidos por capas de algodón, el resplandor verdoso del componente mágico teñía el agua de color esmeralda brillante.

De repente, uno de los vigías señaló con una mano.

—¡Flechas! —gritó.

Las flechas de negras plumas agitaron momentáneamente el agua que mediaba entre ambos barcos. Tras dos horas y media de persecución, los corsarios se habían aproximado ya lo suficiente como para quedar a tiro. Las lunas se habían ocultado, y el pálido resplandor que precedía a la aurora iluminaba el cielo oriental.

—¿Cuánto falta? —preguntó Malus, apoyándose en la borda, a la derecha del capitán.

Bruglir apartó los ojos de Tanithra y lo miró con evidente desagrado, como si acabara de irrumpir en una escena privada.

—Unos pocos minutos más. Primero intentaremos partirles los aparejos y derribarles las velas, para luego situarnos a su lado y prenderles fuego.

Malus gruñó.

—Me sorprende que no den media vuelta e intenten presentar batalla.

El capitán se encogió de hombros.

—Es más importante dar la alarma. Cada minuto que pasen navegando es un minuto que podría acercarlos a otro barco de skinriders. Si pueden hacer correr la noticia, habrán ganado. No les importa nada más. —Bruglir se volvió a mirar a los marineros encargados de los lanzadores de viotes—. Haced un disparo de prueba, para ver hasta dónde podemos llegar.

Distraído, Malus observó cómo los marineros hacían girar la polea que tensaba los cables de acero y colocaban los viotes en los largos canales. Los skinriders

dispararon otra lluvia de flechas, que también cayeron antes de alcanzar el barco druchii. Los lanzadores de viotes resonaron sobre sus soportes, y dos segundos más tarde uno de los proyectiles de dos metros de largo se clavó en los tablones de la popa de la nave de los skinriders. La madera produjo un gran estruendo al partirse.

Bruglir asintió con aprobación.

—Cambiad a cortadores de mástiles —ordenó.

De repente, Malus se puso rígido.

—Alarma... —murmuró. Luego se volvió y llamó a Hauclir con un gesto—. Ve a buscar a Urial y tráelo aquí.

Mientras los marineros de los lanzadores de viotes cargaban las armas, Malus tocó un hombro de Bruglir.

—Debemos capturar el barco de los skinriders —le dijo a su hermanastro.

Bruglir lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—¿Esa vieja gabarra que hace aguas? Si quieres un botín valioso, hay poco que obtener de ese viejo cascarón plagado de gusanos.

—Al infierno con los botines valiosos —siseó Malus—. Ese explorador es nuestro pasaporte para entrar en el escondite de los skinriders. ¡Podremos acercarnos y entrar en el campamento sin provocar alarma ninguna!

El capitán negó con la cabeza.

—Ese barco es un nido de plaga...

—El escondite será aún peor. Lo dijiste tú mismo. Comprobar si Urial puede combatir esa pestilencia aquí es mejor que averiguarlo cuando ya estemos en tierra, ¿no crees? Envíame a mí con un grupo de abordaje, y apartaos. Si no podemos protegernos de la enfermedad que haya a bordo, sólo habrás perdido unos cuantos tripulantes. —«Y al hombre que mantiene el poder de hierro pendiendo sobre tu cabeza», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

Tal vez Bruglir leyó el pensamiento secreto en los ojos de Malus, porque su expresión se volvió pensativa.

—¿Quién tomará el mando del barco capturado?

Tanithra los sorprendió a ambos.

—Lo haré yo. Permíteme escoger al grupo de abordaje, y lo llevaremos directamente a la ensenada de los piratas —dijo. La primera oficial miró al capitán, y luego se volvió para observar la nave de los skinriders con el ceño fruncido—. Probablemente sea lo más parecido a un comando real que pueda lograr nunca.

Si Bruglir captó la amargura de la voz de Tanithra, no lo demostró.

—Muy bien —dijo con brusquedad—. Reúne a los hombres, Tani. Tengo que darles la señal al *Navaja Negra* y al *Dragón Marino*.

El capitán se dirigió a la cubierta principal de popa, donde aguardaba el oficial de señales con el farol. Tanithra lo seguía de cerca y llamaba por su nombre a los

hombres que se apoderarían del barco de los skinriders.

Los marineros que se encargaban de los lanzadores de virotes acabaron de tensar los cables de las armas, y los cargadores colocaron proyectiles especiales en los canales de disparo. En lugar de afiladas puntas de acero, estaban rematados por grandes hojas en forma de media luna, como las de las hoces. Eran capaces de infligirle daños terribles a la tripulación de un barco, pero su función primordial era cortar aparejos y rajar velas. A corta distancia, las hojas curvas podían cortar mástiles como si fueran arbolillos. Los lanzadores de virotes dispararon y los cortadores de mástiles describieron un arco por encima del agua. Uno cayó en algún punto de la cubierta, y el otro rozó el mástil posterior, del que hizo saltar un abanico de astillas, para luego alejarse girando como una destellante rueda de fuego y caer al agua por otro lado.

—¿Me has llamado?

Malus se volvió a mirar a Urial.

—Cuando estábamos en el Hag, dijiste que podías contrarrestar la pestilencia de los skinriders. Pues bien, tus poderes están a punto de ser puestos a prueba. —Señaló la nave con un gesto de la cabeza—. Vamos a subir a ese barco dentro de pocos minutos. ¿Puedes prepararte para entonces?

Urial asintió con la cabeza.

—Debo orar. Hazme llamar cuando llegue el momento —dijo, y se alejó, cojeando.

Malus devolvió la atención a la batalla en curso, justo a tiempo de ver otra salva de flechas que trazaban arcos en el aire a partir de la popa del barco enemigo. Los skinriders se encontraban más cerca esa vez, y las negras flechas golpetearon contra la cubierta y el casco. Un marinero retrocedió con paso tambaleante al mismo tiempo que lanzaba una maldición terrible y se aferraba el asta de la flecha que se le había clavado en un hombro.

Se hallaban ya tan cerca que Malus distinguía a los arqueros que estaban apostados junto a la borda; eran hombres anchos y deformes, rodeados de sucios vapores grises, que ponían flechas en oscuros arcos curvos hechos de tendones y hueso. Tenían el aspecto de las monstruosas criaturas de su sueño, ataviados con una sobrevesta andrajosa de piel toscamente cosida que les cubría los brazos, el pecho y gran parte de la cabeza. Arrugó la nariz al percibir el débil hedor que llegaba desde el barco explorador, que huía; era el nauseabundo olor dulzón de la carne putrefacta que se alza de un campo de batalla bajo el caliente sol.

Los lanzadores de virotes volvieron a disparar. Volaron astillas de la sección de babor, y luego saltaron al aire aparejos y obenques cercenados cuando el cortador de mástiles hendió la mitad inferior de la vela de popa. Malus aún no había apartado los ojos cuando el segundo proyectil pasó rozando la borda de popa y atravesó a los

arqueros. Dos hombres heridos de lleno por la hoja curva estallaron en una lluvia de bilis verde y amarilla. Lo que horrorizó aún más a Malus fue otro hombre al que la hoja alcanzó de refilón y le abrió un tajo en el pecho. Un fluido espeso manó del cuerpo como una fuente de bilis verde. Retrocedió un paso, y luego se inclinó para recobrar la flecha que se le había caído, como si nada hubiese sucedido. Malus sintió que se le secaba la boca.

Con la mitad del velamen inutilizado, la nave exploradora perdió rápidamente velocidad.

—¡Lanzadores de virotes! Preparados para disparar garfios de abordaje —ordenó Tanithra, que atravesaba con decisión la cubierta del castillo. Detrás de ella, ascendieron por la escalerilla numerosos hombres, algunos armados con ballestas y otros con lanzas, espadas y escudos. Los que llevaban escudos avanzaron hasta la borda, mientras los ballesteros se acuclillaban y comenzaban a cargar las armas. Entre los druchii, anhelantes ante la batalla en perspectiva, se propagó un estado de tensión.

Otros skinriders ocuparon posiciones en la proa y se pusieron a disparar flechas a tanta velocidad como les permitía la carga de los arcos. Los atacantes druchii se agachaban detrás de los escudos cuando llegaban las flechas. Pasados unos minutos, el *Saqueador* cayó sobre la nave de los skinriders como un halcón sobre la presa.

—Trae a Urial —le ordenó Malus a Hauclir—. Ya es casi la hora.

Tanithra se encontraba agachada junto a Malus. Llevaba un plaquín de malla ligera sobre un justillo de corcho; las armaduras eran útiles en la lucha, pero constituían una sentencia de muerte si el portador caía por la borda.

—¿Tu hermana de manos ensangrentadas no se unirá a nosotros? —preguntó ella con tono tétrico.

Malus se encogió de hombros.

—No es mía para darle órdenes, Tanithra. Últimamente, sólo Khaine sabe qué piensa.

Una agitación recorrió a los apiñados atacantes. Malus alzó la mirada y vio que Urial avanzaba entre ellos; iba tocando la cabeza de todos los hombres y murmuraba una corta frase al pasar. Cada marinero al que tocaba se sacudía como un perro, y luego éste observaba con expresión de temor y reverencia al hombre cojo que se alejaba.

Tanithra se alzó un poco para mirar por encima de la muralla de escudos.

—¡Lanzadores de virotes, preparados! ¡Apuntad! ¡Fuego!

Ambas armas dispararon a la vez, y los pesados cabos de abordaje se desenroscaron con un frenético siseo. Malus también se irguió, y vio que los skinriders se apiñaban a lo largo de la borda, blandían espadas y hachas herrumbrosas, y provocaban a los druchii en un áspero idioma ronco. Los cabos con los garfios volaron en línea recta hacia el casco de la nave enemiga, y las puntas se

hundieron profundamente en la sección de babor.

La primera oficial se volvió a mirar al grupo de abordaje.

—¡Tensad los cabos! —ordenó Tanithra.

Los hombres corrieron hacia un par de grandes molinetes de madera situados justo a popa de los lanzadores de virotes, y comenzaron a hacerlos girar a la máxima velocidad posible. Un poco después, los cabos de abordaje se tensaron y los dos barcos comenzaron a acercarse inexorablemente el uno al otro. Al mismo tiempo, los ballesteros avanzaron hasta la borda para disparar contra cualquier skinrider que intentara soltar los cabos o cortarlos con el arma.

Malus sintió que las puntas de unos dedos le rozaban la frente, y una voz murmuró palabras que restallaron en el aire de la mañana. De inmediato, lo bañó una ola de calor; por un instante, el frío toque del demonio se desvaneció y se sintió vibrante y poderoso. «Soy invencible», parecía decir su cuerpo; pero luego los fríos zarcillos de Tz'arkan le envolvieron el corazón una vez más, y el fuego encendido por Urial se amorteció hasta ser ascuas enfurruñadas.

—¡No puede tenerte! —dijo Tz'arkan con un apasionamiento sorprendente, aunque Malus no sabía si se refería a Urial o al propio Khaine.

Un miasma nauseabundo se posó sobre la cubierta del castillo de proa, como si el barco fuese barrido por el viento procedente de un matadero. El olor a sangre podrida, piel infectada y entrañas derramadas conformaba una fetidez que Malus casi podía ver físicamente. En el aire había un zumbido discordante. Al principio pensó que se trataba del sonido de voces distantes, pero luego se dio cuenta de que procedía de enjambres de enormes moscas negras que volaban por encima de la basura que atestaba la cubierta del barco de los skinriders.

A esa distancia, el intercambio de proyectiles era feroz. Un espadachín druchii cayó inerte sobre la cubierta, con una flecha clavada en un ojo. Otro lanzó un alarido y retrocedió con paso tambaleante, mirando con conmoción y sorpresa la flecha que había atravesado el escudo y el brazo con que lo su jetaba. Las saetas de ballesta también caían como granizo sobre los tripulantes del barco enemigo, y se clavaban en los cuerpos con un sonido glutinoso que arrancaba agudos gritos de cólera y dolor. La imagen del skinrider que se había recuperado de inmediato de la herida del cortador de mástiles permanecía en la mente de Malus. ¿En qué se había metido esa vez? Se volvió hacia Tanithra.

—¿Se rendirán si matamos al capitán?

La druchii echó atrás la cabeza y rió.

—Los skinriders no se rinden —dijo—. La lucha acaba cuando muere el último. Y no olvides asegurarte de que los has matado: aplástales el cráneo o córtales la cabeza. Con estas cosas, no hay ninguna otra acción segura.

Justo en ese momento, los dos barcos se unieron con un golpe estremecedor.

Malus fue lanzado hacia adelante y paró la caída al extender un brazo, pero Tanithra se puso ágilmente en pie de un salto.

—¡Adelante, hermanos! —gritó, y con un atronador coro de alaridos, los corsarios se apresuraron a obedecer.

## 16. El grupo incursor

Los ballesteros que se encontraban ante la borda dispararon una salva de saetas y luego se arrodillaron. Tanithra y el primer grupo de atacantes saltaron por encima de la borda y cayeron sobre el barco de los skinriders; las armas destellaban en la débil luz matinal. Casi de inmediato, los sonidos de batalla se alzaron de la cubierta del barco enemigo. Malus avanzó con el segundo grupo, comprobó que tenía la espada bien sujeta y saltó ágilmente hacia la borda.

A menos de cuatro metros más abajo, se libraba una batalla desesperada. La salva de saetas de ballesta había matado o herido a un puñado de skinriders, pero el resto había continuado junto a la borda, esperando con inhumana determinación la acometida de los druchii. Tanithra y sus corsarios habían caído literalmente sobre ellos desde lo alto y se habían puesto a repartir tajos y estocadas, pero los skinriders no habían retrocedido ni un centímetro. La primera oficial luchaba contra dos de los putrefectos enemigos, de cuyos golpes se protegía con desesperadas paradas de la pesada espada, mientras la hacían retroceder hacia la borda paso a paso.

Malus calculó la distancia necesaria para caer junto a uno de los enemigos que acometían a Tanithra, y con un rugido de guerra, saltó por encima de la borda. Mientras caía, sin embargo, otro enemigo acometió a la mujer druchii con una podadera de mango corto dirigida hacia una de sus piernas, y se situó directamente en el camino de Malus. Los pies del noble golpearon la encapuchada cabeza del skinrider, y tanto él como el enemigo cayeron sobre la cubierta en medio de un estruendo de armas y corazas.

Los tablones de la cubierta olían a podredumbre y estaban cubiertas de charcos de fluidos marrones y amarillos, y montones de porquería en estado de putrefacción. A Malus se le atascó en la garganta un gruñido furioso al inhalar el miasma que ascendía del putrefacto barco. Resbaló sobre los grasientos fluidos al intentar ponerse de pie; mientras, el skinrider sobre el que había caído sacó del cinturón una daga oxidada y saltó sobre él con un grito gorgoteante.

Malus alzó una bota para detener la acometida del enemigo, al que golpeó con el tacón en un hombro. El cuchillo del skinrider chocó contra el peto del noble; la punta de la hoja se partió, pero el enemigo simplemente apuñaló con más fuerza, en busca de un punto débil que le permitiera clavar el arma en el pecho del elfo.

Malus se deslizó hacia atrás sobre la resbaladiza cubierta, incapaz de hallar un punto de apoyo, hasta que su cabeza y hombros se detuvieron contra la borda de babor. El skinrider se encontraba de pie ante él, con la daga en alto, pero el noble se movió con la rapidez de una serpiente. Le lanzó un tajo del revés con la espada que lo alcanzó en la base de la mandíbula y le cortó el cráneo de derecha a izquierda. La cabeza del skinrider estalló como un melón demasiado maduro, y de su interior salió



una pasta maloliente de sangre, sesos putrefactos y gusanos que se retorcían. Con una maldición terrible, Malus apoyó la suela de una bota en el pecho del enemigo y alejó el cadáver de una patada.

Rugiendo y escupiendo, Malus se puso en pie de un salto, al mismo tiempo que le lanzaba una mirada a Tanithra, que continuaba trabada en combate con dos enemigos, a menos de un metro y medio de distancia. Los dos oponentes estaban concentrados en debilitar su defensa, por lo que Malus los pilló desprevenidos cuando se lanzó hacia el más cercano y le separó la cabeza de los deformes hombros.

Tanithra eliminó al otro oponente y sumó su espada a la batalla que se libraba a la derecha. Al flaquear el contraataque inicial, llegaron más grupos de abordaje, y los druchii continuaron ampliando la zona de popa que ocupaban sobre el barco enemigo. Malus miró hacia popa y vio el timón de la nave, defendido por el capitán y un par de skinriders armados con lanzas. Desenvainó la segunda espada con la mano izquierda y dio un rodeo por estribor con la esperanza de pillar desprevenidos a los enemigos. Rodeó la brazola de la bodega de popa —una gran escotilla cuadrada de cuatro metros y medio de ancho por seis de largo—, y cuando pasaba por la sección de estribor de la escotilla se dio de bruces con un grupo de skinriders que avanzaban, agachados, procedentes de la dirección contraria.

No tuvo más que un momento para reaccionar, y se lanzó hacia los enemigos con un gruñido de furia. El primero intentó erguirse y alzó una rodela vapuleada para protegerse la cabeza, pero el noble la apartó a un lado con la espada de la izquierda y decapitó al hombre con un barrido de la derecha. Pateó el cuerpo hacia atrás, contra el enemigo que lo seguía, y se lanzó hacia adelante mientras hacía silbar ambas espadas, que trazaron en el aire una red mortífera al entrecruzarse.

Los enemigos retrocedieron; cada vez eran más los que se veían obligados a erguirse y quedaban expuestos a los disparos de los ballesteros cercanos. Las flechas zumbaban, coléricas, al hender el aire y clavarse en hinchados músculos y sacos de vísceras putrefactas. De repente, un skinrider saltó hacia Malus e intentó herirle el vientre con una lanza de ancha punta. El noble levantó sobre la punta del pie derecho y dejó que el extremo de la lanza pasara de largo, para luego degollar al enemigo. El skinrider dio un traspié, y Malus le asestó un tajo de revés que acabó de degollarlo y lanzó la cabeza rebotando por la cubierta. El noble levantó la cara hacia el cielo y gritó de entusiasmo, perdido en el júbilo de la matanza.

Un skinrider le respondió con un rugido y cargó contra él, con las manos desnudas tendidas hacia su cuello. Por instinto, Malus situó la espada en posición horizontal y atravesó al hombre; la hoja de acero se deslizó limpiamente entre las costillas del enemigo y salió por la espalda. Malus se dio cuenta demasiado tarde de que tenía el arma atrapada en tanto el skinrider continuaba adelante, con los hinchados labios contorsionados en una mueca de furia.

Otro enemigo pasó a toda velocidad junto al primero y acometió a Malus por un lado: se lanzó hacia el brazo con que el noble sujetaba la espada. Malus apenas tuvo tiempo de gritar antes de que el skinrider al que había ensartado se estrellara contra él y lo salpicara con los fétidos fluidos que manaban por la herida abierta que tenía en el pecho. Malus se tambaleó a causa del choque; sus botas pisaron algo viscoso y resbalaron, y él cayó hacia atrás y se estrelló contra la puerta de la escotilla de popa. La madera podrida cedió, y el noble y sus oponentes se precipitaron a través de una oscuridad fétida y fría.

Malus sintió un impacto brutal en la espalda cuando llegaron al fondo de la bodega de popa. Algo que parecía hueso se deshizo bajo sus hombros, y el peso que soportaba su brazo izquierdo se apartó con un gruñido; pero luego se produjo otro estruendo de madera podrida que se rajaba y continuó cayendo, esa vez para acabar en un charco de fluido hediondo que se cerró como grasa espesa sobre su cabeza.

¡Las aguas del pantoque! Cayó entre los huesos del decrepito barco explorador, debatiéndose en las contaminadas aguas estancadas en el fondo del casco. La imagen del sueño de Malus volvió con una fuerza espantosa justo en el momento en que el enemigo al que había ensartado cerró sus manos putrefactas en torno al cuello del noble y lo empujó más profundamente dentro del agua inmunda.

Malus luchó e intentó levantarse mientras trataba de hallar algún punto de apoyo, pero tenía el brazo derecho atrapado bajo el cuerpo del agresor. En algún momento de la caída, la mano izquierda había perdido la espada, y entonces golpeaba impotentemente la capucha putrefacta del enemigo. Manoteó con desesperación y logró aferrar la capucha; después, buscó a tientas una cuenca ocular con los dedos. Halló una y hundió en ella el pulgar: un líquido espeso le corrió por la muñeca. El skinrider se debatió y, al empujarlo, Malus logró sacar la cabeza de la repulsiva agua. Inspiró profundamente, entre arcadas causadas por el nauseabundo sabor que tenía en la boca, y parpadeó con furia para limpiarse los ojos de la aceitosa agua que le causaba escozor. Lo único que podía ver era un agujero irregular muy en lo alto, y una mancha de luz gris; el resto del cavernoso espacio situado debajo de la bodega se encontraba sumido en tinieblas. El atacante estaba debilitándose. Malus se acordó de la daga que llevaba al cinturón y la buscó a tientas. Pero en ese momento el skinrider del que se había librado en la bodega cayó por el agujero y se lanzó hacia los hombros del noble.

Se llenó los pulmones de aire justo antes de que su cabeza fuese empujada de nuevo bajo la superficie del agua. La sensación fue como si le hubiese caído encima un muro: por mucho que luchara contra el peso de los dos hombres, no lograba siquiera moverlos. Sentía un estruendo en los oídos y una comezón en la piel de las mejillas. Intentó hablar, invocar el poder del demonio, pero se le llenó la boca de agua fétida. El aire vital escapó por su garganta en una nube de burbujas. Comenzaba

a dolerle el pecho y la necesidad de respirar parecía la fuerza de un puño que se retorciera dentro de sus pulmones.

De repente, se produjo otro pesado impacto; fue lo bastante fuerte como para golpear la cabeza de Malus contra las curvas cuadernas del barco, y luego desapareció el peso que tenía sobre el pecho. El noble manoteó débilmente, sin saber ya si tenía o no las manos fuera del agua, hasta que una mano fuerte lo aferró y levantó.

—No deberías largarte por tu cuenta de ese modo, mi señor —dijo Hauclir, como si hablara del tiempo—. Ya resulta bastante difícil guardarte las espaldas sin tener que perseguirte continuamente.

Malus logró rodar y ponerse de rodillas en el agua fétida, mientras tosía, escupía e intentaba sacudirse el oleoso líquido del pelo y las orejas.

—Los malditos skinriders me llevaron de recorrido por el barco, y no me hallaba en posición de discutir —jadeó—. ¿Cómo van las cosas arriba?

—Lo último que vi fue que Tanithra había matado al capitán y hacía avanzar a los suyos para que acabaran con los últimos tripulantes —replicó el guardia.

—Y espero que lo haga —dijo el noble.

Malus hizo rodar el cuerpo del atacante que le había atrapado la espada y aferró el arma con ambas manos por la larga empuñadura. La espada salió del cadáver con un sonido de succión.

—¡Madre de la Noche, estos skinriders apestan! —dijo al sentir que lo acometía una náusea—. Busquemos la escalera para regresar a cubierta, y esperemos que el viento sople con fuerza.

Para cuando Malus y el guardia salieron al aire libre, la batalla había acabado. Los hombres de Tanithra habían acorralado a los tripulantes supervivientes en el extremo de la proa, y luego los habían matado metódicamente con ballestas y espadas. Los cuerpos fueron despojados de la sobrevesta de piel y arrojados por la borda, y los corsarios muertos fueron amortajados con sus capas y llevados al *Saqueador* tras una última bendición de Urial.

Dedicaron las horas siguientes a llevar a bordo herramientas y material desde el *Saqueador*, para reparar el mástil dañado. Los druchii se pusieron a trabajar con ahínco, empalmaron cuerdas cortadas e izaron una vela de piel de recambio que había en las bodegas. A media mañana ya estaban reparados los desperfectos de la nave, que quedó en condiciones de zarpar.

—Si el viento continúa siendo favorable, deberíais llegar al escondite hacia medianoche —les gritó Bruglir a Malus y Tanithra desde la cubierta del castillo de proa del *Saqueador*—. Esperaremos vuestro regreso justo al otro lado del horizonte, hacia el sudoeste. Acordaos de mantener una guardia de navegación permanente para zarpar en cuanto logréis haceros con las cartas.

El noble asintió con la cabeza.

—¿Cuántos skinriders es probable que haya en la isla? —preguntó Malus, que se protegió los ojos con una mano a modo de pantalla al alzar la mirada hacia el capitán.

Bruglir se encogió de hombros.

—No hay forma de saberlo. Tal vez un par de barcos, además de una pequeña guarnición. El número de efectivos cambia según la estación del año y el capricho de los skinriders. Con suerte, tendréis pocos problemas para escabulliros dentro del campamento.

—Asegúrate de estar donde has dicho después de medianoche. No me cabe duda de que los skinriders nos perseguirán hasta la Oscuridad Exterior y de vuelta en cuanto descubran qué nos hemos llevado.

—¡Soltad amarras! —les ordenó Bruglir a sus hombres—. Estaremos esperando, Malus —dijo, y luego alzó un brazo para saludar a Tanithra—. ¡Buena caza, capitana! ¡Cuida bien de tu nuevo barco!

La tripulación de la cubierta del castillo de proa rió mientras el *Saqueador* se apartaba de la putrefacta nave. Tanithra devolvió el saludo, pero sólo Malus vio que los dientes de la corsaria se apretaban ante burlas que le habían dedicado.

—Estoy seguro de que lo dice en broma —comentó el noble.

Tanithra no replicó, pero tenía una mirada ominosa fija en la figura de Bruglir, que iba menguando al alejarse. Malus sonrió para sí de satisfacción. Las cosas estaban resolviéndose bien.

Habían abierto todas las escotillas para dejar entrar la brisa marina, pero no lograron disminuir el hedor lo más mínimo. Malus se recostó contra el mamparo y alzó los ojos hacia el cuadrado de cielo nocturno, mientras escuchaba el susurro del mar contra el casco del barco. «Las cosas podrían estar mucho peor», se recordó a sí mismo. Habían obligado al puñado de marineros de cubierta a ponerse las sobrevestas que les habían quitado a los tripulantes muertos.

Cuatro decenas de druchii aguardaban en la fétida bodega, donde limpiaban las armas o apostaban entre sí en voz baja. Mantenían una respetuosa distancia con Malus y Urial, a quienes les dejaban la sección de proa de la bodega. Hauclir, a la derecha de Malus, apoyaba la cabeza contra el mamparo y roncaba suavemente, meciéndose al ritmo de los movimientos del barco. A pesar de lo cansado que estaba, Malus no lograba dormir. El hedor era terrible, pero más que eso temía a las espantosas visiones que pudieran aguardarlo en los sueños.

Malus buscó a su hermano, que se encontraba sentado sobre la cubierta, a poca distancia de él, con la pierna coja extendida hacia adelante.

—Tengo una pregunta para ti, hermano —dijo. Aquellos fríos ojos se volvieron para posarse sobre él con mirada de buho.

—Puedes preguntar —replicó Urial sin prometer nada. El noble sonrió sin alegría

al oír que le devolvían sus propias palabras.

—¿Cómo pueden los videntes fisgar en el futuro?

Urial parpadeó.

—Porque tal cosa no existe.

—Déjate de enigmas de brujo, hermano —gruñó Malus—. Me siento cansado, huelo como un estercolero y no estoy de humor para juegos.

—En ese caso, escucha y aprende —dijo Urial, que se inclinó hacia él—. Imagina que te encuentras de pie en medio de un río.

Malus gruñó.

—Resulta bastante fácil. Ya hace horas que sueño con un baño.

—En medio de un río, lo único de lo que eres consciente es del agua que te pasa corriendo por la cintura. El único punto de referencia que tienes es el sitio del lecho en el que apoyas los pies. Todo lo demás está en movimiento, y cambia de un momento al siguiente ante tus propios ojos. Ése es el modo en que la mayoría de los mortales perciben el flujo del tiempo.

Malus meditó la explicación con el ceño fruncido.

—De acuerdo.

—Ahora imagina que sales del río y te sitúas en la orilla. Tu percepción ha cambiado. Puedes mirar al río y ver el curso en ambas direcciones. Si quieres, puedes fijarte en un trozo de madera que flota en la corriente y seguir su curso a lo largo de ella. Sabes de dónde viene y adonde va porque ves la totalidad del recorrido. Así es como los videntes perciben el futuro: alterando su percepción para abarcar la totalidad de la existencia.

Malus pensó en lo que había dicho Urial, y formuló otra pregunta.

—¿Es...es posible que alguien que no sea vidente altere su percepción de ese modo?

Urial guardó silencio durante un largo instante.

—Es posible —replicó, al fin—. Si un hombre saliese fuera del reino del mundo físico, podría mirar el río de la vida y ver su curso. O podría recibir visiones si fuese poseído por un espíritu lo bastante potente. —El antiguo acólito lo estudió con atención—. ¿Por qué lo preguntas?

Antes de que Malus pudiera responder, una figura encapuchada se asomó por el borde de la escotilla; apenas era discernible en la oscuridad abisal.

—Estamos entrando en la ensenada —susurró—. Destacamento de desembarco, arriba.

Contento por la interrupción, Malus tocó a Hauclir con una bota. El guardia despertó en un instante y se puso de pie en silencio. Malus, Hauclir y cuatro corsarios, todos escogidos por su habilidad para desplazarse y matar silenciosamente, se reunieron cerca de la escalerilla que ascendía a cubierta.

También Urial se levantó y avanzó, cojeando.

—Aún estáis todos protegidos por la égida del Dios de Manos Ensangrentadas —dijo en voz baja—. Pero el poder del enemigo será mucho más potente dentro del campamento. No toquéis nada más que lo imprescindible, o ni siquiera mi poder podría bastar para protegeros.

—Lo siguiente que dirás es que no podemos matar a nadie —comentó Hauclir con acritud.

Urial sonrió fríamente.

—No tengas miedo de que lo haga. Derramad sangre en nombre de Khaine, y su bendición se mantendrá fuerte.

—En ese caso, vayamos a cumplir con nuestro deber sagrado —gruñó Malus, y asintió con la cabeza para que los hombres lo siguieran cuando comenzó a ascender por la escalerilla.

En cubierta, la brisa marina era fresca y fuerte, pero Malus apenas dispuso de un momento para disfrutarla. Tanithra lo esperaba en lo alto de la escalerilla, con una de las fétidas pieles de los enemigos encima. Por debajo de la tosca capucha de la sobrevesta sólo le veía la mitad inferior de la cara, pero percibió que estaba preocupada.

—Tenemos un problema —le susurró, y señaló por encima de un hombro del noble.

Malus se volvió. La ensenada de la isla se extendía ante ellos; las aguas destellaban a la pálida luz lunar. Había seis barcos de los skinriders anclados en el fondeadero, todos incursores marinos del doble del tamaño de la pequeña nave. Era casi medianoche, y sin embargo Malus veía tripulantes que pululaban por los grandes barcos y, claramente, los preparaban para zarpar. Largas canoas iban y venían entre la escuadra y la orilla, para transportar suministros hasta los barcos. El noble reprimió una maldición.

—Están planeando una incursión a gran escala —gruñó.

—Y apuesto a que esta vieja barca había salido a buscarlos —dijo Tanithra—. No tenemos mucho tiempo antes de que quienquiera que esté al mando se dé cuenta de que no deberíamos estar aquí y envíe a alguien a hacer un montón de preguntas incómodas.

—En ese caso, tendremos que darnos prisa —replicó Malus, deteniendo la pregunta que leyó en los ojos de la corsaria—. No he llegado hasta tan lejos para marcharme con las manos vacías. Estad preparados para zarpar en cuanto regresemos.

Malus recorrió con los ojos la costa rocosa hasta hallar el sitio en que los skinriders estaban cargando de suministros las canoas que habían arrastrado sobre la orilla. Desde allí, miró tierra adentro, siguiendo el camino de hormigas de los trabajadores, hasta distinguir una torre cuadrada, casi invisible, contra un telón de

fondo de oscuros abetos, situada a unos ochocientos metros de la orilla. Señaló la torre.

—Allí es donde guardarán las cartas de navegación —les dijo a los druchii reunidos—. Tendremos que ir por el interior; la orilla está demasiado expuesta.

Malus avanzó rápida y silenciosamente hacia la borda de estribor, donde un grupo de marineros habían arriado una canoa hasta las plácidas aguas de la ensenada. Sin echar una sola mirada atrás, Malus pasó las piernas por encima de la borda y descendió por una escalerilla de cuerda hasta la canoa. Acababa de instalarse en la proa cuando Hauclir llegó a la embarcación; llevaba la ballesta cargada en una mano. El guardia le entregó el arma a Malus y se instaló junto a él. El resto de los miembros del grupo de desembarco ocuparon sus puestos de prisa y en silencio. Cuando Malus asintió con la cabeza, el remero de babor los apartó del casco de la nave con el remo, y al cabo de poco, remaban hacia la costa, en un rumbo ampliamente disimulado por la mole del barco anclado.

El recorrido hasta la costa pareció eterno. Malus escuchaba los débiles sonidos de los skinriders que trabajaban en los barcos lejanos, esperando oír un agudo grito de alarma en cualquier momento. Tenía la atención tan concentrada en los sonidos que transportaba el aire de la noche que el raspar repentino del casco de la canoa contra el fondo de los bajíos lo pilló por sorpresa. Dos marineros saltaron de la embarcación y cayeron al agua casi sin salpicar siquiera, para estabilizar la canoa mientras los otros desembarcaban. Malus pasó por encima de la regala y avanzó en silencio hacia las sombras, y los corsarios arrastraron la barca hasta tierra firme.

Debajo de los árboles había poca luz, pero en comparación con los enmarañados bosques del lejano norte, el de la isla estaba casi desprovisto de maleza. El grupo de desembarco avanzó en silencio bajo los altos árboles en dirección a los sonidos procedentes de las cuadrillas de aprovisionamiento. A Malus le sorprendió no hallar centinelas ni patrullas en las boscosas inmediaciones; probablemente, casi todos los hombres prescindibles habían sido obligados a trabajar en la preparación de los barcos que zarparían.

El campamento de los skinriders era, de hecho, un pequeño fuerte con una torre de madera de tres plantas de alto, que se alzaba en medio de un apiñamiento de edificaciones también de madera, rodeadas por una empalizada. Los corsarios permanecieron acucillados en la linde del bosque y observaron la constante corriente de hombres que empujaban carretillas a través de las puertas abiertas de la empalizada. A lo largo de la ruta habían clavado altas antorchas a intervalos regulares para proporcionarles suficiente luz a los estibadores y los guardias apostados en la entrada.

Malus sintió que Hauclir se acucillaba silenciosamente junto a él.

—Todo este ajeteo nos irá bien —dijo el guardia—. Es probable que en el

interior de ese complejo haya más actividad que dentro de una colmena; no creo que un grupo más de estibadores atraiga la atención. Y los guardias estarán concentrados en el tráfico de la entrada. —Señaló la torre con un gesto de la cabeza—. Echemos una mirada a la parte posterior de la empalizada para ver si se puede pasar por encima.

Los corsarios se irguieron en silencio y avanzaron como sombras entre los gigantescos abetos para rodear el perímetro del campamento, hasta hallarse ante la parte directamente opuesta a las puertas. Allí se tumbaron boca abajo y se arrastraron entre la escasa maleza y helechos, hasta tener una visión clara de la empalizada y la torre cuadrada que se alzaba al otro lado. Tras largos minutos de observación, Malus y Hauclir intercambiaron miradas. No se veían centinelas. La pasmosa ausencia de defensas hizo que a Malus se le pusiera el pelo de punta. Allí había algo que no veía, pero no podía imaginar de qué se trataba y no había tiempo para adivinarlo. Finalmente, se encogió de hombros y les hizo una señal a dos corsarios para que avanzaran.

Los hombres se levantaron y atravesaron corriendo el espacio abierto que llevaba hasta la empalizada, en cuyas sombras desaparecieron, y luego Malus oyó un silbido quedo. Los exploradores habían determinado que se podía pasar por encima de la muralla de madera. El noble se levantó y corrió, y el resto del grupo incursor hizo lo mismo.

Los maderos estaban hechos con troncos de abeto de la zona, gruesos y robustos, unidos por grandes clavos de hierro. En las grietas que mediaban entre los maderos crecía moho blanco, y enjambres de insectos caminaban por las incontables fisuras de la madera. El noble hizo un esfuerzo para no prestar atención a la hirviente alfombra de vida que cubría la empalizada, y se concentró en los rostros de los exploradores.

—La empalizada no es demasiado alta —dijo uno de ellos—. Podemos alzar a un hombre hasta lo alto y luego subir por turnos.

Malus asintió con la cabeza.

—Muy bien. Hauclir, tú primero.

Hauclir le lanzó a su señor una mirada impertinente.

—Vivo para servirte —susurró.

El capitán de la guardia apoyó una bota en las manos entrelazadas de uno de los exploradores. Con un débil gruñido, el corsario impulsó a Hauclir hacia arriba, donde halló inmediatamente un buen asidero en la parte superior de la empalizada. Afianzó su cuerpo acorazado entre los puntiagudos extremos de dos maderos, y luego se inclinó para tenderle la mano al siguiente hombre. Momentos después, un segundo corsario se situó a horcajadas sobre la empalizada, y entre ambos comenzaron a izar al resto del grupo incursor y pasarlo al otro lado a la máxima velocidad posible.

Malus fue el último en subir. Los dos druchii lo cogieron de las manos y lo



subieron sobre la empalizada como si fuera un muñeco de paja. Sin detenerse, pasó las piernas por encima y cayó al otro lado al mismo tiempo que sacaba la ballesta. Desde donde estaba, Malus vio que la torre cuadrada estaba construida al final de un gran salón de banquetes similar a los que les gustaba erigir a los autarii, e incluso a los bárbaros del norte. Se veían arder luces a través de las estrechas saeteras de las paredes del gran salón, y un humo nauseabundo y dulzón salía por dos chimeneas. Más cerca de la empalizada había dos edificios cuadrados, de madera, con las ventanas oscuras y cerradas. El grupo incursor se hallaba a cubierto entre las sombras de esos edificios, y Malus corrió hacia él. Poco después, Hauclir y el último de los corsarios bajaron de la empalizada y se acuclillaron detrás del edificio opuesto al de Malus.

Observaron y atendieron durante varios minutos. No había ninguna señal de actividad cerca. Malus esperó tanto como se atrevió a hacerlo, y luego rodeó la esquina del pequeño edificio y condujo al grupo hacia la torre.

Cuanto más se aproximaban, más percibía Malus una tensión en el aire, como la del cielo justo antes de una tormenta estival. «Brujería», pensó con amargura. Estaba familiarizándose demasiado con esa sensación.

Desde más cerca, la torre parecía presentar abundantes puntos de apoyo para un escalador diestro. Estaba construida con los mismos troncos de abeto que la empalizada, aunque sobre la superficie habían tensado una especie de membrana destellante. Cuando Malus la tocó con una mano, la membrana se rajó como pergamino podrido y dejó escapar un hedor espantoso, como el de un intestino reventado. Del agujero salieron insectos que corrieron por el suelo. Debajo de la membrana, la madera estaba rajada, con zonas cubiertas por una especie de arcilla roja y húmeda.

Malus contempló la torre con una mueca.

—No es de extrañar que no tengan guardias aquí —susurró—. ¿Quién, en su sano juicio, querría tomar un sitio semejante?

Alzó la mirada para calcular la altura del ascenso. Finalmente, suspiró y tendió una mano hacia un asidero, con lo que rajó aún más la membrana e inundó el aire de gas pestífero.

Los corsarios, habituados a trepar día y noche por aparejos mojados, escalaron por la torre con facilidad. Malus y Hauclir no tardaron en quedar rezagados, ya que subían moviendo una mano y un pie por vez. En cada planta había una ventana estrecha, y los incursores tomaron la precaución de pasar lejos de ellas.

Malus y Hauclir se encontraban casi en la segunda planta cuando, de repente, una silueta se asomó por la ventana abierta y miró a derecha e izquierda. El noble quedó petrificado y se apretó contra la madera infestada de insectos, al mismo tiempo que le imploraba a la Madre Oscura para que a la enferma criatura no se le ocurriera mirar

hacia abajo. Llevaba la ballesta, aún tensada y cargada, colgada a la espalda; a todos los efectos, era como si la tuviese a miles de kilómetros de distancia.

El noble observó cómo el skinrider contemplaba por última vez los muros de la torre, y luego se detenía, pensativo. ¿Estaba intentando explicarse los extraños ruidos que había oído? Pasado un momento, se retiró..., y luego volvió a asomarse bruscamente y miró hacia abajo. Malus se encontró mirando un par de enfermos ojos grises situados a apenas un metro y medio de los suyos.

Se oyó un susurro de metal fino, como si alguien desenredara una cadena de cuello, y luego Malus sintió que Hauclir, situado a su derecha, hacía un repentino y veloz movimiento. Una cadena delgada salió disparada por el aire como un látigo, y se enroscó apretadamente en torno al cuello del skinrider. El hombre encapuchado apenas dispuso de un momento para inspirar antes de que el guardia tirara de la cadena y lo hiciera caer de la ventana. El cuerpo pasó en silencio entre ellos e impactó contra el suelo con un sonido pastoso.

Malus miró a Hauclir y le dedicó un gesto de aprobación, y ambos reemprendieron el ascenso. Minutos más tarde se reunieron con el resto del grupo de incursión.

La parte superior de la torre estaba rodeada de almenas y permitía una visión general de todo el campamento. Los cuatro corsarios yacían boca abajo en medio del terrado, fuera de la vista. Malus se arrastró hasta ellos. Uno de los druchii señaló hacia una esquina, donde el noble distinguió una trampilla provista de una anilla de oscuro hierro.

Mientras Hauclir se detenía junto a los corsarios, jadeante, Malus se arrastró hasta el otro lado de la torre y se incorporó lo suficiente para asomarse por encima de las almenas y espiar la actividad de abajo. Justo al otro lado de la puerta principal del campamento había un amplio terreno abarrotado de cajones y barriles, muchos protegidos de los elementos por grandes pieles engrasadas. El terreno iluminado por antorchas hervía de skinriders, probablemente todos los miembros del campamento y una buena cantidad de los tripulantes de los barcos anclados.

Un movimiento que se produjo cerca de la entrada atrajo la atención de Malus. Un skinrider había llegado corriendo a la entrada, con las manos vacías, y les decía algo a los centinelas, evidentemente alterado. Pasado un momento, el superior de los guardias pareció llegar a una decisión y señaló la torre. Sin vacilar ni un instante, el hombre continuó corriendo. Tenía noticias para alguien.

Malus se volvió a mirar a los otros.

—Parece que alguien de la ensenada ha reparado en el barco —dijo en voz baja—. Nos hemos quedado sin tiempo.

## 17. El fuego esmeralda

Malus retrocedió con cautela para alejarse de las almenas mientras pensaba a toda velocidad. ¿Era posible que los barcos de la ensenada hubiesen atacado a la nave y que Tanithra estuviese muerta, o estaban solicitando permiso para desafiar al recién llegado? Peor aún: ¿y si algún vigía de agudos ojos había reparado en la canoa?

«Por otra parte, quizá no tenga nada que ver con nosotros», pensó el noble, enfadado. No había manera de saberlo con certeza, pero parecía razonable esperar lo peor.

Se arrastró hasta la trampilla que había en la esquina nordeste, al mismo tiempo que con la ballesta les hacía un gesto a Hauclir y a otro druchii para que se reunieran con él. Malus señaló a Hauclir y luego la anilla de hierro, y se acuclilló para apuntar hacia la puerta con la ballesta. El segundo druchii imitó sus movimientos al otro lado de la trampilla.

El guardia levantó la anilla con ambas manos, inspiró profundamente y alzó la puerta de la trampilla con lentitud y cuidado. Una rojiza luz de antorchas salió por el hueco y transformó a los tres druchii en figuras infernales bañadas de tonos rojos y anaranjados. Desde abajo ascendió, a modo de humo, un hedor a podredumbre y grasa fundida.

Malus vio el tramo superior de una escalera curva, y un ancho descansillo iluminado por antorchas colocadas en tederos a lo largo de las paredes. En su mayor parte, el descansillo se hallaba sumido en sombras, pero vio claramente una puerta de madera situada casi directamente debajo. Sin pronunciar palabra, Malus le dio la ballesta a Hauclir y bajó las piernas hacia la escalerilla que conducía hasta el suelo.

Descender al interior de la torre era como sumergirse en un baño de vapor. El aire estaba cargado y húmedo, y parecía estremecerse con vida propia. Se adhería como aceite a la piel desnuda de Malus, se le metía por todos los orificios y rendijas, y le causaba un agudo escozor. Avanzó sigilosamente hacia la puerta y desenvainó una de las espadas. Desde las plantas inferiores ascendía por el pozo de la escalera un estruendo confuso. Malus imaginó un salón alargado lleno de skinriders que se preparaban para zarpar. A esas alturas, estarían mirando con curiosidad al mensajero que corría entre ellos.

El noble miró hacia la escalerilla: Hauclir, el último en descender, ya se encontraba a medio camino del suelo, y el resto de los corsarios estaban alrededor de la escalera y lo miraban en espera de órdenes. Malus les dijo a dos ballesteros que cubrieran la escalera, y les hizo un gesto a los demás para que lo acompañaran. A continuación, se volvió y posó una mano sobre la anilla de hierro de la puerta. Con precaución, abrió apenas la puerta y miró a través de la estrecha rendija para inspeccionar la habitación del otro lado. La estancia estaba apenas iluminada por la

luz de dos braseros casi apagados que proyectaban un suave resplandor sobre lo que parecía una mesa. Encima había una figura que se debatía débilmente, al parecer atada con cuerdas. En la sala predominaba un fuerte olor a sangre derramada, además del ya familiar hedor a podredumbre.

Malus abrió la puerta de par en par y se precipitó al interior de la habitación, con la espada a punto y observando los rincones en penumbra, por si en ellos aguardaba algún enemigo. Pero, salvo el desdichado que yacía sobre la mesa, no había nadie. Durante un momento, el noble miró a su alrededor con una mezcla de alivio y consternación.

La sala era como un rústico santuario del Dios de Manos Ensangrentadas. La mesa de madera que había en el centro estaba desgastada y manchada por capas y más capas de sangre seca, y el suelo de madera estaba pegajoso de charcos de sangre vieja. La temblorosa figura que se encontraba sobre la mesa, con los brazos y las piernas abiertos, estaba desnuda y había sido —«bastante toscamente», observó Malus de pasada— desollada de cintura para arriba. Gusanos, moscas y avispas rojas caminaban sobre la carne brillante. Dientes amarillos destellaban desde las encías torturadas y la musculatura descubierta de la mandíbula; la boca se movía, pero de la destrozada garganta del hombre no salía más que un torturado susurro.

Ante los nichos que había en tres de las paredes, habían colgado cortinas de piel. En la pared opuesta a la puerta se alzaba una estatua de tamaño real de lo que parecía ser un skinrider de anchos hombros con la capucha adornada por dos enormes cuernos curvados hacia abajo; tenía la mano derecha extendida hacia la mesa de desollamiento como si exigiera la parte de carne que le era debida. Los skinriders habían cubierto la estructura de la estatua con voluminosos ropones de piel, lo que le confería una inquietante apariencia de vida. Los pliegues se movían ligeramente a causa de la corriente de aire que originaba la puerta abierta.

Hauclir se encontraba de pie en la entrada y estudiaba la sala con una mueca de asco.

—¿Qué sitio es éste?

Malus se encogió de hombros. En el aire había una corriente subterránea de tensión que aumentaba y disminuía como los lentos latidos de un corazón invisible. «Más brujería», sospechó.

—Tal vez una especie de santuario —replicó al mismo tiempo que señalaba la estatua con la espada—. Sea lo que sea, es importante para los skinriders. Registrad los nichos.

Los corsarios se pusieron a trabajar con los cuchillos para rajar las cortinas y examinar los objetos que había detrás. Hallaron polvorientos libros de pergamino, cráneos enjoyados y armas doradas, potes de líquidos arcanos y cajas selladas, con curiosas runas grabadas, y atadas con alambre de plata.

—Parece una sala de tesoros —comentó Hauclir, que miraba un juego de dos espadas enjoradas con sonrisa avariciosa.

—Recuerda lo que dijo Urial —le advirtió Malus—. Toca sólo lo imprescindible, a menos que quieras acabar viendo cómo la piel se te cae del cuerpo. —El noble estudió con atención los botines amontonados—. Ni una sola bolsa de monedas, lo que significa que el grueso de los botines está en otra parte, así que aquí sólo guardan las cosas más valiosas. —Fruunció el ceño y empujó uno de los libros de pergamino con la punta de la espada—. De ser así, las cartas de navegación también tienen que estar aquí.

Se asomó a las umbrías profundidades de cada nicho. En la habitación había algo que no era del todo normal, pero no lograba determinar de qué se trataba. Giró trazando un círculo completo para estudiar las paredes, hasta volver a la estatua cornuda que se alzaba por encima de los corsarios, al otro lado de la estancia. Los ropones se movieron silenciosamente, y entonces Malus comprendió qué faltaba.

—En esta planta había una ventana —dijo a la vez que avanzaba hasta la estatua.

Extendió el brazo derecho y apartó los ropones con la espada. Detrás, no estaba el cuerpo de la estatua, sino que había una estrecha puerta de madera.

Sonrió como un lobo, cogió la anilla de hierro de la puerta y empujó. Al abrirse, dejó a la vista una segunda habitación iluminada sólo por la pálida luz lunar que entraba por la ventana situada al otro lado. Desde donde estaba, Malus vio recipientes cilindricos de madera llenos de rollos de pergamino, y el corazón se le aceleró. Entonces, procedente de las profundas sombras de uno de los rincones opuestos, le llegó un suave tintineo de cadenas.

—Una antorcha —pidió Malus al mismo tiempo que tendía una mano—. ¡De prisa!

Poco después, Hauclir estaba junto a él, tras haber cogido una de las antorchas de los tederos situados junto a la escalera. Malus arrancó el ropón que pendía de la pared, y que hizo volar una nube de moscas iridiscentes al caer al suelo. Con la antorcha en alto, entró lentamente en la sala.

Era, en efecto, el almacén de las cartas de navegación del campamento, con los recipientes de madera dispuestos alrededor de una mesa de madera, similar a la que había a bordo del *Saqueador*. Se oyó un brusco tintineo de cadenas cuando la luz de la antorcha inundó la estancia. Malus se orientó por el sonido y avanzó con la espada preparada.

La roja luz hizo que las sombras retrocedieran y, finalmente, cuando alcanzó el rincón, dejó a la vista una acurrucada figura consumida, sujeta con grilletes por las muñecas y los tobillos, cuyo cuerpo desnudo aparecía cubierto de mugre y llagas supurantes. El humano alzó unos brazos flacos como para protegerse de la brillante luz, y de repente se quedó inmóvil. Por encima del chisporroteo de la antorcha, Malus

oyó que olfateaba furtivamente.

El humano se puso rígido. Su cara, parcialmente oculta por una melena de grasiento pelo negro, se volvió hacia el noble. Malus vio que al esclavo le habían sacado los ojos, cuyas cuencas eran entonces agujeros quemados y en carne viva al haber sido cauterizadas las heridas con metal caliente. Olfateó el aire como un sabueso y se puso a temblar. La desdentada boca se abrió de par en par cuando la desdichada criatura señaló a Malus con un dedo engarfiado y lanzó un horrendo alarido paralizante.

Por la garganta del humano no manó un mero sonido, sino una fuerza mágica que atravesó a los druchii como un viento gélido. El grito paralizó a los corsarios, que, conmocionados y doloridos, se cubrieron los oídos con las manos. Y el sonido continuó y continuó, mucho más de lo que habrían resistido los pulmones de un mortal.

Con los dientes desnudos, Malus le rugió al esclavo, y al sentir que la parálisis cedía ante el ardor de la cólera, corrió hacia el otro lado de la sala con la espada en alto. La curva hoja descendió como un rayo y la cabeza de la criatura rebotó en el suelo.

El repentino silencio resultó ensordecedor. Malus se tambaleó mientras intentaba despejar la mente, pero el trueno cada vez más potente de decenas de pies que subían pesadamente por la escalera de la torre centró con rapidez sus pensamientos. Se volvió hacia sus hombres.

—Coged los braseros de la sala de desollamiento, junto con cualquier otra cosa que pueda arder, y vaciadlos escaleras abajo... ¡Arrojad las antorchas, los ropones, todo! Con suerte, esta torre arderá como un pábilo de vela.

Hauclir pasó a la acción; les espetó órdenes a los hombres con el tono autoritario de un oficial consumado, y ellos corrieron a obedecer. Satisfecho de que sus órdenes estaban siendo cumplidas, Malus se volvió hacia los recipientes de madera, cogió los rollos de cartas más grandes y gruesos que pudo encontrar, y los ató con un bramante que sacó del cinturón. Luego, arrojó los rollos por la ventana con toda la rapidez posible.

Desde la escalera situada a su espalda llegaron alaridos, acompañados por el tañido de cuerdas de ballesta. Los corsarios arrojaron los braseros, que cayeron con estruendo, y siguió un alboroto general puntuado por el choque del acero. Malus cogió el cuerpo del esclavo por una muñeca y lo arrastró hacia el centro de la estancia, hasta que las cadenas quedaron tensas. Calculó que medían unos dos metros y medio cada una, y se puso a cortar las manos y los pies. Una vez que estuvieron libres las cadenas, tiró de las sujeciones que las unían a las paredes, pero por mucho que tironeó no logró que se soltaran. Se volvió hacia la puerta.

—¡Traedme una hacha!

Uno de los corsarios corrió hacia el interior de la sala; tenía un corte sangrante en la frente.

—La escalera está ardiendo, mi señor —jadeó—, pero los skinriders continúan cargando a través de las llamas. No sé durante cuánto tiempo podremos contenerlos.

El noble señaló la pared.

—Suelta tres de esas cadenas, sólo tres, y no tendremos que contenerlos por más tiempo.

—Como desees, mi señor —dijo el druchii, y se puso a la tarea.

Unos pocos hachazos más tarde, le tendía tres cadenas con la mano libre. Malus las cogió y corrió hasta la puerta.

—¡Retiraos a la sala de desollamiento! —les gritó a los hombres que defendían la escalera—. ¡Y barrad la puerta!

Mientras los corsarios se apartaban del descansillo en llamas, Malus se puso a trabajar en las cadenas. Enhebró una cadena a través del grillete cerrado de otra, y tiró de ella hasta que los dos grilletes se unieron. Luego, recogió una de las sujeciones en forma de U que había en el suelo, y la pasó primero por el grillete cerrado de la cadena que aún estaba unida a la pared, y después a través del último eslabón de una de las cadenas sueltas. Malus tendió una mano para que el corsario le entregara el hacha, y usó la parte posterior de la hoja, en forma de martillo, para cerrar la blanda sujeción de hierro. Tras comprobar rápidamente su obra, arrojó la larga cadena resultante por la ventana.

—No llegará hasta el suelo —dijo mientras devolvía el hacha—, pero se acercará bastante. ¡Ahora, adelante!

El corsario asintió y, sin pronunciar palabra, salió por la ventana. Malus se asomó y observó cómo el hombre descendía por la cadena y se dejaba caer ágilmente desde la corta distancia que lo separaba del suelo. Satisfecho, corrió a la sala de desollamiento. Los corsarios habían arrastrado hasta el otro lado de la estancia la pesada mesa con la víctima atada sobre ella para apoyarla contra la puerta, y entonces contemplaban la humeante puerta con creciente temor.

—Salid todos por la ventana —ordenó Malus—. ¡Cuando llegéis al suelo, recoged tantas cartas de navegación como podáis, y luego corred hacia la empalizada!

Los corsarios obedecieron de inmediato. Hauclir retrocedió para situarse junto al noble.

—Está sucediendo algo —dijo mientras observaba la puerta con desconfianza—. Han dejado de gritar, pero me parece que oigo una salmodia por encima del ruido del fuego.

Tz'arkan despertó.

—Huelo a brujería —susurró el demonio—. Brujería potente. Has hecho enfadar mucho a alguien, Darkblade.

—Sal por la ventana —gruñó Malus—. ¡De prisa!

—Tú primero, mi señor —insistió Hauclir, y entonces la puerta estalló en una bola de llamas verdosas.

Astillas encendidas zumbaron letalmente al volar hacia el otro extremo de la sala y dejar detrás estelas de fuego. La pesada mesa de desollamiento pasó volando por encima de Malus y Hauclir, se hizo pedazos contra la cabeza y los hombros de la estatua cornuda, y roció a los druchii con sus restos. En la entrada había una figura envuelta en luz de fuego. Malus captó una fugaz visión de una forma desnuda y carente de piel que tenía incisiones a modo de complejas runas mágicas en las gruesas capas de músculos del pecho, y poseía ojos que eran como globos de abrasador fuego verde. Todo lo demás se convirtió en un borrón cuando dio media vuelta y corrió hacia la ventana abierta tan rápidamente como le permitieron los pies.

Malus saltó sobre la mesa de la sala de cartas náuticas y se aferró a la cadena con la mano libre. Detrás se oyó el sonido del acero al herir la carne, seguido de un torrente de palabras que sisearon malévolamente en el aire. Se produjo un destello de luz verdosa, y un poderoso estallido golpeó a Malus en el pecho y lo lanzó por la ventana. Cayó casi cuatro metros antes de que su cuerpo chocara contra la pared de la torre, cosa que enlenteció parcialmente el descenso. Aún medio ciego de dolor, logró rodear la cadena con las piernas y controlar la velocidad del resto de la caída. Cuando sus pies tocaron el suelo, se sorprendió tanto que se le doblaron las rodillas y se desplomó de costado. Un segundo más tarde, Hauclir impactó también contra el suelo, a su lado, con la ropa ardiendo sin llama y el pelo consumido.

Unas manos tiraron de él para intentar ponerlo de pie. Malus se levantó trabajosamente y alzó los ojos. Una luz verde hervía al otro lado de la estrecha ventana, y la parte superior de la torre estaba aureolada por coléricas llamas. Miró a su guardia.

—¡¿Qué hiciste?!

Tembloroso, el guardia se puso de pie.

—Le arrojé el cuchillo. Pensé que no estaría muy en condiciones de lanzar hechizos con un cuchillo clavado en el pecho. —Se pasó una mano por el cuero cabelludo, y la retiró ennegrecida por el pelo quemado—. Al parecer, fue un error.

—O tal vez sea la razón de que aún estemos vivos —dijo el noble—. No tentemos por más tiempo a la suerte. Recoge algunas cartas y salgamos de aquí.

A pesar de la orden dada, ninguno de los corsarios había huido hacia la empalizada. En cualquier otro momento, ese gesto de lealtad lo habría complacido, pero entonces les dio empujones a los hombres para que se pusieran en movimiento. Aunque Hauclir hubiese herido al brujo, Malus sabía, por experiencia, lo difícil que era matar a ese tipo de hombres.

Se encontraba a pocos pasos de la empalizada cuando la iluminó una brillante luz



verde. La energía crepitó a través del aire y, al mirar atrás, Malus vio que un zigzagueante rayo esmeralda describía un arco desde lo alto de la torre y corría por el suelo tras los corsarios fugitivos. Vio la oscura forma del brujo silueteada en la ventana.

—¡De prisa! —les gritó a los druchii que cargaban con las cartas.

El primero llegó hasta él y saltó sobre sus manos entrelazadas. El noble recibió el pie y empujó hacia arriba para impulsar al corsario hacia el cielo. El hombre se aferró ágilmente a lo alto de la empalizada y pasó una pierna al otro lado, para luego tender una mano hacia abajo e izar al siguiente. Malus también lo impulsó hacia arriba, y el segundo corsario se instaló en lo alto y se inclinó para ayudar a los otros.

Otro rayo de energía crepitó en el aire y dejó una zigzagueante línea quemada en el suelo antes de ascender por el costado de uno de los edificios anexos del campamento. La estructura de troncos no estalló, sino que se desintegró, convertida en humeante pasta podrida por el rayo mágico. Al otro lado del salón resonaron aullidos y gritos coléricos. Malus ayudó al tercer hombre y al cuarto a pasar al otro lado de la empalizada. Sólo quedaba Hauclir, que esa vez no hizo intento alguno de quedarse en la retaguardia; tenía la cara pálida de miedo cuando apoyó el pie en las manos de Malus y saltó hacia lo alto de la empalizada.

Una muchedumbre de skinriders apareció a la carrera por una esquina del edificio más próximo al salón justo en el momento en que el brujo lanzaba otro rayo; éste rozó la pared de una construcción cercana y luego corrió por el suelo hasta llegar a poco menos de un metro del sitio en que se encontraba Malus. El noble gritó una maldición de sobresalto y brincó hacia las manos que le tendían los hombres de lo alto de la empalizada. Lo cogieron al primer intento, y prácticamente lo lanzaron por encima de la hilera de afilados maderos.

Malus dio un traspié al llegar al suelo. Cuando se volvió para gritarles a los hombres de lo alto, se produjo otro destello de luz verde. Los corsarios que estaban encima de la empalizada desaparecieron en una niebla de fuego esmeralda, y sobre los de abajo cayó una lluvia de carne y huesos humeantes. El noble se tambaleó y cayó de espaldas debido a los horribles efectos del estallido. No sólo habían desaparecido los dos druchii, sino también una considerable parte de la empalizada sobre la que estaban sentados. A través de los jirones de vapor que ascendían de los destrozados maderos, Malus vio que una figura envuelta en fuego verde abandonaba con paso ingrátido la parte superior de la torre y descendía sobre una ardiente columna de luz esmeralda.

—¡Bendita Madre de la Noche! —jadeó Malus con los ojos muy abiertos.

El noble se puso precipitadamente de pie y se volvió a mirar a los pasmados corsarios empapados en sangre.

—¡Volad, pájaros marinos, volad! —dijo, y echó a correr.

Para cuando la empalizada se disolvió bajo los mágicos rayos del brujo, los druchii habían desaparecido y corrían desesperadamente a través de las umbrías profundidades del bosque.

## 18. El beso del dragón

Era como si Malus estuviese de vuelta en los Desiertos del Caos, perseguido entre los árboles como un animal. En el oscuro bosque resonaron aullidos y gritos de furia cuando los skinriders salieron del campamento a las sombras de debajo de las ramas. Por los sonidos, al noble le pareció que estaban desplegándose en un amplio círculo, cosa que le dio a entender que, para empezar, eran malos rastreadores y no estaban seguros de la dirección que habían seguido él y los corsarios. Los supervivientes del grupo incursor corrían en una línea irregular detrás de Malus, y dejaban pocas pistas de su paso. Con cada metro que se alejaban del campamento, se hacía más difícil encontrar su rastro.

Malus se detuvo para orientarse. A la derecha, creyó ver las aguas de la ensenada a través de una brecha que había entre los árboles. Calculaba que la canoa se encontraba a unos cuatro kilómetros del campamento, y hasta ese momento habían recorrido la mitad de la distancia. Los gritos de los enemigos eran entonces más débiles, pero, por experiencia, sabía que los sonidos podían ser engañosos en un bosque espeso. Cuando Hauclir y los corsarios supervivientes le dieron alcance, sus rostros estaban tensos de miedo. Malus señaló la senda con un ¡ movimiento de cabeza, y continuó corriendo.

A lo lejos, se oyó un potente grito, seguido de un coro de aullidos.

Varios minutos después, Malus viró para apartarse de la senda y encaminarse hacia la orilla. No había ningún punto de referencia que le indicara dónde estaba, pero el terreno y el tiempo de recorrido le parecían correctos. Se lanzó fuera de los árboles a la rocosa orilla, y se sintió aliviado al ver que la canoa se encontraba a una docena de metros de distancia.

Desde más arriba de la orilla les llegaron gritos, y cuando Malus se volvió, vio a un grupo de skinriders que agitaban antorchas a lo largo de la costa rocosa.

—¡De prisa! —les gritó a sus hombres.

Los corsarios ya se encontraban junto a la canoa y la empujaban hacia las frías aguas. Hauclir aguardaba en las proximidades, con una ballesta en las manos. Malus corrió como un loco por encima del traicionero esquisto.

—¡Sube a la canoa, maldito seas! —rugió.

Hauclir aguardó hasta que el noble hubo pasado de largo, y efectuó un disparo de despedida hacia los perseguidores antes de adentrarse en la rompiente para subir a bordo de la embarcación. Los corsarios ya empuñaban los remos, y cuando Malus aferró al guardia por la pechera y lo subió a bordo, metieron la pala de los remos en el agua y se alejaron rápidamente bahía adentro. Los skinriders se detuvieron en la orilla y les gritaron insultos. Las flechas zumbaron por el aire y cayeron al mar con pequeños chapoteos. Una se clavó en el casco de la canoa con un golpe sordo, e hizo

que Malus se agachara. Las demás flechas no llegaron hasta ellos, ya que el constante avance de la canoa los situó fuera de su alcance. El noble observó cómo los atacantes disparaban unas cuantas flechas más y, pasado un momento, daban media vuelta y se alejaban pesadamente hacia la zona de desembarco del campamento.

Sobre el asentamiento se arremolinaba humo negro y ascendían nubes de brillantes cenizas. Parecía que los skinriders no tenían mucha suerte en la extinción del incendio de la torre. En la zona de desembarco se había reunido una gran multitud, y había canoas que remaban furiosamente entre la orilla y los seis barcos anclados en la bahía. Malus miró por encima del hombro hacia la nave, que se acercaba más con cada golpe de remo. Vio figuras de semblante pálido que corrían por las cubiertas; Tanithra y el resto de los corsarios habían renunciado a todo intento de engaño, y preparaban el barco para zarpar lo antes posible.

Minutos más tarde, la canoa se detuvo junto al fétido casco del barco explorador capturado. Malus y Hauclir treparon hasta la cubierta por la escalerilla de cuerda, con arrugados rollos de cartas doblados bajo los brazos.

Tanithra los esperaba en la cubierta principal con expresión tensa.

—¡Vaya con la astucia y el secreto! —dijo.

—La brujería nos deja a todos en ridículo —gruñó Malus—. ¿Dónde está mi querido hermano?

—Se fue bajo cubierta en cuanto en la orilla comenzó a tronar.

Malus volvió a gruñir.

—Esperemos que esté preparando una sorpresa para ese brujo. ¿Cuándo podremos zarpar?

—Ahora estamos levando el ancha. —Hizo un gesto con la cabeza hacia las cartas de navegación ajadas—. ¿Conseguiste lo que buscabas?

—No tengo ni idea —replicó Malus con un encogimiento de hombros—. Los skinriders no se mostraron muy complacientes. —Le entregó a Hauclir las cartas que llevaba, y se encaminó hacia la borda para mirar las naves de los skinriders—. ¿Qué crees que van a hacer?

—Normalmente, se dispersarán para propagar la alarma por el resto de escondites, pero si saben que has huido con cartas de navegación, cabe esperar que nos persigan hasta la mismísima Ciar Karond para recuperarlas. —Señaló el frenético ir y venir de las canoas enemigas—. La buena noticia es que muchísimos tripulantes estaban en tierra, y los barcos no están preparados para zarpar. Esos capitanes tendrán muchas dificultades para organizarse.

En ese momento, la muchedumbre de la orilla se dispersó como una manada de ratas al ser atravesada por una figura que avanzó envuelta en fuego verde. Cuando el brujo llegó a la orilla, alzó una mano y ascendió sobre una crepitante columna de rayo esmeralda. El brujo subió más y más, como una flecha ardiente disparada al aire

de la bahía, y luego descendió, poco a poco, hacia la cubierta de una de las naves enemigas más cercanas. Los skinriders se dispersaron por la cubierta, iluminados en contraluz por el ardiente resplandor de la presencia del brujo.

—Creo que los capitanes van a tener incentivos para darse prisa —dijo Malus con voz teñida de miedo—. Salgamos de aquí.

La aurora encontró al barco explorador muy al sur de la isla de los skinriders; surcaba las olas gracias a un viento fuerte que soplaba por el lado de estribor. Tanithra había hecho largar todas las velas; el pequeño barco, cuyo timón gobernaban las manos de la corsaria, era tan veloz como un caballo de carreras lanzado de cabeza hacia el horizonte, con una manada de lobos marinos saltando en su estela.

Dos horas después de abandonar la bahía, los vigías avistaron las velas del primero de los barcos de los skinriders que habían salido a perseguirlos. Mezcla de tileano y bretoniano, los barcos tenían dos palos como la nave exploradora, pero con más velamen y, por lo tanto, sacaban más provecho al viento constante. Los barcos druchii como el *Saqueador* podrían haber dejado atrás con facilidad a las naves incursoras de ancha manga, pero Tanithra y Malus no podían hacer otra cosa que mirar con creciente inquietud cómo los perseguidores acortaban distancias, lenta pero constantemente.

Cuando el sol salía, Urial, con expresión preocupada, subió a cubierta y se reunió con Malus y Hauclir en la popa. El antiguo acólito llevaba el hacha rúnica, que sujetaba más como una talismán que como una arma de guerra.

—¿Aún no se ve rastro de Bruglir?

Malus negó con la cabeza.

—Ya no debería faltar mucho, o al menos eso dice Tanithra. Una hora tal vez, o menos.

—Puede ser que no dispongamos siquiera de ese tiempo —replicó Urial con los ojos fijos en los barcos de los skinriders—. Puedo percibir que el brujo está a bordo del barco que va en cabeza. Está invocando a poderes terribles para lanzarlos contra nosotros.

—¿No puedes hacer nada para lograr que vayamos más aprisa? —preguntó Malus, a cuya voz afloró un rastro de exasperación.

—Mis habilidades residen en disciplinas diferentes de los vientos y las olas —replicó Urial—. Creo que puedo contrarrestar la mayor parte de los hechizos del skinrider, pero me veré puesto seriamente a prueba en el proceso.

Malus negó con la cabeza.

—Los skinriders no necesitarán hechizos para acabar con nosotros. En esos grandes barcos hay catapultas, igual que en los barcos de cabotaje bretonianos. Pueden convertirnos en astillas o en un pecio en llamas, y poco podemos hacer para remediarlo.

—En ese caso, será mejor que recemos para que Bruglir esté donde dijo que estaría.

Antes de que Malus pudiera contestar, se oyó el grito de un vigía.

—¡Están disparando!

Una roca toscamente tallada salió volando desde la proa de la nave que iba en cabeza y describió un arco en dirección al barco explorador. Malus observó la trayectoria y sintió que se le secaba la garganta. La pequeña roca cayó muy lejos de la nave fugitiva y levantó una tremenda cantidad de agua.

—Ha sido un disparo para calcular la distancia —dijo Malus con expresión ceñuda—. Aún estamos fuera de su alcance, pero no continuaremos así durante mucho tiempo más. Si puedes invocar algún poder propio, te sugiero que comiences ahora mismo.

El noble dejó a Urial en la popa y se reunió con Tanithra ante el timón. El ojo sano de la corsaria iba desde las velas al horizonte una y otra vez, mientras movía ligeramente la rueda. La expresión de su rostro era tensa, pero Malus creyó ver una leve sonrisa en sus labios.

—Supongo que no podemos ir más de prisa —comentó Malus.

Tanithra hizo un gesto hacia el mástil más cercano.

—¿Por qué no subes ahí arriba y soplas hacia la vela? Dale un buen uso a ese aliento que estás malgastando.

Malus sonrió. Empezaba a gustarle aquella áspera corsaria. Desde el mástil delantero se oyó un grito.

—¡Velas en el horizonte!

Malus se inclinó para intentar ver el cielo distante por debajo de las botavaras y más allá de la proa. No pudo ver nada, pero Tanithra lanzó un grito y señaló ligeramente a estribor.

—¡Allí! ¡Dos cuartas a estribor! Pero sólo cuento tres barcos. ¿Dónde están los otros?

—¿Quién sabe? —replicó Malus—. ¡Cuatro contra seis son unas probabilidades mucho mejores de las que teníamos hace un momento!

Tanithra corrigió el rumbo para interceptar a las naves druchii que se dirigían hacia ellos; justo en ese momento los skinriders efectuaron otro disparo de prueba. La roca giró por el aire y cayó al agua lo bastante cerca del barco como para empapar la popa.

—Más bien tres contra seis —dijo Tanithra, con enfado—. Nosotros no podemos hacer nada contra esos barcos.

Malus logró reír lúgubrementemente.

—Bueno, pues estamos teniendo mucho éxito atrayendo sus disparos.

Otras dos rocas cayeron al mar, una por delante y otra por detrás del pequeño

barco. Los skinriders redoblaban los esfuerzos para incapacitar o hundir la nave fugitiva. Uno de los corsarios de popa gritó y señaló hacia atrás. Malus se volvió y vio que la nave que iba en cabeza estaba rodeada por un nimbo negro verdoso. El aire se había coagulado como la sangre de un cardenal mientras el brujo enemigo reunía sus poderes.

Los barcos druchii habían visto la nave exploradora y a los perseguidores. Dos de ellos viraron a estribor para interceptar la embarcación de Tanithra, mientras el tercero continuaba hacia el norte. Si mantenían el rumbo pasarían entre los barcos druchii y atraerían a los skinriders a un fuego cruzado. Malus observó cómo los esbeltos corsarios se deslizaban por las grises aguas como tiburones y avanzaban rápidamente, incluso con el viento en contra. Al mirar hacia popa, vio que la formación de los skinriders se desplegaba para hacer frente a la nueva amenaza. Dos barcos viraron al sudeste y un tercero lo hizo hacia el sudoeste, en dirección a los barcos druchii. Eso dejó a tres para perseguir la nave exploradora.

Malus vio que un punto de fuego verde aparecía en la proa del barco que iba en cabeza. Al fin, se manifestaba el brujo. Urial se irguió al localizar también al brujo enemigo, y alzó el hacha como para protegerse de un golpe.

De la proa de la nave salió volando una roca. Malus observó la trayectoria y vio que esa vez se les había acabado la suerte.

—¡A cubierto! —les gritó a los hombres situados en popa.

Los corsarios aún corrían a derecha e izquierda en el momento en que la roca impactó contra la borda; la explosión hizo volar largas astillas afiladas como agujas. La roca rebotó por la cubierta como los martillazos de un dios. Le erró al timón por menos de un metro, golpeó de soslayo el mástil delantero y atravesó la puerta de una escotilla.

Tanithra hizo girar el timón con fuerza hacia babor.

—¡Lyrvan! —le gritó a uno de los corsarios que estaban cerca—. ¡Baja a ver si la roca ha atravesado el casco! ¡Si tenemos un agujero por debajo de la línea de flotación, estamos acabados!

Sobre la cubierta se retorcían corsarios heridos que aferraban astillas que se les habían clavado en brazos, piernas y torsos. Un corsario pataleaba en medio de estertores agónicos mientras su sangre formaba un charco cada vez más grande: tenía un trozo de madera clavado en la garganta. Se vio un borrón oscuro cuando otra roca hendió el aire por encima de la cabeza de Malus y abrió un agujero en la vela de popa antes de precipitarse al mar por el otro lado del barco. Los skinriders eran navegantes mediocres, pero su puntería era algo completamente distinto. Los tres barcos que los perseguían no habían variado el rumbo sur lo más mínimo, y daba la impresión de que iban a atravesar la popa de la nave, que avanzaba hacia el sudoeste. Por el momento, acertaban distancia con rapidez. El noble apretó los dientes con frustración

y deseó tener un modo de pagarle al enemigo con la misma moneda, golpe por golpe.

Entonces, se oyó un colérico sonido siseante que atravesó el aire desde más al sur. Malus se volvió a tiempo de ver una lengua de llamas verdes que recorría el cielo y se precipitaba sobre la cubierta de uno de los barcos que los perseguían. La esfera de fuego de dragón de la punta del virote se rompió y extendió una capa de fuego mágico implacable por la proa de la nave enemiga. Del colérico fuego huían figuras encapuchadas, muchas encendidas como antorchas. Los druchii aclamaron, y Malus se unió a ellos.

Con sorprendente rapidez, los otros dos perseguidores viraron para dirigir la proa directamente hacia el vagabundo, al mismo tiempo que intentaban apartarse de los corsarios situados más al sur. Entonces, Malus veía con claridad la ardiente figura del brujo, que alzaba las manos al aire. El noble sintió que se le helaba el corazón y gritó una advertencia justo en el momento en que el brujo lanzó un zigzagueante rayo que pareció ir directamente hacia Malus, y luego se disipó con un potente trueno contra un hemisferio de luz rojiza, a poca distancia de la popa del barco.

El aire siseó y crepitó a la derecha de Malus. Al volverse vio que Urial, con el hacha en alto, clavaba una mirada desafiante en el brujo enemigo. Las runas grabadas en la doble hoja del hacha relumbraban con ardiente luz roja, y el aire que las rodeaba rielaba de calor. Durante un fugaz instante, el noble experimentó alivio; pero luego pasó por lo alto una roca procedente del segundo perseguidor e impactó con un terrible estruendo contra el mástil de popa. Cuando el mástil se vino abajo como un árbol talado, se rompieron las cuerdas con detonaciones secas y por la cubierta volaron sujeciones de hierro. Tanithra se vio obligada a lanzarse hacia un lado cuando el palo cayó sobre el timón. La nave comenzó a escorarse al girar hacia babor, de vuelta hacia los perseguidores.

Malus corrió por la inclinada cubierta, aunque sabía que el esfuerzo era en vano. El timón estaba enterrado bajo cientos de kilos de mástil de roble, y enredado en una maraña de aparejos rotos. Al mirar atrás vio que la proa de uno de los barcos de los skinriders se dirigía hacia ellos como la hoja de una hacha y se acercaba más a cada segundo que pasaba. No había manera de que pudieran impedir la colisión.

—¡Preparad los cabos de abordaje! —rugió Malus—. ¡Preparaos para el impacto!

La nave enemiga impactó en la zona central del barco explorador con un estruendo atronador de madera partida, y detuvo en seco a la pequeña embarcación. El barco escoró bruscamente a estribor y Malus salió disparado contra el mástil derribado. Por un momento, pareció que la embarcación no se recobraría del choque, pero luego se enderezó pesadamente, raspando contra la proa del barco enemigo. Ambas naves estaban trabadas la una con la otra, y Malus comprobó que, de momento, había tanta conmoción y confusión a bordo del barco enemigo como del suyo. No se veía al brujo enemigo por ninguna parte.



Los hombres gritaban de miedo y cólera; el noble forcejeó para librarse de las cuerdas en las que se había enredado, y luego sacó la espada y la alzó en alto.

—¡A por ellos, pájaros marinos! —gritó—. ¡Al abordaje!

Los corsarios respondieron con un alarido salvaje, ansiosos por responder al castigo que les habían infligido los skinriders. Arrojaron cabos de abordaje al barco enemigo, y los druchii subieron a bordo y acometieron salvajemente a los pasmados piratas. Hauclir y Urial se reunieron con Malus junto al timón. Urial se movía con una fuerza y agilidad asombrosas, y tenía los ojos brillantes como de fiebre. El hacha aún relumbraba con fuerza en sus manos. Malus lo miró como si lo evaluara.

—¿Crees que puedes abordar el barco enemigo?

—¡O lo hace, o tendrá que nadar! —intervino Tanithra, colérica, en el momento en que rodeaba el extremo del mástil caído con la espada en una mano—. Entre la primera y la segunda colisión, a esta vieja bañera se le han roto las costuras. ¡Se hunde con rapidez!

Se produjo un destello de luz verdosa en el barco enemigo, y los hombres gritaron de miedo y dolor.

—¡Hauclir, vete abajo y recoge las cartas de navegación! —ordenó Malus—. Tanithra, toma el mando del abordaje. ¡Urial y yo vamos a matar a ese brujo!

Malus corrió hacia la sección de babor del barco que zozobraba, con Urial detrás. Saltó sobre la borda rajada, cogió un vibrante cabo y trepó ágilmente hasta la cubierta de la nave enemiga.

El noble se encontró en medio de una carnicería. Por todas partes yacían skinriders muertos, que derramaban sobre la cubierta sangre putrefacta y fluidos viles. Por el aire zumbaban piedras y flechas disparadas por los enemigos que se encontraban en lo alto de los palos gemelos. Otro destello esmeralda atrajo la mirada de Malus, y vio al brujo en el combés de la nave, de espaldas al palo mayor. Del pecho le sobresalían flechas de ballesta y hojas de armas partidas y oxidadas, y presa de una cólera ciega, atacaba a cualquiera que tuviese al alcance, fuera amigo o enemigo. Un rayo zigzagueó entre un apretado grupo de skinriders y corsarios trabados en feroz refriega, y los redujo a todos a huesos ennegrecidos y pasta fétida.

Urial se situó delante de Malus.

—Quédate detrás de mí —dijo, y una sonrisa feroz contorsionó su boca.

Avanzó hacia el brujo con paso constante y deliberado, con el hacha preparada en la mano sana. Malus desenvainó el cuchillo con la izquierda y lo siguió, precavido.

El núcleo de batalla que rodeaba el mástil prácticamente se desvaneció cuando los combatientes huyeron en todas direcciones para escapar de la furia del brujo. Malus vio que el skinrider se erguía a pesar del dolor, y que en sus ojos y boca ardía fuego verde al pronunciar palabras de poder y rodearse de un nimbo de energía. Las armas que le atravesaban el cuerpo se desintegraron, podridas en un instante.

Dos skinriders que huían se interpusieron, por inadvertencia, en el camino de Urial, cuya hacha salió disparada en un arco rojo; los dos piratas cayeron sobre la cubierta, con el cuerpo desgarrado y humeante. La ardiente luz que rodeaba el hacha pareció hacerse más intensa cuando Urial habló con voz tronante.

—¡Sirviente de la Corrupción! ¡Esclavo del Señor de la Podredumbre! ¡El fuego purificador del Dios de Manos Ensangrentadas está sobre ti! ¡Redímete con el agudo filo de su miséricordia, o arrojaré tu alma a la Oscuridad Exterior por todos los tiempos!

Tanto skinriders como druchii se tambalearon debido al sobrenatural poder que canalizaba la voz de Urial. Incluso Malus, que había caminado por la periferia del Reino del Asesinato y se había asomado al otro lado del Abismo, a mundos no soñados, oyó la voz de Khaine resonando en la boca del hermano y se maravilló.

El brujo retrocedió con paso tambaleante, como si lo hubiesen golpeado, y sus hombros chocaron contra el palo mayor con suficiente fuerza como para hacer que se abrieran rajaduras a lo largo de él; luego, rebotó, abrió la boca de par en par y vomitó un torrente de bilis negra hacia el druchii armado con el hacha.

El virulento vómito de espeso líquido corrosivo resbaló por las defensas mágicas de Urial y estalló en llamas rojas, que salpicaron la cubierta de goterones encendidos y perforaron los tablones de roble en un instante. Malus se agachó cuanto pudo y se inclinó ligeramente hacia adelante, como si avanzara contra un viento huracanado, y de ese modo, dejó que la porquería encendida pasara volando por encima de él. Avanzaban a paso constante hacia el brujo, y entonces el hacha de Urial ardía como el sol del desierto.

De los babeantes labios del brujo manaron palabras de poder, y todos los skinriders que se encontraban a menos de treinta pasos gimieron de dolor y pánico. Sobre sus cuerpos hinchados danzaron arcos de fuego verdoso, y comenzaron a dar torpes traspiés, como si ya no tuvieran control sobre sus extremidades. Luego, de una docena de gargantas cancerosas manó un solo lamento desesperado, y los apestados se lanzaron hacia Urial.

El devoto servidor de Khaine recibió la frenética carga con una carcajada jubilosa, y la matanza comenzó de verdad. Los skinriders chocaron contra una protección hecha de afilado acero encantado; el hacha era un borroso remolino colérico que hacía retroceder a los enemigos con el torso destrozado, las extremidades cercenadas y la sangre ardiendo en llamas como ofrenda al Señor del Asesinato. Pero tal era la demente furia de la carga de los piratas que el avance de Urial se vio entorpecido. Contra su armadura se estrellaban espadas, y manos gangrenosas se tendían durante fugaces momentos hacia su garganta; cada acometida lo enlentecía un poco, hasta que casi se detuvo. El brujo le dedicó a Urial una feroz sonrisa burlona, y luego extendió las manos hacia adelante y ascendió lentamente

sobre una crepitante columna de rayo esmeralda.

—¡Ah, no!, ¡eso sí que no! —dijo Malus con frialdad, al mismo tiempo que salía de detrás de Urial y le arrojaba el cuchillo.

La afilada hoja voló recta y certeramente hacia el corazón del brujo. Los ardientes ojos del skinrider se agrandaron, y en el último momento, alzó una mano, y la daga le atravesó la palma. El brujo gruñó de dolor y lanzó una virulenta maldición a la vez que cerraba el puño y disolvía el cuchillo en una lluvia de polvo destellante. Fue apenas una distracción momentánea, pero entorpeció el ascenso del brujo y, en ese instante de vacilación, Malus se lanzó hacia el sirviente de la podredumbre.

Impacto contra el pecho del brujo, sorprendido de hallar músculos duros como la roca en lugar de la hinchada carne bulbosa de los otros skinriders con los que había luchado. Malus rodó hasta quedar sobre el brujo y levantó la espada, pero el hombre lo aferró por el cuello y le atrapó la muñeca del arma con una presa férrea. Y entonces, comenzó a atraer a Malus hacia abajo, hacia sus relumbrantes ojos y labios encendidos.

Tz'arkan se retorció y golpeaba dentro de las costillas de Malus, y el noble miró los globos gemelos de los ojos del brujo y vio la cara de otro demonio que le devolvía la mirada.

Malus sintió que la bendición de Urial comenzaba a chisporrotear como una vela a la que se le acaba el pábilo. El fuego puro que le limpiaba la piel comenzó a amortecerse, y en su lugar, dejó una fiebre insana. De la voraz boca del brujo poseído manó humo negro, y cuando el vapor se le deslizó por la garganta, sintió que dentro de él se retorcían alimañas. Percibía cómo la podredumbre florecía en sus pulmones y arraigaba en sus entrañas. Por los ojos salieron gruesos regueros de pus, que le corrieron por las mejillas.

El brujo atrajo a Malus hacia sí hasta que los rostros de ambos quedaron separados por escasos centímetros. El noble percibió la presencia del espíritu pestilente que se agitaba dentro del skinrider. El hombre poseído rió entre dientes, y en ese momento su auténtica voz salió como un burbujeo de los pulmones corrompidos.

—Mira el rostro de un demonio y desespera —dijo el brujo.

Malus lo miró a los ojos y rió fríamente, a su vez.

—Como quieras —dijo—. Muéstrale tu rostro, ¡oh, Bebedor de Mundos!

Un hielo negro le corrió por las venas, congeló la pestilencia que había invadido su carne e hinchó sus extremidades con una fuerza sobrehumana. Los ojos del noble fueron tragados por una negrura absoluta, el interminable frío de la noche eterna. Las uñas le crecieron hasta transformarse en garras y los dientes se le afilaron hasta ser colmillos terribles. El brujo se puso rígido. El demonio de su interior se acobardó ante la furia de Tz'arkan, y el skinrider chilló de terror.

Malus hundió la mano izquierda en el vientre del brujo, y las garras afiladas como navajas le arrancaron las entrañas.

—Deslízate, deslízate, gusanillo —dijo Malus con una voz que no era la suya—. Huye por tus túneles de tumores y podredumbre, pero no escaparás de mí.

La espada cayó sobre la cubierta. El brujo se retorció y chillaba, imploraba misericordia, y Malus lo hizo pedazos. Vacío el pecho del hombre, partió las costillas, metió la mano garganta arriba y llegó al interior del cráneo, hasta que al fin sacó un largo gusano negro que se retorció enloquecidamente en las chorreantes manos del noble. Malus cerró el puño para aplastarlo, y sintió el éxtasis de Tz'arkan cuando el demonio menor fue lanzado, entre alaridos, a los territorios del Inframundo.

Pasó un tiempo antes de que Malus se diera cuenta de que la presencia del demonio se había retirado. Se hallaba sentado sobre la cubierta, y en sus oídos resonaba un rugido. De su armadura manchada de sangre ascendían jirones de niebla fría. Del brujo quedaba poco que aún fuese reconocible.

Poco después, el rugido se resolvió como los ruidos de la batalla, y Malus recordó dónde estaba. Un escalofrío de terror le recorrió la espalda al darse cuenta de la trascendencia de lo que acababa de hacer. Miró a su alrededor, enloquecido, esperando encontrar a Urial de pie junto a él, con el hacha ardiente dispuesta a caer.

En cambio, el hermano había cedido a su propio señor ultraterreno, transportado por el éxtasis de la batalla. Había matado a todos los skinriders que el brujo había lanzado contra él y, borracho de sangre, había cargado hacia popa, donde aún se libraba la batalla por la posesión del barco. Había caído como un rayo sobre los defensores de la nave, y los corsarios, al reconocer en él el toque de la divinidad, habían recuperado el valor y redoblado sus esfuerzos. Salvo los muertos, no había habido nadie que pudiera presenciar la transformación de Malus, y por el momento se encontraba solo entre ellos.

El noble se puso de pie, con una sensación de profundo cansancio. En torno al barco, el mar estaba rojo de fuego. A estribor, el último de los tres barcos que habían perseguido a la nave exploradora iba entonces a la deriva, a capricho del viento, con la cubierta convertida en un infierno. Un trío de naves negras pasaron ante el viejo buque incendiado, deslizándose sin esfuerzo hacia el sur antes de virar a barlovento. Más lejos, también a estribor, el *Saqueador* bogaba hacia el norte, vapuleado pero invicto. El barco enemigo que había virado hacia él al principio de la batalla era entonces una pira en llamas que se hundía bajo las olas.

A babor, la lucha no había ido tan bien. El *Navaja Negra* iba a la deriva, trabado en un llameante abrazo con un barco de los skinriders: los tripulantes de uno habían abordado al otro, y en la furiosa batalla que siguió, ambos se habían incendiado y nadie había podido extinguir el fuego. El *Dragón Marino* se hundía lentamente, y las olas pasaban por encima de la borda mientras el mar entraba por los agujeros abiertos

en el casco. Sin embargo, el agresor había tenido poco tiempo para saborear la victoria. El último barco de los skinriders se encontraba entonces bien al sur, con una estela de aparejos en llamas y un mástil partido, y perseguido por otras tres naves druchii que lo acosaban como lobos.

Malus se dio cuenta de que Bruglir no se había visto superado en número en ningún momento. Había dividido las fuerzas en tres escuadras, y había enviado dos de ellas al este y el oeste, justo al otro lado del horizonte. Cuando había comenzado la batalla, les había hecho una señal, y las escuadras habían caído sobre los sldnriders por los flancos para cerrarse sobre ellos como mandíbulas.

Los ruidos de batalla de la popa se apagaron repentinamente. Malus se volvió y vio que el capitán de los skinriders dejaba caer la espada y se arrodillaba ante Tanithra; resultaba evidente que el ardiente semblante de Urial y su hacha habían bastado para lograr una rendición impropia de aquellos enemigos. Tanithra gritó de júbilo al mismo tiempo que decapitaba al hombre, y la tripulación lanzó un largo bramido de victoria.

Los gritos de celebración eran tan potentes que Malus estuvo a punto de no oír el débil lamento procedente de la popa. El noble frunció el ceño. «Parece extrañamente familiar», pensó. Y entonces, recordó: «¡Hauclir!»

Malus corrió hacia la popa. La nave exploradora había desaparecido, tragada por las voraces olas. El noble se asomó por el lado y vio al guardia que colgaba de un cabo de abordaje y sujetaba con fuerza un manojó de cartas de navegación empapadas. Malus lanzó un grito de sobresalto e izó la cuerda con todas sus fuerzas, con la esperanza de tener aún en su interior un poco de la fortaleza del demonio.

Todavía pasó cierto tiempo hasta que Hauclir rodó por encima de la borda. Le corría agua del pálido semblante y el pelo, y le caía a chorros desde debajo de la pesada armadura. Aún sujetaba las cartas de navegación en una presa de muerte, y la mirada que le dirigió a Malus era de insubordinación y horror al mismo tiempo.

—¡Que la Madre Oscura no lo quiera —dijo Hauclir, tembloroso—, pero si alguna vez volvemos a encontrarnos en un barco que se va a pique y nos hemos dejado algo bajo cubierta, maldición, ya puedes ir a buscarlo tú mismo, mi señor!

## 19. La isla de los perdidos

—Ahí está —declaró Bruglir, y dio unos golpecitos sobre un punto del mapa de pergamino amarillo con un dedo acorazado—. Ése es el islote de Morhaut.

Malus cruzó los brazos debajo de la gruesa capa que llevaba puesta, y reprimió otro ataque de temblores. El gélido toque del demonio aún perduraba, aunque hacía ya más de cuatro horas que había acabado la batalla a bordo del barco de los skinriders. Era casi mediodía, y el agitado mar septentrional brillaba como acero pulimentado bajo una pálida luz solar difusa. Los corsarios druchii andaban por ahí descalzos y descamisados para bañarse como lagartos en el agradable calor, pero Malus aún se sentía congelado hasta los tuétanos. A Tanithra y los demás les dijo que se había empapado al sacar a Hauclir del agua, y la capa de invierno no había despertado más que un interés pasajero en Bruglir y Urial. El noble se inclinó sobre la mesa del capitán y entrecerró los ojos para enfocar las líneas finamente trazadas y las grotescas anotaciones del mapa de los skinriders. Había visto libros de brujería que eran más claros y fáciles de descifrar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Todo está escrito en una especie de galimatías.

—De hecho, es idioma norse —replicó Bruglir—. Mira aquí. —El dedo retrocedió de la diminuta señal que representaba al islote, y señaló ocho islas grandes extendidas ante la entrada del mar septentrional—. Tres de estas islas son bien conocidas por albergar importantes campamentos de los skinriders, y podemos suponer que también las otras cinco son importantes puestos avanzados. Observarás que todas tienen trazadas rutas claramente definidas que las conectan unas con otras. —El dedo recorrió las largas líneas curvas que iban de una rocosa silueta a la siguiente, cada una con anotaciones en una extraña escritura rúnica—. Ahora bien, ¿qué más tienen en común todas estas islas?

Malus estudió el mapa. Cuando Bruglir lo señaló, la respuesta saltó fuera del enredo de líneas y runas.

—Todas ellas tienen un curso trazado hasta una isla localizada en el centro, más pequeña que las demás.

El capitán asintió con la cabeza.

—Exacto. Esta isla central es el cuartel general. No puede ser otra cosa.

Se desplazó para ojear un montón de cartas de navegación druchii que descansaban sobre la superficie de un escritorio cercano, y finalmente se decidió por una y la extendió sobre la mesa. A través de la fina vitela se transparentaba la carta de los skinriders, y creaba una figura compuesta del mismo mar.

—¿Ves que la isla ni siquiera aparece en nuestra carta? —Bruglir sonrió cruelmente—. Éste es el secreto que tanto luchaban por proteger. ¡Ahora sabemos dónde está su corazón, y podemos arrancárselo y sostenerlo ante sus incrédulos

rostros!

Malus apretó los dientes para controlar otra tanda de estremecimientos, y estudió a los otros druchii que había en el camarote. Tanithra asintió para sí misma al estudiar el mapa con expresión pensativa. Urial el Rechazado se mantenía rígidamente erguido, con los ojos brillantes y feroces. Resultaba evidente que el éxtasis de la batalla aún cantaba en sus venas, y la mirada que le dirigía al hermano mayor casi equivalía a un reto. El noble se preguntó si Urial había luchado alguna vez en una verdadera batalla antes de ese día. Estaba claro que el sabor le gustaba. Malus consideró los cambios acaecidos a Yasmir desde la llegada al *Saqueador*, y se preguntó qué significaría eso para sus planes. Tendría que actuar dentro de muy poco tiempo, y no podía permitirse que Urial ni nadie más hiciera algo impredecible.

La batalla con los skinriders había continuado durante una hora más después de que Tanithra y su tripulación hubiesen capturado el barco pirata. Tres de las naves enemigas habían quedado completamente destruidas, con los cascos consumidos por el fuego brujo de los viroles de llama de dragón. De las tres restantes, dos fueron despojadas de todo lo que pudiese resultar útil, y luego fueron dejadas a la deriva con brea encendida esparcida por la cubierta, al no disponerse de suficientes tripulantes para dotarlas. También el *Cuchillo Ensangrentado* fue entregado a las llamas, dado que el capitán y casi todos los tripulantes habían muerto, y los aparejos habían quedado casi completamente destruidos durante la lucha. Además, se había perdido la mayor parte de la tripulación del *Dragón Marino*, que había muerto congelada en las frías aguas antes de que otro barco pudiera llegar a rescatarla. Eso dejaba sólo el barco que había tomado Tanithra, y que claramente esperaba conservar, a juzgar por las inequívocas solicitudes de más tripulantes y suministros que le planteaba a Bruglir.

Una vez concluida la batalla, el *Saqueador* se había situado junto al barco pirata capturado. Malus y Urial habían subido a bordo con las cartas de navegación, y el noble había enviado a Hauclir a que se secara y averiguara qué había sucedido durante su ausencia. Entonces, el resto de la flota bogaba hacia el norte, avanzando lenta pero certeramente hacia el islote de Morhaut.

—De acuerdo —dijo Malus—. Parece que todos los demás coinciden con tus conclusiones, capitán. Y ahora, ¿qué?

Bruglir se encogió de hombros.

—Siempre y cuando no nos encontremos con más skinriders por el camino, llegaremos al islote en una semana —dijo—. Después de eso, dependerá de Urial que atravesemos las defensas de la isla, si es capaz de hacerlo.

Urial se puso rígido, y un rubor coloreó sus pálidas mejillas.

—¡Ah, soy capaz de muchas cosas, hermano! —replicó con tono sorprendentemente venenoso—. Vas a comprobarlo dentro de muy poco.

Malus se aclaró la garganta en el repentino silencio.

—¿Qué sabes acerca de las defensas de la isla, Urial?

Durante un momento, Urial y Bruglir continuaron mirándose con fijeza a los ojos por encima de la mesa. Finalmente, Urial apartó la mirada.

—Existen pocos datos concretos, por desgracia —le dijo a Malus—. Las bibliotecas de Hag Graef contienen escasas referencias a ese islote, pero pude desenterrar alguna información sobre Eradorius, el brujo que residió allí y supuestamente creó las defensas hace miles de años. —Los ojos color latón de Urial brillaban como monedas calientes—. Parece que Eradorius fue un servidor del Caos durante los años de la Primera Guerra, un conquistador y maestro de conocimientos arcanos que era terrible enemigo de Aenarion y sus retorcidos parientes, hasta que huyó de su castillo de hierro y huesos, y se refugió en una isla remota del mar septentrional.

Malus sintió que se le secaba la boca.

—¿Que huyó, dices?

—Eso parece. Lo más probable es que sus tenientes se volvieran contra él, codiciosos de su riqueza y poder —replicó Urial—. Con independencia de qué fuera lo que Eradorius temía, dedicó todo el poder que le restaba a intentar escapar. Según la leyenda, puso muchas protecciones mágicas en torno al islote de Morhaut, destinadas a destruir a cualquiera que fuese lo bastante estúpido como para acercarse.

Tanithra frunció el entrecejo.

—¿Protecciones? —dijo con una mueca, como si le desagradara el sabor de la palabra—. ¿Como qué? ¿Tormentas de sangre y bandadas de demonios?

Urial rió entre dientes.

—No. Se requiere un gran poder para mantener protecciones como ésas, y no habrían sobrevivido sin que se les inoculara energía regularmente. No, las protecciones eran más sutiles, alteraban las percepciones del intruso de tal modo que lo más probable era que ni siquiera reparara en la existencia del islote.

—¿Y si lo hacía?

—Entonces, se perdería para siempre.

Tanithra negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

El antiguo acólito abrió las manos hacia adelante.

—Es lo único que cuentan las leyendas. Sabré algo más cuando haya tenido la posibilidad de estudiar las protecciones de primera mano.

—Usaremos el barco capturado —dijo Bruglir—. Una vez que Urial haya encontrado el modo de atravesar las defensas, haremos entrar al resto de la flota.

—¿Y eso significa que conseguiré los tripulantes que necesito? —preguntó Tanithra.



Bruglir respiró profundamente y, al erguirse en toda su estatura, rozó con la cabeza las vigas del techo.

—Después de la última batalla, la flota tiene pocos marineros de los que pueda prescindir —replicó con precaución—. No quiero dejar a nuestros barcos con una dotación insuficiente, cuando podría avvicinarse otra importante batalla.

—Ahora mismo nos dejas a nosotros con una dotación insuficiente —le contestó Tanithra.

—No tengo ninguna intención de llevar el barco pirata a la batalla —replicó Bruglir—. Cuando hayamos encontrado la manera de atravesar las defensas del islote y tengamos una idea de lo que hay al otro lado, lo echaremos a pique. Para mí no tiene valor alguno como botín.

Tanithra se quedó boquiabierta, y sus oscuros ojos brillaron de furia.

—Estás hablando de mi barco, capitán. Lo he ganado con sangre y acero, y nadie decide echarlo a pique, excepto yo.

—Tenías un barco, Tani, y lo perdiste en la batalla —replicó Bruglir con frialdad—. Y todos los capitanes de todos los barcos de esta flota sirven según mi deseo. Cuando la batalla comience de verdad, te necesitaré de vuelta aquí, en el *Saqueador*.

Malus evaluó cuidadosamente las reacciones de los dos corsarios, y luego se aclaró la garganta.

—Hermano, estás siendo injusto con la primera oficial. Gobernó la nave exploradora con gran habilidad, y condujo a la tripulación a la victoria contra un enemigo que era más del doble de grande que nuestro barco. Incluso yo sé que la ley del mar avala su derecho al botín. —Hizo una pausa dramática—. Si esto tiene que ver con Yasmir...

—Esto tiene que ver con que estoy al mando de esta flota —le espetó Bruglir—, algo sobre lo que no tiene absolutamente ninguna influencia tu precioso poder de hierro. La reunión se ha acabado —dijo Bruglir con frialdad, y a continuación se inclinó sobre las cartas de navegación que tenía delante—. Llegaremos al islote de Morhaut en seis días. Ahora, marchaos.

Malus giró sobre los talones para ocultar una fugaz y divertida expresión. Tendió una mano hacia la puerta, pero Tanithra pasó junto a él como un nubarrón veloz y casi lo apartó con un golpe de hombro antes de echar a andar pesadamente por el pasillo. Hauclir, que esperaba al otro lado de la puerta, apenas logró saltar fuera de su camino a tiempo.

Urial siguió de inmediato a Malus, y cerró la puerta al salir.

—¿Es éste tu plan? —le preguntó al noble con un susurro ronco—. ¿Provocar a Tanithra para que lo asesine?

Por encima de un hombro, Malus le lanzó a Urial una mirada furiosa.

—Te aseguro que no sé de qué me estás hablando, hermano —siseó—. A fin de

cuentas, éste es un barco que está navegando, e incluso comentar lo que estás diciendo es motivo para sufrir vivisección pública.

Pero el antiguo acólito se mostró indiferente ante la advertencia apenas velada. Se acercó más a Malus y habló en un tono más bajo pero no menos intenso.

—Los otros capitanes la harían pedazos en un instante. Había esperado que actuaras de modo más directo en esto.

Malus se volvió hasta que ambos quedaron prácticamente nariz con nariz.

—¿Para qué, para que los capitanes puedan hacerme pedazos a mí en lugar de a ella? —El noble miró a Urial de arriba abajo—. Te has vuelto un poco temerario desde que tomamos el barco, hermano. Si tanto deseas la sangre de Bruglir, ¿por qué no lo desafías tú mismo? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta del camarote—. Allí dentro, tuve la impresión de que estabas a punto de hacerlo. ¿Qué te lo impide?

Urial retrocedió al mismo tiempo que un gruñido le contorsionaba el rostro, pero si tenía intención de darle una respuesta destemplada, pareció dominarse en el último momento y su cara se transformó en una máscara impasible.

—Sólo deseo recordarte tu obligación —dijo—. Puede ser que decida pedirte que pagues la deuda antes de llegar al islote.

—No seas estúpido, hermano —siseó Malus—. Te guste o no, necesitaremos a Bruglir para derrotar a los skinriders. Has sufrido su existencia durante toda la vida; ¿no puedes esperar unos pocos días más?

—Mi paciencia es ilimitada —replicó Urial con voz átona—. Mi confianza, sin embargo, no lo es. Piensa en eso, Malus —concluyó a la vez que pasaba de largo y continuaba corredor abajo.

El noble observó a su hermano hasta que giró en un recodo y desapareció de la vista, y sacudió la cabeza con asco.

—Y pensar que en otros tiempos les tenía miedo... —murmuró—. ¡Vaya unos torpes estúpidos!

Hauclir se encogió de hombros.

—Por otro lado, hasta la más astuta de las ratas muere si la pisas con la fuerza suficiente.

—¿Estás llamándome rata?

—En absoluto, señor —replicó de forma casi inexpresiva el antiguo capitán de la guardia—. Sólo decía que por este barco hay muchas grandes botas dando pisotones, eso es todo.

—Ten cuidado de que no te caiga una sobre la cabeza.

—Eso me ocupa una gran parte de las horas de vigilia, mi señor.

El noble no logró reprimir un suspiro de exasperación.

—Dime que has dedicado el resto de tu precioso tiempo al servicio de mis

intereses.

—Me siento herido al oírte decir algo semejante, mi señor —replicó Hauclir con tono zumbón—. Por supuesto que lo he hecho.

—Entonces, dime, ¿qué sucedió mientras estuvimos ausentes del barco?

El guardia echó a andar junto a Malus, en dirección a la sala de cartas náuticas.

—Yasmir no salió de su camarote en ningún momento, aunque corre el rumor de que ha reunido las ofrendas de los tripulantes en una especie de santuario, dentro del camarote. Los hombres de Urial vigilan la habitación día y noche.

Malus asintió con la cabeza.

—Así que para eso los dejó aquí. Interesante. ¿Qué órdenes tenían?

Hauclir bufó.

—¿Quién sabe? Tal vez esperaban a ver si aparecía. No intentaron entrar en el camarote ni impidieron las ofrendas de los tripulantes. —Hauclir miró a su alrededor y bajó la voz hasta un susurro casi inaudible—. Tampoco hicieron nada cuando Bruglir fue a visitarla en plena noche.

El noble sonrió.

—Así que el gran capitán se muestra cauteloso. ¿Y cómo fue la visita?

El guardia se encogió de hombros.

—No se oyeron gritos, y Bruglir se marchó con la misma cantidad de extremidades con que había llegado. Deduce lo que quieras.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Uno de los marineros vio a Bruglir cuando salía del camarote de Yasmir, poco después de medianoche. En el comedor, todos hablan del asunto.

Malus asintió, pensativo.

—Entonces, creo que han llegado a un acuerdo. Es una noticia excelente.

El ceño de Hauclir se frunció de consternación.

—¿Lo es?

—Ya lo creo. Encaja a la perfección con mis planes. —Habían llegado a la atestada habitación del noble. Malus abrió la puerta y se detuvo en la entrada—. Ahora, lo único que debemos hacer es llegar al islote y atravesar las defensas, y todo estará en su sitio.

—Ya veo, mi señor —comentó Hauclir, aunque la expresión de su cara dejaba claro que no era así—. ¿Qué debo hacer en el entretanto?

—Toma un baño. Hueles a pescado muerto —replicó Malus al mismo tiempo que le cerraba la puerta en las narices.

El fuerte viento que soplaba desde proa, ligeramente por estribor, y silbaba entre los aparejos enlentecía al barco capturado, que apenas avanzaba en dirección al punto en que se suponía que estaba el islote de Morhaut. Malus se hallaba cerca del timón y dividía su atención entre el estudio del horizonte septentrional y la observación de los

preparativos que Urial llevaba a cabo a poca distancia de él.

Urial se encontraba arrodillado en cubierta, con un cuenco de latón en una mano y un pincel que tenía runas talladas en la otra. El viento levantaba hilos de sangre medio coagulada de la superficie del cuenco y le pintaba líneas rojas en el pelo, pero Urial no le hacía el más mínimo caso porque estaba absorto en la tarea que tenía entre manos. Con el pincel había trazado un círculo pequeño sobre los tablones, y entonces giraba lentamente sobre sí para decorar el arco interior con complicados sigilos. Tanithra se hallaba ante el timón, con expresión salvaje y melancólica.

Había regresado a la nave capturada inmediatamente después de la conversación mantenida con Bruglir, hacía ya casi seis días, y el gran capitán no había vuelto a llamarla desde entonces. Según los informes de Hauclir, durante ese tiempo Bruglir había visitado a su hermana en otras dos ocasiones, ambas en plena noche. En un caso se oyeron ruidos de lo que podría haber sido un forcejeo, pero nadie sabía qué había sucedido realmente dentro del camarote. Malus creía que Bruglir intentaba compensarla, y se había ofrecido a matar a Tanithra a la primera oportunidad que tuviera con el fin de redimirse. Urial merodeaba por el exterior del camarote como un espectro, y observaba las idas y venidas de Bruglir con algo parecido a una legítima indignación, pero sin hacer nada. A esas alturas, Malus tenía la sensación de que la única razón por la que Urial no había enviado a sus hombres a matar a Bruglir era porque necesitaba culpar de su muerte a Malus con la intención de ganarse el afecto de Yasmir. Se preguntó cuánta paciencia le quedaría a Urial.

En los días de espera, Malus se había ocupado de beber hasta la última gota de licor que podía obtenerse a bordo del barco de Bruglir. A pesar de las protestas de Hauclir, todas y cada una de las noches en que acababa con los últimos restos de bebida del barco, la combinación de ingenio y maliciosas amenazas de Malus lograba, de algún modo, que al siguiente anochecer el guardia acudiera a su puerta con una botella nueva en la mano. Por mucho que el noble odiara admitirlo, el antiguo capitán de la guardia comenzaba a resultarle imprescindible.

Necesitaba beber para mantener alejado el terrible helor de la influencia del demonio. Aunque no era tan fuerte como lo había sido tras la batalla marina de la semana anterior, aún continuaba siendo dolorosamente evidente, lo suficiente como para que Malus temiera haber atravesado finalmente un umbral hacia las garras del demonio, de las que no podría regresar. El pensamiento era lo bastante malo para mantenerlo despierto durante toda la noche, y aún peor era el hecho de que cada vez tenía más sueños extraños, cada uno más intenso y aterrador que el anterior.

Carecían de ritmo y razón, como si fueran imágenes pintadas en un centenar de cartas distintas y luego arrojadas al viento, donde se agitaban y caían según pautas caóticas que insinuaban significados pero al final no revelaban nada.

«Corredores y escaleras», pensó. Puertas que se abrían a las mismas habitaciones

una y otra vez. Era como si se tratara de una escena que se repitiera interminablemente en su mente. La única diferencia eran los pasos. Cada noche parecían estar un poco más cerca. Tremendos pasos atronadores, como las pisadas de un gigante. Y sabía, con la omnisciencia del que sueña, que cuando los pasos finalmente lo alcanzaran, iba a morir. Era sólo cuestión de tiempo.

—¿Y si no se tratara de sueños? —dijo Tz'arkan—. ¿Y si lo que ves es tu futuro, como cuando te ahogabas en el agua de pantoque del barco pirata?

—Eso no puede ser —siseó—. Estas visiones son demencia pura. Nada en el mundo puede ser tan retorcido ni maligno.

—A pesar de eso, pequeño druchii. A pesar de eso.

—¡Cállate! ¿Me oyes? ¡Cállate!

Malus sintió que unos ojos lo observaban. Alzó la mirada y vio que Tanithra lo estudiaba con desconfianza. El demonio rió entre dientes.

—Piensa que estás loco, Darkblade.

—¿Y por qué no? —murmuró Malus—. Probablemente tenga razón.

Acabada su obra, Urial dejó el pincel a un lado y se irguió; sujetaba el cuenco con ambas manos.

—Arriad todas las velas que podáis sin que dejemos de avanzar —le dijo a Tanithra—. Cuando comencemos a movernos por el laberinto, deberemos hacerlo con lentitud y precaución.

—Con este viento de proa, tendremos que esforzarnos para avanzar algo —replicó ella sin apartar los ojos del horizonte.

Pero Urial negó con la cabeza.

—Si mis teorías son correctas, no será el viento lo que nos impulse al interior del laberinto.

Al oír esto, Tanithra se volvió, pero si esperaba una explicación más detallada, sólo obtuvo decepción. Urial ya había inclinado la cabeza sobre el cuenco y murmuraba una larga y precipitada salmodia. Una vez más, Malus miró hacia el norte, pero el horizonte parecía un desierto plano de pizarra indistinta. Volvió los ojos hacia popa, y en la distancia aún pudo atisbar las velas negras de la flota de Bruglir. Los corsarios aguardarían mar adentro, mientras el barco capturado intentaba atravesar las defensas del islote.

La salmodia se hacía más sonora, o más bien se hacía sentir más intensamente, ya que no percibía un aumento de volumen, pero el aire se estremecía con cada sílaba. Sentía en la piel cada temblor, como diminutas olas creadas por una mano invisible. Pasaban sobre él y radiaban desde el barco en círculos cada vez más amplios que se dirigían hacia el horizonte.

Ante ellos estaba sucediendo algo, tal vez a una milla de la proa. En el aire se concentraba niebla que lentamente se extendía hacia el este y el oeste, como una

pantalla que se desplegara.

Urial se irguió y alzó el cuenco hacia el cielo como si hiciera una ofrenda a las divinidades. Echó la cabeza atrás y se vació el cuenco de sangre sobre el rostro vuelto hacia lo alto. El rojo líquido le empapó el blanco cabello y se le encharcó en la boca y los ojos abiertos. De la sangre manaba vapor como si acabaran de derramarla, vapor que ascendía, en jirones torneados, de los ojos de Urial. Cuando bajó la mirada y sonrió, sus ojos eran globos del más puro rojo que brillaban de poder.

—Lo percibo ahí fuera —dijo con voz clara aunque algo apagada—. Es como descifrar el mundo. Tanithra, haz exactamente lo que yo te diga, sin la más mínima vacilación, y todo saldrá bien. Ahora, arriad las velas. Estaremos en el umbral dentro de pocos minutos.

—¡Masteleros! ¡Arriad velas! —les gritó Tanithra a los hombres que se encontraban en lo alto—. ¡Espabilad, pájaros marinos, si valoráis vuestra vida!

La niebla se hacía más densa e inundaba todo el cielo. No tenía ninguna forma discernible; era simplemente una enorme masa de aire espeso que movía un viento que no pertenecía a este mundo. Cuando las últimas velas fueron arriadas, Malus sintió cómo el barco ralentizaba el avance sobre el agua al encontrarse con las olas impulsadas por el viento. Ascendió por la ola coronada de espuma, y luego, al asomar la proa al otro lado, Malus percibió que la nave adquiría velocidad, como si fuera una carreta en la cumbre de una montaña alta. Notó que se le revolvía el estómago cuando el barco se precipitó hacia abajo y continuó descendiendo, descendiendo, cayendo sin parar, y entonces la niebla se cerró sobre ellos y ocultó al sol.

—¡Tres cuartas a estribor! —gritó Urial—. ¡Recto! ¡Recto! ¡Ahora dos cuartas a babor! ¡De prisa!

Malus no veía nada. El aire aullaba y susurraba, pero no sentía viento en la cara. El barco giraba y viraba, primero a un lado y luego al otro, como si se encontrara atrapado en cuatro mares diferentes a un tiempo.

Para horror del noble, el mundo comenzó a oscilar en los bordes, como si estuviese a punto de tener otra visión. Luchó contra ella con toda la furia que le quedaba, y le suplicó a la Madre Oscura que fuera suficiente.

Alguien lanzó un alarido. Urial continuaba gritándole los cambios de rumbo a Tanithra. Malus la miró y vio que la endurecida corsaria estaba casi doblada por la mitad, con el único ojo sano apretadamente cerrado a pesar de que estaban envueltos en sombra. Sus manos aún gobernaban el timón y conducían al barco en una serie de incontables virajes, mientras luchaba contra una tormenta que no se parecía a ninguna otra.

De repente, el viento enmudeció hasta ser apenas un gruñido bajo, y Malus oyó el tono claro de la campana de un barco que resonaba dentro de la niebla. A babor, a través de las arremolinadas nieblas, el noble creyó ver vagamente la silueta de una

borda; luego, la cubierta de un barco sembrada de desperdicios y enferma de vejez. Los tablones estaban deformados y cubiertos de moho, y las partes metálicas se encontraban corroídas de herrumbre y mugrientas. Y sin embargo, Malus vio siluetas flacas que se movían por la cubierta, ataviadas sólo con andrajos, y que olfateaban el aire como animales. Una de ellas se volvió hacia el noble y lo señaló antes de echar atrás la cabeza para lanzar un largo lamento plañidero desprovisto de toda cordura y esperanza. Antes de que pudiera ver nada más, el barco pirata giró bruscamente a estribor y la lastimosa figura fue tragada por la niebla.

De pronto, empezó a oír más gritos. Procedían de los vigías de la proa y de lo alto de los mástiles; se estremeció al pensar en los hombres que estaban allá arriba, rodeados por todas partes por la insana niebla.

—¡Diez cuartas a babor! —dijo Urial, cuya voz tenía un tono aún más débil que antes.

Algo hizo que Malus se volviera a mirar en esa dirección —una premoción, tal vez, o las invisibles manipulaciones de otra visión—, ¡y de repente, vio la sombra de una embarcación de ancha manga que salía de la niebla en dirección a ellos! Si no vibraban, el barco los embestiría a la altura de la manga y los partiría en dos.

—¡Todo a estribor! —gritó Malus—. ¡Hazlo virar de prisa o estaremos perdidos!

—¡No! —rugió Urial—. ¡Despacio!

El barco se encumbraba ante Malus, y los apuntaba como una daga dirigida a su corazón.

—¡Preparaos para el impacto! —gritó al mismo tiempo que alzaba las manos en un vano intento de protegerse del golpe que sabía que se avecinaba.

Y sin embargo, no sucedió nada.

Malus bajó los brazos y quedó boquiabierto de horror. El barco estaba atravesándolos como una aparición, pese a parecer tan sólido como el que tenía bajo los pies.

Entonces, se dio cuenta de que reconocía a las ceñudas figuras que lo observaban al pasar.

Era su barco.

Vio a un pálido Hauclir de semblante severo que le dirigía una mirada pétrea desde la proa de la aparición. A medida que pasaba el barco, se hicieron visibles otros tripulantes, cada uno tan ceñudo como la muerte. Allí estaba Tanithra, aún inclinada sobre el timón y ciega ante la locura que la rodeaba. Cuando vio la demacrada aparición pálida que se hallaba junto a Tanithra, dio un respingo como si lo hubieran pinchado.

«¿Es eso lo que ven los demás cuando me miran?», pensó. Observó cómo se alejaba la fantasmal visión de sí mismo hasta que el barco fue tragado otra vez por la niebla. Luego, la cubierta sobre la que se encontraba descendió vertiginosamente una

vez más, antes de detenerse con brusquedad. El noble dio un traspié; el corazón se le subió a la garganta debido al miedo que sentía de ser lanzado de un lado a otro como un barril de cerveza, y arrojado por la borda hacia la espectral tormenta.

Navegaban por aguas oscuras bajo un cielo tenebroso y, ante ellos, la isla surgía del mar como las ruinas de un reino anegado. Al pie de los escarpados acantilados del islote se amontonaban los pecios de barcos perdidos hacía cientos de años. Directamente delante del barco pirata se extendía una ensenada protegida por largos diques marinos, que parecían dos brazos curvados; en la superficie había torres gemelas que se alzaban hacia el cielo como dientes partidos. La playa de la ensenada estaba sembrada de una mezcla de pecios procedentes de incontables naufragios, y sobre las oscuras aguas sembradas de desperdicios había casi una docena de barcos anclados: naves de los skinriders, algunas más grandes y mucho más poderosas que la embarcación en que habían llegado los druchii. En lo alto de los acantilados que dominaban la ensenada había una ciudadela en ruinas, derruida y rajada por el peso de los siglos y el incesante desgaste del viento marino. En las ventanas de la ciudadela ardían pálidos fuegos, así como en las saeteras de las malevolentes torres de los diques. Por todas partes se veían los efectos del aplastante manto de antigüedad descomunal, como si se tratara de un lugar que el resto del mundo había olvidado hacía mucho, mucho tiempo. Habían llegado al islote de Morhaut.



## 20. La moneda del reino

Cabalgando, inquieto, sobre un gris mar picado, el barco pirata salió del banco de niebla. Una ráfaga de viento que olía a podredumbre y moho mojado rozó el rostro de Malus y tironeó de las velas aferradas en lo alto.

Nadie hablaba. Incluso el chapoteo del agua contra el casco estaba, de alguna manera, amortecido; era como si todo estuviese enterrado bajo un invisible manto de antigüedad incalculable. Al fin, fue Malus quien rompió el silencio.

—Deberíamos largar algunas velas y averiguar lo que podamos antes de regresar a la flota.

Al principio, pareció que Tanithra no lo había oído. Cuando se volvió a mirarlo, se movió como si estuvieran dentro de un sueño.

—¿Por qué está oscuro el cielo? Cuando entramos en la niebla, lucía el sol.

—Es este lugar —dijo Urial—. Es... otro sitio. Un lugar que no es ningún lugar, extraído del tejido físico como una hebra de un tapiz.

La corsaria sacudió la cabeza violentamente.

—¡Cállate! ¡Lo que dices no tiene sentido!

Malus logró reír queda y amargamente.

—Así es la brujería, Tanithra. A mí no me gusta más que a ti. Concéntrate en lo que sí entiendes, como aquellas torres de allá —dijo, y señaló hacia las ciudadelas que se alzaban sobre los diques marinos— y los barcos de la ensenada. ¿Con qué nos enfrentamos?

Tanithra le dirigió una mirada de incertidumbre, pero volvió la atención hacia la isla que se encontraba a pocos kilómetros de distancia.

—Tendremos que acercarnos más —replicó, pasado un momento—. Al menos, con esta oscuridad deberíamos ser capaces de aproximarnos bastante a la ensenada y volver a la niebla sin alarmar a nadie.

La capitana les dio una serie de bruscas órdenes a los masteleros. Momentos más tarde, las velas principales se desplegaron y la nave adquirió velocidad, impulsada por el suave viento que entonces soplaba desde el sur...si tal dirección tenía sentido alguno en un lugar como ése.

Malus se volvió a mirar a Urial.

—¿Percibes alguna otra protección entre nosotros y la isla?

Urial negó con la cabeza. Aún tenía los ojos rojos y relumbrantes.

—No. Pero... resulta difícil estar seguro. El aire mismo hierve de poder. Un brujo diestro puede ocultar muchas cosas bajo un manto semejante.

El noble suspiró.

—No debería haber preguntado.

El antiguo acólito se encogió de hombros.

—Si te sirve de algo, el brujo con el que luchamos sobre este mismo barco no era muy diestro, sólo un mero receptáculo de una enorme cantidad de poder. No creo que los skinriders sean mejores brujos que marineros. —Giró sobre sí mismo para abarcar el oscuro paisaje que los rodeaba—. No hacen más que merodear por las ruinas de un poder mucho más grandioso.

—Te refieres a Eradorius.

Urial asintió con la cabeza.

—Fue uno de los brujos más poderosos de los tiempos de Aenarion. —Hizo una pausa cuando sus ojos se posaron sobre la torre en ruinas—. Me pregunto de qué huía.

—Eso fue hace milenios. ¿Acaso importa?

El hermano de Malus clavó en él una mirada roja como la sangre.

—El tiempo es un río, Malus; no lo olvides.

—Vosotros los nobles y vuestros enigmas... —gruñó Tanithra al mismo tiempo que sacudía la cabeza—. En vuestro lugar, me preocuparían más los doce barcos que hay anclados en la ensenada. —Observó a las embarcaciones lejanas con ojo experto—. El más pequeño es tan grande como el *Saqueador*. Son grandes barcos de guerra tileanos e imperiales, no las gabarras vapuleadas con que nos hemos enfrentado hasta ahora. Apuesto a que son parte del botín del jefe, los primeros que usa para mantener a raya a sus hombres y a otros piratas de los mares del norte.

Malus frunció el entrecejo.

—¿Podemos superarlos en velocidad?

Tanithra asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Podemos describir círculos alrededor, aún con esta bestia torpe —replicó a la vez que le daba unas palmaditas casi afectuosas al timón—. Pero no podemos vencerlos en una lucha en mar abierto.

El noble consideró la respuesta y se encogió de hombros.

—En ese caso, los sorprenderemos mientras están anclados y les prenderemos fuego. Una incursión rápida al fondeadero, con los barcos de Bruglir y una docena de virotes de fuego de dragón, y acabaremos con los skinriders.

Tanithra rió fríamente entre dientes.

—Una estrategia impecable, almirante..., pero la han previsto. —Señaló las torres que se alzaban sobre los diques marinos—. Si te fijas, verás que esas ciudadelas tienen catapultas situadas para disparar hacia el acceso del fondeadero, hasta la entrada misma que queda entre los diques. Disparos destinados a hundir, ya que las piedras volarán en un arco natural para caer directamente sobre la cubierta de un barco. Si son diestros, pueden agujerear una nave en cuestión de minutos, y sabemos que esos bastardos tienen buena puntería, como mínimo.

Malus sacudió la cabeza, consternado.

—En ese caso, largamos todas las velas que tenemos y les damos las mínimas oportunidades posibles de hacer blanco. Podemos llegar y quedar fuera de su alcance en pocos minutos. Tú misma has dicho que las catapultas sólo llegan hasta la entrada de la ensenada.

La corsaria sonrió sin alegría.

—Es cierto. ¿Y por qué supones que lo han hecho así?

El noble estudió durante un momento el dique marino, mientras intentaba ponerse en el lugar de los piratas encargados de defender la ensenada.

—Porque... no necesitan disparar más allá de ese punto. La sonrisa de ella se ensanchó.

—Justo. —Señaló la torre que tenía a la izquierda—. Mira con más atención las proximidades de la base.

Malus lo hizo, pero fue Urial quien primero la vio.

—Hay una cadena que va desde la torre al agua, por detrás del dique.

—Correcto. Una cadena de puerto que atraviesa la entrada entre una y otra torre. Si un barco choca con ella, se detendrá en seco, indefenso a la sombra de esas dos torres, mientras la tripulación intenta hacerlo virar para huir. —Se volvió a mirar hacia popa—. Y con el viento que sopla desde el sur, el barco se vería empujado hacia la cadena, en realidad, cosa que dificultaría aún más la maniobra. —Tanithra asintió con aire sabio—. Se trata de una táctica que perfeccionaron los bretonianos cuando se hartaron de que saqueáramos sus puertos marinos, y los skinriders le han dado buen uso.

—Muy bien. ¿Cómo eliminamos la cadena? —preguntó Malus.

Tanithra negó con la cabeza.

—Es de suponer que los guardias de las torres sólo permitirán el paso de los barcos que reconozcan. No podemos romper la cadena desde aquí fuera. Tendríamos que entrar en una de las ciudadelas y bajarla desde allí.

Malus estudió las torres con detenimiento mientras, meditativo, se daba golpecitos en el mentón con un dedo. En su cerebro se arremolinaban diferentes planes al considerar el problema. Comenzó a discernir un modo de unirlos todos, y una sonrisa apareció lentamente en su rostro a medida que las piezas encajaban.

—Entonces, eso es exactamente lo que haremos —declaró—. Haz virar el barco. Creo que ya hemos visto lo suficiente.

Urial estudió a Malus con desconfianza.

—Así pues, ¿tienes un plan?

—Querido hermano, yo siempre tengo un plan.

\* \* \*

Bruglir se cruzó de brazos y se recostó en el respaldo de la silla.

—Es el plan más estúpido que he oído jamás. Malus permaneció impasible.

—No tenemos que engañarlos, hermano, sino sólo tentarlos, y durante poco tiempo.

El capitán frunció el entrecejo.

—Pero ¿Karond Kar?

—Nuestras naves luchan contra los skinriders cada verano al regresar a Naggarth. Esperan a que volvamos con las bodegas llenas e intentan robarnos el botín. ¿Y de qué se apoderan? ¿Oro? ¿Gemas? No. Se llevan los esclavos y tantos tripulantes como pueden. Ahora piensa en Karond Kar y en cuántos esclavos pasan por allí cada mes. Miles, todos engrilletados y listos para el transporte. —Malus bebió un sorbo de vino de una de las jarras del capitán—. El reto residirá en convencerlos de que no intentamos atacarlos durante el tiempo suficiente para que escuchen nuestra patraña.

La feroz mirada de Bruglir pasó por Malus, Urial y Tanithra por turno, como si creyera que era víctima de una elaborada broma.

—Así que mientras hablamos con el jefe, un grupo de tierra se escabulle del barco, se las arregla para entrar en una de las torres del dique marino y baja la cadena justo a tiempo para que nuestra flota ataque a los barcos anclados.

El capitán lo pensó una vez más, y una vez más negó con la cabeza.

—Son demasiadas las cosas que pueden salir mal.

—En todos los planes osados existe un cierto elemento de riesgo —replicó Malus—. No te preocupes de lo que puede salir mal, ya que nosotros nos aseguraremos de que eso no suceda. Considera, en cambio, lo que ocurrirá si las cosas salen bien. Los skinriders estarán acabados, sus depósitos de tesoros serán nuestros, y tú regresarás a Hag Graef como un héroe. Un héroe muy rico, cabría añadir. Podrías comprar un barco para todos y cada uno de los hombres de tu flota..., y también para cada mujer, ya que estamos —añadió al mismo tiempo que hacía un gesto de asentimiento hacia Tanithra.

El capitán druchii continuó meditando, mientras daba golpecitos en la mesa con un dedo enguantado. Finalmente, suspiró.

—¿Cómo vamos a coordinar nuestras acciones? La flota tendrá que aproximarse sin que la vean.

Malus miró a Tanithra. Habían hablado del tema, largo y tendido, mientras iban a reunirse con los demás barcos.

—Cuando hayamos atravesado la niebla, la flota esperará dos horas antes de continuar adelante. A esas alturas, ya tendremos hombres esperando en una de las torres, preparados para hacer que caiga la cadena.

Bruglir lo pensó.

—¿Y si el jefe de los skinriders no se cree tu historia? El noble se encogió de

hombros.

—Eso, de hecho, no importa. Para entonces, la flota estará de camino y nuestros hombres dentro de la torre. Los que seamos llevados ante el jefe sólo tendremos que presentar dura batalla y resistir hasta que llegue ayuda.

—Las probabilidades a vuestro favor serán casi nulas.

Malus asintió con la cabeza.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Bruglir se puso de pie, con las manos cogidas a la espalda.

—Y un riesgo que no tienes ningún reparo en exigirnos al resto de nosotros. —Abrió las manos hacia adelante—. En última instancia, no importa lo que yo arriesgo. Tu poder supera mi autoridad, en este caso. —Suspiró—. Muy bien, Malus. Seguiremos el plan. Pero que los Dragones de las Profundidades se te lleven si fracasa.

De repente, Tanithra se puso en pie de un salto.

—Hay una cosa más. Si llevo el barco al interior del puerto y bajamos esa cadena, quiero algo a cambio —dijo precipitadamente—. Me quedaré con el mando del barco capturado. Para entonces, lo habré comprado con sangre dos veces. Y no pediré ningún tripulante más. Lo llevaré de vuelta a Ciar Karond y contrataré a mis propios marineros...

Bruglir la interrumpió con un barrido de la mano.

—Tú no capitanearás al barco hasta el puerto, Tani. Tendrás el mando del grupo de desembarco, pero el mando absoluto lo tendré yo.

—¿Tu?! —exclamó Tanithra.

—Por supuesto —le espetó el capitán—. La supervivencia de toda la flota dependerá del resultado de esta incursión. ¿Pensaste, ni por un momento, que yo no me haría cargo personalmente de su ejecución? Tú tendrás el cometido de bajar la cadena mientras Malus y yo distraemos al jefe de los piratas.

Tanithra se puso pálida. Cuando habló, su voz temblaba.

—Tú..., tú me prometiste el mando de una nave. Hace años, durante tu crucero *hakseer*. Y te he servido fielmente. Te he dejado divertirte en tierra con esa hermana tuya, y nunca he dicho nada...

—Los asuntos de los nobles no son de tu incumbencia —replicó Bruglir con frialdad—. Y no supongas que eres nadie para recordarme mis obligaciones. Tendrás el mando de una nave. Tal vez cuando atraquemos en Ciar Karond. Ya has oído a Malus. Entonces, habrá oro en abundancia.

Tanithra estaba a punto de contestarle —tenía los ojos encendidos de cólera—, pero se contuvo bruscamente. Inspiró a fondo y controló el temblor de las manos.

—Sí, capitán. Por supuesto. Esperaré un poco más, entonces. —Se irguió en toda su estatura, con la cabeza bien alta—. ¿Eso es todo?

Bruglir la estudió por un momento; un destello de preocupación asomó a sus ojos.

—Sí, creo que sí. Esta noche haremos los preparativos; subiré a bordo del barco pirata al amanecer, y pondremos en práctica el plan.

Malus se puso de pie.

—Por supuesto, hermano. Hasta entonces.

Salieron del camarote del capitán. Tanithra, detrás, caminaba lenta y cuidadosamente, como si hubiese perdido la costumbre de andar por un barco después de haber entrado en la habitación. En el corredor, Urial se volvió y le lanzó a Malus una mirada significativa: «El fin del juego se acerca —decían sus ojos color latón—. Te toca mover».

El noble se limitó a asentir con la cabeza, y Urial se alejó.

Hauclir, recostado contra el mamparo, en su sitio ya habitual, se irguió con expresión de curiosidad. Malus negó apenas con la cabeza y él continuó andando sin pronunciar palabra, para desaparecer en el siguiente recodo. Eso dejó solos a Malus y Tanithra. Cuando Malus se volvió a mirarla, se sintió secretamente encantado al ver la expresión herida del rostro de ella.

—¿Vuelves ya al barco pirata? —preguntó Malus, fingiendo un interés despreocupado.

Tanithra frunció el entrecejo al mirar a Malus como si acabara de brotar de la cubierta, y su expresión se endureció.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? No tengo intención de quedarme aquí.

Malus sonrió.

—En ese caso, iré contigo..., si primero me permites recoger algunas cosas de mi camarote.

Por el semblante marcado de Tanithra pasó una expresión de cansado asco, pero ella logró encogerse de hombros.

—Como quieras —replicó al mismo tiempo que le hacía un gesto para que abriera la marcha.

Malus avanzó por los estrechos corredores hasta la sala de cartas de navegación, y no hizo ningún otro comentario hasta que abrió la puerta y entró. Metió una mano dentro de un recipiente de mapas y sacó la última botella de ron. Le quitó el corcho con los dientes y se la ofreció a Tanithra, que se encontraba de pie en el corredor, con los brazos cruzados apretadamente sobre el pecho.

—Da la impresión de que Bruglir ha decidido redimirse a ojos de su hermana —comentó con voz queda.

Tanithra le lanzó una mirada iracunda, pero, pasado un momento, entró y aceptó la botella que le ofrecía.

—No tendría que haber hecho la elección, para empezar, si tú no la hubieras traído a bordo. Nunca antes había puesto los pies en el *Saqueador*.

—¿Y cómo iba a saberlo yo? No supondrás que Bruglir habló de ti en el Hag. Créeme, si hubiese sabido lo que había entre tú y mi hermano, habría dejado a Yasmir en casa. —Observó cómo la corsaria bebía un largo trago del ardiente líquido, y tendió una mano para recuperar la botella—. Por supuesto, esto también te proporciona una oportunidad única.

Tanithra bufó con asco.

—¿Oportunidad?

—Desde luego —le aseguró Malus, y bebió un trago—. Ahora tienes una posibilidad de separarlos para siempre.

—Podría separarla fácilmente a ella en dos con el filo de mi espada, pero eso sólo lograría envenenar a Bruglir contra mí —replicó con amargura.

—En ese caso, que sea Bruglir el que se encargue del envenenamiento en tu lugar.

Tanithra frunció el ceño.

—No estoy de humor para tus enigmas, noble. Malus le devolvió la botella.

—Deja que te lo explique. ¿Y si nosotros le hiciéramos pensar a Yasmir que Bruglir va a traicionarla?

La corsaria alzó las cejas.

—¿Nosotros?

—Por supuesto. Yo no tengo más interés que tú en verlos juntos. Así que ¿por qué no colaborar? Piensa en ello —añadió para detener la réplica que ella estaba a punto de darle—. ¿Y si Yasmir creyera que Bruglir va a sacrificarla entregándola a los skinriders?

Tanithra se detuvo cuando la botella estaba a medio camino de los labios.

—¿Y por qué, en el nombre de la Madre Oscura, iba ella a pensar algo semejante?

—Porque vamos a apresarla en plena noche para llevárnosla al barco pirata, y le haremos creer que fue idea de Bruglir —respondió—. Permitiremos que oiga, por casualidad, que Bruglir planea entregársela a los skinriders para ganarse su confianza.

—¿Y luego?

Malus se encogió de hombros.

—Tú te quedarás en el barco con el grupo de tierra, mientras los demás vamos a hablar con el jefe de los piratas. Entrégala a los piratas, si quieres. Cuando empiece el ataque, la echarán a una celda y será rescatada más tarde, pero para entonces la semilla del odio ya habrá germinado en su corazón.

—Intentará matarlo.

El noble asintió con la cabeza.

—Y Bruglir se verá obligado a matarla con sus propias manos. Una conclusión bastante impecable, y una manera adecuada de castigarlo por su desconsideración.

Tanithra no dijo nada. Con expresión pensativa, bebió otro trago.

—¿Piensas realmente que podemos hacer algo así?

—Por supuesto. —Malus la rodeó y cerró la puerta del camarote—. Vuelve al barco pirata. Yo me quedaré aquí y haré que mi hombre vigile el camarote de ella. Es probable que Bruglir la visite esta noche, así que regresa al *Saqueadora*, la hora del lobo, con un puñado de hombres de confianza. Cuando Bruglir haya vuelto a sus habitaciones, entraremos en acción.

Tanithra lo miró en silencio.

—¿Sabes? Nunca pasé mucho tiempo en las Seis Ciudades. Nací en un barco, ante las costas de Lustria, y puedo contar con los dedos de una mano el número de veces que he pasado más de una semana en tierra firme. Mi padre llegó a ser capitán. Me dijo que la traición es la moneda del reino de Naggaroth. Hasta este preciso momento, nunca he sabido qué intentaba decirme.

Le devolvió la botella a Malus.

—Cuéntame más.

El barco se mecía suavemente en el mar en calma, silencioso al fin tras horas de frenéticos preparativos. Malus estaba reclinado en el improvisado lecho, con *El tomo de Ak'zhaal* abierto sobre el regazo. La hora del lobo estaba cerca; desde donde se encontraba podía mirar por el diminuto ojo de buey y seguir la evolución de las lunas gemelas por el cielo nocturno. Estaba demasiado tenso para dormir, y daba gracias a la Madre Oscura por ello.

Malus pasó una página con un dedo enguantado. Vestido con ropón negro y un kheitan sin adornos, además de una cota de fina malla del tipo que preferían los corsarios de a bordo, esperaba la llegada de Hauclir. Sobre una pila de mapas que había en un anaquel cercano, descansaba un vaso de vino aguada.

Por impulso, había sacado el libro del zurrón para pasar el rato. Volvía las páginas, intrigado ante los extraños diagramas y dibujos, pero transcurridas unas pocas horas se encontró con que entendía la fina escritura. Se preguntó si era un reflejo de hasta qué profundidad le había calado la contaminación del demonio, pero temía especular más allá.

Recorrió con el dedo el dibujo de una piedra cuadrada en cuya superficie había un complicado sigilo. Las palabras que había debajo le resultaban extrañas, y sin embargo, le entregaban sus secretos al pasar los ojos por ellas:

«Piedra sobre piedra, Eradorius construyó su torre, pero los cimientos los echó sobre oscuridad eterna, donde no hay senderos ni sol que marque las estaciones. Y allí colocó pasadizos donde antes no había ninguno, cada uno según su propio deseo, no sujetos a las leyes del mundo de los vivos. El pasadizo curvado lo hizo recto, y el recto lo dobló sobre sí mismo para que ningún hombre que no fuese él conociera el camino para llegar a su sanctasanctórum.

»Y a pesar de esto, Eradorius tenía miedo, sabedor del destino que le aguardaba. Así que hizo un guardián para que vigilara los retorcidos caminos, y le ordenó que no



dejara entrar a ningún hombre en su sanctasanctórum, sino que los devorara y aumentara su fuerza. Y esto hizo, aumentando su fuerza y bestial astucia, y sus pasos eran como el trueno en los retorcidos caminos, y su aliento como el viento del desierto.»

Malus dejó de leer, y se le heló el corazón.

—Madre de la Noche —dijo en voz baja—. No han sido sueños.

—Listo, pequeño druchii listo —ronroneó el demonio—. No eres tan necio, después de todo. Eso me tranquiliza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gritó Malus—. ¿Qué beneficio obtenías de atormentarme?

Tz'arkan rió, y sonó como si entrecrocaran huesos.

—¡Esa pregunta se responde a sí misma, pequeño druchii! Tu miedo es dulce. Tu locura lo es aún más.

—Pero ¿cómo puede ser? ¡Yo vi corredores que volvían sobre sí mismos! ¡Salí de una habitación por una puerta, y volví a entrar en ella por el otro extremo! ¡No es posible!

Las carcajadas del demonio resonaron dentro de su cabeza.

—¡Necio monito! ¡Tienes las respuestas delante de tus propios ojos, y sin embargo te niegas a verlas! Te niegas a creerlas porque no puedes ver más allá del árbol donde te cobijas. ¡Qué lastimoso eres, Darkblade! ¿Qué voy a hacer contigo?

Malus luchó con toda su fuerza de voluntad para no arrojar el libro antiguo al otro lado del pequeño camarote.

—¡Podrías empezar —dijo con los dientes apretados— por darme algunas respuestas!

—Formula las preguntas —replicó Tz'arkan, burlón—. Yo las responderé.

—¿Vino Eradorius aquí para escapar a la suerte corrida por los otros brujos?

—Así es.

—¿Cómo?

—Marchándose a donde yo no podía ir.

—Pero ¿adonde? —Malus miró el libro con el ceño fruncido—. Espera... Tú estabas encerrado dentro del cristal. Te hallabas atrapado aquí, en el mundo físico.

El demonio no dijo nada.

—Eradorius huyó del mundo físico para escapar de ti, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pero ¿cómo?

—No puedo explicártelo —replicó el demonio—. Tu insignificante cerebro no lo comprendería. Baste decir que usó una potente brujería, y dejémoslo ahí.

Malus hizo una pausa.

—Y sin embargo, también creó este laberinto imposible para protegerse. Aún

tenía la necesidad de protegerse de los intrusos, así que, de alguna manera, la torre tenía que conectar con este mundo, ¿correcto?

—En efecto —asintió Tz'arkan—. La forma física no puede existir en los reinos del éter, pequeño druchii. Hay que... anclarla, por así decirlo, con el fin de retener su forma. Así que los cimientos de la torre están en contacto con el reino físico.

—¿Así que la torre aún existe?

—No lo sé con seguridad —replicó el demonio—. Han pasado muchos miles de años. Si el anclaje fue destruido, la torre y todo lo que contenía estarán perdidos en el éter.

—¿No lo sabes?

—¿Es que no he mencionado que huyó allá donde yo no puedo ir? —preguntó el demonio, irónico.

Malus dejó el libro a un lado y se sentó con las piernas colgando del borde de la mesa.

—Continúas sin contarme todo lo que sabes.

El noble percibió la malévola sonrisa del demonio.

—Por supuesto. Aún no has formulado las preguntas correctas.

—¿Qué quieres de mí? —gritó Malus, furioso—. ¡Me atraes hacia tu maldita trampa, me metes en esta búsqueda imposible, y luego me dejas en la ignorancia respecto a los retos que tengo ante mí! ¿Qué esperas lograr? ¿No te basta con haberte apoderado de mi alma? ¿Tienes que arrebatarme también la cordura? —Cogió el vaso de vino y lo lanzó contra una pared—. ¡Respóndeme! ¡RESPÓNDEME!

Se hizo el silencio, interrumpido sólo por el chapoteo de las olas contra el casco del barco. Pasaron varios segundos antes de que Malus se diera cuenta de que no estaba solo.

Al volverse, se encontró con que Hauclir se hallaba de pie en la entrada, con expresión impasible. Malus reprimió una ola de pánico. Estudió los ojos del guardia en busca de signos de sospecha, pero no encontró ninguno.

—¿Sí? —preguntó, al fin.

—Es la hora, mi señor —dijo Hauclir con expresión inescrutable.

Malus se irguió al mismo tiempo que se pasaba una mano entre el oscuro cabello.

—Muy bien —asintió mientras se ponía una voluminosa capucha que sumió su cara en sombras—. Comencemos.

## 21. La hora del lobo

—Corrígeme si me equivoco, mi señor —refunfuñó Hauclir en tanto recorrían los oscuros pasillos estrechos del *Saqueador*—, pero no logro ver cómo este plan nuestro logrará nada, como no sea hacernos matar a ambos.

—La ilimitada fe que tienes en mis habilidades nunca deja de asombrarme —replicó Malus. Con la cara oculta por la capucha, era una aparición de ropón negro, una mancha de noche que se deslizaba por sombras de menor importancia—. Yo pensaba que era obvio; al finalizar el día, tengo intención de ver muertos a Bruglir y su amante del mar, y hallarme yo al mando de la flota corsaria.

—¿Y planeas conseguirlo mediante el secuestro de tu hermana?

De la oscuridad de la capucha manó una suave risa entre dientes.

—Eso será la chispa que encienda la leña que se ha acumulado entre ella, Bruglir y Tanithra. Considera cuánto ha... cambiado Yasmir desde que descubrió la traición de Bruglir. Y ahora considera cómo reaccionará cuando piense que ha vuelto a traicionarla... y, peor aún, que tiene intención de entregarla como regalo para el jefe de los skinriders.

—Sin tener en cuenta que cuando se dé cuenta de algo de todo eso, se encontrará atada como un cerdo de sacrificio y en el fondo de nuestra bodega.

Malus asintió con la cabeza.

—Ahí es donde intervienes tú.

—¡Ah, ya! Debería haberlo adivinado.

—Cuando Bruglir y yo nos marchemos a hablar con el jefe de los skinriders, tú te quedarás a bordo, aparentemente para formar parte del grupo de desembarco que hará bajar la cadena. Antes de hacerlo, quiero que pongas en libertad a Yasmir. Dile que Urial se ha enterado de su captura, y que tú y yo hemos estado intentando encontrarla desde entonces.

Con expresión pensativa, Hauclir asintió con la cabeza.

—Intentará matar a Tanithra, ¿lo sabes?

—Cuento con ello. Desde siempre se sabe que es diestra con esos cuchillos que usa, pero después de ver la carnicería que hizo cuando nos abordaron hace algunas semanas, me di cuenta de que hay algo casi sobrenatural en su capacidad para matar. —El noble guardó silencio y consideró cuidadosamente sus palabras—. Por primera vez, comienzo a preguntarme si la obsesión de Urial hacia ella no estará, tal vez, motivada por algo más que la simple lujuria. La verdad es que podría poseer el toque de la divinidad.

—¿Y por eso has decidido aliarte con ella?

—Me alio con ella porque Bruglir debe morir. De lo contrario, sin duda me matará en cuando hayamos vencido a los skinriders. Y si él muere, Tanithra también

debe morir, porque no puedo permitirme que nadie más rivalice conmigo por el control de la flota.

—¿Y Urial?

—Por el momento, aún nos necesitamos mutuamente —replicó Malus—. Yo lo necesito para entrar en la torre de Eradorius, y él me necesita para que interfiera en su favor ante Yasmir.

El antiguo capitán de la guardia meditó el plan durante un largo rato en silencio.

—¿Así que, en lugar de limitarte a secuestrar a la amante del heredero del vaulkhar, de hecho estás poniendo en marcha un plan que garantice que sobre tus propios aliados caerá una tormenta de sangre apenas horas antes de una importante batalla?

—Es una manera bastante superficial de considerarlo, pero, esencialmente, es correcto. Hauclir suspiró.

—Bueno, supongo que podría ser peor, aunque, de momento, no es más que una teoría, te lo advierto.

—Basta de gimoteos —dijo Malus—. ¿Qué hay de Urial? ¿Estás seguro de que ha dejado de vigilar a Yasmir?

—Ni siquiera ha acudido a la puerta de su camarote desde que regresó, y tampoco se ha visto a sus guardias. Supongo que ha estado ocupado en dibujar las cartas que orientarán al resto de la flota a través de esa condenada niebla.

—¿Y le diste mi mensaje?

—Le repetí exactamente lo que me dijiste: «La hora de pagar las deudas ya casi ha llegado». Asintió con la cabeza y desapareció dentro de su camarote. Es la última vez que lo vi.

—Muy bien. Tal vez bastará con eso para mantenerlo fuera de nuestro camino durante las próximas horas. Después, que haga lo que le plazca.

Antes de que Hauclir pudiera responder, ambos giraron en el recodo de un pasillo adyacente y se encontraron con media docena de corsarios que aguardaban impacientemente a poca distancia del camarote de Yasmir. Al igual que Malus, la mayoría iban vestidos de negro y ocultaban el rostro bajo capuchas o detrás de máscaras de cuero. Sólo Tanithra llevaba la cara desnuda, y su expresión no era nada menos que jubilosamente asesina. Dos corsarios cargaban, entre ambos, una sábana de piel de vela, mientras que los demás llevaban en la mano cachiporras negras.

—Te has tomado tu tiempo para llegar —siseó Tanithra—. Arriba tengo hombres que están cargando provisiones en la canoa, pero sólo disponemos de pocos minutos antes de que acaben.

—Tranquilízate —le dijo Malus con calma—. Es probable que Yasmir ya esté dormida. La desmayaremos de un golpe, la envolveremos y nos habremos marchado antes de que nadie sepa qué ocurre. —Tocó con un codo a Hauclir, que asintió,

obediente, y se cubrió la cara con un pañuelo negro de marinero—. ¿Tus hombres conocen el plan?

—Sí.

Malus asintió con la cabeza.

—Bien. Y recordad: que nadie hable hasta que nos encontremos a bordo del barco pirata, y que nadie mencione ningún nombre en su presencia, salvo el de Bruglir. — Se volvió a mirar a los corsarios—. Vamos.

Sin aguardar respuesta, Malus avanzó sigilosamente por el corredor hasta llegar a la puerta del camarote de Yasmir. La fina madera estaba literalmente cubierta de runas votivas y nombres de marineros que pedían la bendición de Khaine. Aquí y allá, las estrías de los símbolos tallados estaban cubiertas de sangre seca. Malus pasó los dedos por encima. De repente, una sensación de intensa aprensión se apoderó de su corazón, pero hizo un esfuerzo para apartarla de sí.

Tendió una mano, y Hauclir le puso en la palma el mango de la cachiporra. El noble dedicó otro momento a asegurarse de que los corsarios estaban en posición.

—Recordadlo —dijo con un susurro apenas audible—. Moveos con rapidez. No le deis oportunidad de reaccionar.

Las cabezas asintieron. Malus inspiró profundamente, abrió la puerta y, raudo y silencioso, entró en el camarote apenas iluminado.

Dentro, el aire era cálido y sofocante. Las tablas de la cubierta estaban pegajosas de salpicaduras y regueros de sangre, las suelas de las botas se despegaban con un crujido. Al otro lado de la habitación había seis velas que se habían consumido casi hasta el final; habían derramado largos regueros de cera que caían por el borde de un estrecho anaquel para formar brillantes columnas que llegaban hasta la cubierta.

La única litera individual del camarote estaba vacía y sin deshacer. Yasmir se encontraba arrodillada en un rincón de la habitación. El negro cabello le caía suelto como un manto sobre los hombros desnudos. Su piel relumbraba a la suave luz de las velas y dejaba ver las brillantes líneas de cortes que formaban intrincados dibujos sobre los brazos, las piernas y los hombros.

Cuando los corsarios entraron, tenía la espalda vuelta hacia ellos, pero Malus le echó una sola mirada y supo que las cosas ya habían salido terriblemente mal.

Había llegado a la mitad del camarote cuando ella se puso de pie y se volvió con casi lánguida gracilidad. Su rostro estaba beatífico, sin marca alguna del agudo filo que le había decorado gran parte del cuerpo desnudo; los párpados se cerraban a medias sobre los serenos ojos violeta, como si se moviera en sueños. Era la serenidad del verdugo, la elegancia de la muerte encarnada.

Cuando corrió hacia él, los largos cuchillos de hoja estrecha que sostenían sus manos aparentemente delicadas trazaron arcos plateados, y el instinto nacido de la experiencia de ensangrentadas manos le dijo a Malus que si permitía que ella lo

alcanzara, estaría muerto. Yasmir sonrió y abrió los brazos como una amante mientras avanzaba, y Malus se lanzó al entarimado en lugar de caer en el mortal abrazo.

Rodó por las tablas manchadas de sangre, chocó contra una mesa y una silla, y sobre su cabeza cayeron botellas vacías y una bandeja con migajas de pan. Luego, oyó el sonido de un agudo filo de acero que cortaba cuero y piel, y un gorgoteante gemido ahogado en el lugar que acababa de abandonar apenas momentos antes.

Dos cuerpos cayeron sobre la cubierta con un solo golpe sordo. Malus había esquivado la mortal carrera de Yasmir, y los dos corsarios que iban detrás habían recibido el embate de la carga en lugar de él. Los cuchillos habían atacado como víboras y habían matado a los hombres que contemplaban, boquiabiertos, la imagen sobrenatural que tenían delante.

Yasmir pasó entre los muertos mientras caían, y los corsarios que los seguían se dispersaron como ovejas ante un lobo. Uno que no se movió con la rapidez necesaria murió con una hoja de cuchillo clavada en una sien, y entonces, no quedó nadie entre Yasmir y Tanithra. La corsaria gruñó para emitir un desafío inarticulado y sacó la pesada espada de la vaina. Malus se puso precipitadamente de pie, aunque sabía que no lograría llegar a tiempo hasta las dos mujeres. A pesar de su gran destreza, Tanithra estaría muerta en breve, y Malus iba a necesitar un plan completamente nuevo.

De repente, se oyó un agudo tintineo de eslabones metálicos, y Yasmir cayó hacia adelante. Hauclir tiró con todas sus fuerzas y arrastró a Yasmir hacia atrás con la cadena con la que le había rodeado un tobillo.

Tanithra se lanzó hacia Yasmir, y Malus también saltó, decidido a llegar antes hasta su hermana. Ella rodó y quedó de espaldas ante él, y sus manos se transformaron en borrones de movimiento. Malus apretó los dientes y descargó la cachiporra, que impactó de lleno en la frente de Yasmir. La cabeza cayó sobre la cubierta con un golpe seco, y ella quedó inerte. El noble se desplomó sobre la cubierta, a su lado, y Tanithra frenó en seco y detuvo el golpe de espada en el último instante.

De inmediato, Hauclir llegó junto a Malus y se situó entre su señor y la mujer corsaria. Una de las dagas de Yasmir estaba clavada en un hombro del guardia.

—¿Estás bien? —preguntó con voz tensa.

El noble asintió con la cabeza. Rodó y quedó de espaldas. Apretó los dientes y se llevó una mano al muslo derecho, donde su mano se cerró sobre la empuñadura del cuchillo que tenía clavado, y se lo arrancó. Por la herida manó un torrente de sangre caliente que le empapó el ropón de lana.

El guardia se arrodilló, sin hacer caso del arma que tenía clavada en el hombro, y palpó la pierna de Malus a través del agujero que tenía en el calzón.

—No ha tocado la arteria por menos del ancho de un dedo —dijo, ceñudo;

después, levantó la mano y se arrancó el otro cuchillo de Yasmir—. Esperemos que no sea de las que envenenan los cuchillos. He oído que es algo que está de moda entre las damas esta temporada.

Malus no le hizo caso. Con los dientes apretados por el creciente dolor, alzó ojos coléricos hacia Tanithra.

—Supongo que planeabas dejarla inconsciente con un golpe del plano de la espada.

—Por supuesto que no —le espetó Tanithra—. Si hubiera dado un paso más, la habría abierto como a una salchicha. Ya viste lo que les hizo a mis hombres.

—En ese caso, ha sido para nosotros una suerte que mi guardia llegara antes hasta ella —replicó el noble, que reprimió un gemido y se puso de pie—. Envolvedla. Ahora.

—¿Y qué hay de mis hombres? —exclamó Tanithra, que señaló los cadáveres que yacían en medio de la habitación.

—¡Baja la maldita voz! —siseó Malus—. Déjalos. Nadie vendrá a buscar a Yasmir hasta que haya acabado la batalla, y para entonces no importará si los encuentran. ¡Ahora, atadla antes de que recupere el conocimiento y tengamos que hacer todo esto otra vez!

Tanithra chasqueó los dedos, y los corsarios supervivientes se lanzaron a la acción para atarle los pies y las manos a Yasmir, y amordazarla con una tira de cuero antes de envolverla con la vela. Con un gruñido, los dos hombres se echaron el hato sobre el hombro mientras la mujer corsaria asomaba la cabeza por la puerta para asegurarse de que no había nadie por las inmediaciones. Satisfecha, les hizo un gesto a los hombres, que salieron con rapidez por la puerta y echaron a andar por el corredor.

Malus cojeaba detrás de Tanithra y hacía muecas de dolor a cada paso. Le sorprendió lo tentado que estaba de recurrir al demonio para que lo curara a pesar de encontrarse ante testigos, pero resistió el impulso con resolución.

—Volved al barco pirata —le dijo a ella—, y asegúrate de que no sufra ningún accidente por el camino. Recuerda, debemos hacer que Bruglir se vea obligado a matarla, o no lograrás nada con su muerte.

Tanithra clavó en él una mirada implacable. Sin decir nada, pasó ante el noble herido y siguió a sus hombres.

Cuando estuvo fuera del alcance auditivo, Malus se volvió a mirar a Hauclir.

—¿Tienes los cuchillos de Yasmir?

El guardia asintió con la cabeza y se señaló el cinturón, del que asomaban las empuñaduras de las armas. Los ojos de Hauclir no se apartaron en ningún momento de Tanithra, mientras se alejaba por el pasillo.

—Ésa no es de fiar, mi señor —declaró con voz tensa de dolor—. Es demasiado impredecible.

Malus negó con la cabeza.

—Los dados están echados, Hauclir. No matará a Yasmir después de que le haya recordado las consecuencias que tendría hacerlo, y no puede recurrir a nadie más. Le llevamos ventaja.

—Por ahora, mi señor —dijo Hauclir con tono lúgubre—. Por ahora.

Malus subió lentamente a la cubierta del barco pirata capturado e intentó disimular la cojera al ascender por la estrecha escalerilla. Muy a su pesar, había permitido que Hauclir le diera una pequeña dosis de *hushalta*, y la herida del cuchillo le dolía ferozmente mientras la droga le hacía efecto. Los efectos narcóticos de la bebida lo habían retenido bajo cubierta mientras Bruglir y Urial subían a bordo y el barco bogaba nuevamente a través de las nieblas que rodeaban la isla. La arena ya caía dentro del reloj; en menos de dos horas los seguiría el resto de la flota, guiada por las cartas náuticas de Urial, y comenzaría el ataque.

Bajo un cielo oscuro, el noble subió a la cubierta principal, por encima de la cual se encumbraban ominosamente las estrechas torres que guardaban el dique marino de la isla. Se encontraban a menos de media milla de la entrada de la ensenada, y se acercaban velozmente, a todo trapo. Urial ya iba de un lado a otro entre los tripulantes, para tocarlos por turno e impartirles la bendición de Khaine que los protegería del halo corruptor de los skinriders. Bruglir se hallaba de pie en la proa, y estudiaba la ensenada con agudos ojos. El noble se volvió y vio a Tanithra ante el timón, con expresión ceñuda. No se veía a Hauclir por ninguna parte. Malus imaginó que ya estaba abajo, esperando en las sombras cercanas a la bodega donde se encontraba Yasmir.

Avanzó lenta y cuidadosamente hacia la proa. Se había quitado la cota de malla ligera, y entonces llevaba su habitual armadura completa y las espadas gemelas que le había regalado Nagaira. Bruglir tenía puesta una armadura vapuleada pero funcional, y una única espada bien cuidada y, obviamente, muy activa. El noble se sintió irritado al ver que su hermano se las arreglaba para armarse como un caballero de pocos medios, y sin embargo tenía un aspecto regio y heroico al mismo tiempo. Se detuvo ante la borda de popa y entrecerró los ojos al mirar hacia la oscuridad.

—¿Alguna señal de que ya haya bajado la cadena?

—Aún no —replicó Bruglir—. Posiblemente, esperarán hasta el último momento. —Señaló las torres del dique marino—. Es probable que estén preguntándose qué hacemos aquí, e intentando encontrar a alguien que reconozca el barco.

A Malus no se le había ocurrido que los hombres que hacían guardia en la torre podrían no conocer el barco capturado y cerrarle el paso como medida preventiva básica. El pensamiento era tan absurdo como aterrador.

—¿Crees que pueden darse cuenta de que no somos skinriders?

Bruglir rió entre dientes.



—No, a menos que se hayan pegado ojos de halcón en la cabeza. Nos conocerán por la forma de las velas y del casco, y eso es todo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia los grandes barcos que estaban anclados en la ensenada—. De todos modos, las cosas se pondrán interesantes cuando tengamos que pasar por esas baquetas.

Ya casi habían llegado a la entrada. Malus miró hacia la torre de babor. Desde esa distancia, podía ver lo tosca que era la construcción. Habían caído trozos de la muralla circular y del revestimiento del edificio, y la parte superior de la ciudadela era desigual. Sin embargo, los puestos de disparo de lo alto de la torre parecían bien contruidos y perfectamente situados para hacer blanco en los barcos que llegaban a la ensenada. No podía ver las achaparradas catapultas ni las pilas de piedras cuidadosamente acumuladas, pero sabía que estaban allí. En las ventanas de la ciudadela brillaba una luz pálida.

—¡Allí!

Bruglir señalaba hacia la oscuridad que se extendía ante ellos. Malus siguió la dirección del gesto, pero lo único que vio fue olas hinchadas y más sombras.

—Alguien debe de habernos reconocido. Están bajando la cadena.

El barco capturado pasó entre las torres y entró en la ensenada. Como se hallaban ya al otro lado del dique marino, Malus pudo atisbar los descomunales eslabones de la cadena que iban de una torre a otra, ya que el metal engrasado aún brillaba dentro del agua mientras descendía hacia las profundidades. Una vez más, le llamó la atención la naturaleza de la construcción de las torres. Suponía que los skinriders habían hallado el camino de acceso a la isla, visto que el dique marino carecía de defensas, y habían hecho lo posible por rectificar el problema. Tenía que admitir que era una obra tosca aunque eficaz, pero ¿de dónde habían sacado el material para erigirla?

Órdenes dadas en sordina desde el timón pusieron a trabajar a los masteleros, que arriaron las velas para reducir la velocidad del barco. Bruglir posó una bota sobre la borda y se inclinó hacia adelante, con los brazos apoyados sobre la rodilla flexionada mientras estudiaba la costa.

—Esos barcos grandes tienen demasiado calado para acercarse más a la orilla, pero nosotros deberíamos poder amarrar en alguna parte, si encontramos un muelle.

Ya estaban acercándose a los barcos skinriders más próximos, dos grandes buques de guerra imperiales, con viejas culebrinas de latón de boca grande como fauces de dragón a proa y popa. Malus se preguntó si los skinriders aún tendrían pólvora para esos enormes cañones, y si todavía podrían disparar sin estallar en pedazos. En caso afirmativo, el daño que causarían sería espantoso.

Por la cubierta principal del barco se movían figuras encapuchadas que arrastraban los pies hasta la borda y se asomaban a mirar a la nave pirata más pequeña, que pasaba de largo. Los druchii no intentaron ocultarse, y Malus imaginó

que oía gritos de consternación en la cubierta del enorme buque que iba quedando atrás.

La armada de los skinriders se encontraba dispersa a lo ancho de la ensenada para que los barcos guardaran entre sí una distancia suficiente que les permitiera zarpar sin riesgo de colisión. Tanithra condujo el barco más allá de los dos navios imperiales más viejos, y continuó en un curso aparentemente sinuoso para esquivar a un guardacostas bretoniano y dos flechas tileanos, cuyas cubiertas estaban erizadas de apretadas hileras de toscos lanzadores de viroles. Bruglir avistó un muelle de piedra situado en el extremo más lejano de la ensenada, y le gritó órdenes a Tanithra. Las claras, nítidas órdenes en idioma druchii provocaron un coro de sobresaltados gritos en las naves cercanas. Instantes después, un cuerno de Norse tocó una inquietante nota gimiente desde la cubierta del barco más cercano, sonido que pronto fue recogido por todos los otros barcos de la ensenada, como lobos que respondieran a un aullido.

Gritos y alaridos farfullados resonaron por la ensenada cuando los tripulantes skinriders salieron como hormigas de debajo de las cubiertas y corrieron a echarle una mirada al intruso que pasaba ante ellos. Muchos llevaban faroles que brillaban con pálida luz, y en el enfermizo resplandor Malus vio que aquellos piratas no sólo carecían de piel, sino que estaban monstruosamente hinchados y gangrenados, con el cuerpo deformado por el poder corruptor del vil dios al que adoraban. En el aire, por encima de sus cuerpos putrefactos, zumbaban nubes de insectos impelidos a una actividad frenética por el nerviosismo de los skinriders. Los oficiales —o lo que Malus supuso que eran oficiales— les gritaban órdenes a los pestilentes tripulantes para que volvieran al trabajo. Hinchadas figuras de largas extremidades trepaban por los aparejos de los barcos como desgarradas arañas, hacia los nervios que sujetaban las andrajosas velas.

—¿Van a levar anchas? —se preguntó Malus en voz alta. Bruglir negó con la cabeza.

—Es improbable. Supongo que sólo quieren estar preparados por si los llaman a la acción.

—Así que reaccionarán mucho más rápidamente cuando lleguen tus barcos —dijo el noble, ceñudo, y le sorprendió la risa de Bruglir.

—Créeme: una vez que caiga la cadena, seremos como lobos entre ovejas. Podríamos decirles ahora mismo que la flota viene hacia aquí, y no cambiaría nada. Dentro de dos horas, esta ensenada estará ardiendo de punta a punta, y nosotros sacando oro a toneladas de sus cámaras de tesoros. —Los oscuros ojos del capitán destellaron de avaricia, y Malus sonrió.

El barco pirata capturado viró lentamente para dirigirse hacia el muelle. Estaba hecho de piedra tallada, mucho mejor construido que las ruinosas torres de los

skinriders, y Malus se preguntó quién lo habría erigido. ¿Cuánta gente se había apoderado de esa isla en los miles de años transcurridos desde la llegada de Eradorius? Por primera vez, experimentó un verdadero temblor a causa de la duda. ¿Y si la torre ya no existía y al ídolo se lo había llevado, hacía mucho tiempo, algún marinero emprendedor?

Esa terrible ensoñación fue interrumpida por un rugido que reverberó desde la orilla. Una multitud de skinriders había corrido hasta el largo amarradero; blandían armas corroídas para bramarles un reto a los corsarios que arribaban. Por encima de la muchedumbre, en el extremo de largas pértigas, se bamboleaban faroles que daban parpadeante relieve a los rostros enfermos.

Bruglir miró a Malus, y en sus labios apareció una ancha sonrisa.

—Nos ofrecen una bienvenida digna de un rey —dijo con sequedad—. Me pregunto si habrá esclavas y garrafas de vino.

Malus y los corsarios que se encontraban cerca rieron, y todos cobraron ánimo al oír el sepulcral sonido. Antes, la actitud de Bruglir hacia el plan había sido diferente; pero en ese momento, con el enemigo delante, se había animado, impertérrito ante el peligro, y sus hombres reaccionaban de modo afín. Fue una revelación que a Malus le causó sorpresa y amarga envidia.

El barco pirata se detuvo junto al muelle, y Bruglir se volvió a mirar a sus hombres.

—¡Echad los cabos y amarrad! —ordenó.

Los hombres obedecieron de inmediato. Gruesas cuerdas cayeron por babor, y las siguieron los corsarios con ágil seguridad, sin hacer caso de la frenética multitud que les bramaba desde pocos metros de distancia. El capitán sonrió, satisfecho de la valentía de sus hombres.

—¡Preparad la plancha! —gritó.

Se oyó un rechinar de cuerdas adujadas, y la cubierta se meció cuando el barco se detuvo contra el muelle. Casi de inmediato, la plancha bajó con estruendo de cadenas y un golpe, y Bruglir se puso en marcha, lo que obligó a Malus a apretar los dientes mientras lo seguía con pasos lentos y dolorosos. Urial administró las últimas bendiciones, recogió el hacha y se unió a ellos, mientras sus enmascarados guardias entraban en formación a su alrededor como una bandada de cuervos meditaundos. En la plancha ya esperaban tres corsarios fuertemente armados, preparados para dar escolta al capitán.

—Tani, quedas al mando del barco —gritó Bruglir—. Ya sabes qué tienes que hacer.

Tanithra no dijo nada, y observó la marcha del capitán con el ceño fruncido de resentimiento. «Adiós, Tanithra —pensó Malus—. Quiera la Madre Oscura que no volvamos a vernos nunca más.»

El noble descendió con precaución por la plancha que rebotaba. Bruglir y sus hombres ya estaban a medio camino del muelle, por lo que se vio obligado a cojear con mayor rapidez para darles alcance.

Malus reparó en un movimiento similar en el otro extremo del muelle. Evidentemente, alguien de alta graduación había hecho valer su autoridad sobre la muchedumbre, porque los gritos habían cesado y todos se apartaban para dejar pasar a una figura alta que iba flanqueada por un puñado de guardias. Al aproximarse la figura a los druchii que estaban sobre el muelle, Bruglir también comenzó a avanzar con la intención de reunirse con el skinrider a medio camino. En cuanto se encontraron al alcance auditivo de un grito, Bruglir dijo algo en un áspero idioma gutural, y Malus se sorprendió cuando el skinrider respondió en un druchii con fuerte acento.

—No te humilles intentando hablar nuestra lengua —dijo el skinrider con una voz de áspero sonido burbujeante y ronco.

El pirata iba ataviado con un grueso pellejo que a Malus le recordó las escamas de los gélidos, toscamente cosido en torno a la musculosa estructura de anchos hombros. Sobre el pellejo, el skinrider llevaba un pesado plaquín de malla que le llegaba a las rodillas, y las manos sin piel aferraban una enorme hacha de doble filo. Un manto de lana negra con voluminosa capucha cubría la cabeza del pirata, que quedaba casi completamente oculta en sombras. Cuando el skinrider habló, Malus vio que en la mandíbula se le movían músculos brillantes, y que los labios desgarrados dejaban ver dientes puntiagudos.

—Puedo entender bastante bien vuestros patéticos maullidos.

Bruglir miró al hombre con ojos altivos y feroces.

—¿Hablas en nombre de tu jefe, skinrider? Porque no he navegado miles de leguas para que me reciba en la orilla un grupo de sus perros falderos.

La mandíbula del skinrider se estiró en lo que Malus tomó por una sonrisa.

—Es buena cosa que mis hombres no puedan entender tus gimoteos. Te harían pedazos por decir algo así.

—En ese caso, explícaselo, despellejado, o ahórrame tus vacuas amenazas. He venido con una cuantiosa oferta para tu señor.

—Dime de qué se trata, y yo decidiré si merece la atención de mi señor.

—Los perros no tienen nada que hacer en los asuntos de sus amos —se burló Bruglir—. Llévame ante él y habrás cumplido con tu cometido.

—¿Crees que soy tan estúpido como para permitirlos llegar a presencia de mi señor?, ¿a una manada de asquerosos elfos oscuros traicioneros que no son dignos de lamer las excreciones de los pies de mi señor?

Bruglir se le rió al hombre en la cara.

—¿Es que tanto les teme tu gran jefe a una docena de druchii? —El capitán

avanzó un paso—. ¿Es que todas las leyendas que hablan de los skinriders no son más que cuentos para dormir, destinados a asustar a los blandos niños humanos?

El skinrider rugió de cólera, con la intención de alzar la pesada hacha, pero Bruglir lo inmovilizó con una sola mirada.

—Levanta una mano contra mí, especie de babosa, y será el último error que cometes en tu vida —dijo.

Entre ambos se prolongó un tenso silencio. Al fin, el skinrider bajó el hacha.

—Sigúeme —gruñó.

Dio media vuelta al mismo tiempo que les bramaba una orden a los hombres que se encontraban al final del muelle. Bruglir lo siguió con el ceño desdeñosamente fruncido, pero a Malus no se le pasó por alto el frío destello de triunfo de sus ojos.

«Saboréalo mientras puedas», pensó, y siguió a su hermano como un fantasma, mientras sonreía secretamente al observar el despliegue de su plan.

«Representas bien tu papel, hermano —pensó Malus cuando comenzaron el largo ascenso hacia la fortaleza del acantilado—. Pero olvidas que yo soy el autor, y ésta es una obra escrita con sangre.»

## 22. Cae la oscuridad

Aquella ciudadela estaba construida sobre los huesos de los muertos.

Desde el muelle situado en la base del acantilado, los skinriders condujeron a los druchii a través de una desierta aldea de casas de piedra de paredes cubiertas de musgo, cuyos tejados se habían convertido en polvo hacía muchos siglos. Tenía la apariencia de un cementerio, con las estructuras de piedra dispuestas en ordenadas hileras como si fueran túmulos, y dejadas a merced del paso del tiempo. Mientras caminaban por las estrechas callejas que separaban los edificios, Malus reparó en la quietud y el silencio del ambiente; ni un soplo de viento ni un sonido animal perturbaban la fúnebre calma. Puertas abiertas y ventanas vacías parecían llamarlos al pasar, tentarlos con antiguos misterios ocultos en sus abismales sombras. Al noble le pareció sentir miradas invisibles que lo escrutaban desde esos edificios en ruinas: la inexpresiva, implacable mirada de fantasmas inquietos que aguardaban en la oscuridad el fugaz calor de un mortal demasiado curioso.

Más allá de la aldea encantada había un amplio campo ligeramente inclinado que en algún momento del pasado había sido despejado de árboles, ya que Malus vio docenas de pequeñas elevaciones de tocones de árbol muy viejos que se alzaban entre la hierba y los arbustos bajos. El campo era atravesado por un sendero que se bifurcaba al otro lado. El de la izquierda subía por la pared del acantilado en una serie de curvas cerradas que llegaban hasta la ciudadela, mientras que el de la derecha conducía a las puertas de madera de una empalizada de troncos construida contra la base del propio acantilado. Por los troncos de la empalizada trepaban enredaderas, y en las rendijas que los separaban crecía musgo. Las estrechas saeteras de las dos torres de las esquinas, y las ventanas del cuerpo de guardia que se alzaba detrás de la empalizada estaban tan negras y vacías como las de la aldea, pero allí la negrura exudaba un odio maligno y abyecto. Incluso los skinriders pasaron a buena distancia de la abandonada estructura, y Malus volvió a preguntarse cuántos otros viajeros del mar habrían llegado a la isla a lo largo de milenios, en busca de fortuna o de un refugio seguro, para encontrar sólo locura y destrucción.

El ascenso por la pared del acantilado fue largo y arduo. El sendero era empinado y estrecho, y los skinriders marcaban un ritmo implacable. A medio camino del ascenso, comenzaron a encontrar agujeros abiertos en la pared del acantilado, a menudo en grupos de dos o tres situados uno junto a otro, de los que salía espeso humo o niebla que olía a podredumbre. En una o dos ocasiones oyó un estruendo agudo, como de una fuente de aguas calientes, que reverberaba a través de la piedra.

Pasado un rato, el noble miró hacia la ensenada y la orilla circundante para distraerse. Vio más edificios abandonados, monumentos partidos e incluso podridos cascos de barcos, amontonados unos sobre otros a lo largo de los años. Las torres

gemelas del dique marino se destacaban con nitidez contra un muro de niebla que se alzaba en todas direcciones hasta el oscuro cielo. Intentó calcular el tiempo transcurrido desde que habían atravesado la barrera. ¿Una hora? ¿Una hora y media? ¿A qué distancia se encontrarían los barcos de la flota? ¿El grupo de desembarco estaría ya en posición para bajar la cadena? «No hay manera de saberlo», admitió finalmente para sí. El tiempo era escurridizo a este lado de la niebla. No pasó mucho rato antes de que se diera cuenta de que lanzaba furtivas miradas hacia el mar abierto, temeroso de ver los altos mástiles y negras velas que significarían que la flota había llegado antes de lo previsto y se encaminaba al desastre.

Antes de que se diera cuenta, llegaron a lo alto del acantilado. El sendero describía una curva cerrada para adentrarse en una arcada que terminaba en una escalera de piedra semirruinosa. Percibió el peso de la ciudadela que se alzaba por encima de ellos, una pila de viejas piedras erigidas por manos enfermas y despellejadas, y unidas con sangre y hueso.

El aire estaba cargado del hedor a carne podrida. Desde más cerca, Malus vio que el cemento color herrumbre que se desmenuzaba estaba adherido a unos ladrillos lisos y vidriosos que podrían haber tenido diez mil años de antigüedad. Pasó la punta de los dedos por la superficie de uno de ellos, y sintió que un cosquilleo de poder le penetraba la piel. Algo despertó en el fondo de su mente, una sensación de familiaridad que no logró identificar del todo. Antes de que pudiera meditar sobre el asunto, la escalera giró a la izquierda, y Malus ascendió a un territorio de demencia absoluta.

La escalera daba al interior de la base de la ciudadela, o al menos eso sospechaba Malus, ya que no podía ver muro alguno desde el sitio en que se encontraba. El aire estaba cargado y húmedo, teñido por un resplandor verdoso que brillaba al otro lado de estrechas cortinas de piel cosida que pendían de algún sitio alto. Por la superficie de las brillantes pieles corrían regueros de sangre y bilis, cuyo palpitante flujo llamó la atención de Malus. Pasado un momento, cerró los ojos con fuerza y apartó la cara, incapaz de librarse de la sensación de que en el flujo de los pegajosos fluidos había una pauta que prometía conocimiento y poder si abría los ojos y lo miraba.

En el aire flotaban, como humo, nubes de moscas negras y azules, cuyo agudo zumbido hacía de contrapunto a un coro de desgarrados alaridos que resonaban en algún sitio de lo alto. Desde arriba caían gotas de sangre en cálida lluvia amarga sobre la cabeza y los hombros de los druchii.

Las cortinas de piel delimitaban espacios cerrados y estrechos pasadizos dentro de la ciudadela. Malus se preguntó si la estructura no sería un sitio vacío, en realidad, compartimentado por tapices de tortura y enfermedad. Las cortinas se mecían en una suave brisa y parecían querer llegar hasta los druchii que seguían a los skinriders a través del fétido laberinto.

Se volvió a mirar a Urial, que marchaba estoicamente detrás de él, con el hacha sujeta de través sobre el pecho como si fuese un cetro.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo ha pasado desde que entramos en la niebla? —susurró Malus.

Urial negó con la cabeza.

—No lo sé con seguridad, pero tengo la sensación de que casi nos hemos quedado sin tiempo.

Malus asintió, y giró la cabeza a un lado y otro para intentar no desorientarse en el confuso laberinto de piel putrefacta.

—Yo tengo la misma sensación. —Le lanzó al antiguo acólito una mirada significativa—. Puede ser que tengamos que encontrar la salida por nuestra cuenta cuando las cosas se calienten.

Urial se encogió de hombros.

—Si nos encontramos en una audiencia con el jefe cuando lleguen nuestros amigos, tal vez podamos volver la situación a nuestro favor —susurró—, pero si llevamos aquí tanto tiempo como parece, ya deberían estar sonando las alarmas desde una de las torres del dique marino. Aún no hemos oído nada, y eso me preocupa.

El noble sintió que le recorría la espalda un escalofrío, la más débil y atormentadora caricia del Destino.

—Tanithra es una corsaria experta —replicó con rapidez—. Ni se sabe cuántas veces se ha escabullido al interior de torres de vigilancia en medio de la noche y ha degollado a los hombres que las guardaban.

—Tal vez tengas razón —dijo Urial, pero con expresión ceñuda—. Lo sabremos muy pronto.

Le pareció que avanzaban durante largo rato por los verdes corredores de piel, girando hacia uno u otro lado sin ritmo ni razón aparentes. Las gotas de lo alto les manchaban los hombros y las mangas de los ropones. Uno de los corsarios de Bruglir tropezó y se dobló por la mitad para vomitar violentamente. El resto de la procesión continuó adelante sin decir nada. Por mal que estuvieran las cosas, Malus esperaba que se pusieran mucho peor.

Al fin, la procesión se detuvo y se apiñó en lo alto de otra escalera de caracol. Ésta bajaba por la pared toscamente tallada de un pozo circular que se hundía en el acantilado. De las profundidades ascendía una columna de humo como las que salían de la pared e inundaba el interior de la torre con el nauseabundo hedor de la podredumbre. Al deslizarse entre los demás para situarse junto a Bruglir, Malus oyó golpeteos procedentes de lo alto que resonaban. En la luz verde destellaban trozos de vidriado ladrillo negro al caer al interior del pozo y rebotar de una pared a otra.

A un lado había un enorme hombre de Norsca acorazado, que apoyaba el hacha contra un hombro cubierto de malla. El mentón sin piel y los dientes blancos del



pirata brillaron inquietantemente en la luz cuando habló.

—Nuestro señor aguarda abajo —dijo al mismo tiempo que señalaba con un dedo rematado por una garra. Hizo un ruido ronco que podría haber sido una risa entre dientes—. Presentadle vuestros regalos, druchii, y él os concederá un sitio de honor a su lado.

Una punzada de inquietud recorrió a Malus, pero antes de que pudiera considerar más atentamente la situación, Bruglir le lanzó al hombre una mirada desafiante y comenzó a bajar con rapidez y decisión por los goteantes escalones. Sin vacilar, Malus lo siguió y le dirigió una rápida mirada por encima del hombro para comprobar el avance del resto del grupo. Los corsarios de Bruglir se pusieron en marcha a continuación, no sin lanzarle miradas coléricas al noble por haberlos avergonzado sin darse cuenta. Urial fue el siguiente en bajar, cojeando con su pierna contrahecha, con un hombro pegado a la pared. Tenía los ojos fijos en la niebla y las profundidades de abajo, como si intentara discernir su origen.

Justo detrás de Urial, Malus vio que un skinrider se deslizaba entre las cortinas de piel y se inclinaba ante el guardia de Norsca. Los hombros del recién llegado subían y bajaban a causa de la agitada respiración, y le habló al alto guerrero con jadeos rápidos. Malus sintió que el corazón se le detenía por un segundo cuando el de Norsca se tensó y le lanzó una mirada acusadora. «Se terminó —pensó—. Acaba de enterarse de que han atacado la torre.» Pero justo cuando Malus se llevaba la mano a la espada, el de Norsca apartó a un lado al mensajero para echar a correr por donde éste había llegado, y el skinrider lo siguió a paso ligero.

«¿De qué iba todo eso?», se preguntó Malus. Tal vez los piratas se habían dado cuenta de que sucedía algo raro en una de las torres, pero no sabían qué era exactamente. «Pero el de Norsca sospecha», pensó. Urial lo miró a los ojos con una ceja alzada, y Malus le respondió con un encogimiento de hombros, para luego seguir bajando por la escalera.

Continuaban cayendo trozos de ladrillo de lo alto de la ruinoso torre; a veces chocaban contra la pared de piedra a una distancia lo bastante escasa como para regar a los druchii de polvo. Cuanto más descendían, más denso parecía el aire, hasta el punto de que Malus imaginó que los jirones de niebla habían adquirido vida propia. Giraban en torno a su cabeza y le tironeaban tímidamente de las pestañas con pegajosos dedos fantasmales; le apartaban los labios y se le metían por la garganta. Sentía que Tz'arkan se movía con enojo dentro de su pecho, como un oso acorralado en la cueva. Cada vez que la niebla parecía hacerse más densa dentro de sus pulmones, sentía que el demonio se hinchaba para dispersarla y expulsarla del cuerpo.

El descenso pareció durar una eternidad. Pasado un rato, el aire se estremeció con un sonido estentóreo, como el ardiente aliento de un dragón que surgiera de abajo. A

Malus lo hizo pensar en los calientes géiseres que manaban hacia el cielo en la Llanura de los Dragones de Naggaroth, pero al descender más pudo oír otro tono subyacente bajo la potente exhalación de vapor. Había una curiosa nota aflautada que subía y bajaba de volumen, casi demasiado débil para oírla por encima de la sonora detonación de aire contenido. Parecía un sonido emitido por una docena de fuentes al mismo tiempo, y ascendía y descendía al unísono. A pesar de la viciada atmósfera, el tembloroso gemido lo heló hasta los tuétanos.

A medida que descendían, la niebla se volvía más densa, los rodeaba y hacía que les resultara difícil ver por dónde andaban. Malus daba traspiés, incapaz de ver dónde ponía los pies, mientras intentaba enfocar la borrosa silueta de los hombros y la cabeza de Bruglir. El noble dio otro paso... y se detuvo en seco al darse cuenta de que el descenso había acabado, por fin. Avanzó, vacilante, envuelto en fétidas nubes de pestilencia, hasta que la alta forma de Bruglir adquirió nitidez en medio de la niebla. El capitán tenía la mano sobre la empuñadura de la espada y observaba con desconfianza el neblinoso entorno. Atisbo a Malus y, por un momento, pareció realmente aliviado. El sonido siseante —y el coro de lamentos subyacentes— resonaba atronadoramente contra las paredes de roca que los rodeaban.

Luego, sin previo aviso, la niebla onduló y después retrocedió bruscamente, como la bajamar, hacia un círculo irregular de luz gris que aumentaba en brillantez y definición a medida que disminuía la niebla. Pasado un momento, Malus se dio cuenta de que el círculo era una de las toscas aberturas que había visto en la pared del acantilado. Se había levantado un fuerte viento que barría el acantilado y, de momento, se llevaba el vapor.

Cualquier sensación de alivio que pudiese haber experimentado el noble, se desvaneció en un instante al ver qué habían ocultado las nieblas. Junto a Malus, Bruglir retrocedió con una sobresaltada maldición.

Se encontraban dentro de una oquedad natural del interior del acantilado, con un suelo irregular pero relativamente horizontal de casi ochenta pasos de ancho. En el centro de la cámara había un agujero circular de aproximadamente quince pasos de diámetro. El vapor ascendía en bocanadas de una espesa superficie hirviente, roja y amarilla. En el horrendo estofado se agitaban y giraban brazos, piernas y cabezas calvas; los dedos inertes parecían mecerse al ascender y descender las manos con cada escape de gases contenidos. El gangrenoso aire que flotaba sobre la masa hervía de moscas, cuyo zumbido se perdía en las reverberantes voces del pozo.

Con creciente revulsión, la conmocionada mente de Malus se fijó en cada detalle del monstruoso contenido del pozo, y una pequeña parte de él se dio cuenta de que era un estofado de cuerpos en fusión que habían echado dentro a centenares para dejarlos fermentar en el vapor. La superficie se hinchó para dejar escapar una erupción de gas fétido, y el noble vio que las cabezas que flotaban en la superficie de

la masa se echaban atrás sobre cuellos que se fundían, y gemían. Las voces eran el origen de aquella terrible sinfonía de dolor que ascendía con el vapor, y el noble quedó pasmado de asombro y horror ante la visión.

—¡Madre de la Noche y Dragones de las Profundidades! —susurró Bruglir—. ¿Qué monstruos son éstos?

—Suplicantes de los Poderes Malignos —replicó Malus con tono grave—. Adoradores del Dios de la Pestilencia y la Podredumbre. Lo sabías desde el principio, Bruglir. Tú mismo lo dijiste.

—Sí, pero... —La voz del capitán se apagó mientras él intentaba asimilar la enormidad de la escena que tenía delante—. Nunca imaginé...

La superficie del pozo volvió a hincharse, pero esa vez no fue debido a la hirviente presión del vapor que había debajo; la carnosa piel del estofado humano se tensó como una membrana cuando una poderosa figura se alzó de las profundidades ante los pasmados druchii. Malus observó cómo la masa de piel y huesos transformados en gelatina envolvía como una capa una musculosa figura de anchos hombros. Capas de piel amarillo verdoso se estiraron en los extremos de enormes cuernos curvados hacia abajo, y luego se rasgaron para dejar un agujero que se posó alrededor de la coronilla de la criatura como una de las toscas capuchas de los skinriders. Dos verdes puntos de luz ardían donde la criatura debía tener los ojos, y la carne de la capucha corrió por las oscuras mejillas en una parodia de lágrimas.

El jefe de los skinriders alzó los poderosos brazos, de los que colgaban mangas de piel y hueso, y volvió los ardientes ojos hacia los druchii. Malus contempló la funesta mirada, y comprendió que la criatura que tenía delante podría haber sido un hombre hacía mucho tiempo, pero entonces el cuerpo estaba poseído por un cruel demonio. Tz'arkan también reparó en ello, y esa vez Malus sintió que el demonio retrocedía cautelosamente ante esa nueva amenaza.

—Avanzad.

La voz del demonio era como el estertor de muerte de un dios, como el sonido de la sangre y el pus encharcados que burbujan en una herida enconada. A Malus se le encogieron las entrañas al oírla, y oyó que Bruglir gemía de consternación al avanzar un convulso paso, y luego otro. Malus también sintió la fuerza de atracción, aunque más como algo distante y terrible que como un puño de hierro que desafiaba toda resistencia. Oyó que el resto del grupo daba vacilantes pasos hacia el demonio, y prefirió imitarlo antes que revelarles su ventaja al jefe.

—¡Ah! —suspiró el demonio—, la carne de Naggaroth. La dulce sangre de los elfos perdidos. Huesos como delicado hielo fresco. Os doy la bienvenida. Os saborearé en mi abrazo y me deleitaréis con canciones.

El demonio abrió los poderosos brazos para recibirlos. Malus vio que las cabezas fundidas del atuendo del jefe se estremecían, y las bocas se movían en un coro de

locura y horror. En las cuencas oculares se desplazaron ojos lechosos para enfocar a los druchii que avanzaban pesada e impotentemente hacia su perdición.

—¡No profanarás a los hijos elegidos de Khaine!

Las palabras atravesaron el aire como el siseo de un hierro candente contra la piel. Urial el Rechazado avanzó, impertérrito, hacia el demonio, con el hacha en alto. Tenía profundos tajos en las mejillas y su propia sangre ardía como un hierro candente en los afilados bordes del arma arcana. La voz de Urial atronaba en el cavernoso espacio.

—¡Ni tú ni tu señor podéis tocar a los elegidos de Khaine! ¡Están señalados para los campos de sangre, no para los fétidos pozos de fango humano!

Una risa burbujeante manó de la gigantesca figura.

—¿Y qué harás tú, pobre tullido, si decido quedarme con ellos? ¿Acaso el Dios de Manos Ensangrentadas dará a conocer su presencia a través de un recipiente defectuoso como el tuyo?

Urial miró a los ardientes ojos del demonio y sonrió.

—Mi cuerpo es débil, sí, pero mi fe es como el brillante oro. Adelante, demonio. Tienta la cólera del Señor del Asesinato y experimenta la plena medida de su venganza.

El jefe comenzó a tender una mano provista de garras hacia Urial, pero luego vaciló. El antiguo acólito lo encaraba con el feroz celo del verdadero creyente, y en ese momento, afloró a los ojos del demonio el más débil rastro de duda.

—Muy bien —dijo el demonio al fin, y el noble sintió que la terrible presencia se alzaba de encima de él como si fuera un collar de hierro—. Oiré lo que tengáis que decir, y luego decidiré si vale lo que vuestras vidas.

Bruglir inspiró en silencio, recobró la compostura y avanzó un prudente paso. El terror que había en los ojos del capitán resultaba inconfundible, pero su voz era firme y segura.

—Yo y mis hombres deseamos unirnos a tus filas, terrible. Deseamos convertirnos en skinriders.

Se oyó otra graznada risa entre dientes.

—¿De verdad? ¿Vosotros, escogidos hijos de Khaine, abandonaríais a vuestro dios y vuestra preciosa piel blanca y me serviríais como perros? ¿Por qué?

Malus tragó. «Piensa con rapidez, hermano», suplicó. No podía hacerle ninguna sugerencia a Bruglir, ya que de hacerlo el demonio se daría cuenta de que estaban contándole una mentira.

Para gran alivio de Malus, el capitán apenas tardó un segundo en responder.

—Pues por venganza, por supuesto —dijo—. Mi padre ha muerto y mi hermano Isilvar me ha traicionado. Se ha apoderado de mi hogar y ha asesinado o esclavizado a todos los miembros de mi casa. Soy un exiliado, perseguido por los mejores

asesinos que puede pagar mi hermano. ¿En qué otro sitio hallaría refugio? ¿En qué otro sitio podría aliarme con una fuerza lo bastante poderosa como para hacerle pagar a mi hermano (y a toda Hag Graef) por el modo en que me ha traicionado?

El demonio estudió a Bruglir en silencio, con las manos provistas de garras puestas una sobre otra, como una mantis aterradora.

—Dime, ¿qué forma tomaría esa venganza?

—Con tu permiso, comandaría una flota de incursión que saquearía la torre de esclavos de Karond Kar, luego atravesaría los mares interiores y atacaría a la propia Hag Graef. Hay túneles secretos que conducen al interior de la ciudad; ¡podríamos atacar con rapidez, en plena noche, y prenderle fuego a media ciudad antes de que nadie advirtiera el peligro! Piénsalo: podríamos regresar con las bodegas cargadas de toda clase de carne para llenar tu grandioso caldero y entretenerte durante años. Volveríamos con riquezas suficientes como para convertirte en el incontestable señor de los mares del norte durante mucho tiempo.

El demonio se inclinó hacia Bruglir.

—¿Y qué esperas ganar tú con todo esto?

Bruglir se encogió de hombros.

—Me reservo lo mejor, por supuesto. Veré a mis enemigos quebrantados y huyendo ante mí. Quemaré todo lo que les es querido y los cubriré con las cenizas. Oiré sus gritos de angustia mientras los echo dentro de tu estofado, uno por uno. Y podré continuar aterrorizándolos durante décadas; me apoderaré de lo que desee y destruiré lo que no me complazca. ¿Quién podría desear nada más?

—En efecto. —Se oyó algo que resbalaba, mojado, cuando el jefe se frotó las grasientas manos—. ¿Y cómo conducirás a mi flota por los mortales estrechos para atacar la torre de Karond Kar?

Para sorpresa de Malus, Bruglir se irguió en toda su estatura e inspiró profundamente; resultaba evidente que estaba preparado para lanzarse a un muy tortuoso plan que tenía que haber ensayado durante varios días. Malus vio que lo había planeado todo. «Pensaba matarte en último lugar —pensó el noble con pesar—. Ahora podrías ser el primero, hermano. Te felicito.»

Sin embargo, en la escalera se produjo una conmoción justo cuando el capitán comenzaba a hablar. Al volverse, Malus vio que el guerrero de Norsca avanzaba por la cámara a la cabeza de un numeroso grupo de skinriders que blandían espadas y lanzas.

«Al fin han dado la alarma», pensó Malus, mientras bajaba lentamente una mano hacia la espada.

—¿Qué significa esto? —preguntó el demonio, en cuya voz burbujeaba la cólera.

—Ha llegado un mensajero con noticias —replicó el norse.

—¿Y son lo bastante valiosas como para molestarme?

—Lo son —dijo una voz desde el grupo de skinriders—. Se aproxima una flota druchii con la intención de pillar a tus barcos mientras están anclados, y quemarlos, para luego saquear tu torre y estacarte a ti al sol para que mueras.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Malus. Bruglir y Urial se volvieron, con ojos desorbitados, al reconocer la voz.

—¿Y qué pasa con la gran cadena que protege la ensenada?

—Tenían intención de hacerla bajar —dijo la voz.

Los piratas se apartaron, y quien hablaba avanzó hacia Malus y los demás.

—Mientras perdías el tiempo hablando con estos embusteros, un grupo de desembarco debía escabullirse al interior de una de las torres del dique marino y bajar la barrera.

»Sé lo que digo —añadió Tanithra con una sonrisa fría—. Es una tarea que me confiaron a mí.

## 23. Tormenta de sangre

Tanithra salió del grupo de skinriders con una mano posada sobre la empuñadura de la espada, mientras con la otra arrastraba a una figura desnuda por el largo pelo negro como ala de cuervo. Yasmir aún iba amordazada, atada por las muñecas y con una cuerda en torno a los tobillos para limitar el movimiento de las piernas. Su esbelto cuerpo estaba raspado y contuso de la cabeza a los pies, pero los ojos violeta ardían con un brillo febril teñido de furia —y de una cierta intrepidez—; tal aspecto hizo que Malus se preguntara cuánta cordura le quedaba aún a su hermana. La mujer corsaria iba flanqueada por casi una docena de los tripulantes del barco capturado, que tenían la cara y los brazos salpicados de sangre. Hauclir, según advirtió Malus, no estaba presente. ¿Había escapado al sangriento motín, o había muerto con el resto de los tripulantes?

—¡Que se os lleven los Dragones de las Profundidades, malditos amotinados!

Bruglir avanzó un paso hacia Tanithra, con la destellante espada en la mano. El corpulento hombre de Norsca y seis skinriders fueron al encuentro del capitán y formaron ante él un semicírculo, justo fuera del alcance de la espada. Malus giró lentamente sobre sí mismo para evaluar la situación, mientras el resto de los skinriders se desplegaban alrededor de los demás druchii, con espadas y hachas preparadas. Reprimió una maldición, en tanto pensaba a ritmo frenético. La cadena continuaba en su sitio y se estaban quedando sin tiempo.

Bruglir apenas reparó en el enorme guerrero y los skinriders. Su rostro era una colérica máscara de alabastro.

—¡Te di un sitio en mi barco y una vida sobre las rojas mareas! ¿Y es así como cumples el juramento que me hiciste?

—¿Tú me hablas de traiciones? —chilló Tanithra, cuya cara estaba contorsionada en una máscara de odio casi bestial—. Mantuve durante años el juramento que te hice, y comandé la tripulación del *Saqueador* mejor que ningún otro de tus capitanes. Toleré tus devaneos con esta bruja consentida... —tiró salvajemente del pelo de Yasmir hasta alzarla casi del todo—, y esperé a que me hicieras capitana, según mi derecho. Ese barco que hay en el muelle era mío por derecho de sangre, pero me lo arrebataste. Fue en ese preciso momento y lugar cuando me convenciste de que no ibas a respetar el juramento que me habías hecho, ¡oh, grande y poderoso capitán! Así que eres tú el perjuro, no yo. —Miró al demonio que se alzaba del pozo, y asintió con la cabeza a modo de saludo—. Por lo tanto, buscaré un barco propio junto a otro gran líder y lo compraré con tu sangre.

Bruglir gruñó como un lobo herido y avanzó otro paso hacia su amante del mar, con la espada temblando en la mano. Los skinriders le respondieron con otro gruñido, y los corsarios de Bruglir ocuparon su puesto junto al capitán, con el acero desnudo

en la mano.

Malus siseó de frustración mientras buscaba desesperadamente una manera de salvar la situación antes de que todo se descontrolara. Miró a Urial, pero el hermano se había olvidado de todo el mundo salvo de la figura pálida que Tanithra tenía en su poder. Urial aferraba el hacha, con el rostro contraído por el miedo y la cólera. Los seis guardias del antiguo acólito sujetaban los espadones con ambas manos, en espera de una orden de su señor. Un movimiento equivocado, una palabra irreflexiva, y estallaría una tormenta de sangre. El noble se volvió a mirar al jefe de los skinriders.

—Ella miente, grandioso —dijo con rapidez—. Hacía tiempo que sospechábamos que podría ser un agente del Rey Brujo, y ahora se manifiesta como tal en un intento de proteger a Naggaroth de tu flota.

Tanithra echó atrás la cabeza y rió con amarga furia.

—¡Eres escurridizo como una anguila, Malus Darkblade! —gritó—. ¡Has estado vertiendo veneno en nuestros oídos desde el principio, retorciéndonos la mente con tus mentiras! Pero yo no era la estúpida que tú pensabas. —Una vez más apretó el puño con que sujetaba el pelo de Yasmir, y la sacudió brutalmente—. ¿Creías de verdad que no vería lo que ocultaba tu plan de secuestrar a esta desgraciada? ¡Pensabas provocar a Bruglir para que nos matara a Yasmir y a mí mientras tú te agazapabas como una rata en las sombras!

Malus sintió que se le erizaba el pelo de la nuca cuando tanto Bruglir como Urial se volvieron contra él.

—¡Víbora! —siseó Bruglir—. ¡No me has traído más que ruina desde que pusiste los pies en mi barco! —Apuntó con la espada a la garganta de Malus—. ¡Que la Oscuridad se lleve a tu maldito poder de hierro! ¡Cuando haya matado al último de estos amotinados, alzaré tu corazón palpitante en mis manos!

—¡Silencio! —tronó la voz del jefe, y Malus, una vez más, sintió que la voluntad del demonio caía sobre él como una pesada capa.

Bruglir gimió y se meció, mientras la espada descendía con lentitud hasta colgar a su lado.

Lenta, pesadamente, el jefe salió del agujero con el manto de suave piel viva arrastrando por el suelo como la capa de un noble. Sus hombros y su cabeza se encumbraban por encima de todos los presentes, incluso del enorme guerrero de Norsca armado con el hacha.

—Ahora veo la verdad de las cosas —dijo el demonio. Señaló a Tanithra con una mano rematada por garras—. Y acepto tu servicio. Ya me has servido bien, druchii, y muy pronto disfrutarás de las bendiciones del Gran Padre. Dime qué recompensa quieres.

Tanithra sonrió con expresión de triunfo.

—Hay siete barcos y más de trescientas almas que navegan hacia tus garras, gran



jefe. Déjame sólo uno de esos barcos, sólo uno, y me contentaré.

El demonio siseó de placer.

—¿Y aceptarás las bendiciones del Gran Padre Nurgle?

—Desde luego —replicó la corsaria—. Funde esta piel llena de cicatrices que me cubre el cuerpo, gran jefe. —Puso a Yasmir de pie y miró con ferocidad los ojos violeta de la noble—. En su lugar, llevaré la perfumada piel de ésta.

—¡No! —gritó Bruglir con los ojos desorbitados de desesperación—. ¡Déjame vivir a mí, gran jefe! Mata al resto, quédate con todos los barcos y los hombres. ¡Yo no te pido nada, y aún puedo entregarte a Naggaroth! —Con un esfuerzo, se volvió para señalar a Yasmir—. ¡Ella será una víctima de sacrificio realmente dulce, gran jefe! ¡Una mujer noble, adorada como una santa por mi tripulación! ¡Acógela en tu abrazo!

El demonio se movió a tal velocidad que se convirtió en un borrón, y con el dorso de la mano le dio al capitán druchii un golpe que le desolló la piel del lado derecho de la cara. Bruglir cayó con un alarido de terror y dolor, y sus guardias gritaron de frustración, desesperados.

—No temas, druchii. Me entregarás Naggaroth, en efecto. Me cantarás sus secretos mientras te fundas en mi poder. —El demonio pasó junto al derribado capitán con los ojos fijos en Yasmir—. Pero tienes razón. Puedo oler el almizcle de la divinidad que mana de su tierna piel. La dejaré para el final y te permitiré observar cómo se somete a mi voluntad.

Todo estaba descontrolándose. Malus observó cómo Bruglir rodaba y se ponía de pie; la piel le colgaba de la mejilla en mojados jirones grises, mientras el hueso de debajo ya comenzaba a pudrirse a causa del contacto del demonio. Los guardias se esforzaban por desenvainar la espada, con el rostro contraído por el odio mientras los skinriders cercanos avanzaban para derribarlos. El noble comenzó a hablar con la intención de seducir al jefe con promesas de tesoros ocultos en la torre de Eradorius, pero su voz fue ahogada por un salvaje rugido cuando Urial el Rechazado se lanzó hacia el jefe skinrider, y la tormenta asesina estalló en toda su furia.

Urial acometió al jefe con el arma sujeta con una sola mano, pero la hoja del hacha había probado poca sangre o magia, así que el ataque fue débil y torpe. A pesar de todo, el jefe retrocedió ante la relumbrante hoja, y los skinriders respondieron con gritos de furor. Se lanzaron hacia Urial en desorden, sólo para encontrarse con los *draichs* de los guardias de máscara de plata. El demonio siseó y escupió palabras de funesto poder que hicieron que el hacha de Urial ardiera como una tea, y Malus sintió que la opresiva voluntad del jefe se desvanecía en la batalla.

El noble desenvainó la espada con un ululante grito de guerra, y giró sobre los talones para acometer al par de skinriders que cargaban contra él por la espalda. Al primero lo hizo caer de rodillas con un tajo en los ojos, y desvió a un lado el golpe

descendente de la espada del segundo. Al perder el equilibrio, el hombre dio un traspié hacia adelante, y el tajo de retorno de Malus lanzó la bulbosa cabeza del skinrider rebotando por el suelo de la caverna. El noble pasó junto al cuerpo decapitado que se desplomaba, y le clavó la espada en la garganta al pirata cegado. La afilada hoja atravesó la columna vertebral y salió por la nuca del hombre, al que derribó de espaldas.

Cuando Malus apoyaba una bota sobre el pecho del pirata y se disponía a arrancar la espada atrapada en el cuello, lo invadió una poderosa sensación de vértigo. Le temblaron las rodillas y las paredes parecieron desenfocarse. Oyó pasos a su espalda y contempló la fantasmal imagen de su propia cabeza girando por el aire.

Sin dudar, se agachó..., y el mundo recuperó la nitidez cuando la espada de Bruglir silbó al atravesar el aire que su cuello había ocupado un segundo antes.

Malus dirigió un tajo salvaje hacia las rodillas del capitán, pero Bruglir paró diestramente el golpe y respondió con otro, veloz como un rayo, en dirección a la cabeza del noble. Malus lo bloqueó por poco, y lanzó una estocada tremenda a los ojos de Bruglir. El capitán desvió la espada a un lado, pero cedió terreno, lo que permitió que Malus se pusiera de pie y continuara atacándolo con una serie de salvajes arremetidas contra la cabeza y el cuello.

La cara del capitán era un escalofriante horror; mientras luchaban, Malus veía que la negra podredumbre se extendía por los músculos y huesos de la mejilla desollada de Bruglir. El ojo derecho del capitán ya estaba volviéndose de un blanco lechoso, y las venas del cuello se le ennegrecían de corrupción. Acometió a Bruglir con una finta dirigida hacia la garganta, y un tajo repentino a la rodilla derecha, pero la curva rodillera paró el golpe y una punzada de dolor de la pierna herida hizo que Malus diera un traspié. La espada rebotó en la armadura de Bruglir, y el noble, al haber perdido el equilibrio, quedó con la guardia baja y el cuello expuesto a la espada del capitán. Un escalofrío le recorrió la espalda en espera de que cayera el tajo, pero un atronador estruendo de acero hizo que alzara la mirada justo cuando la pesada hacha del guerrero de Norsca impactaba contra la parte posterior de un hombro del capitán druchii. El golpe hizo que Bruglir girara sobre sí mismo, y le cortó las correas de la hombrera derecha, que quedó colgando como un gozne roto.

Bruglir rugió de dolor, un alarido teñido de locura y miedo, y dirigió un tajo de revés hacia el cuello del guerrero de Norsca. El hombre detuvo la hoja con el mango del hacha, y empujó hacia abajo, hasta que la hizo tocar el suelo. La mano derecha se adelantó con rapidez para coger a Bruglir por el cuello, y los músculos desollados del dorso se hincharon como cuerdas de acero al estrangular al capitán herido. Uno de los guardias de Bruglir saltó hacia el skinrider para atravesarle de una estocada la pesada cota de malla, pero el enorme guerrero lanzó un tajo ascendente con el hacha y la estrelló contra la cara del corsario. La sangre y el hueso saltaron en todas direcciones,

y el druchii cayó con un alarido estrangulado.

Malus se lanzó hacia adelante con un grito, y trazó un corto arco con la espada, que cercenó la mano del guerrero a la altura de la muñeca. La sangre oscura cayó sobre Malus y Bruglir, y el skinrider retrocedió con paso tambaleante mientras rugía, angustiado. El hombre acometió a Malus con el hacha sujeta con la mano que le quedaba, y lo obligó a retroceder para esquivarla; luego, giró para parar la estocada de Bruglir, que no le acertó en la garganta por poco. Malus dirigió una estocada hacia la destrozada cara de Bruglir, y se sorprendió cuando la punta cortó músculo y carne justo por debajo del lechoso ojo del capitán. Bruglir gritó de conmoción y dolor antes de caer hacia atrás, y el noble le lanzó un tajo al guerrero de Norsca, cuya cota de malla raspó la espada.

A pesar de las terribles heridas, la ferocidad y destreza de Bruglir apenas habían disminuido. Pivotó ligeramente hasta ver a Malus con el ojo izquierdo, y le lanzó una serie de terribles golpes que desviaron a un lado su guardia y le abrieron un tajo desigual en el cuello. Antes de que Malus pudiera contraatacar, el guerrero de Norsca se lanzó hacia él por la derecha para descargar un golpe descendente que el noble apenas logró desviar.

Pensando con rapidez, Malus amagó una estocada dirigida a los ojos del norse, y luego se lanzó entre los dos atacantes y acometió a Bruglir por el costado izquierdo. El capitán, que entonces respiraba con jadeos gimientes, pivotó para mantener el ojo sano sobre Malus..., y el tajo de hacha del guerrero de Norsca, destinado a Malus, impactó contra la parte posterior de su cabeza. Bruglir, momentáneamente coronado por un brillante halo rojo, se puso rígido y se desplomó.

El skinrider maldijo, y mientras intentaba arrancar el hacha de la cabeza de Bruglir con la mano que le quedaba, Malus giró y descargó un golpe descendente en un solo movimiento, y le cercenó el brazo a la altura del codo. El guerrero de Norsca rugió de miedo y dolor, hasta que el siguiente tajo del noble le abrió la cabeza de la coronilla al mentón. Cuando el cuerpo caía al suelo, Malus arrancó la espada sucia de regueros de pus, y se balanceó sobre pies inseguros al intentar mirar en todas direcciones al mismo tiempo. A menos de cuatro metros de distancia, el último de los guardias de Bruglir libraba una desesperada lucha contra dos skinriders; tenía una lanza oxidada clavada en un hombro, y del brazo izquierdo le caían largos regueros de sangre, pero luchaba contra el par de piratas con furia frenética.

Urial aún estaba trabado en combate con el demonio, y el hacha del antiguo acólito dejaba estelas de luz a su espalda mientras volaba hacia el jefe. A pesar de toda la furia de Urial, la rapidez del demonio era aterradora; aunque tenía el ropón de piel rasgado y en jirones, la mortífera hacha aún no había herido el cuerpo putrefacto del jefe. Los guardias de Urial se habían lanzado a batallar contra los skinriders, entre los que recogían una terrible cosecha de cuerpos destripados y cabezas cortadas. En

ese momento, libraban una batalla doble contra los piratas supervivientes por un lado, y Tanithra y sus amotinados por el otro. Dos de los guerreros de máscara de plata ya habían muerto, atravesados y cortados en desgarrados montones de carne.

Mientras Malus observaba, Tanithra intercambiaba golpes con uno de los guardias de Urial, y la pesada espada de la corsaria era un rival casi equiparable a la terrible *draich* que blandía su contrincante. El guerrero avanzó un paso y descargó un oblicuo tajo descendente destinado a cortar a la corsaria en dos. Sin embargo, en el último momento, ella se agachó y saltó al interior de la defensa del contrincante para dejar que el arma pasara inofensivamente hacia su derecha, y luego le abrió el vientre desde abajo hacia arriba. El guardia se desplomó mientras se aferraba inútilmente las entrañas que se derramaban por el tajo, y Tanithra cargó de cabeza contra Urial, dejando a Yasmir atada como una cabra de sacrificio sobre el suelo de la caverna.

Malus enseñó los dientes en un gruñido de depredador, y dio un amplio rodeo en torno al demonio y a Urial, hacia donde estaba Yasmir. Observó cómo Tanithra descendía sobre Urial como un halcón, pero antes de que él pudiera gritarle una advertencia, Urial pareció percibir la presencia de la corsaria y se volvió con una rapidez sorprendente para desviar a un lado la espada, aunque luego se vio obligado a ponerse a la defensiva cuando Tanithra aprovechó la ventaja para descargar sobre él una lluvia interminable de terribles golpes. Uno de los guardias de máscara de plata abandonó la refriega y corrió a ayudar a su señor, pero fue atrapado por el poseído jefe. Una mano del demonio se cerró en torno a la muñeca de la mano con que el guardia sujetaba la espada, y Malus observó con horror cómo la extremidad se fundía como una vela sobre una llama.

El noble se puso de rodillas junto a Yasmir y la giró con delicadeza sobre un costado.

—Voy a dejarte en libertad, hermana —le susurró al oído mientras desataba el nudo que sujetaba la mordaza.

Al cabo de un momento, le quitó el andrajo grasiento y, tras sacar el cuchillo, se volvió hacia las cuerdas que le ataban los tobillos. Sentía que Yasmir no le quitaba los ojos de encima, aunque no decía nada. En medio del caos y la carnicería, su rostro tenía una expresión serena y desapasionada, que a Malus le resultaba a la vez seductora y profundamente inquietante.

—Las mentiras de Tanithra nos han condenado a todos —continuó mientras cortaba cuidadosamente las cuerdas—. Bruglir ha muerto a manos de los enemigos, y nadie puede detener la furia del demonio.

Se oyó otro terrible alarido burbujeante. Malus lanzó una mirada frenética por encima del hombro, y vio que otro de los guardias de Urial se fundía en las manos del demonio. El jefe tenía una *draich* clavada en el cráneo; alzó una mano y la desmenuzó en una lluvia de óxido rojo como la sangre. Entonces, los ojos de Malus

se encontraron con los del jefe, y el demonio le gruñó un desafío al mismo tiempo que arrojaba a un lado al guerrero fundido y avanzaba con decisión hacia él.

Malus acabó de cortar las cuerdas que rodeaban los tobillos de Yasmir, y pasó a las ligaduras de las muñecas.

—Hermana, vamos a tener que correr —comenzó a decir, y una sombra cayó sobre él.

Alzó la mirada. A su lado había un skinrider con un hacha empapada en sangre colgando de una mano enguantada. El noble abrió más los ojos y se tensó para saltar, hasta que el pirata dejó caer el hacha y se llevó la mano a la voluminosa capucha. Se quitó la pringosa sobrevesta, y Malus se quedó mirando, pasmado, el manchado rostro de Hauclir.

El guardia sujetaba un saco de cuero cosido, parecido a un pellejo de vino, de cuyas toscas costuras goteaba agua.

—Será conveniente que te agaches, mi señor —dijo Hauclir, y le arrojó el saco al demonio.

Malus se volvió a mirar al demonio, que vio el poco elegante proyectil que le lanzaban y lo cogió diestramente con una mano. Sonriendo, la criatura cerró el puño para aplastar el saco, del que manaron regueros de agua..., y de ese modo, rompió el globo que había oculto en el interior y que contenía fuego de dragón.

En un abrir y cerrar de ojos, el demonio quedó envuelto en una nube de voraz fuego verde. El componente mágico hervía sobre el cuerpo del jefe, cuyos músculos y huesos consumía como si fueran de pergamino viejo. El demonio giraba sobre sí mismo, chillaba y manoteaba entre furiosas llamas, pero el fuego de dragón no se dejaba vencer. Los skinriders supervivientes retrocedieron entre gritos de consternación, mientras el hombre poseído dejaba escapar un largo alarido atormentado y echaba a correr, dejando a su espalda charcos de grasa encendida, para lanzarse hacia el aire libre por el agujero de la pared de la caverna, situado a cien metros por encima de la ensenada.

—¡Bendita Madre de la Noche! —jadeó Malus, incapaz de apartar los ojos de los charcos de grasa humana que se extendían por el suelo de la caverna—. ¿Has robado un globo de fuego de dragón?

Hauclir gruñó mientras se limpiaba repugnantes fluidos de la cara con el dorso de una mano y sacaba del cinturón las dagas finas como agujas de Yasmir para comenzar a cortar las ligaduras.

—Me hiciste robar licor de la reserva de Bruglir. Coger un globo de fuego de dragón fue mucho menos peligroso, en comparación. —Se encogió de hombros—. Pensé que podría resultar útil en algún momento.

Malus sacudió la cabeza con pesar, y se volvió para responder en el momento en que caían las últimas ligaduras de Yasmir. Captó un atisbo de ojos violeta y piel

luminosa cuando ella se movió con la desalmada gracilidad de un gato cazador; se levantó como humo entre los dos hombres y le quitó los cuchillos a Hauclir como si fuera un niño. El noble alzó la mirada hacia Yasmir, con una mezcla de asombro y miedo, mientras las negras dagas destellaban funestamente en la luz verde. Cuando se encaró con la humeante forma de Tanithra, tenía el rostro sereno y la mente perdida en sueños de carnicería.

La corsaria druchii se encontraba a menos de tres metros de distancia, balanceándose, y el humo ascendía de profundas quemaduras causadas por gotas del fuego del dragón que había hecho volar el jefe mientras se debatía. Era el último enemigo que quedaba en pie dentro de la ensangrentada caverna, y tenía la espada inequívocamente dirigida hacia la garganta de Yasmir. Urial había recibido un golpe en la cabeza y yacía, inconsciente, cerca de ella. Había estado a menos de un segundo de la muerte, pero Yasmir se había puesto de pie en ese instante y había acaparado la atención de Tanithra.

—¡Ay, cuánto he deseado esto! —siseó Tanithra a través de los labios chamuscados. Logró dedicarle una vacilante sonrisa cargada de odio—. Bruglir se me escapó, pero nosotras danzaremos, tú y yo, y te lo haré pagar.

Yasmir no dijo una sola palabra. Abrió los brazos como una amante y corrió hacia la vapuleada corsaria; el negro cabello ondulaba hacia atrás como una capa de plumas de cuervo. Pareció que Tanithra iba a gritar y alzó la espada, pero Yasmir atravesó su guardia sin esfuerzo y rodeó a la enemiga con los brazos desnudos. Tanithra se puso rígida e inspiró una sola vez, y sus ojos se abrieron cada vez más al mirar los insondables lagos violeta y sentir las dagas gemelas deslizarse por debajo de la base de su cráneo y al interior del cerebro.

Malus observó cómo su hermana mantenía la mirada fija en los agonizantes ojos de la corsaria para ver cómo su luz se desvanecía y sentir los temblores agónicos de Tanithra contra el cuerpo desnudo. Al fin, la corsaria quedó laxa, y Yasmir se apartó para dejar que se desplomara. Luego, volvió los ojos hacia Malus.

Durante un segundo, se miraron fijamente a los ojos. Lenta y deliberadamente, Malus dejó la espada en el suelo y se inclinó profundamente hasta tocar con la frente la áspera piedra.

Cuando se levantó, ella había desaparecido.

Pasaron largos momentos antes de que Malus advirtiera que la refriega había acabado. Por todas partes había cuerpos y trozos de cuerpos. Uno de los guardias supervivientes de Urial los examinaba de uno en uno y mataba de un tajo de espada a los skinriders heridos. El otro guerrero de máscara de plata ayudaba a Urial a ponerse de pie; tenía la cara sucia de sangre y la armadura perforada en algunos sitios. Un hombre de Bruglir se encontraba arrodillado junto al cuerpo del capitán, con la mirada vacua a causa de la conmoción.

Malus se volvió a mirar a Hauclir.

—¿Adonde..., adonde ha ido mi hermana?

El guardia señaló hacia arriba.

—Ha subido como una bocanada de humo en busca de más piratas que matar, supongo. Esos ojos que tiene estaban hambrientos.

Urial gimió cuando lo levantaron.

—Tú has mirado esos ojos —dijo con la mirada fija en Malus—. ¿Qué viste?

El noble comenzó a responder, y luego lo pensó mejor. Finalmente, se limitó a encogerse de hombros.

—Llanuras de latón y ríos de sangre —dijo—. Vi muerte. Nada más ni nada menos.

Hauclir alzó una mano.

—Espera. ¿Qué es ese ruido?

Malus miró al guardia y se esforzó por percibir el sonido del que hablaba. Pasado un momento, lo oyó; era un coro de lamentos aflautados que flotaban en el viento, por encima de la protegida ensenada.

—Cuernos —dijo—. Nuestra flota ha llegado y navega hacia la muerte.

## 24. Al otro lado del río del tiempo

Surgidas de la superficie del mar gris como alas de cuervo alzadas al aire, las negras velas de la flota druchii que se lanzaba sobre los barcos de los skinriders refugiados en la pequeña ensenada destacaban en marcado contraste contra el neblinoso horizonte. Malus y Hauclir, de pie en la irregular abertura de la pared del acantilado, observaban los frenéticos movimientos de los piratas, que se preparaban para la acción en las cubiertas de los barcos anclados. Las enormes naves barrigonas no estaban destinadas a duelos cuerpo a cuerpo cerca de la orilla; a pesar de su gran capacidad de navegación y superioridad numérica, estaban casi indefensas en esa situación, como ovejas ante una ágil manada de lobos. Salvo, claro está, por la cadena que cerraba la ensenada.

Malus golpeó con un puño la pared de roca.

—¡Sin duda, pueden ver que la maldita cadena aún no ha bajado!

El guardia asintió con el ceño fruncido.

—Es muy probable que sí, y que esperen que la dejemos caer en el último momento, para sorprender más a los piratas.

Pero eran los druchii los que se encaminaban hacia una brutal sorpresa. Con viento de popa, se verían empujados hacia la pesada cadena de hierro e inmovilizados allí, mientras los hacían pedazos las catapultas de las torres del dique.

Con cuidado para no descargar peso sobre la pierna dolorida, Malus se asomó fuera del agujero. A cien metros más abajo vio la aldea abandonada que se alzaba cerca de la orilla, y que entonces hervía de hordas de skinriders que habían respondido a la llamada de los cuernos. El noble estudió las paredes de piedra de ambos lados, y comprobó la fuerza del viento. Allá abajo, en el campo abierto que se extendía entre la aldea y la empalizada, vio una humeante figura que aún lamía la lengua de alguna llama de color esmeralda.

—No se puede bajar por aquí —gruñó—. Y aunque pudiéramos, las torres de la cadena están al menos a tres o cuatro kilómetros de distancia. No llegaríamos a tiempo.

—Es una lástima que no podamos cabalgar sobre rayos verdes como los skinriders —comentó Hauclir, pesaroso. Miró los humeantes restos del jefe que yacían abajo—. Aunque a él no parece haberle funcionado muy bien, la verdad.

Malus se puso rígido.

—No sobre un rayo, tal vez, pero... —Se volvió a mirar a Urial—. Necesitamos llegar a la torre del otro lado de la ensenada. ¿Qué me dices del hechizo que usaste para transportarnos hasta el *Saqueador*!

Urial se apoyó, cansado, en el hacha. La sangre y la magia que había bebido el arma se habían consumido casi por completo, y el druchii estaba pálido y exhausto.



Negó con la cabeza.

—Lo que yo hice fue construir un puente —dijo con una voz que era poco más que un susurro—. Necesito una resonancia de la destinación. La vez anterior, usé la conexión de Yasmir con Bruglir para salvar la distancia...

—¿Necesitas una resonancia?, ¿una conexión? —Malus, cojeando, atravesó rápidamente la cueva y recogió un pequeño objeto que había en el suelo. Cuando lo alzó, se vio que era un trozo de ladrillo vidriado—. Todas esas torres están hechas con los mismos ladrillos reaprovechados. ¿Bastaría con esto?

Urial cerró los ojos para concentrarse en el problema.

—Tal vez —dijo al fin—. Sí, es posible. Pero también necesitaré un marco..., un círculo cerrado por el que podamos pasar.

Malus frunció el ceño mientras recorría la caverna con los ojos. Finalmente, señaló la abertura de la pared del acantilado.

—Usa eso. Y hazlo de prisa... El tiempo se agota.

Urial estudió la abertura irregular con expresión de incertidumbre.

—La geometría es defectuosa —dijo—. No puedo garantizar que el hechizo salga bien. Si falla, lo atravesaréis y caeréis hacia la muerte.

—¡La alternativa es quedarnos varados aquí! —le espetó Malus—. Los skinriders hundirán o capturarán a todos los barcos de nuestra flota; peor aún, matarán a todos los druchii que los tiburones no atrapen antes. No tenemos alternativa.

Enfrentado con eso, Urial asintió rápidamente y les espetó órdenes a los supervivientes, para luego cojear hasta la abertura. Los guardias rebuscaron entre los cuerpos hasta encontrar la cabeza decapitada del guerrero de Norsca, y se la llevaron a su señor. Urial cogió el horripilante trofeo, lo inspeccionó como un sirviente que compra un melón en el mercado, usó el hacha para cortar el cráneo en dos, y arrojó a un lado la parte inferior. Luego, le entregó reverentemente el hacha a uno de los guardias, y se puso a trabajar; metió los dedos en la caja craneal del norse y trazó signos rojos en torno al borde de la abertura. Cuando acabó, tendió una mano para que le entregaran el trozo de ladrillo. Malus se lo dio y luego miró a su magro destacamento. Los dos supervivientes del séquito de Urial estaban ilesos, y Hauclir, a pesar de haber tenido que ocultarse bajo una fétida sobrevesta de skinrider, no parecía hallarse en peores condiciones. El corsario superviviente había pasado largos minutos susurrando sobre el cadáver del capitán, antes de levantarse en silencio y ocupar un sitio dentro del grupo.

«Seis hombres para tomar una ciudadela», pensó. De algún modo, tendría que bastar.

Urial alzó el trozo del cráneo del hombre con ambas manos y comenzó a salmodiar. Al principio, no sucedió nada. Luego, un solo jirón de tembloroso vapor se alzó de la caja craneal y flotó hacia la abertura, como atraído por el viento. El jirón

aumentaba y disminuía de intensidad mientras extendía sangre y sesos por la pantalla mágica hasta que, comenzó a brillar una fina película roja sobre la abertura.

Malus frunció el entrecejo. Había algo que no tenía el aspecto correcto. Para empezar, aún veía claramente el mar gris que se extendía más allá de la débil membrana.

—¡De prisa, ahora! —siseó Urial, con voz tensa—. ¡No puedo mantenerlo por mucho tiempo!

El noble sintió un estremecimiento de pavor. Una cosa era hablar temerariamente de un salto a ciegas hacia la muerte o la gloria, y otra muy diferente era encontrarse ante ese último paso trascendental. Luego se le ocurrió otra idea. ¿Y si el hechizo no era más que una ilusión? ¿Y si Urial veía eso como una oportunidad para eliminarlo?

—¿Estás seguro de que se ha establecido el puente? —preguntó.

—¡Claro que no estoy seguro! —le contestó Urial—. ¡Daos prisa!

«No hay tiempo para dudas —pensó Malus mientras desenvainaba la espada ensangrentada—. Si el hechizo no funciona, probablemente estaremos muertos de todas formas.»

Inspiró profundamente, se lanzó a la carrera con los dientes apretados a causa del dolor de la pierna y saltó.

Dio un traspie por una palpitante llanura de sangre, bajo un colérico cielo rojo. Los aullidos de los condenados lo ensordecían. Malus miró por encima del hombro y vio una torre a lo lejos, justo antes de que lo bañara una ola de frío lacerante...

Malus cayó y rodó sobre un suelo de tosca piedra sembrado de desperdicios. En torno a él resonaban ásperos gritos que parecían sorprendidos e iracundos.

El noble rodó hasta quedar de espaldas. Se encontraba tendido en el suelo de una sala circular, sobre cuyas paredes brillaba musgo fangoso. Por una de las paredes, ascendía una escalera semirruinosa que llegaba hasta una planta medio derrumbada, donde había una puerta abierta que conducía al exterior. A poca distancia, veía un débil óvalo rojo que brillaba en la penumbra, oscilante e insustancial. El hechizo había funcionado.

Luego, oyó gritos y pesados pasos, y recordó que no estaba solo.

Rodó y se puso de pie con la espada en la mano, y con sobresalto se dio cuenta de que la Madre Oscura había bendecido su audaz plan: se encontraba a poca distancia de un enorme cabrestante muy parecido a los usados para recoger las anclas de los barcos, salvo por el hecho de que era mucho más grande. En el enorme tambor de madera estaban enrollados los gigantescos eslabones de una cadena oxidada. El hechizo de Urial lo había llevado hasta la cadena de la ensenada.

El resto de la estancia se veía lleno de trozos de madera partida y pilas de escombros provenientes de las paredes superiores, que se habían derrumbado. Cuando Malus llegó, había skinriders que cargaban escombros en un gran cesto que

colgaba de una cuerda y un sistema de poleas que pasaban a través del enorme agujero que había en el techo. «Más municiones para las catapultas de lo alto de la torre», dedujo el noble. Los piratas ya se habían recobrado de la inicial conmoción causada por su repentina llegada, y acometían con todo, desde espadas a trozos de ladrillos partidos.

Detrás de Malus se produjo una crepitación eléctrica, y se oyó que caía un cuerpo, y los skinriders se detuvieron en seco ante el repentino estallido de magia. El noble aprovechó la momentánea vacilación de los enemigos y cargó contra ellos. La espada destelló al atravesar la cabeza de un pirata; él pasó por encima del cadáver y acometió contra el siguiente con movimiento grácil. El skinrider bloqueó el tajo, retrocedió con un grito de sobresalto y chocó contra el hombre que tenía detrás. Malus aprovechó la ventaja y atacó la defensa del pirata, hasta que logró que el hombre perdiera el equilibrio; en ese momento, le clavó la espada en el cuello. La afilada hoja cercenó la columna vertebral y dejó la cabeza colgando de poco más que una tira de carne enferma.

Conmocionados por la ferocidad del ataque del noble, los skinriders supervivientes dieron media vuelta y huyeron hacia la escalera, al mismo tiempo que les daban la voz de alarma a otros hombres situados en lo alto. Malus los persiguió hasta el pie de la escalera, y luego se volvió al oír un penetrante trueno. Entonces vio a Urial y los tres guardias supervivientes avanzando trabajosamente hacia el cabrestante.

—¡Buscad una palanca para soltar la cadena! —gritó Malus.

—No es necesario —dijo Urial, cansado, a la vez que apartaba a un lado a sus guardias.

Alzó el hacha por encima de la cabeza mientras pronunciaba una palabra de poder, y luego descargó un golpe sobre la gruesa cadena. Los eslabones de hierro se partieron como queso blando, y la parte de la cadena que no estaba envuelta en el cabrestante desapareció con estruendo a través de la canaleta de entrada que había en la pared, seguida por un sonoro chapoteo en el agua del mar.

Con los oídos zumbando a causa del estruendo, los druchii se miraron unos a otros, sin saber qué hacer a continuación. Hauclir parpadeó como una lechuza.

—Bueno —dijo—, eso ha sido fácil.

Apenas había acabado de hablar cuando toda la torre se estremeció a causa de un tremendo golpe. Una parte de la pared, justo por encima del nivel del suelo, estalló en pedazos y roció a los druchii que estaban abajo con puntiagudos trozos de piedra, al mismo tiempo que los envolvía en un manto de polvo granulado.

Malus giró sobre sí misma, tosiendo en medio de la nube de polvo, y oyó que algo mojado y grande se deslizaba a través de la abertura. Al mirar con más atención la polvorienta niebla, vio dos pequeños puntos de luz verde que corrían hacia él, y

saltó a un lado justo antes de que una hirviente masa de carne fofa aterrizara en el sitio que acababa de abandonar.

El demonio era una masa pulposa de cuerpos fundidos, amalgamados por una voluntad sobrenatural y mágica. De la palpitante mole brotaban brazos y piernas de modo fortuito; algunas manos aún aferraban armas corroídas, mientras que otras se abrían y cerraban espasmódicamente en el aire. Rostros distorsionados abrían la boca y gemían sobre la masa marrón amarillento. Mientras el noble contemplaba con horror al ser, éste se contrajo, y del amorfo cuerpo le brotó una cabeza sobre un grueso cuello de carne plagada de gusanos, que vomitó un chorro de bilis marrón hacia Urial y sus hombres. Urial alzó el hacha con un movimiento instintivo, y el arma arcana se encendió con brillante luz y desvió el chorro lejos de su portador. No obstante, los dos hombres de Urial no fueron tan afortunados como su señor. Bramaron de agonía cuando el ácido llegó a ellos y derritió la armadura, la ropa y la carne con espantosa facilidad.

Sin pensárselo, Malus se lanzó hacia el demonio y abrió un profundo corte en la carnosa masa, de la que manó bilis humeante, pero sin causarle más efectos. La cabeza de largo cuello, a la que aún le goteaba bilis de las maleables fauces, se volvió bruscamente y lo contempló con ojos encendidos. El cuerpo de la criatura se hinchó, y de la masa brotaron largos tentáculos recubiertos de puntiagudos dientes, que se enroscaron en torno a la cintura y el cuello de Malus.

A un lado del demonio, se oyó un salvaje alarido de furia, y el corsario de Bruglir se subió encima de la criatura por un costado y lanzó un tajo hacia el larguísimo cuello. La gruesa cuerda de inmundo músculo se partió en medio de una fuente de bilis ácida, y la cabeza rebotó por el suelo. En ese momento, todo el cuerpo de la criatura pareció recular, y lanzó al frenético corsario al aire para luego sufrir un tremendo espasmo y acometer al druchii que volaba con una gigantesca boca, como si fuera un sapo que cazara una mosca. Se lo tragó entero, y Malus hizo una mueca al oír el siseo de los jugos gástricos del monstruo, que disolvieron al corsario en segundos.

El noble cercenó los tentáculos que le rodeaban el cuello y que la espada atravesó como si fueran finas enredaderas. Los que le rodeaban la cintura se contrajeron para atraerlo hacia el monstruo. Malus vio que la carne se hinchaba cerca de los tentáculos, y de las profundidades de la criatura comenzó a emerger una nueva cabeza de ojos verdes en los que ardía el odio.

La gangrenosa piel se estiró como una membrana cuando la cabeza acabó de salir de la masa demoníaca. La boca se abrió... y lanzó un grito agónico cuando Urial clavó el hacha encantada en el cuerpo deforme.

Malus vio que tenía una oportunidad, y aferró los tensos tentáculos que le rodeaban la cintura para tirar de ellos y acercarse más al demonio, al mismo tiempo

que lo acometía con una estocada. La clavó justo entre los feroces ojos verdes de la criatura, y fue lanzado hacia atrás por una descarga eléctrica de la potencia de un rayo, que le recorrió el brazo de la espada. Se oyó algo que crepitaba, como grasa sobre el fuego, y el carnoso cuerpo del demonio perdió estabilidad y se fundió en un enorme charco de bilis y carne putrefacta. Al mirar hacia el techo, el noble vio que estaba formándose un dosel de grasienta niebla amarilla que manaba del cuerpo... y salía como un desdibujado espectro por el enorme agujero que había en lo alto de la pared.

Momentos después, un par de manos fuertes cogieron a Malus por los brazos y lo incorporaron. Hauclir jadeaba, cubierto de polvo de ladrillo y con una docena de cortes sangrantes en la frente. El noble se libró de la presa del guardia.

—Podrías haber llegado en un momento más oportuno —le espetó—. ¡Esa cosa casi me hace papilla!

—Ha sido una imperdonable falta al deber, mi señor —murmuró Hauclir con tono sombrío—. Me cayó encima una parte de la pared, y egoístamente intenté recobrar la libertad en lugar de ocuparme de inmediato de tu seguridad.

—Ayúdame a levantarme.

Con los dientes apretados de dolor, Hauclir logró poner a Malus de pie. Urial ya subía a trompicones por la maltrecha escalera, con el icor del demonio aún humeando en los filos del hacha. El noble se apartó de las manos del guardia que lo sostenía, y echó a andar tras su hermano.

—¿Qué era esa imagen que salió volando del cuerpo del demonio? —preguntó Malus mientras subía la escalera.

—Algo que no debería ser —replicó Urial con voz alterada.

Urial llegó a la entrada abierta y miró al otro lado de la ensenada. Malus lo alcanzó un momento después, y abarcó con los ojos la escena que tenían delante.

La cadena había caído y los lobos druchii ya se encontraban entre el rebaño. Seis veloces naves corsarias —una séptima se hundía en la entrada de la ensenada, agujereada por piedras disparadas desde las torres— pasaban ante los enormes barcos de los skinriders y disparaban sus pesados virotes a quemarropa hacia el casco de las naves enemigas. Las enormes puntas de acero les abrían en la línea de flotación agujeros del tamaño de puños, por los que el agua de mar entraba en la cubierta inferior. Los skinriders respondían con flechas y proyectiles, pero a una distancia tan corta no podían apuntar bien las pesadas máquinas de guerra hacia los barcos corsarios. Dos de los buques enemigos ya se encontraban muy hundidos en el agua mientras las bodegas se les inundaban lentamente. Cadáveres y pecios flotaban en la superficie de la ensenada, y aquí y allá Malus vio que el agua se agitaba y salpicaba donde los tiburones comenzaban a alimentarse.

—La cuenta de la carnicería será alta, pero tenemos buenas probabilidades de

vencer —dijo Malus, ceñudo—. El limitado tamaño de la ensenada nos favorece, y los corsarios de Bruglir conocen bien su oficio.

—No —lo contradijo Urial con tono tétrico—. Estamos condenados, todos y cada uno de nosotros.

La fatiga y el miedo que había en la voz de Urial hicieron que Malus se volviera a mirarlo. El antiguo acólito señaló con un dedo manchado de sangre hacia la periferia del pueblo abandonado que se alzaba al otro lado de la ensenada.

Malus entrecerró los ojos para distinguir detalles de lo que sucedía en la orilla. Al principio no vio más que una enorme muchedumbre de skinriders..., y entonces se dio cuenta de que ninguno de ellos se movía. Estaban petrificados en el sitio, como si los sujetara un puño invisible.

Luego, vio un destello de fuego verdoso entre los piratas, y comprendió qué sucedía.

—El demonio —dijo—. Está usando a los skinriders para dar forma a otro cuerpo.

Urial asintió con expresión sombría.

—No debería ser posible. El espíritu debería haber sido devuelto a la Oscuridad Exterior cuando fue destruido su primer huésped. Pero hay algo que le permite permanecer aquí para reconstruir sus fuerzas y volver a atacarnos.

»Sólo quedamos nosotros tres, y mi poder está casi agotado. Continuará acometiéndonos hasta que hayamos muerto, y luego matará a todos los tripulantes de la flota. No podrán hacer nada para detenerlo.

—Es la isla —comprendió Malus—. La torre de Eradorius...

Las palabras murieron en la garganta de Malus. Entonces comprendió por qué los ladrillos de la ciudadela y los de esa torre del dique marino le resultaban tan familiares. Como en sueños, Malus se arrodilló y rebuscó entre los ladrillos partidos que había en el suelo. Encontró uno que estaba casi intacto y lo hizo girar entre las manos hasta hallar el símbolo tallado en la superficie.

Urial observaba al noble con el ceño fruncido debido a su perplejidad.

—¿De qué estás hablando?

Malus recorrió con un pulgar el símbolo mientras sentía que un puño de hielo le aferraba las entrañas.

—Recordarás que te dije que buscaba el islote de Morhaut para encontrar un objeto que estaba oculto en una torre. La torre fue erigida por un brujo llamado Eradorius. —Alzó el ladrillo—. Y los skinriders la derruyeron para construir sus malditas ciudadelas. —Con un repentino estallido de cólera, lanzó el ladrillo al otro lado de la habitación—. ¿Quién sabe? Puede ser que no haya sido nada más que ruinas durante cientos de años antes de que los piratas llegaran aquí. Ya nunca lo sabremos. —«Ni qué le sucedió al maldito ídolo», pensó el noble. Por primera vez

desde que Tz'arkan le había robado la negra alma, Malus se sintió completamente perdido.

—¿Qué tiene que ver eso con el demonio?

—La torre fue erigida para escapar de otro demonio. Eradorius usó la magia para construir un sanctasanctórum que estuviera fuera del tiempo y el espacio. Creó un lugar que era un territorio en sí mismo, separado de todos los otros. —Señaló hacia fuera—. El demonio no ha sido devuelto a la Oscuridad Exterior porque la atracción de ésta no puede alcanzarlo aquí. Sin duda, es el motivo por el que escogió esta isla.

Urial miró a Malus como si estuviera loco.

—Pero acabas de decir que la torre fue destruida hace mucho tiempo.

—¡La torre se alzaba fuera del tiempo! Estaba separada... —La voz del noble se apagó, y sus ojos se abrieron más al comprender—. Fuera del tiempo. ¡Claro! ¡Es la orilla del río!

Hauclir llegó al final de la escalera detrás de Malus, y lo miró a los ojos con desconfianza.

—Creo que necesitas sentarte, mi señor —dijo con cautela—. Puede ser que hayas recibido un golpe fuerte en la cabeza.

Malus apartó al guardia a un lado.

—La torre fue erigida en un territorio que está más allá del espacio y del tiempo. En un sentido, aún existe..., y el ídolo continúa allí. —Tendió una mano para tocar a Urial—. Cuando cruzamos desde la ciudadela del jefe hasta aquí, ¿viste la llanura roja?, ¿la torre que había en el horizonte?

—¿Piensas que se trata de la torre que has mencionado?

—¡Sí! —Se puso a pasear de un lado a otro mientras meditaba dándose golpecitos con un dedo en el mentón—. ¡Estaba todo allí, justo delante de mí desde el principio! ¿Por qué no me di cuenta antes? —Se volvió a mirar a Urial—. Tienes que usar tu brujería para enviarme allí. Ahora.

—Pero... la resonancia...

Malus hizo un gesto hacia los ladrillos dispersos por el suelo.

—¡Tenemos toda la resonancia que nos hace falta!

Urial negó con la cabeza.

—No lo entiendes. El... lugar del que hablas no pertenece a este mundo. Se encuentra en otro plano, por así decirlo, en vez de estar al otro extremo. —Hizo una pausa con expresión repentinamente exhausta—. Puedo abrir una puerta y enviarte al otro lado, pero debe mantenerse abierta en este extremo para que puedas regresar. No sé durante cuánto tiempo puedo mantener abierto un portal como ése. Si falla, quedarás atrapado allí por toda la eternidad.

—¿Y en qué es peor eso que ser devorado vivo por esa vil criatura? —Malus señaló hacia la aldea distante, donde el demonio aún consumía a los skinriders—.

¡Abre la puerta! Correré el riesgo al otro lado. Si tengo éxito, el poder que retiene al demonio aquí se desvanecerá, y será atraído de vuelta a la Oscuridad Exterior. ¡Es nuestra única posibilidad!

Dio la impresión de que Urial iba a continuar discutiendo, pero una breve mirada hacia el caos reinante en la orilla opuesta lo convenció de lo contrario.

—Muy bien —replicó con voz hueca, y volvió a bajar por la escalera en busca de sangre.

—Has mencionado un ídolo, mi señor —dijo Hauclir por lo bajo—. ¿Cómo sabremos dónde encontrarlo?

—¿Sabremos? No, Hauclir. Tú te quedas aquí.

El guardia cuadró los hombros.

—Mira, mi señor...

Malus lo hizo callar con un brusco gesto de una mano.

—Calla y escucha. Debes quedarte aquí para vigilar a Urial —explicó en voz baja—. Si tiene la secreta intención de traicionarme, me será imposible impedirselo, así que tú tendrás que ser quien le clave el cuchillo en la espalda. También están los skinriders. —Señaló hacia los niveles superiores de la torre—. Quizá piensen que estamos muertos tras el ataque del demonio, pero quizá no. Si bajan aquí, tendrás que contenerlos durante el tiempo suficiente para que yo pueda regresar.

Estaba claro que al guardia no le gustaba lo que oía, pero poco podía hacer al respecto.

—Muy bien, mi señor —gruñó—. ¿Y si no regresas?

—Yo, en tu lugar, correría el riesgo con los tiburones.

—¿Piensas que puedo nadar hasta uno de los barcos?

—No. Pienso que deberías saltar al agua con la esperanza de que te pillen los tiburones antes de que lo haga el demonio.

No hubo ninguna sensación de frío gélido ni de dislocación. Malus atravesó el portal y tuvo la impresión de que caminaba por un territorio de pesadilla.

El suelo subía y bajaba como si respirase bajo sus pies, y el cielo de lo alto era tormentoso. El viento aullaba y gemía en sus oídos, pero no podía sentirlo en la piel. Se volvió a mirar por encima de un hombro y vio el óvalo de luz perlada que flotaba en el aire. De los bordes ascendía una especie de niebla iridiscente, y el noble percibió vagamente lo frágil que era, como una burbuja que podía reventar en cualquier momento. Apenas discernía las figuras de Urial y Hauclir, de pie, al otro lado; Malus levantó la espada para saludarlos, y luego volvió los ojos hacia el horizonte, donde se alzaba la torre.

Era alta y cuadrada, y la lustrosa superficie negra brillaba bajo la luz, que no procedía de ninguna dirección concreta e inundaba el territorio ultraterreno. La torre tenía una apariencia mucho más sólida que el paisaje del Caos que la rodeaba, como



una isla que se alzara fuera de un violento mar. Parecía encontrarse a leguas de distancia. Malus inspiró profundamente y comenzó a correr.

El terreno pasaba a toda velocidad bajo sus pies. Había desaparecido el cansancio, y se había desvanecido el dolor de la pierna herida. Entonces, sobresaltado, se dio cuenta de que Tz'arkan ya no estaba enroscado como una víbora dentro de su pecho. El pensamiento casi lo hizo tropezar. «¿Es posible?», pensó. ¿Habría encontrado un territorio donde él realmente no podía entrar, como creía Eradorius?

La carcajada resonó como el trueno por el cuerpo de Malus, y le hizo temblar los huesos.

—Pequeño druchii necio —dijo el demonio—. Mírate las manos.

Malus se detuvo. Con creciente sensación de pavor, alzó las manos y vio la piel gris oscuro y las palpitantes venas negras que se le retorcían como gusanos en las muñecas. Las uñas, aunque no eran garras propiamente dichas, se veían negras y afiladas.

La fuerza que sentía era la de Tz'arkan. El demonio no había desaparecido, sino que se había extendido por todo su cuerpo, por el que corría como la sangre.

—Verás —dijo el demonio—. Aquí estoy suspendido entre tu lastimoso mundo y las tormentas del Caos que me alimentan de poder. —La conciencia de Tz'arkan retronó dentro de él—. Jamás podría haber entrado en este lugar desde mi prisión... En un sentido, tú has sido mi puente. —El demonio rió entre dientes—. Sí, este sitio me gusta. Podría permanecer aquí durante muchísimo tiempo.

Malus luchó para reprimir una ola de terror.

—¿Y cambiar una prisión por otra? Vayamos a buscar el maldito ídolo y acabemos de una vez.

—Vaya, Malus, si no te conociera mejor, pensaría que estás cansándote de mi compañía.

El noble continuó corriendo.

Los fantasmas de los sueños lo esperaban a la sombra de la torre.

Se abrieron paso fuera de la grumosa tierra ensangrentada y tendieron hacia él huesudas manos con garras, agitados tentáculos o ganchos con punta de flecha. Algunos eran humanos, otros elfos; muchos eran retorcidas monstruosidades propias de las pesadillas de un brujo. Intentaban arañarlo con las garras y golpearlo con los tentáculos, y reptaban hacia él mientras corría por la llanura.

Un humano esquelético, con apergaminada piel blanca y una melena de pelo blanco, intentó cogerlo por el cuello. Malus atravesó con la espada la cabeza del espectro, y la figura onduló como humo. Una reptante masa de carne con venas azules se deslizó por el suelo y le envolvió una pierna con un tentáculo espinoso; las púas como agujas atravesaron con facilidad capas de cuero y piel, y le dejaron la carne fría y entumecida. El gruñó y descargó un tajo descendente con la espada, que

atravesó inofensivamente a la criatura.

—¿Qué hay de estas criaturas, demonio? —dijo.

—Son los perdidos —replicó Tz'arkan—, seres que fueron arrojados a la orilla de la isla. Cuando murieron, sus espíritus permanecieron aquí. Ahora anhelan tu fuerza vital, Darkblade. Hace mucho tiempo que no toman un bocado tan dulce.

Las manos del esqueleto se le cerraron alrededor del cuello. Malus le lanzó un tajo a la cabeza, pero un arrugado príncipe elfo le cogió el brazo de la espada y lo sujetó contra el cuerpo acorazado. Algo cerró las mandíbulas sobre una de sus piernas, y atravesó con los dientes armadura y ropón. El frío penetraba inexorablemente dentro de su cuerpo y le drenaba las fuerzas. Oía los latidos del corazón, que le golpeaba el pecho con violencia.

—¿Qué puedo hacer para detenerlos?! —gritó mientras forcejeaba.

—Pero Malus, amado hijo mío —susurró el demonio—, no tienes más que pedirme ayuda.

Los fantasmas le hicieron perder pie y cayó bajo un mar de manos que intentaban aferrado y mandíbulas que trataban de morderlo.

Una criatura parecida a un pulpo se deslizó sobre su pecho y le envolvió la cara con los tentáculos. Los ojos verde jade brillaban con malévolamente inteligencia.

—¡Ayúdame, maldito seas! —gritó Malus. Los tentáculos se le metieron por la boca y reptaron sobre su lengua—. ¡Ayúdame!

—Así lo haré.

Una nueva ola de frío lo inundó como un torrente; no se trataba del gélido toque de los fantasmas, sino de una inundación de hielo negro que manó desde su pecho para propagarse por el resto del cuerpo. Un vapor oscuro ascendió de la pálida piel del noble, y a lo largo de la espada, se formó escarcha. Los fantasmas recularon, todos menos la criatura parecida a un pulpo, que no pudo soltarse con la rapidez suficiente; se le puso negra la piel, los ojos se volvieron de color azul pálido, y dejó escapar un sibilante alarido antes de que Malus la golpeará con una mano y la hiciera pedazos.

El esqueleto de pelo blanco retrocedió ante él, con los brazos alzados para protegerse. Malus se puso de pie con un rugido y le atravesó el pecho con la espada. El cuerpo se ennegreció al instante, y se hizo añicos al chocar contra el suelo. El noble alcanzó al príncipe elfo en plena huida; rió como un demente y le asestó un tajo en la parte posterior del cuello.

Todos los fantasmas se batían en retirada; se apartaban de él como las ondas de un estanque. Mató a un oso que tenía un solo ojo, al clavarle una profunda estocada en un flanco, y luego les cortó la cabeza a dos marineros humanos que pedían misericordia con débiles gritos lastimeros.

Más allá de los marineros, corría un corsario druchii. Ebrio de matanza, Malus

saltó tras él con la humeante espada en alto. El corsario miró al perseguidor por encima del hombro, con ojos desorbitados por el terror. Malus reconoció de inmediato las cicatrices del cuerpo, pero el apercaminado rostro era una cruel parodia del semblante feroz de Tanithra.

La visión hizo que Malus se detuviera en seco al recordar la razón por la que había acudido a aquel lugar maldito. Durante un momento más, la observó dar traspies por el terreno fracturado, y luego sacudió la cabeza y reemprendió el viaje hacia la torre, más decidido que nunca a encontrar el ídolo.

## 25. La torre de Eradorius

No había ni altas murallas ni imponentes puertas que protegieran la torre de Eradorius; el único portal de la base de la lisa torre casi parecía darle la bienvenida a Malus. Sólo las invisibles corrientes de poder que sentía en la piel desmentían la ilusión de seguridad. Cuanto más se aproximaba a la torre, más percibía la presencia del poder de disformidad que estaba contenido en su interior.

—Mira bien dónde pisas, Malus —le advirtió Tz'arkan. A tan escasa distancia de la torre, la presencia del demonio parecía latir dentro de él, aumentando y disminuyendo con los latidos de su corazón—. La tarea más difícil aún está por llegar.

El noble frunció el ceño.

—*El tomo de Ak'zhaal* dice que Eradorius está muerto.

—Tal vez, pero aún perdura su laberinto —replicó el demonio—. Eradorius construyó un laberinto tan sutil que él mismo quedó atrapado dentro. Piensa en eso y sé prudente, Darkblade.

—Ahórrame tus débiles intentos de sabiduría —se burló Malus mientras cubría los últimos metros que lo separaban de la torre y atravesaba la entrada—. Un laberinto no es más que un ejercicio mental. Eradorius estaba loco, pero yo... —Guardó silencio, al sentir que un manto de pavor se posaba sobre él.

—¿Sí, Malus?

—Nada —le espetó el noble—. Me cansan tus pullas, demonio. Veamos qué secretos guarda este laberinto.

Al otro lado de la entrada había un corto pasillo que llevaba hasta un espacio que al principio Malus tomó por algún tipo de galería abierta. El interior de la torre estaba inundado de una difusa luz verde, que parecía proceder de todas direcciones a un tiempo. Con la espada a punto, el noble entró.

El techo se perdía en una luminosa niebla esmeralda. Vio tres puertas de madera oscura, una a la izquierda, una a la derecha y otra justo enfrente. Las anillas de las puertas eran de plata pulimentada que destellaba en la luz. Malus las contempló de una en una. Mientras lo hacía, no podía librarse de la sensación de que lo estaban observando, pero no sabía desde dónde.

—Las puertas son idénticas —dijo al fin—. No tienen marcas distintivas ni se ven huellas en el polvo. Nada que señale la senda correcta.

—Todas las sendas conducen al centro del laberinto —susurró el demonio—. Como tú has dicho, no es una prueba para los pies, sino para la mente. ¿Estás seguro de que quieres seguirlo hasta el final? Este laberinto tiene conciencia, Darkblade. Te estudia mientras tú lo estudias a él. Y te destruirá si se lo permites.

El noble rió fríamente.

—¿Si se lo permito yo? ¿Qué clase de retorcida trampa es ésta?

—Pues de la peor de las clases —replicó el demonio, pero Malus ya no lo escuchaba.

Por impulso, el noble atravesó la estancia con tres rápidas zancadas y abrió la puerta situada frente a la entrada por la que había llegado.

Al otro lado, no había más que negrura absoluta, un vacío tan profundo que tiró de él y lo atrajo hacia su voraz abrazo. Malus sintió un viento frío en la cara mientras se precipitaba hacia las tinieblas.

Un peso blando se pegó contra su costado. Unos brazos le rodearon el pecho que ascendía y descendía al ritmo de la respiración. Malus se sobresaltó y se sentó bruscamente en medio de un enredo de sedosas sábanas.

El aire era fresco y olía a incienso. La cama era baja y ancha, de factura acorde con los gustos de los druchii, y estaba rodeada de capas de cortinas destinadas a retener el calor corporal. A través de las cortinas, Malus vio un arco de luz pálida situado frente a los pies de la cama. Todo lo demás estaba sumido en sombras; la mujer que tenía junto a él gimió suavemente en sueños, y rodó con languidez hasta quedar de espaldas. La débil luz iluminó un hombro desnudo y parte de una mejilla de alabastro. Tenía labios asombrosamente rojos, como si se los hubiera pintado con sangre fresca.

Malus sintió vértigo ante la visión, salió a trompicones de la cama y cayó sobre el oscuro suelo de pizarra. El gélido contacto de las baldosas hizo que el mundo recobrara la nitidez: se encontraba en un dormitorio ricamente amueblado de alguna parte de Naggaroth. ¿De qué otro modo podían explicarse el mobiliario, las baldosas de pizarra gris o la peculiar calidad de la luz que brillaba a través de las cortinas del otro lado de la habitación?

El noble captó un leve movimiento en uno de los umbríos rincones de la estancia. Miró precipitadamente a su alrededor en busca de una arma, y vio su espada tendida sobre un costoso diván situado cerca de la cama. La espada susurró fríamente al salir de la vaina mientras él se lanzaba hacia el lugar donde había visto el movimiento. Por un fugaz instante, creyó ver la forma de una figura encapuchada, poco más que una sombra entre los oscuros pliegues de las cortinas, aunque cuando llegó al rincón estaba vacío. Malus empujó los pesados pliegues con la punta de la espada, pero en sus profundidades no se ocultaba nadie.

Se volvió hacia el lecho que dominaba la amplia estancia, incapaz de librarse de una extraña sensación de mal presagio. Sin pensarlo, avanzó hasta una mesa cercana y cogió una copa de vino de una bandeja de plata. Había dejado el vino allí justo antes de irse a la cama; lo recordaba con claridad, como si lo hubiese hecho apenas momentos antes, pero el acto en sí de tocarlo parecía, de algún modo, raro.

—Vuelve a la cama, bribón —dijo la mujer con una voz que hizo que un

escalofrío le recorriera la espalda—. Tengo frío.

No podía pensar en nada que deseara más que volver junto a ella y respirar el perfume de su cremosa piel, pero incluso en eso subyacía una corriente de mal presagio que no podía explicar.

—Creí..., creí ver algo.

Para su sorpresa, ella se rió de la idea.

—¿Te asustas de las sombras?, ¿aquí, en la torre del vaulkhar? Ni siquiera el drachau está ahora tan bien protegido como tú.

Malus se quedó petrificado, con la copa a medio camino de los labios.

—¿Qué has dicho?

Oyó que ella se volvía de lado y la seda ondulaba sobre su piel desnuda.

—Ni siquiera el drachau está tan bien protegido como tú. Estoy segura de que te das cuenta de eso. Ya nadie más se atrevería a hacer un movimiento contra ti. ¿No es ése el objetivo por el que has estado luchando durante todos estos años?

Malus dejó la copa sobre la bandeja con cuidado, temeroso de que pudiera caer de sus dedos entumecidos. Como en sueños, avanzó hasta la ventana de delante de la cama y apartó las cortinas.

Una acuosa luz gris penetró en la estancia. Al otro lado de la estrecha ventana, vio la torre central de la fortaleza del drachau, en forma de espada. Era sólo unos pocos pisos más alta que la torre donde entonces se encontraba el noble; un grupo de torres más pequeñas que se alzaban como espeso bosquecillo negro en la base conformaban el conjunto de la fortaleza del vaulkhar.

Se encontraba en la torre de Lurhan, no en la suya. ¿Era ése el dormitorio del vaulkhar? Se le heló el corazón. Eso estaba mal; terrible, letalmente mal.

—No debería estar aquí —le dijo Malus a la mujer que yacía en el lecho.

La luz de la ventana abierta se reflejaba en las cortinas que pendían alrededor de la cama, y las volvía opacas. Oyó que el cuerpo de ella rozaba las sábanas, e imaginó que estaba sentándose y rodeándose las rodillas con un brazo.

—Anoche no te quejabas —replicó ella con una sensual risa entre dientes—. ¿Qué diferencia hay de un día al siguiente? Esta noche, el drachau te pondrá el *hadrilkar* en torno al cuello, y entonces esto será todo tuyo de verdad.

Ella volvió a moverse, y esa vez Malus vio que la silueta de su cuerpo adquiría forma al aproximarse a las cortinas.

—Dudo de que, un día después, alguien vaya a oponerse a que tomes posesión de las propiedades de Lurhan —dijo ella.

Las cortinas se abrieron y la vio, delineada en pálida luz solar. Tendió una esbelta mano hacia él.

Malus sintió que se le secaba la boca. El terror y el anhelo lo aferraron con igual fuerza. El deseo corría como fuego por sus nervios.

—Mis hermanos me matarán por esto —fue lo único que logró decir.

Los ojos violeta de ella lo miraron con expresión interrogativa.

—¿Tus hermanos? No se atreverían —replicó con una carcajada—. Tú fuiste el que Lurhan escogió por encima de todos los demás. —Sonrió, y los rojos labios hicieron un leve mohín—. Y para el vencedor son los despojos.

A Malus le dolían las manos. Desvió los ojos y vio que aferraba las gruesas cortinas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. El terror lo inundó en oleadas, aun cuando una parte de él reaccionaba con insaciable lujuria a las palabras de ella. Dio un paso, luego otro, y echó a correr por la estancia, con una mano tendida hacia la brillante anilla de plata de la puerta de negros paneles que había a la izquierda de la cama. Mientras abría la puerta de par en par, ella lo llamó e hizo que sintiera una punzada de deseo al lanzarse a la oscuridad del otro lado.

Percibió olor a sangre y hedor a cuerpos destripados.

El aire de la sala estaba cargado, y era cálido debido a la presencia de muchos cuerpos vivos y no vivos. En lo alto de una pared de la sala hexagonal brillaba luz bruja dentro de un recipiente roto por un proyectil arrojado durante la furiosa batalla, y las enloquecidas llamas proyectaban sombras monstruosas que cabriolaban sobre los lisos muros.

Uthlan Tyr yacía de espaldas, con los ciegos ojos fijos en el techo mientras la sangre que le quedaba manaba a borbotones por la terrible herida que tenía en el pecho. En una mano medio abierta aún retenía la empuñadura de la espada. Malus posó los ojos sobre el drachau y sintió el ardiente entusiasmo del triunfo mezclado con miedo. Los sirvientes y guardias del drachau yacían por toda la estancia; los guardias de Malus los habían pillado completamente desprevenidos, y los habían hecho pedazos en una explosión de violencia planificada con cuidado. Tyr y sus hombres no habían tenido la más mínima posibilidad.

Un sonido atravesaba los gruesos muros de la sala: las voces apagadas de un millar de nobles, que aumentaban y disminuían como la marea. En el centro de la estancia había una elaborada armadura sobre un soporte de roble ensangrentado. Silar Sangre de Espinas y Arleth Vann aguardaban junto a ella, con la cara salpicada de sangre y los ojos encendidos por la embriagadora batalla.

Malus vestía ropones sencillos y un kheitan sin adornos. No tenía *hadrilkar* alguno en torno al cuello, ni sentía el familiar peso de un par de espadas en la cadera. La luz verdosa danzaba sobre el agudo filo de la espada que descansaba en la mano cada vez más rígida del drachau. Sin pensárselo, fue a cogerla, pero una voz atravesó el aire cargado y lo detuvo.

—No toques la espada del drachau —dijo la voz. Era grave y serena, sorprendentemente tranquila en una sala que olía a campo de batalla—. No le quites nada ni permitas que su sangre te manche la ropa, o la armadura antigua te

consumirá.

Malus se volvió hacia la voz. A su lado había una figura encapuchada, cuyo cuerpo quedaba oculto bajo pesados ropones negros. Del hombre radiaba una aura de poder gélido que desconcertó al noble. Comenzó a preguntarle al hombre quién era, pero una sensación de mal presagio que le resultaba demasiado familiar hizo que se detuviera. La figura se volvió a mirarlo, y la fría voz lo bañó al salir de la negrura del interior de la capucha.

—Tu triunfo aún no es completo, vaulkhar. Los nobles de Hag Graef aguardan. Ponte la armadura y acepta su lealtad, y entonces nadie podrá disputarte el gobierno.

El noble se volvió hacia la ornamentada armadura. Sobre un soporte cercano descansaba el *draich* encantado que llevaba el drachau durante el ritual del Hanil Khar. De repente, supo dónde estaba. ¿Cuántas veces había soñado con ese momento? ¿Cuántas veces había languidecido en su torre y había planeado cómo se apoderaría de la ciudad, a su debido tiempo?

El miedo hizo presa en él. Se volvió a mirar a la figura encapuchada.

—¿Estoy soñando?

—Pregúntale al drachau si esto es un sueño —replicó la figura—. Sin duda, él querría que lo fuera. —Se le acercó más—. Esto es real. Tú has hecho que lo sea, Malus. ¿Acaso dudas de ti mismo ahora, a las puertas de tu más grandioso triunfo?

El noble inspiró profundamente e intentó controlar las dudas que amenazaban con abrumarlo. ¿Qué había dicho el encapuchado que tanto lo había asustado? ¿Algo referente al tiempo?

Sabía qué le esperaba. Una vez que se pusiera la armadura, los nobles de la ciudad se inclinarían ante él como su drachau, y le prestarían el anual juramento de lealtad, convencidos de que era Uthlan Tyr. Tras los juramentos le pertenecerían, y la usurpación sería completa. Con la languidez de los sueños, avanzó hasta el soporte de la armadura y dejó que sus guardias comenzaran a ajustársela en torno al cuerpo. Cada pieza que le sujetaban hacía que un estremecimiento de poder le recorriera la piel.

Malus ansiaba rendirse a la sensación de ese poder, pero una parte de su mente retrocedía ante él. Intentó concentrarse en lo que había de equívoco, pero no lograba identificarlo y se le escapaba como mercurio entre los dedos. Cuando le pusieron el ornamentado peto, se volvió a mirar el camino por el que había llegado.

Justo en ese momento, vio otra figura encapuchada —ésta ataviada con ropones y un kheitan teñido de color añil—, que retrocedía hacia la oscuridad del otro lado de la entrada. Un escalofrío de puro terror lo hirió como un cuchillo.

—¡Allí! —dijo al mismo tiempo que señalaba hacia la arcada—. ¡Había un hombre acechando desde el umbral!

Arleth Vann corrió en silencio hasta la entrada, con los destellantes cuchillos en



las manos. Se asomó a la oscuridad.

—Allí no hay nadie, mi señor —dijo, y negó con la cabeza.

—¡Había un hombre, maldito seas! ¡Lo he visto con mis propios ojos! —Malus cerró la mano en un puño—. ¡Vio..., lo vio todo!

«Lo sabe —pensó Malus, atemorizado—. Sabe que no soy quien ellos creen.» El pensamiento le heló la sangre.

—Tenemos que detenerlo.

Mientras hablaba, sintió que Silar le ponía los avambrazos y los sujetaba. Luego llegó el casco, que se posó como una corona de hielo sobre su frente. La figura encapuchada avanzó un paso, con un curvo objeto de acero plateado en una mano.

—Ponte la máscara —dijo—. Póntela y nadie se dará cuenta.

Malus sintió que se la colocaban sobre el rostro. La respiración salió con estruendo a través de los orificios de la máscara, y ante sus ojos se alzó vapor. Su cuerpo se vio inundado de calor, y el aire que lo rodeaba adquirió una tonalidad roja. Una vez más, sintió una ola de poder tan dulce que le causaba dolor en el cuerpo, pero al mismo tiempo se sentía muy expuesto.

La figura encapuchada se volvió e hizo un gesto hacia una estrecha escalera de caracol que ascendía contra la pared hacia la oscuridad. Malus avanzó en dirección a los escalones, vagamente consciente de que los guardias inclinaban la cabeza con gesto suplicante cuando pasaba ante ellos. En lo alto aguardaban la tarima y el gran trono desde donde presidiría la ceremonia ante la ignorante multitud y aceptaría su devoción. El sordo rugido de los reunidos lo llamaba, le prometía poder y gloria, todo lo que había anhelado tan largamente.

«Tan largamente —pensó—. Tan largo tiempo.»

Se detuvo.

—Tiempo —dijo para sí, y se volvió a mirar a la figura encapuchada que subía por la escalera detrás de él—. Esto es una ilusión.

—El tiempo es una ilusión, Malus —replicó la figura encapuchada—. Has cruzado el río y te encuentras en la orilla, ¿recuerdas?

El noble sacudió la cabeza y se obligó a recordar mediante un tremendo esfuerzo de voluntad.

—Esto no es real. No está sucediendo realmente. Estoy perdido en el laberinto.

—Te equivocas —lo contradijo el encapuchado—. Esto es completamente real. Tú has hecho que sucediera, Malus. ¿No es lo que siempre has querido en los profundos rincones oscuros de tu corazón?

El noble dio un traspié y cayó de espaldas sobre los afilados bordes de los escalones.

—Sí —respondió con una voz que resonaba detrás de la máscara—. ¿Es éste mi futuro? —susurró—. ¿Me aguarda esta gloria en los años venideros?

Por un momento, la figura lo miró en silencio.

—Todo esto y más. —Señaló más allá de Malus, hacia una abertura que había en lo alto de la escalera. Al otro lado se veía sólo negrura—. Avanza y reclama tu destino —dijo.

Lo bañó el rugido de la muchedumbre, que tironeaba de su alma. Malus se dejó llevar y ascendió la escalera hacia la oscuridad.

Las pesadas solapas de la tienda se apartaron ante su cuerpo acorazado, y Malus salió al fresco aire marino. Ante él se alzaban los altos acantilados de Ulthuan, y un bosque de estacas se levantaba del empinado terreno que mediaba entre ambos. En esas estacas teñidas de sangre se retorcían más de cinco mil guerreros elfos, que elevaban una canción de agonía hacia el cielo coloreado por el fuego. La visión le hizo sentir vértigo; era sobrecogedora en su gloria. Por un momento, se sintió abrumado por el espectáculo de tormento que se desplegaba ante él, pero luego, poco a poco, reparó en el gran pabellón bordeado por las altas astas de los estandartes que lucían los colores de las Seis Ciudades, y en los campeones acorazados que hacían guardia en torno a la tienda. Al bajar los ojos vio que llevaba la armadura rúnica del drachau, y lo recorrió un estremecimiento.

Ése era su ejército. Naggaroth había marchado a la guerra y, según exigía la tradición, el drachau de Hag Graef iba en cabeza. Esa terrible victoria le pertenecía.

Malus salió de la tienda caminando con pasos torpes por la fina arena blanca. Hasta donde podía ver a lo largo de la curva orilla, se extendía el más grandioso ejército druchii que había visto jamás. Miles y miles de guerreros, todos ocupados en la preparación de la siguiente batalla que se avecinaba, todos al servicio de su voluntad.

—¡Bendita Madre —jadeó—, que todo esto sea verdad! Al volverse, vio que la figura encapuchada se hallaba a cierta distancia de él.

—¿Por qué me enseñas estas cosas? —preguntó el noble.

—¿Yo? No. Esto es obra tuya. Son las verdades que te ha revelado el laberinto.

El noble avanzó un paso.

—¡Así que lo admites! Todavía estoy en la torre, y esto es una ilusión.

—Estás en la torre de Eradorius y también en la orilla de Ulthuan —replicó con un asomo de impaciencia en la gélida voz—. El tiempo y el espacio no tienen ningún poder sobre ti. Ves lo que tu mente quiere que veas. Nada más y nada menos.

—¿Y qué eres tú? ¿Eres el guardián de este lugar?

La figura no respondió.

Malus sonrió burlonamente ante el silencio.

—¿Es así como proteges los secretos de la torre? ¿Distrayéndome con dulces visiones de futuros éxitos?

—¿Éxitos? —repitió la figura—. ¿Acaso imaginas que tu historia acaba en

triunfo, Malus Darkblade?

La burlona sonrisa de Malus se desvaneció cuando el miedo y el frío le invadieron las entrañas.

—¿Qué quieres decir?

Antes de que la figura pudiera responder, las solapas de la tienda volvieron a abrirse, y Malus vio salir a un grupo de hombres acorazados, con expresión severa. Entre ellos vio a Silar y Dolthaic, cuyos rostros mostraban cicatrices de guerra, pero no reconoció a nadie más. Se le acercaron con rapidez mientras miraban a uno y otro lado. «Tienen el aspecto de los conspiradores —pensó mientras desplazaba discretamente una mano hacia la empuñadura del cuchillo que llevaba a la cintura—. Sin embargo, ¿qué ganarían conspirando contra mí?»

Entonces, se dio cuenta. Cuando los ejércitos de Naggor marchaban, no lo hacían en solitario.

Silar fue el primero que llegó hasta él. Cuando habló, lo hizo con voz tensa.

—No puedes darle largas eternamente a la convocatoria del Rey Brujo —susurró—. ¡Debes actuar ahora, o todo estará perdido!

—¿Actuar? —Malus frunció el ceño—. ¿Qué quieres que haga, Silar?

Antes de que Silar pudiera responder, Dolthaic se interpuso entre ellos.

—¡No hagas nada precipitado, mi señor! —dijo—. ¡Hoy le has proporcionado una gran victoria a Malekith! ¡No puede sospechar de ti!

Al noble le daba vueltas la cabeza mientras intentaba entender los acontecimientos que se desplegaban ante él. ¿Sospechar de él? ¿Tenía Malekith motivo para sospechar algo? No obstante, en cuanto formuló la pregunta, la respuesta surgió por sí sola.

Claro que lo tiene.

Silar apartó a Dolthaic a un lado.

—¿Qué importancia tiene si sospecha o no? ¡Después de lo que has hecho hoy, todo el campamento está ofreciendo sacrificios en tu nombre! Malekith no tolerará una amenaza contra su gobierno, real o imaginaria. ¡Cuando vayas a su tienda, debes estar preparado para atacar! ¡Ahora, mientras tienes al ejército de tu parte! ¡Piensa en lo que puedes lograr!

Un torbellino de emociones se agitó en el pecho de Malus.

—¡Callad! —dijo—. ¡Callad los dos y dejadme pensar!

Le daba vueltas la cabeza. «Es una ilusión —pensó—. No tiene importancia», intentó decirse a sí mismo.

«Pero, ¿y si no lo es?»

Apartó los ojos de las implorantes miradas de sus hombres para dejar vagar la mirada por el grupo de guardias acorazados, y justo en ese momento atisbo al personaje encapuchado que se apartaba discretamente de la retaguardia del grupo y

atravesaba con sigilo las arenas.

—Un espía —dijo con los ojos desorbitados por la conmoción, y señaló al encapuchado—. ¡Detenedlo!

Silar y Dolthaic se volvieron en la dirección indicada por el aterrorizado gesto. Dolthaic giró para mirar a Malus y frunció la frente con preocupación.

—¿Qué espía? Allí no hay nadie.

—¿Estás loco? ¡Está allí mismo! —se encolerizó Malus, pero los guardias estaban ciegos ante la figura que se alejaba.

«Alguna inmunda brujería —pensó Malus—. Ha estado observándome desde el principio. ¡Conoce mis secretos y se los revelará todos al Rey Brujo!»

La conmoción del miedo lo sacudió como un golpe físico, y en ese momento se dio cuenta de cuánto lo aterrorizaba que le arrebataran las glorias obtenidas. Entonces, creyó entender, finalmente, cuál era el peligro del laberinto del brujo. El guardián había hecho que sus más profundos deseos se hicieran realidad..., e iba a usarlos para destruirlo.

Malus se abrió paso a empujones entre el grupo de hombres, al mismo tiempo que sacaba el cuchillo del cinturón. Avanzó a trompicones por la arena en la que se hundía hasta los tobillos, con los ojos fijos en la espalda del hombre que desaparecía en torno al pabellón. El noble concentró hasta la última pizca de voluntad en obligar a las piernas a moverse, y aceleró el paso para evitar que el guardián llegara a la tienda de Malekith.

El noble giró en la esquina del pabellón y volvió a ver al encapuchado, entonces a pocos metros de distancia. Avanzaba con calma y sigilo, sin darse cuenta de que Malus se lanzaba hacia él como un halcón cazador. La cara del noble se contorsionó en una mueca feroz. El miedo que sentía, y la ferocidad que le confería ese miedo, eran de una intensidad casi vigorizante. «No vas a escapar de mí —pensó, furioso—. ¡No vas a ponerme en evidencia!»

Saltó sobre la figura y la derribó. El hombre apenas forcejeó, aparentemente aturdido por el impacto. Malus lo hizo rodar y le puso la punta del cuchillo contra la garganta.

—¿Piensas que soy un cobarde? —Malus empujó el cuchillo y sintió cómo la hoja comenzaba a hender la piel del encapuchado—. ¿Piensas que soy un débil, un ser defectuoso como el resto de mi familia? Y tú, ¿cuán fuerte eres con mi cuchillo clavándosete en el cuello? —Rió salvajemente ante el pensamiento. Tenía la cara a pocos centímetros de la oscuridad del interior de la capucha. El hombre permanecía quieto, sin ofrecer resistencia—. Justo lo que yo pensaba. ¡Tú eres el débil! ¡Tú eres el cobarde que se oculta y conspira a la sombra de sus superiores! ¡Veamos tu cara, guardián! ¡Muéstrame tu verdadera apariencia, ¿o tendré que arrastrar tus tripas por la arena para obligarte?!

El encapuchado no se movió. La furia ardía como aliento febril en la respiración de Malus.

—¿Me oyes, cobarde? ¡Muéstrate! ¡¡Muéstrate!

Clavó el cuchillo más profundamente en la garganta del hombre. El aire mismo pareció rielar en torno al encapuchado y ondular como un estanque al que se arroja una piedra.

El cuchillo que tenía en la mano se desdibujó, enfocándose y desenfocándose. En un momento estaba apoyado contra el encapuchado, y al siguiente, parecía dirigido contra su propio cuello, como si se encontrara ante un espejo. Rugió de furia y empujó más el cuchillo..., y sintió que más de dos centímetros de la punta se le clavaban en la garganta. La sangre tibia corrió por su cuello y empapó el ropón que llevaba bajo el kheitan.

Se le nubló la vista. Lo acometió un ataque de desorientación y, de repente, se encontró arrodillado en la sala cuadrada de la torre de Eradorius, rodeado por tres puertas de paneles de madera oscura.

Estaba a un segundo de clavarse el cuchillo en la garganta.

El noble cayó de espaldas al mismo tiempo que se arrancaba la punta del cuchillo del cuello. Sintió dolor por debajo del mentón, y la sensación fue casi vigorizante.

—Una ilusión... —jadeó—, todo... una ilusión.

Una sombra cayó sobre él. Alzó los ojos y vio a la figura encapuchada, de pie, a su lado, con la cara perdida en sombras. La respiración de la figura pasó como un viento frío por la mejilla de Malus.

—¿Quién es ahora el cobarde, Malus Darkblade? —preguntó la figura—. ¿Quién es el que se oculta y conspira a la sombra de sus superiores?

Por un momento, el sobresalto dejó a Malus sin habla. Un hombre inferior podría haberse derrumbado bajo la conmoción del conocimiento que le había sido revelado, pero a él lo sustentaba el fuego del odio que continuaba ardiendo en su corazón.

—¿Piensas hacer que me derrumbe con una sola mirada al espejo? —Malus se puso lentamente de pie—. ¿Piensas que me moriré a causa de la conmoción que me provoque mi propia fealdad? De ser así, estás equivocado. No me he derrumbado. No estoy vencido. Mi odio es poderoso, y mientras odio, vivo.

Malus se lanzó hacia la figura y la aferró por el ropón con una mano.

—Me has puesto un espejo ante el rostro... ¡Ahora veamos cómo eres tú, Eradorius!

El noble le arrancó el ropón con un tirón brusco, y dejó a la vista una figura de piel negra, cuyo musculoso cuerpo se hinchó ante sus ojos hasta encumbrarse sobre él como un gigante. Una cara chupada lo miró desde lo alto con expresión burlona, y le dedicó una lunática y ancha sonrisa, repleta de puntiagudos colmillos. Unos ojos verdes relumbraban con luz sobrenatural en el semblante casi humano, y una lengua

de dragón asomó entre los carnosos labios.

—Listo, pequeño druchii, listo —dijo Tz'arkan—. Pero muy equivocado, a pesar de todo.

Malus retrocedió, conmocionado, y el demonio lo atacó como una víbora. Su boca se abrió desmesuradamente al cerrarse en torno a la cabeza y los hombros del noble y tragárselo entero.

Yacía en la negrura, enroscado alrededor del corazón del demonio.

La oscuridad que lo rodeaba estaba desierta, como el negro vacío que se extiende entre las estrellas. Malus nunca había sospechado siquiera que pudiera existir un frío semejante; se le metía dentro del cuerpo y le drenaba la vida, derramaba su esencia vital en la negrura como si fuera una herida abierta en su mismísima alma. El frío lo invadía como la propia muerte... No, como la muerte no, porque para Malus la muerte era una fuerza en sí misma, como una tormenta o un fuego voraz. Eso era la nada, total y absoluta, y lo inundaba de miedo.

Había calor en el corazón del demonio, calor alimentado por la sangre de mundos. Malus se acercó a ese horrendo órgano antinatural para pegar la piel a la viscosidad y sentir las almas que se retorcían dentro. Centenares de almas, millares de ellas, todas petrificadas en un solo momento de devastador terror puro. Las sentía a todas y cada una como una esquirla de afilado cristal, y la apretaba contra su cuerpo para saborear el fugaz pinchazo. Aulló de dolor y éxtasis, impelido por las pasiones mezcladas de civilizaciones enteras que eran consumidas por el Bebedor de Mundos. Durante un titánico latido del corazón, Malus era atravesado por la locura colectiva de todo un pueblo que se desvanecía un instante después.

Luego, el corazón del demonio volvía a latir, y otra multitud de almas gritaban en su trascendente agonía. Malus aullaba de horror absoluto mientras clavaba más profundamente en su alma esas cristalinas agujas de pasión.

Tz'arkan lo había poseído: entonces era él quien estaba dentro del demonio y sentía lo que él sentía cuando miraba las violentas tormentas del más puro Caos. Vio con los ojos del demonio cómo giraban los universos en el éter, cada uno temblando con el rocío de incontables almas. Sentía cada alma de cada mundo dentro de cada universo, saboreaba las pasiones de toda una vida en una sola inspiración.

Tz'arkan se movía entre mundos incontables, y Malus se dio cuenta de lo insignificante que era ante un poder semejante. Cuando el demonio hablaba, temblaba toda la creación.

—Contempla el poder de mi voluntad, mortal, y desespera. Entrégate a mí, y todo esto será tuyo.

Malus sintió que se desmembraba bajo la descomunal presión de la conciencia de Tz'arkan. Se estaba muriendo. Lo sentía. Y al darse cuenta de eso, todo el miedo lo abandonó, simplemente.

«Adelante —pensó—. Destruyeme.»

La tormenta del Caos arreció a su alrededor. La nada le consumió el alma.

Y sin embargo, no murió.

«¡Destruyeme! —se encolerizó Malus—. ¡Para ti no soy más que una mota de polvo... Acaba conmigo!»

Se hallaba suspendido sobre el vórtice de la creación... y continuaba sin morir.

«¿Acaso es algún tipo de truco?», pensó Malus, y entonces lo comprendió: por supuesto que lo era. No se trataba más que de otro recodo del laberinto, otra táctica destinada a quebrantar su espíritu.

Estaba todo dentro de su mente. Lo sabía. Y Malus pensó que si estaba dentro de su mente, estaba sujeto a su voluntad.

«Ya has tenido tu oportunidad, Eradorius —se dijo, furioso, invocando su odio—. Ahora bailarás al son de mi música.»

Malus concentró su voluntad en la violenta tempestad que lo rodeaba. «¡Muéstrame tus secretos, brujo! ¡Ábreme tu mente!»

La voluntad del noble brilló como una estrella recién nacida en el firmamento de locura, y la creación se deshizo como revienta una burbuja. Malus cayó hacia la oscuridad, pero el descenso fue acompañado por su risa, salvaje y triunfante.

## 26. El ídolo de Kolkuth

No había techo. Se encontraba de pie en el centro de la torre cuadrada, rodeado de escaleras que llegaban a galerías que ascendían hasta donde alcanzaba la vista. Era un laberinto vertical que giraba y se retorcía sobre sí mismo, y se extendía hacia lo alto sin fin aparente. Desde el exterior, la torre había parecido simple y sin complicaciones, pero la realidad lo era todo menos simple, conformada por las dementes brujerías de Eradorius y el ídolo de Kolkuth.

Al fin, quedaba a la vista el laberinto del demente brujo, despojado de las ilusiones, pero no menos desalentador por eso.

Malus apretó los dientes, escogió una escalera al azar y comenzó a subir. Era estrecha y sinuosa, sin barandillas ni soportes que la anclaran, pero a pesar de todo, la piedra que pisaba era firme. Lo llevó hasta la segunda galería, y luego giró a la derecha para acabar en una pequeña habitación desde la que ascendían otras cuatro escaleras hacia lo alto de la torre.

«No pierdas el hilo —se dijo a sí mismo—. Estas cosas siguen unas pautas. Haz la misma elección cada vez para no perder la orientación.»

Se encaminó a la misma posición que ocupaba la primera escalera en el piso de abajo, y comenzó a subir. La escalera ascendía hacia una difusa luz verde... y acababa ante una pared. Experimentó un momento de vértigo: le daba vueltas la cabeza y parecía que sus pies eran atraídos hacia la pared como por una fuerza gravitatoria. Avanzó otro paso..., y salió por la pared. Malus parpadeó, momentáneamente incapaz de orientarse.

La luz caía sobre él desde lo alto. Al mirar hacia arriba vio las galerías que se extendían interminablemente por encima de él. Estaba de vuelta en la habitación donde había comenzado.

—¡Bendita Madre de la Oscuridad! —maldijo Malus—, esto es una locura.

—Nunca en tu vida has dicho nada tan cierto —replicó Tz'arkan. Si el demonio tenía conocimiento alguno de las visiones que Malus había experimentado del laberinto, no dio muestras de que así fuera—. El laberinto es un reflejo de la torturada mente del propio Eradorius. Acabarás como uno de esos retorcidos fantasmas de la llanura antes de llegar a comprenderlo del todo a él y sus retorcidos senderos.

—No quiero comprender este condenado lugar —replicó Malus, furioso—. Sólo quiero llegar hasta el ídolo. —Intentó pensar en los recursos que tenía al alcance de la mano—. Necesitamos algo que nos permita dejar un rastro. —Sin embargo, no tenía tiza ni hilo. Enseñó los dientes—. ¿Puedes hacer algo para señalar el camino, demonio? —preguntó, reacio.

—Nada podría ser más sencillo —replicó Tz'arkan, y Malus sintió dolor en el dorso de la mano derecha.



El noble gritó al mismo tiempo que alzaba el brazo, y vio que las venas negras del dorso de la mano se le hinchaban y retorcían como anguilas de río. La piel se distendió cuando una de las venas adquirió vida propia; fuera de la mano se extendió un palpitante zarcillo y se metió en una rendija que había entre dos piedras del suelo. Se puso tensa, y Malus dedujo que había más vena que podía salir, como si fuera una madeja de bramante que pudiera desenrollar mientras caminaba. Sentía todo el largo del cordel vivo como una extensión de su propia piel. Era la sensación más repulsiva y turbadora que había experimentado en toda su vida.

—Apuesto a que nunca pensaste que tenías unas profundidades tan grandes a las que recurrir —dijo el demonio con una risa entre dientes—. Podríamos dejar tu hebra a lo largo de muchos kilómetros antes de que las entrañas se te desparramaran por el suelo.

Maldiciendo en silencio para sí, Malus escogió la escalera situada más a la izquierda y comenzó a subir otra vez.

No podía determinar si había estado subiendo durante horas o durante días.

Al principio, había hecho unos cuantos giros equivocados que lo llevaron a lugares en los que había estado antes, y había usado el cordel para volver sobre sus pasos. Con el tiempo, desarrolló la capacidad de sentir la vena que se extendía detrás de él, y comenzó a ser capaz de percibir cuándo comenzaba a girar en dirección a ella. Mientras continuara dejándola detrás sabía que estaba avanzando, y así ascendió lenta pero constantemente por la torre. El suelo ya se encontraba a muchas decenas de metros más abajo. Avanzaba, de eso no le cabía duda.

Por desgracia, tampoco le cabía duda de que algo lo acechaba dentro del gran laberinto del brujo.

Comenzó a oír sonidos distantes, golpes sordos y arañazos como de algo voluminoso que diera tumbos por el suelo de piedra. En una o dos ocasiones, cuando el recorrido lo llevó cerca del centro de la torre, se asomó a mirar las galerías de abajo y captó atisbos de movimiento entre las sombras. ¿Sería uno de los fantasmas de la llanura, o la torre tendría su propio guardián para mantener a los intrusos alejados de los secretos más recónditos?

Con independencia de lo que fuera, Malus tenía pocas opciones. No estaba dispuesto a volver sobre sus pasos para enfrentarse con quienquiera que fuese; muy bien podría ser lo que la criatura pretendía, para empezar. «No», decidió, si lo que quería era detenerlo, antes o después tendría que enfrentarse con él, y cuando lo hiciera ya se encargaría de ella.

No fue mucho después de tomar esta decisión cuando comenzó a oír gruñidos graves y largos resuellos, como si una bestia enorme lo olfateara en el aire y saliera tras su rastro. El sonido parecía proceder de todas partes: de arriba y de abajo, de la derecha y la izquierda, como si la criatura describiera círculos a su alrededor en el

retorcido laberinto. Malus reprimió una creciente sensación de inquietud, y continuó adelante. «Cuanto más se me acerque, más próximo a mi meta tendré que estar», pensó.

Luego, sin previo aviso, llegó a una puerta. Se trataba de una sencilla puerta de madera, pero era la primera que veía desde que había entrado en la torre. Malus posó una mano sobre la anilla de hierro y tiró para abrirla..., y oyó un iracundo bramido que resonó en alguna parte a su espalda. «Ahora sí que estamos progresando», pensó el noble.

Al otro lado de la puerta había una habitación con otro conjunto de escaleras, una visión de aspecto inquietantemente familiar. Pensando con rapidez, escogió una escalera y comenzó a subir. Acababa en otra puerta, y otra habitación virtualmente idéntica a la que había abandonado.

En la habitación que tenía justo detrás, algo enorme se estrelló contra la puerta con atronador estruendo, y en ese preciso momento Malus recordó los sueños que había tenido. Sin saber por qué, echó a correr. Como si oyera los precipitados pasos, el guardián del laberinto bramó tras él, y la puerta golpeó contra el marco cuando la criatura irrumpió en la estancia.

Malus continuó corriendo, concentrado en el cordel que se desenroscaba de su mano y que usó para dirigir sus pasos hacia lo alto. Lo perseguía el estruendo, porque la criatura abría brutalmente cada puerta que él dejaba atrás. Cualquier cosa que fuera, por el ruido parecía algo enorme y poderoso, cargado de creciente furia. Habría intentado provocarlo con pullas si le hubiera sobrado aliento.

De repente, el noble atravesó otra habitación idéntica y ascendió otra escalera..., y volvió a encontrarse ante la balaustrada de una galería que daba al centro de la torre. Estaba ya tan arriba que el suelo era invisible en la luz verdosa. Más se sorprendió al ver que sólo tenía una escalera delante, que conducía hacia lo alto. Al percibir que se hallaba cerca del final del maldito laberinto, continuó corriendo, apenas consciente de que el ruido de la persecución había cesado.

La escalera ascendía sin soporte alguno por el aire de encima de la galería, describiendo curvas y más curvas hasta un punto central. Acababa en un descansillo y un par de puertas con runas grabadas.

«Al fin», pensó Malus. Sonriendo con expresión de triunfo, cogió una de las anillas de hierro y tiró de la puerta para abrirla..., ¡y por ella saltó una criatura descomunal que lanzó un atronador rugido al mismo tiempo que blandía una hacha gigantesca!

«Es el guardián del laberinto», comprendió Malus, que se echó hacia atrás justo a tiempo de evitar el mortal tajo del arma del monstruo.

Era una criatura inmensa, cuya cabeza y hombros sobrepasaban a Malus. El cuerpo de poderosa musculatura tenía aspecto brutal y humano, pero la piel brillaba

como el latón y su cabeza era como la de un toro enfurecido. La criatura barría el aire con amplios arcos poderosos de hacha, pero comparada con el druchii era torpe y lenta. Malus lanzó un grito salvaje y se escabulló por debajo de la guardia del monstruo para asestarle un tajo al enorme vientre. Justo en el punto culminante del barrido, no obstante, su mano fue detenida en seco: la vena que le salía de la mano lo frenaba. La hoja alcanzó el monstruo, pero el golpe fue débil, y el agudo filo pasó inofensivamente de soslayo por un costado del guardián. Éste avanzó hacia el noble al mismo tiempo que dirigía un tajo hacia su cuello, y Malus tuvo que retroceder.

—¿Qué estás haciendo? —se enfureció Tz'arkan—. ¡Mátalo!

Malus apoyó los pies con firmeza y se lanzó hacia adelante como una víbora, con la espada en dirección a una rodilla del monstruo. Esa vez, la vena tenía el largo suficiente para que el arma impactara con fuerza, aunque rebotó con un áspero tañido.

—¡Mi espada no puede atravesarle el pellejo! —gritó Malus, horrorizado—. ¡Es como si fuera de latón macizo! ¿Tú no puedes hacer algo?

El hacha salió disparada hacia él en un golpe corto de revés, y Malus la vio venir un segundo demasiado tarde. Sólo lo golpeó de soslayo en el peto, pero la fuerza del impacto lo hizo volar. Durante un espantoso instante atravesó el aire, y en el último momento, se detuvo al borde de uno de los escalones. Le quedaron los pies colgando sobre el abismo central de la torre, y soltó la espada para intentar hallar asidero en las lisas piedras.

Una sombra enorme apareció sobre él. El guardián avanzaba pesadamente hacia él, y sus pies pisaban con cuidado entre los bucles del cordel viviente de Malus. El noble gruñó con ferocidad, y se envolvió la mano con un bucle de la vena.

—He visto lo bien que luchas —dijo mientras observaba atentamente los movimientos de la criatura—. ¡Veamos lo bien que conservas el equilibrio!

Justo cuando llegaba hasta él, el guardián puso un pie dentro de un bucle del cordel. Malus tiró con todas sus fuerzas para tensarlo en el momento en que el monstruo dio otro paso. La descomunal criatura tropezó y agitó los brazos para intentar recobrar el equilibrio, y luego, con un desesperado bramido, se precipitó por encima de la cabeza de Malus hacia el fondo del abismo central. El noble soltó el cordel y oyó cómo el alarido se alejaba. Para cuando Malus hubo subido a la escalera y hubo rodado, jadeante, hasta quedar de espaldas, la criatura impactó contra el fondo con un sonido como el de una campana enorme.

Al otro lado de la puerta doble del final de la escalera encontró una pequeña habitación octogonal. Dentro había un complicado conjunto de sigilos tallados en el suelo, en torno a un pedestal de piedra. Al pie del pedestal yacía un esqueleto contorsionado, cuya postura denotaba una muerte dolorosa. Sobre el pedestal descansaba un ídolo forjado en latón, de apenas treinta centímetros de altura.

El ídolo de Kolkuth. Al verlo, Malus esperaba sentirse triunfante, pero en cambio

le sobrevino una especie de asco.

—¿Tanta sangre e intrigas por un trozo de chatarra de latón? —se preguntó.

—¿Puede el latón alterar el tiempo y el espacio a capricho de su dueño? —replicó Tz'arkan—. Cógelo, Malus. Tienes la segunda reliquia al alcance de la mano.

En el aire de la pequeña estancia palpitaban poderosas energías. Malus estudió el esqueleto con precaución.

—¿Es Eradorius?

—En efecto —confirmó el demonio, algo divertido—. Tantos esfuerzos para construir una torre en la que pensaba que yo no podría encontrarlo... Este loco erigió un laberinto que escapa a la comprensión de los hombres mortales, y puso en él un guardián implacable para que la protegiera... Pero en su celo paranoico le entregó demasiado poder al guardián, que no sólo mantuvo fuera a los demás, sino que dejó a Eradorius atrapado dentro. Una ironía maravillosa, ¿no te parece?

Al avanzar, las puntas de las botas de Malus rozaron el borde de los sigilos... y lo inundó una poderosa ola de desorientación, como si él fuese un trozo de madera arrojado a un mar tormentoso, y sin embargo, al mismo tiempo, todo le resultaba familiar, como si hubiese estado allí muchas veces antes.

Se dio cuenta de que el tiempo y el espacio se deformaban dentro de los bucles de los sigilos. Avanzó otro paso hacia el ídolo, y su mente se inundó de visiones.

Colgaba de unos ganchos dentro de la torre del vaulkhar, delirante de dolor.

Se encontraba de pie sobre la cubierta de un barco agitado, en medio de una batalla, y se agachaba en el último instante para evitar una saeta de ballesta disparada por un aspirante a asesino.

Estaba en medio de una arremolinada refriega, y esquivaba por poco un tajo de la espada con que Bruglir pretendía decapitarlo.

Todos los puntos conducían a ese momento. Malus avanzó otro paso, y las visiones continuaron para adentrarse en el futuro.

Alzaba los brazos con gesto de triunfo sobre una extensión de arena manchada de sangre, con la cabeza de un druchii decapitada en las manos.

Él y Yasmir caminando hacia él por un puente hecho de cráneos, desnudos y luminosos; ella con las destellantes dagas en las manos.

Vio una torre a contraluz sobre un hirviente cielo rojo, ase diada por un ejército que ennegrecía la nevada tierra y pedía a gritos su sangre.

Malus tropezó y avanzó con rapidez, y las visiones se aceleraron.

Se vio sobre un trono de roble rojo con un collar de vaulkhar en torno al cuello.

Se vio a la cabeza de un vasto ejército druchii que cargaba por un camino hacia un ejército elfo que lo aguardaba, con los altos acantilados de Ulthuan encumbrándose por encima de su cabeza.

Estaba de pie en una grandiosa torre de Naggaroth, y miraba hacia un paisaje

inundado de oscuridad y tormentas.

La mano con que el noble palpaba ante sí se cerró sobre algo frío y duro. Alzó al ídolo del lugar donde descansaba, y se produjo un cegador destello de luz blanca.

Malus salió dando traspiés por el portal de Urial, y se halló en medio de una violenta tempestad. El viento y la lluvia acometían la ciudadela, y aullaban al atravesar el agujero abierto por el demonio skinrider. Cuando el noble cayó de rodillas, la lluvia fría le pareció una bendición de la Madre Oscura. De las juntas de su armadura ascendía vapor, y él jadeaba para inspirar ávidamente el aire húmedo.

Urial se tambaleó, casi sin fuerzas, y extendió una temblorosa mano para apoyarse en una pared cercana. Hauclir se encontraba al pie de la escalera de la torre, rodeado por los cuerpos de media docena de skinriders. A los pies del guardia se encharcaban sangre y bilis que aguaba la lluvia torrencial.

Hauclir corrió hacia Malus.

—¿Estás bien, mi señor?

Malus asintió con la cabeza.

—Bastante bien, por ahora —replicó—. ¿Cuánto he tardado?

—Unos pocos minutos —informó Hauclir a gritos para hacerse oír por encima del viento—. En un momento, las cosas estaban tal y como las dejaste, y luego, de repente, oímos un alarido terrible y arreció el viento.

—Fue el demonio —dijo Urial con voz cansada—. La magia que rodeaba la isla ha desaparecido, y el espíritu fue atraído de vuelta a la Oscuridad Exterior.

—¿Y la tormenta? —preguntó Malus.

—El mundo reclama la isla —replicó Urial—. Es una tormenta de tiempo que estalla sobre el islote y todo lo que hay en él. —Mientras decía esto, se produjeron una serie de ruidos penetrantes, y una enorme telaraña de rajaduras se propagó por los ladrillos que formaban el muro cercano—. ¡Será mejor largarse de aquí!

Los druchii salieron dando traspiés al viento y el aguacero. En el exterior hallaron una escena de terrible devastación. La flota de los skinriders ardía o estaba trabada en los estertores de mortales acciones de abordaje con los supervivientes de la flota druchii. De las siete naves de Bruglir sólo tres habían sobrevivido, y dos de ellas parecían demasiado dañadas para hacerse a la mar. Se oyeron potentes detonaciones en la ensenada cuando comenzó a fallar la brujería que mantenía de una pieza a los barcos de los skinriders, y las juntas podridas reventaron mientras los mástiles caían de los encajes. En la orilla, un dosel de humo ascendía de la aldea abandonada, donde un edificio tras otro se derrumbaba bajo la avalancha de los años.

Se oyó un estruendo terrible procedente de lo alto. De inmediato, el noble corrió por la pendiente del dique marino y halló un saledizo bajo el que meterse justo cuando la ciudadela comenzaba a derrumbarse. Los ladrillos antiguos estallaban en polvo al chocar contra el dique. Una catapulta que pesaba tanto como una docena de

hombres voló en arco por el aire y cayó dentro de la ensenada, donde alzó una tremenda cortina de agua. Al otro lado de la pequeña bahía se oyó otro estruendo rechinante cuando la torre del jefe también se derrumbó y derramó su contenido que cayó por la pared del acantilado.

Cuando el último de los ladrillos se hizo pedazos y cayó a las aguas de la ensenada, el viento amainó hasta casi cesar. En el fondeadero, los barcos de los skinriders se hundían, con las bodegas inundadas. Columnas de humo ascendían hacia lo alto desde los ruinosos cascos en llamas. Desde lejos llegaron hasta Malus los gritos de guerra de los corsarios druchii, que se recobraban de la conmoción de la tormenta y se lanzaron contra los desmoralizados oponentes. La batalla había acabado; entonces comenzarían la carnicería y la celebración.

Cuando el viento era favorable, llevaba hasta Malus los alaridos de los moribundos.

Habían hecho unos cuantos centenares de prisioneros después de la batalla, y los supervivientes de la flota de Bruglir habían saciado su sed de dolor sobre los cuerpos ya torturados de los enemigos. A despecho de que la voz popular decía que aquellos piratas estaban más allá del sufrimiento, los druchii hallaron modos de hacer que los skinriders sufrieran por lo que habían hecho.

La caverna de debajo de la ciudadela aún olía a podredumbre, pero Malus apenas lo notó. Avanzaba por la cueva, con cuidado de no pisar los cuerpos retorcidos. De vez en cuando oía, a lo lejos, los gritos de otros marineros druchii que buscaban a su santa viviente. Urial continuaba convencido de que Yasmir había sobrevivido a la batalla y la hallarían ilesa. Estaba claro que la tripulación también lo creía, y eso era lo único que importaba. Cuando los corsarios no buscaban a Yasmir, se dedicaban a abrir las bóvedas de tesoros de las profundidades de la ciudadela, y a sacar cofres de oro a la luz del día. Hauclir se había hecho cargo de las tareas de recuperación, que progresaban aprisa.

Malus se arrodilló junto al cuerpo de un druchii que llevaba armadura de corsario. El cadáver estaba rígido, pero aún no había comenzado a pudrirse en el aire fresco. Hizo rodar al muerto hasta dejarlo de espaldas, y frunció el entrecejo al descubrir que no era el que buscaba. El noble, arrodillado, se sentó sobre los pies y recorrió la carnicería con la mirada. Sus ojos se posaron sobre otra figura que se encontraba más cerca del foso de sacrificio. Tras asentir para sí mismo, se encaminó hacia el cadáver.

Habían pasado tres días desde la batalla de la ensenada. Después de salir por el portal mágico, el sueño de Malus se había visto libre de portentos. Entonces lo inquietaban sus pensamientos de vigilia.

Al llegar al cadáver, supo de inmediato que era el que buscaba. Con un gruñido debido al esfuerzo, hizo rodar el cuerpo para tenderlo de espaldas, y lo estudió pensativamente. Pasado un momento, sacó del cinturón un cuchillo de hoja estrecha y

se inclinó sobre el rostro destrozado. El agudo filo se hundió fácilmente en la piel suelta. El noble sonrió levemente mientras hacía cortes con largos movimientos elegantes.

Sabía que tendría que rendir cuentas cuando regresara a Hag Graef. Lurhan se pondría furioso cuando se enterara de la muerte de su primogénito. Bruglir había sido el sucesor escogido por el vaulkhar, su orgullo y alegría, pero Lurhan era también un hombre pragmático. Otro de sus hijos tendría que pasar a ocupar el lugar de Bruglir.

El noble dejó el cuchillo a un lado y levantó el resultado de su obra con dedos delicados. Dentro de pocos meses, regresaría al Hag como héroe conquistador, y tanto el drachau como su padre tendrían que tratarlo como tal. A partir de entonces, las posibilidades serían ilimitadas.

Malus alzó la cara de Bruglir a la luz, y la colocó cuidadosamente sobre la suya propia.

—Máscaras sobre máscaras... —dijo con una sonrisa afectada. Le quedaba bien.